

Kenzaburo Oé

Salto Mortal

Seix Barral
Biblioteca Formentor
Kenzaburo Oé
Salto mortal
Traducción del japonés por
Fernando Rodríguez-Izquierdo Gavala

Salto Mortal	I
EL AUTOR.....	4
PRÓLOGO	4
PRECIOSOS OJOS EN UN ROSTRO PERRUNO	4
CAPÍTULO 1	8
CIEN AÑOS.....	8
CAPÍTULO 2.....	32
REENCUENTRO.....	32
CAPÍTULO 3.....	47
SALTO MORTAL	47
CAPÍTULO 4.....	58
LEYENDO AL POETA R. S. THOMAS	58
CAPÍTULO 5.....	74
EL COMITÉ MOSSBRUGER.....	74
CAPÍTULO 6.....	90
GUIADOR	90
CAPÍTULO 7.....	100
LA SAGRADA LLAGA.....	100
CAPÍTULO 8.....	113
SE HA ELEGIDO UN NUEVO GUIADOR	113

EL AUTOR

Kenzaburo Oé nació en Ose, Japón, en 1935. Estudió literatura francesa en la Universidad de Tokio y destacó como escritor desde sus años de estudiante. A los veintitrés años publicó su primera novela, *Arrancad las semillas, fusilad a los niños* (2002). Es autor de varias colecciones de relatos, ensayos y más de veinte novelas, entre las que destacan *Una cuestión personal* (1995) y *La presa* (2000). Escritor más destacado de su generación, en 1994 recibió el Premio Nobel de Literatura, otorgado por segunda vez a un autor japonés. En palabras de Yukio Mishima, "la cúspide de la literatura japonesa actual hay que buscarla en Kenzaburo Oé".

PRÓLOGO

PRECIOSOS OJOS EN UN ROSTRO PERRUNO

Llegaba allí una pequeña persona: cierto hombre, al parecer empequeñecido a escala, con un desarrollo muscular por encima de lo normal. Proyectando el pecho hacia delante, avanza en la penumbra, sosteniendo algo con sus brazos extendidos: se trata de una estructura provista de dos alas, ensambladas entre sí a modo de bumerán. En el camino abierto ante él se han izado unas cortinas que cuelgan apretadamente, y más allá se erige un escenario destellante de luces. Cuando el hombrecito se disponía a pasar —encogiendo su estatura— junto a un cuadro de interruptores que sobresalía hacia el pasillo, una chica vestida de bailarina, al cruzar a toda prisa desde detrás de la zona de conmutadores, se vio embestida por la punta de una de aquellas alas, bajo su tutú.

En tal situación, el hombrecito y la niña bailarina se quedaron petrificados. La chica, inclinada como estaba hacia delante, trató de cargar el peso de su cuerpo sobre la pierna derecha; en tanto que la pierna izquierda, levantada ampliamente, la mantenía indefensa en el aire, logrando guardar así de algún modo el equilibrio. Como muestra de su indignación por verse forzada a esa postura tan irremediable, ella se quedó mirando a su compañero en el encuentro. Su carita se arreboló como un damasco al sol. Pero quien le devolvió la mirada no era precisamente un hombrecito, sino alguien que ostentaba una cabeza semejante a la de un perro, empezando por su frente y su boca, y siguiendo por sus protuberantes orejas; con todo, en cuanto a su mirada, él era un chico extraordinariamente bello.

Sin embargo, el tiempo que el joven estuvo mirando a la chica no pasó de un momento. Con la idea de salvar la estructura que sostenía entre sus tensos antebrazos, intentaba levantar el objeto por encima de aquel cuadro sobresaliente de la pared, a su izquierda; y torciendo el acoplamiento de las alas, trató de mover una de ellas hacia arriba. La niña, por el contrario, con su ondeante y abultado tutú encima, trató de neutralizar aquella resistencia que se le oponía, aproximando su abdomen a la estructura. En medio de todo esto, a ella no le quedaba más remedio que mantener en alto su pierna izquierda, guardando el equilibrio sobre la otra. Por detrás de la infortunada parejita y por ambos lados del escenario, habían aparecido unos hombres vestidos de negro, que se arremolinaron en torno a ellos dos. Entonces, al joven se le iluminó su cara perruna en un chispazo de determinación. Y, acto seguido, arrojó de golpe la estructura que llevaba cogida. Cientos de piezas multicolores de plástico se desparramaron por el suelo. La chica, liberada en ese momento, salió corriendo entre sollozos hacia la fila de sus compañeras, en un extremo del escenario, mientras oprimía con las manos su tutú acampanado.

El joven, por su parte, imprimió un movimiento enérgico a sus hombros —estrechos pero fuertes—, y desde su posición más baja empujó por el costado a algunos de los hombres de negro. Como si se tratara de un pequeño ejemplar de persona que hubiese realizado una gran hazaña, se alejó luego andando calmadamente hacia el fondo oscuro del pasillo que se extendía tras el escenario. Sus andares eran majestuosos, sin permitir siquiera a los hombres de negro que le gritaran para controlarlo. Aunque las componentes del equipo de danza trataron de consolar a la niña, que se había incorporado tarde a la fila, esto lo hicieron meramente de labios

afuera, pues estaba cada una de ellas absorta en cuidar su propia indumentaria, y por lo demás este día habían perdido ya su gran oportunidad de salir a escena. Aquel joven, que estaba predestinado a recibir un gran premio en la ceremonia de entrega de los mismos, al hacer pedazos su construcción, había dado al traste también con la ocasión y el sentido de aparecer sobre el escenario. Y sin más se quitó de en medio.

Acaso esa circunstancia de destruir él mismo, hacía nada, el modelo de ciudad que le había llevado un año construir... , a ese chico que en ocasiones salía escapado del centro de Tokio, ¿no le proporcionaría una conciencia de rebeldía, sugiriéndole que había dejado de ser un niño? Y esto, al hacerle entender que él había confeccionado su obra precisamente para destruirla de esa manera. E incluso esta gran capital igualmente podría ser destruida, con tal de que alguien se lo propusiera. Pero ¿con qué fin? ¿Quién sabe! No obstante, para explicarse uno el sentido de ello, o bien para inventa Una respuesta, aún quedaba por delante mucho tiempo que vivir.

Aunque no se lo formulara con estas palabras, aquel chico de cara perruna que se salía de los cánones de fealdad y belleza, ¿no estaría convencido de esto en lo más íntimo de su cuerpo, aún por desarrollar?

El suceso tuvo lugar en la sede de una exposición, durante la final de un certamen de convocatoria pública — patrocinado conjuntamente por una compañía americana de material didáctico y una compañía japonesa de importación en el ramo de la papelería—, cuya finalidad era promover la creación de paisajes del futuro a base de piezas de plástico.

Kizu formaba parte del jurado del concurso, y después del incidente recordaría muchas veces a aquel joven que se excluyó por sí mismo de entre los candidatos al premio. Y en especial, tampoco pudo olvidar que, cuando él puso sus ojos en aquel joven —en dicho certamen público—, no se le vino a la mente como un niño, sino bajo el concepto de "hombrecito". En relación con esto, volvían a evocársele luego la expresión y ademanes puntuales de aquel ser tan poco agraciado, al que resultaba difícil mirar de frente, pero dotado de una belleza tal que encogía el corazón; pues en su interior albergaba una clara energía vital. Kizu formuló el deseo de poder contemplar, paso a paso, los estadios de crecimiento y el destino de aquel chico —a quien recordaba como dotado de un extraño atractivo— a través de su adolescencia y juventud. Como pintor que era Kizu, se le había convertido en un hábito profesional de por vida observar a través del tiempo cada detalle de cuanto atrajera su atención. "Antes de lo que se piensa, se me brindará la oportunidad", le sugirió una corazonada; pero al mismo tiempo sintió que: "Esa oportunidad no me llegará nunca". Cuando en realidad había tenido al joven ante sus propios ojos, aquello le pareció también como estar en pleno sueño.

En relación con lo anterior, el otoño en Japón de aquel año había dejado una profunda huella en la vida de Kizu. Siendo ya un treintañero veterano, su máximo logro había sido figurar entre los candidatos finalistas al premio Yasui; pero con la ayuda de algunos premios conseguidos, se llegó a hablar del "estilo Kizu", equiparándolo al de ciertos pintores que visitan los museos europeos con la misión de reproducir las obras en ellos expuestas, así como también se le comparó acto seguido con la tendencia del arte urbano en América. A consecuencia de todo ello, se le recomendó en algunos círculos artísticos, por donde se le concedió la oportunidad de disfrutar de una beca Fulbright en cierta universidad de la costa Este de Estados Unidos, bien conocida en los círculos docentes de Bellas Artes. Esta circunstancia, como comúnmente ocurre en el caso de artistas plásticos japoneses, parecía destinada a convertirse en un mero trámite. Pero tratándose de Kizu, tan interesado en la metodología de la docencia artística, y con un talante natural tan volcado en cualquier tema de su interés, derivó en su decisión de matricularse como alumno de doctorado para continuar sus estudios. Invirtió en ello cinco años, durante los cuales se divorció de su mujer, que había dejado en Japón. Luego, y tomando como punto y final redondo el hecho de tener su título en mano, Kizu dio por concluida su estancia en América, y se volvió a Japón.

La participación de Kizu en el jurado del concurso de maquetas de plástico se debía a que el presidente de dicho jurado, que había sido delegado por la oficina central de América, era una persona que siempre le había

ayudado, tanto al prolongar Kizu su estancia de becario en América como después, por lo que él le estaba muy agradecido. A todo esto, en el certamen infantil ya referido, la obra creada por aquel joven llamó desde luego la atención por su originalidad, pero lo que más impacto había causado en Kizu era la luz que irradiaba de la figura del joven y de sus ademanes, o —mejor se diría— de todo su ser. Lo que a Kizu más le dolía era que a él mismo le faltaba aquel aura original que poseía el joven. Pero aún había más: según había venido advirtiendo desde su estancia en América, Kizu acusaba la sensación de que su estilo abocaba a un estancamiento, lo cual iba aflorando a la superficie como prueba de que carecía de una base firme en que apoyarse como artista.

Dio la casualidad de que un profesor adjunto que trabajaba en el mismo departamento de Kizu no pudo obtener la continuidad en su cargo ni conseguir una plaza fija, por lo que tuvo que trasladarse a otra universidad; entonces el tutor de Kizu invitó a éste a suceder en el cargo al anterior. Como Kizu se había planteado rotundamente que no volvería a hacer carrera como pintor en su país natal —y a esa decisión se había visto forzado, sin duda, a raíz del incidente del "hombrecito"—, aceptó la invitación de su tutor, y volvió a América para establecerse allí. A partir de entonces, y por un período de quince años, Kizu residió en la costa Este, desempeñando sin problemas su cargo docente. Durante su vida académica, había ya tenido ocasión de beneficiarse de varios descansos sabáticos; y cuando de nuevo le llegó el turno, en este caso y por primera vez eligió regresar a Japón. Existía para ello una razón apremiante. Cuatro años atrás, Kizu se había operado de un cáncer de colon. Las pruebas e intervenciones a que tuvo que someterse tras aparecer las primeras sospechas fueron trances insoportables. Y además su hermano mayor, operado ya de la misma enfermedad, dos años antes había sufrido una metástasis que le afectó al hígado, por lo que tuvo que pasar por sucesivas operaciones, muy dolorosas, y falleció al fin.

Por eso Kizu, aunque su estado general no era satisfactorio, rehusó someterse a más pruebas.

En otoño del año anterior, cuando el departamento que dirigía en la universidad celebraba una cena, un famoso especialista en Oncología, allí presente, le dijo que a primera vista lo notaba flojo de salud, y le recomendó hacerse unos análisis. Kizu echó mano de la conciencia resignada que había venido alimentando en sí mismo secretamente, y aceptó que el oncólogo le escribiera una carta de presentación dirigida a un discípulo suyo, que ejercía la profesión en Tokio. Con esas premisas, nada más comenzar su año sabático, Kizu se dirigió a Tokio. A pesar de todo, por más dolencias que el cáncer le trajera, él no se encontraba en absoluto animado a ser otra vez objeto de dolorosas pruebas u operaciones.

Antes de su partida, un especialista en Literatura Japonesa que había llegado al Departamento de Asia Oriental para investigar temas de su especialidad —por los datos de su tarjeta, era Catedrático de la Universidad de Tokio—, le dijo:

—Con que tenemos aquí a Rokubu, el monje budista peregrino, que vuelve a su tierra patria, ¿verdad?

No parecía ser un comentario muy considerado; y Kizu lo encajó como una broma pesada. Para él la realidad presente era algo mucho más serio.

En medio de todo, y aunque por lo general su estancia en Tokio se debería a motivos de índole negativa, aun así pudo él imaginar una finalidad positiva. Y era que albergaba el presentimiento de que aún podía volver a ver a aquel joven con quien se había encontrado por azar quince años atrás, nada menos; aquel chico tan feo como para no poder mirarlo fijamente, pero dotado de tanta belleza —que por cierto en un instante le había mostrado— como para estremecer el corazón de cualquiera. A Kizu le gustaría ver cómo se había desarrollado su vida desde entonces. Hacía ya quince años, él mismo había abrigado el presentimiento —por una dialéctica afín a la de los sueños— de que su deseo no llevaba camino de realizarse, pero —al mismo tiempo— de que con toda certeza se realizaría.

A poco de establecerse en un apartamento de Akasaka, propiedad de la universidad, Kizu se valió de la confianza que le inspiró un periodista, que fue a entrevistarle sobre la situación de las enseñanzas de Bellas Artes en América, para pedirle que le buscara artículos de prensa relativos a lo ocurrido aquel lejano día; cosa que consiguió del periodista. Sin embargo, el artículo dedicado a la ceremonia final del concurso de maquetas construidas con piezas de plástico —tema tan de moda en América como en esta otra costa del Océano Pacífico— era sumamente escueto, aunque la editora del periódico del reportero especializado en Arte había sido una de las entidades patrocinadoras del acto. Allí no aparecía el nombre del chico que, en el día de la adjudicación del premio, cuando llevaba al escenario la construcción hecha por él mismo para recibir el último veredicto, destruyó su propia creación un momento antes. Sólo que un artículo que salió en un recuadro del mismo periódico relataba aquel incidente que interesaba a Kizu, resaltando el comportamiento desinteresado del joven, así como la bravura de la chica, que aguantó el dolor afanándose por salvar aquella obra artesana de la destrucción.

Así las cosas, Kizu llamó de nuevo por teléfono al periodista; y éste le puso en contacto con el autor del artículo del recuadro. Aquel articulista, ya veterano, se había convertido en un ejecutivo; por supuesto, le había interesado el incidente protagonizado por el joven, y cuatro o cinco años atrás —por lo que le explicó— había tratado de escribir un artículo de seguimiento del caso. No obstante, no había podido realizarse un encuentro con su protagonista, ya todo un adulto.

Al tiempo de realizarse el concurso, el joven tenía diez años, y era alumno de una Escuela de Grado Elemental. Luego pasó sucesivamente por los centros de Grado Medio y Superior de la misma institución privada, para ingresar más tarde en el primer ciclo de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Tokio. Luego, hasta el momento de promocionarse ingresando en la Facultad de Arquitectura, su nombre aparecía en los catálogos de antiguos alumnos de la Escuela de Grado Superior. Pero en el siguiente catálogo publicado, al no haber él respondido a la encuesta, su dirección actual se daba como desconocida. Tras hacer indagaciones en la universidad, se averiguó que había dejado voluntariamente los estudios. En mucho tiempo no había tenido contacto ni siquiera con sus padres; y aun en el supuesto de que se encontrara bien de salud, era de suponer que llevaba una vida errática.

Pero, por otra parte, el periodista declaró que, tratándose de la joven, sí sabía cómo contactar con ella, ya convertida en persona adulta. Antes de escribir aquel primer artículo del recuadro, naturalmente intentó entrevistar al joven, pero, ya fuera porque éste se negó, o bien porque tampoco la familia se mostró a favor, su propuesta fue rechazada. En tal situación, escribió el artículo basándose en las palabras de la joven. Al periodista, incluso, le había llegado una tarjeta de felicitación de Año Nuevo enviada por la madre de ella — que, al presente, residía en Hokkaido—. Todo esto era cosa de unos años atrás; pero allí se decía que la hija se había marchado a Tokio, llevada por su deseo de convertirse en bailarina profesional, y que, como se hacía constar su lugar de residencia en Tokio y demás detalles, era posible localizarla.

Kizu vio como muy lógico el hecho de que el chico, con aquel espléndido sentido que tenía de las tras dimensiones, hubiera elegido la carrera de Arquitectura. La maqueta de plástico que el joven portaba mientras avanzaba, y que Kizu pudo ver un momento antes de que un ala se incrustara en la entrepierna de la chica — una construcción en forma global de bumerán, con dos alas ensambladas—, él la consideró entonces como el diseño de una estación espacial, según podía recordar.

Igualmente, Kizu creía entender bien cómo un joven dotado con aquellos rasgos, ya hecho adulto, llevara esa vida libre tras dejar la universidad. ¿No era esa acaso la juventud apropiada para un muchacho que ostentaba una terrorífica cara perruna, y al mismo tiempo unos preciosos ojos, desbordantes de sentimiento? Sin duda poseía ese talante, como para destruir a sus pies, de golpe, aquella construcción que apenas podía él sostener con sus propios brazos, y que le habría llevado un año entero hacer; tiempo que él mismo, a sus diez años aproximados de entonces, habría sentido como infinitamente largo.

Resultaba imposible seguir la pista del chico e informarse sobre su paradero, toda vez que él hacía su vida al margen de su familia, con la que había cortado. No obstante, Kizu no abandonaba su visión optimista de que durante esta especial estancia suya en Tokio podría muy bien toparse con él por mera casualidad.

Otra persona que no había olvidado el encuentro de aquel día con el joven era la chica que se había visto suspendida en el espacio por la construcción en forma de bumerán. Ella tenía un motivo más que claro para continuar recordándolo, a saber: porque la punta del ala de plástico portada por el joven con ambos brazos la había despojado de su virginidad. Ella tuvo ocasión de averiguarlo por propia experiencia. Fue durante su segundo año en la Escuela de Grado Superior, en la ciudad de Ashikawa, adonde su padre había sido trasladado; allí, con ocasión de mantener relaciones íntimas con su profesor de Educación Física —que amablemente le enseñaba también danza—, el acto sexual se desarrolló con inesperada suavidad, hasta el punto de que el profesor tomó esto a mal, interpretando que ella habría tenido ya muchos contactos por el estilo; pero eso mismo a la vez le devolvió cierta calma. Ella no le dijo nada al profesor, pero no pudo menos que acordarse de aquella ceremonia de los premios, en la que le habían segado su más íntima flor. Por aquel entonces, ya una vez de vuelta en casa, pudo sacarse del interior de los pantys una pieza de plástico amarillo del tamaño de un dedo pulgar, con sangre reseca incrustada.

La joven advirtió asimismo que la valoración dada por el articulista del recuadro al proceder del joven —al comentarlo como una anécdota artificialmente bella, en la que el joven habría sacrificado su propia creación por salvar del trance a la desventurada niña— se apartaba enteramente de la realidad. Se decía allí que cuando el joven se disponía a subir al escenario, llevando su obra —ya altamente considerada en su fase de candidatura— para presentarla a la deliberación final, él había adoptado una audaz decisión por tal de salvar a la joven —la cual había quedado enganchada en aquella obra— del dolor y de la vergüenza. Sin embargo, la joven era consciente de que, vestida como estaba para la actuación, todo se resolvería si alguien le levantaba la falda enrollándola, le bajaba la ropa interior, y le arrancaba aquella ala de plástico que de tan imprudente manera se le había deslizado allá dentro. Por más que hubiera gente alrededor mirando, ella no se habría sentido avergonzada. Igualmente se dio cuenta de que, aun siendo dolorosa la intrusión del pico del ala en sus partes íntimas, la incomodidad de la postura que estaba ella aguantando la defendía de sentir más agudamente el dolor, pues podía hincársele el filo de aquel pico; y esto la alentaba a perseverar en dicha postura.

En un instante le sobrevino un dolor violento y agudo, que no tenía nada que ver con el sufrido hasta el momento. Fue cuando el muchacho, haciendo acopio de sus fuerzas, arrojó su obra al suelo, como dejándose llevar por la inercia del mismo movimiento. Se trataba en realidad de un ataque. La niña supo que era un ataque intencional que aquel joven con cara de perro, pero con unos preciosos ojos capaces de estremecer el pecho de cualquiera, dirigía contra sí mismo. Asustada por tanto salvajismo y crueldad, no pudo contener el llanto.

De esta manera, tres personas, que en aquella fecha vieron entremezclarse levemente sus vidas, estaban predestinadas a encontrarse quince años más tarde. La historia que entonces empezó constituye el hilo narrativo de estos hechos; y por lo que respecta al relato transcurrido hasta este punto, la voz que en él se ha oído ha sido la de Kizu, como sin duda habrá quedado patente al atento lector. Pues la visión que captó la figura del joven como la de un hombrecito, con la musculatura de un hombre corpulento reducida a escala, no podía deberse más que a los ojos de un artista, hechos de por vida a la observación.

CAPÍTULO I

CIEN AÑOS

Cierto joven, llamado Ogi, recibió de sus nuevos compañeros, a poco de conocerlos, el sobrenombre de "el inocente muchacho"; pero esto no le hizo sentirse especialmente incómodo. Pues aunque estemos hablando de

"compañeros", si únicamente hacemos la salvedad de una joven, los dos hombres estaban próximos a la edad de su propio padre. Y no tardó Ogi en convencerse de que la chica en cuestión no tenía nada de inocente en comparación con él mismo. Los dos hombres algo mayores que se contaban entre esos compañeros recibían las denominaciones respectivas de "Patrón" y "Guiador". El joven Ogi contaba entre sus recuerdos que, hacía ya diez años, leyó al azar tales nombres en un periódico, como personajes claves de cierto "incidente". En resumidas cuentas, siendo ellos los protagonistas del "incidente" —que desde la perspectiva de Ogi era un hecho perteneciente a un pasado ya bastante remoto—, se podían considerar aún ambos en la flor de la vida. Así y todo, en los medios de comunicación del momento ya se los describía como personas que han dejado atrás la juventud.

Puestos a explicar, aprovechando la ocasión, los extravagantes apelativos de esos dos, digamos que al protagonizar el incidente cortaron los lazos de relación con el grupo religioso que hasta entonces habían dirigido; y el New York Times, que publicó reportajes sobre el incidente, en vez de usar los nombres respectivos de ambos los sustituyó por esos epítetos burlescos; los cuales fueron acogidos sin problema por los interesados. Más tarde, a la joven que compartía con ellos la vida en común, la llamaron —valiéndose del mismo estilo— "Bailarina".

Cuando Ogi supo por vez primera que, en los meses y aun años que siguieron al incidente, ellos dos guardaron silencio al respecto, recibió un fuerte impacto. Pues ellos, aparte de mantener un canal abierto a las escasas conexiones necesarias para su sustento, vivían en el más rotundo aislamiento respecto al resto del mundo. Además, algo que causaba asombro a Ogi era que Patrón, siendo el de más edad de los dos, y aun no teniendo un cuerpo muy robusto, era un hombre verdaderamente dotado de energía vital. I pasaba sus días en una existencia soterrada de cara a la sociedad, como sitiado por asuntos urgentes, aunque viviendo a tope. Pero, como revés de la moneda, también Ogi tuvo la ocasión de vislumbrar en medio de todo esto la excesiva tendencia a entrar en depresión que acusaba aquel hombre.

Por lo demás, el otro, el llamado Guiador, siempre daba muestras de una gran presencia de ánimo y, como resultaba fácil de advertir incluso para los extraños, era para Patrón un compañero de toda confianza. El joven Ogi, acogiéndose a un símil sugerido por su escasa experiencia como lector, comparaba las conversaciones de ellos con las de Kanzan y Jittoku, aquellos monjes legendarios coetáneos con la dinastía tang de China. Así las cosas, cuando ellos dos se encontraban charlando mutuamente, si Ogi asomaba la cara por allí, solía encontrarse con que la joven se sumaba a la charla, y trataba a ambos usando los consabidos apodos. Andando el tiempo, conversar con ellos llegó a ser para Ogi un ingrediente de su trabajo, y él entonces sintió como forzada y antinatural esa modalidad de trato de la joven. Incluso le pareció irritante. Pero estas impresiones se le disiparon cuando Bailarina pasó a contarle abiertamente esto:

Su propia madre había tenido sus esperanzas puestas en que ella estudiara Ciencias de la Educación en la Universidad de Ashikawa, donde el padre también ejercía en la Facultad de Ciencias, y en que luego llegara a ser profesora de Grado Medio o Superior en algún centro de la misma isla de Hokkaido. "De haber secundado esos deseos —añadió Bailarina—, yo no habría pasado el tiempo con esta plenitud de ahora, gracias a la compañía de Patrón y Guiador, que en el sentido propio de las palabras han sido para mí respectivamente como un tutor y un guía. Mi vida habría sido otra bien distinta".

"Así debe de ser, sin duda", pensó Ogi. De un modo o de otro, en la relación mantenida entre aquellas tres personas había algo especial.

Otra imagen que se le imponía a Ogi, también a partir de su pobre experiencia lectora, era ver a aquella pareja de cincuentones con la catadura de dos lobos de mar que hubiesen culminado una larga travesía. Era un símil muy tópico, como juvenil, pero envolvía un sentido de realidad. ¿No era cierto acaso que a los dos les quedaba un aire de haber compartido el mismo barco como compañeros de tripulación: tanto al hombre calmoso y rechoncho que era Patrón, como al otro musculoso, larguirucho y con todo el perfil de un halcón, que era

Guiador? En éstas, no bien se había imaginado Ogi tal comparación, cuando probó a soltársela a Bailarina. Pero la réplica que le devolvió ella fue como para sacarle los colores al inocente muchacho:

—Tanto Patrón como Guiador, creo que están todavía en plena tormenta. En días cercanos, incluso alguien como tú podrá ver cómo el oleaje se encrespa de nuevo ante el viento, y cómo se le echan encima el aguacero y la galerna. ¿No vale más la pena, antes de que eso ocurra, buscar un puerto para resguardarse de la tempestad?

—¿Y tú, entonces? —replicó Ogi.

—Yo, en mi caso, uniré mi suerte a la del capitán y a la del piloto mayor —dijo la muchacha como susurrando, mientras dejaba ver, en su boca entreabierta, la lengua rosácea, húmeda de saliva.

De entrada, y contando con esa manera tan corporal que tenía ella de expresarse, el joven no podía sentirse atraído verdaderamente por Bailarina. Y hay para ello una razón muy simple. Cierto que Bailarina era una chica que encerraba mucho encanto para el común de los jóvenes, dada su juventud y su belleza, y también su personalidad, tan destacable por encima de lo normal. Incluso su manía de llevarle la contraria a él, vista desde otra perspectiva, podía tal vez convertirse en una característica que precisamente lo atrajera sin remedio. Y si se tratara de su voz y de su manera de conversar, en eso más que nada Bailarina era especial, aproximándose ella a uno como con un abrazo que invita al baile: acercaba su cuerpo pequeño y grácil, y se ponía a susurrar íntimamente. Sin embargo, a una con esa voz solía venir alguna palabra punzante de reproche, que ella no podía refrenarse de soltar. Y encima, como ya ha quedado dicho más arriba, incluso cuando estaba callada, mantenía la boca entreabierta, dejando ver hasta el fondo su garganta roja en penumbra.

Para el inocente muchacho que era Ogi, la combinación de "hablar susurrando suavemente" con esa "sensación de boca siempre abierta", tan del gusto de Bailarina —y, dicho sea de paso, no es que por esto la tildara de insensata, sino que más bien interpretaba el hecho como un pequeño receso en medio de su expresión tan movida, inteligente y alerta—, tenía él que dejarla pasar con ánimo abierto; si bien, cuando menos, no era cosa que pudiera en modo alguno dejarlo indiferente.

Por razones de trabajo, Ogi se reunía con Bailarina, la secretaria de Patrón y Guiador, una vez cada dos meses. Aun así, desde que Ogi se incorporara a su trabajo, no se había dado el caso hasta el presente de que fuera ella quien lo telefonara a él. Pero ahora se presentaba esta circunstancia nueva: que Bailarina contactaba con él de pronto, transmitiéndole el mensaje: "Patrón te necesita urgentemente". Este mensaje le llegó por fax a Ogi cuando se encontraba en Sapporo, isla de Hokkaido, transmitido desde la sede central de su compañía en Tokio; —él trabajaba en la Fundación para el Intercambio Cultural entre las Naciones, y como un eslabón más de su trabajo estaba el mantener contacto periódicamente con Patrón—. Su compañía le había confiado la misión de acompañar a un médico francés y a su mujer, a quienes había invitado, con ocasión de un congreso plenario organizado por la Asociación Japonesa de Dermatología.

El fax decía: "Una persona llamada "Bailarina" —y japonesa, sin duda— nos ha llamado por teléfono, diciendo que quiere contactar contigo urgentemente; que "Guiador" se ha desplomado por una hemorragia cerebral, y que "Patrón" quiere verte. Estos extraños nombres serán apodos, sin duda. Le pedí a ella que me diera los nombres reales, pero me respondió que ya con lo dicho te orientarías mejor que con nada". Y había un añadido al final: "Le dije que como iba a traeros complicaciones a la marcha del congreso si yo la informaba sobre tu hotel y número de teléfono, para evitar esto yo mismo iba a comunicarme contigo. Esa mujer da la impresión de estar como en trance, posesa por algo. "Bailarina" "Guiador" "Patrón"... ¿Qué es eso, y con qué chusma de gente te juntas tú?".

El cometido de Ogi en esa ocasión consistía en llevar al mencionado doctor en Medicina y a su señora, llegados de Lyon, a unas dependencias del hotel que se habían reservado para celebrar el congreso; el doctor

debía pronunciar allí su discurso de salutación. Tras hacer una llamada telefónica a la residencia de Patrón, Ogi se dirigió con aquel matrimonio a la enorme sala donde tenía lugar la cena correspondiente a la víspera del congreso; allí escoltó al profesor y a su esposa hasta la mesa donde les esperaba el presidente del congreso acompañado de su esposa, pues los caballeros habían sido colegas de investigación durante muchos años. Cumplida esta misión, el joven explicó su situación al personal responsable del congreso, y enseguida cogió un taxi para enfilarse a toda prisa hacia el aeropuerto de Chitose, en las afueras de Sapporo. Cuando por fin se encontró a bordo del último avión con destino al aeropuerto de Haneda, Tokio, Ogi consideró en su interior que jamás antes había actuado con la precipitación de ese momento. Esto le producía a ratos de Ñazón, pero también a ratos —y sin que ello se contradijera con lo anterior— le hacía sentir una leve satisfacción.

Para el día siguiente, durante toda la mañana, la fundación —y Ogi a fin de cuentas como delegado suyo— se había comprometido a hacer de guía a la señora del doctor —incluida la provisión de transporte— para una visita turística a Sapporo, mientras su marido se hacía cargo de la conferencia inaugural. Ogi pensó que al día siguiente podía toparse con atascos en la carretera, a causa del tráfico ocasionado por el aeropuerto de Chitose; y se iba a ver entonces muy apurado de tiempo; pero, ya sin tomar la precaución de buscarse un sustituto para desempeñar su trabajo, se había resuelto a volver a Tokio. Era una persona con firme sentido de la responsabilidad, por naturaleza; y aunque la palabra "perfeccionista" tiende fácilmente a adoptar un significado negativo, Ogi era un perfeccionista. A pesar de todo eso, ese día se sentía satisfecho por haber dejado al margen, sin más contemplaciones, su trabajo del día siguiente.

Tal sentimiento era, sin duda, muy acorde con su condición de inocente muchacho, como su simple brote natural; pero también provenía de su íntima sensación de que esa conducta suya reciente no podía ya medirse por sus patrones habituales de conducta. Incluso llegó a albergar el presentimiento de que eso podría desencadenar la tendencia que llevaría a la quiebra de su propia coherencia personal. A todo esto, ¿por qué Ogi, en un momento tan crucial, había tomado una resolución tan desproporcionada? También eso tiene una simple explicación, pues todo se debe a las conversaciones —aún vívidas en su memoria— mantenidas con Bailarina, la chica que hablaba con suaves susurros, dejando ver el interior de su boca mediante ondulaciones tales como las de una anguila en el agua, y que aun conversando por teléfono tenía un tono sensual que apelaba a la imaginación. Bailarina, en ese caso, había comunicado a Ogi por teléfono, y sin darle tiempo para insertar una sola palabra, el siguiente parte de la situación:

—Guiador fue invitado por los antiguos creyentes de la secta religiosa a una reunión con ellos, pero ya estando en el lugar adonde se dirigía, ha caído al suelo privado de conocimiento. Según me dicen, ello se ha debido a un aneurisma cerebral, con la subsiguiente hemorragia. Por suerte había en la reunión un médico, el cual ordenó su traslado inmediato a cierto hospital universitario, donde trabaja un conocido suyo. Ya en la reunión, y antes de dar su charla, Guiador se había quejado de dolor de cabeza, mientras estaba comiendo con ellos. Luego siguió sintiéndose mal y —por lo visto— fue a los aseos, donde vomitó. Contando desde ese momento, pasadas ocho horas ya estaba operado, y en medio de la desgracia —que desde luego lo es—, ahora su situación va cambiando para bien. Sólo que la hemorragia ha sido muy fuerte; y como ya Patrón venía diciendo de un tiempo a esta parte, desde la época en que Guiador asumió la responsabilidad del grupo religioso, este colega suyo ha venido padeciendo la enfermedad del colágeno. A Patrón le preocupa que la larga lucha de Guiador con su enfermedad pueda haberle debilitado desde luego el sistema circulatorio. Tras lanzar estas quejas, Patrón se ha echado a llorar. Como la situación se me escapa de las manos, aquí estoy, esperando tu llegada.

Ogi le respondió que él tenía el compromiso de hacer de guía, durante toda la mañana del día siguiente, a la señora de un conferenciante, invitado al congreso, y de llevarla a una plantación forestal de tipo experimental perteneciente a la Universidad de Tokio. La señora misma era una especialista en la cría forestal, contando en su haber con contribuciones bibliográficas. Pero Bailarina no parecía dispuesta a escucharlo para nada.

—No lo dejes para mañana; vuelve esta misma noche en algún avión con destino a Haneda; y sin dar luego por ahí más rodeos, yente a la oficina. Patrón está hecho una pena, destrozado como un pez roca ante el fusilazo de un pescador submarinista. Y yo sola, la verdad, no puedo con esto. No hay ningún otro conocido por aquí de quien pueda echar mano...

El joven evocó en su mente la delicada figura integral de Bailarina, no obstante sus bien musculadas espaldas y sus bíceps, resultado —sin duda alguna, para Ogi— de haber cultivado su físico mediante la práctica del submarinismo, como deporte añadido a la danza. En las presentes circunstancias, a él no le quedaba otra salida que mostrarse totalmente de acuerdo con la chica.

Nada más llegar a la oficina de Patrón y Guiador en el distrito de Setagaya, Ogi se adentró en la densa y oscura arboleda del jardín, que se continuaba en un seto muy lozano. Fue andando hasta el edificio de una sola planta que se alzaba en lo profundo del jardín, y entretanto iba también dirigiendo su vista al firmamento. Sin cambio especial respecto al paisaje que acababa de dejar en Hokkaido, en medio de un aire claro y frío las estrellas destacaban por su brillo.

Antes de que Ogi pulsara el timbre de entrada a la casa, ya Bailarina le había abierto desde dentro, y acto seguido se quedó mirándolo, como traspasándolo con los ojos, mientras estaba él todavía fuera, sobre el camino enladrillado.

—Si no pulsas el timbre de entrada al jardín, te puedes encontrar con el San Bernardo, que a veces lo dejamos por ahí suelto.

Como siempre, en medio del dulce susurro de su voz se entremetía una llamada de advertencia.

Bailarina se adelantó a Ogi, indicándole el camino hasta una amplia habitación que reunía las funciones de sala de estar y comedor, y lo dejó esperando ante una librería baja, situada entre un sofá y un sillón, y con una pequeña lámpara —como único punto de luz— colocada sobre ella. Bailarina se adentró por un oscuro pasillo, hasta el cuarto de estudio y dormitorio —a la vez— de Patrón.

Ogi se sentó en el extremo del sofá más próximo a la entrada, y rememoró los días finales del año anterior, cuando por encargo de la fundación tuvo él que dedicarse a repartir pavos ahumados. Las direcciones de entrega eran muchas, y el presidente de su empresa le había instruido para que terminara el reparto en la víspera de Navidad. Ya estaba entrada la noche, y él iba precisamente hacia allí, cuando en un cruce a dos bocacalles de la casa se encontró con Patrón, que iba paseando al perro: caía una incesante aguanieve, que reflejaba débilmente la iluminación del alumbrado callejero. Y por allí pasaba el hombre, de mediana estatura, pero de notable anchura y corpulencia, con su impermeable encima —a Ogi le recordó a un soldadito de madera que su padre le había traído en su infancia, como recuerdo de Alemania—, que venía caminando despacio. Lo acompañaba un San Bernardo, tan largo éste como ancho era el hombre. Lo que de entrada captó la atención de Ogi fue simplemente la manera que tenía el hombre de dar los pasos mientras se acercaba andando, unos pasos calmosos desprovistos de cualquier balanceo corporal. También el perro participaba de los mismos andares. El hecho de que el hombre marchara cubierto con la capucha del impermeable, hasta la cara incluso, y que el perro llevara también una protección del mismo material cubriéndole completamente el cuerpo, daba a los dos un aire de innegable parecido. Así, en plena marcha, Ogi los sobrepasó, y tras un instante de pausa, se percató de que el hombre era Patrón, pero ya le resultó violento volverse y llamarlo. Hasta tal punto le imponía la majestad y solemnidad con que Patrón y su San Bernardo, en una noche lluviosa, iban así caminando como un par de hermanos, con toda esa semejanza física.

Ogi iba recordando todas estas cosas en la habitación débilmente iluminada por un único quinqué, cuando se levantó y se dirigió a la amplia puerta de cristal, donde por un resquicio del cortinaje se puso a mirar al jardín,

sumido en la oscuridad bajo los frondosos árboles. Por la espalda se le acercó Bailarina, habiéndole con su voz furtiva.

—¿Estás mirando la caseta del perro? Como no se te ha echado encima y ya estás dentro de la casa, ya no necesitarás mirar, ¿eh?

Ogi, que, como siempre, ya se sentía como si le perdonaran la vida, no respondió nada en especial, sino que bajó la vista hacia el camino enladrillado que quedaba a sus pies. A todo lo largo de la habitación, desde ambos extremos de la parte acristalada, se había montado un complicado sistema europeo de contraventanas de madera correderas como protección. En realidad el sistema nunca se usó luego, pero hacía poco Guiador le había explicado a Ogi, cuando éste se encontraba de pie en ese mismo lugar, las circunstancias que motivaron dicha instalación:

Cuando Patrón y Guiador se mudaron a esa casa, era feroz la compleja persecución que sufrían por parte de una gente que no sólo los miraba con antagonismo, sino que les tenía plena aversión. En tales momentos y para protegerse de posibles ataques a pedradas, hicieron instalar esas contraventanas. Y no ya con el propósito de proteger su integridad personal, sino también llevados por el temor de que las piedras arrojadas rompieran los cristales, pensaron en un principio que sólo tenía sentido instalar las contraventanas por el lado exterior de los cristales. Sin embargo, Patrón argumentó con insistencia que él solía echarse en el sofá a leer libros, y que por eso quería tener las planchas de madera —y mientras más sólidas fueran, mejor— lo más cerca posible de su propio cuerpo, como una muralla envolvente. De ahí que se construyera aquel modelo de montaje, con complicados raíles interiores para hacer correr las planchas de madera, ya que las contraventanas iban «por dentro» de los cristales, y no por fuera, como los habituales postigos contra la lluvia de las ventanas japonesas. Como la construcción era tan artificiosa y complicada, una vez que en la opinión del mundo exterior decayó el interés hacia Patrón y Guiador, Patrón mismo tomó la iniciativa para que desmontaran las contraventanas. Sin que se supiera ya por qué vino a cuento el tema, el caso es que Guiador le había explicado todo esto a Ogi con pelos y señales. En tal ocasión, Patrón pasaba por una crisis aguda en sus altibajos depresivos —le explicaron—, y se encontraba recluido en su estudio-dormitorio sin salir de allí. Por eso fue Guiador quien recibió a Ogi, que ese día había ido para mantener el contacto y tratar asuntos de común interés con su fundación.

Bailarina carraspeó gentilmente para aclararse la garganta, y esperó a que Ogi se volviera hacia ella.

—Patrón está ahora despierto, así que puedes verlo poniéndote al lado de la cama, pero no se te ocurra hacerle preguntas sin sentido —le dijo, con ese tono tan dominante que hizo recordar instintivamente a Ogi aquella conferencia a larga distancia, cuando ella le habló con cierto acento de súplica.

Bailarina luego se volvió en redondo, como si la prolongación de su cuello, fuerte y flexible, se convirtiera en un eje que le recorría el cuerpo hasta la zona lumbar, y en torno al cual ella giraba. Mientras la seguía pasillo adelante, Ogi creyó verle —en el instante de quietud previo a ese giro y a la luz del quinqué situado en bajo— un hilo de saliva desde el fondo de su garganta, que reverberaba plateado. Con todo, incluso esta impresión, que podría considerarse «tan sensual», el inocente muchacho tenía que contemplarla en un plano conceptual.

Patrón se encontraba en una habitación aún más oscura, acostado sobre una cama baja, y con el cuerpo vuelto hacia el visitante. Ogi había entrado, conducido por Bailarina, hasta ponerse junto a una mesita adyacente a la cama, donde reposaba un quinqué encendido; al ver la cara de Patrón bajo esa luz, sintió una opresión en el pecho. La causa estaba en que Patrón, siendo bastante mayor que él, lo miraba con unos ojos negros desbordados de lágrimas, como lo haría una cría de foca. De hecho resultaba imposible sostener la mirada de esas pupilas. Ogi desvió su vista hacia lo alto, y se dispuso a escuchar la voz lastimosa de Patrón, que iniciaba la sarta de sus quejas.

—Para mí no existe ya pasado que recordar, e igualmente me siento como quien ha perdido el futuro. Pues aun cuando yo pudiera de nuevo entrar en un gran trance y trasladarme al «más allá», las experiencias que allí tuviera no acertaría a expresarlas más que como quien suelta al azar palabras delirantes. Guiador me oía esas cosas, y las convertía en un discurso con pleno sentido; gracias a ello mis palabras empezaban a convertirse en palabras «de aquí». De no seguir ese proceso, mis palabras quedan privadas de sentido. Las frases que yo charlo, brotadas de mi delirio, son cabalmente como provocadas por el trance de la fiebre; y dejadas sin más como me salen, ni yo mismo puedo recordarlas. Lo único que me queda en la memoria, no pasa de ser la cascara que ha contenido el fruto de un significado.

»Todas mis palabras son así, por eso todas son insensateces si me falta Guiador. En este momento tengo claro que, si me pongo a recordar cosas, todo es como un tarro abierto y sin contenido. Por más que me aplicara a organizar mis recuerdos desde el principio para redactarlos como "mis memorias", sin la ayuda de Guiador no acertaría a dar ni un paso. Lo mismo cabe decir sobre el episodio del Salto Mortal, pues Guiador tuvo la amabilidad de ordenar mis recuerdos y recrearlos para mí. Pero, a todo esto, ahora que Guiador tiene el cerebro destrozado, ¿qué me va a quedar? ¿No es cierto que quien queda soy yo, como un muerto viviente?

»Nada quedará en pie de mi vida, ni siquiera mis palabras. No hay nada más cierto, especialmente si venimos a mi concepto de futuro. Insisto en que a mí me sobrevienen grandes visiones, las cuales se convierten en conceptos con entidad propia gracias a que Guiador las ha puesto en forma de palabras. Ya ni tengo pasado, ni tengo futuro. Si ahora lo único que tengo es el presente, ¿no equivale esto a decir que es un presente hecho infierno? Por todos los diablos, ¿cómo habré llegado a caer en tal situación?

Tras estas lastimosas preguntas —que, como era obvio para el inocente muchacho, no requerían su respuesta— Patrón se sumió en el silencio. Ni en el trasfondo de aquel complejo monólogo suyo entretendido de preguntas, ni en su cara entrelarga, debilitada y profundamente apaciguada, había nada que demandara cosa alguna de su interlocutor; mantenía una expresión totalmente pasiva. La única idea coherente que acudió a la mente de Ogi fue —en concreto— que nunca antes había visto a un adulto en plena crisis de desesperación que mantuviera una calma tan profunda. Tenía ante sí un cincuentón desesperado, que poseía alma de niño. Bailarina, que guardaba silencio junto al también silencioso Ogi, mostró su asentimiento a Patrón por dos o tres veces. Como una madre que ante las quejas llorosas de su niño se limitara a responderle así, sin entrar en la solución de su problema: «Está bien, está bien. . . , te estoy escuchando". A Ogi no le cabía en la cabeza cómo esta Bailarina, que tan acogedora se estaba mostrando, pudiera haberlo apremiado a él de aquel modo para hacerlo volver a Tokio: «Yo sola aquí no puedo hacer nada".

Mientras Ogi seguía allí, bloqueado y sin poder reaccionar con eficacia, Bailarina estaba que no paraba de un lado para otro. De un rincón próximo a la pared, que escapaba del círculo de luz del quinqué, Bailarina trajo una silla baja, de la misma altura que la cama, y un cojín para su propio uso, que colocó junto a la silla. Ogi se sentó en la silla y extendió las piernas hacia delante, para venir a sentir inmediatamente en torno a sí un olor a cuero cargado con el de polvos de maquillaje: era que Bailarina había posado enérgicamente sus nalgas en el cojín. De este modo ambos se situaron casi en la misma línea de visión de Patrón, cuyo rostro inclinado hacia ellos podían observar de perfil. Ogi captó de un vistazo el interior de la boca entreabierta de Bailarina, que reflejaba tenuemente la luz, volvió su mirada a la cabeza de Patrón, y se preguntó si lo que le esperaba luego podría ser otra cosa que estarse allí sentado mirándolo fijamente, y aguardando el momento en que el hombre se lanzara a reanudar su lacrimoso relato. Siendo esto así, ¿qué sentido oculto habría en el hecho de que Bailarina lo hubiera elegido a él como acompañante? Con estos pensamientos, Ogi trataba de aquietar su espíritu.

Hacia el extremo este del estudio-dormitorio de Patrón, por el lado exterior de la cortina y el cristal, se notó sensiblemente el movimiento de alguna fiera de gran corpulencia. Era el sitio adonde él antes había mirado para localizar la caseta del perro, que debía de estar desde luego por allí. La continua agitación que mostraba el San Bernardo se superponía ahora en la mente de Ogi con esos ojos tan negros de Patrón, que reflejaban el

vacío. Y el joven evocó de nuevo aquella noche de aguanieve, en la que aquellos dos seres paseaban juntos, con sendos impermeables encima.

De este modo, Ogi hizo noche en aquella oficina. La víspera, ya el día anochecido, Patrón no había pronunciado más palabras y se había dormido sin dificultad. Bailarina le dijo a Ogi que se volviera a la sala de estar. Desde el día en que dio la cara la enfermedad de Guiador, habían solicitado de la Asociación de Servicio Doméstico que les enviaran una empleada del hogar, la cual asumía las tareas caseras; así que este día Bailarina y Ogi esperaron a que ella llegara, y luego se dirigieron en el coche de Bailarina al Hospital Universitario de Shinjuku, para ver a Guiador. Bailarina miraba a la calzada desde el alto asiento del conductor de su Mitsubishi «Pajero», como quien estuviera conduciendo un tanque. Con sus labios entreabiertos como de costumbre, era una fiera conduciendo. Viéndola al volante, no era difícil imaginar que su entrenamiento como bailarina le habría forjado aquellos nervios de conductor. A raíz de esto, Ogi intuyó la capacidad profesional de Bailarina.

Hasta llegar al gran bulevar de Kooshuu, ella prefirió meterse por calles estrechas, escogidas deliberadamente, y así evitó verse metida en atascos.

—Es que coger por la autovía nos llevaría más tiempo —comentaba, mientras corría a todo lo largo del bulevar de Kooshuu, cambiando ágilmente de carril, hasta el punto de hacer sentir mareos a Ogi.

—Este carrerón a todo gas nos puede ahorrar, como mucho, diez minutos —añadió Bailarina, en plan de autocrítica.

Ella le explicó a Ogi:

—Después de aquello, Patrón ha estado durmiendo toda la noche, pero hoy al amanecer seguía psicológicamente muy tocado...

Sobre cómo podía encontrarse Guiador, Bailarina no le había vuelto a comentar ni palabra, sin duda por haberlo ya hecho cuando le dio el parte por teléfono, de Tokio a Sapporo. También eso lo atribuyó Ogi al carácter profesional y ejecutivo de Bailarina.

La constitución física, grácil y delicada, de Bailarina, junto con aquella su boca a medio abrir que le daba una expresión de perpetua niña... sin duda todo eso encubría un peligro del cual era necesario precaverse; y, por si fuera poco, con aquella voz tan vaga y susurrante además que le dirigía al hablar... Pero una vez superado ese primer obstáculo, él atribuía tales cosas a un fondo personal, característico de ella, de toda confianza.

Ogi no era el tipo de persona que, incluso conversando con alguien de temas profesionales, pudiera por mucho tiempo cerrarse al diálogo. Su carácter lo llevaba a interesarse por la persona de su interlocutor, tratando de abrirse a cuanto pudiera llegarle de ella. Este rasgo podía considerarse como el fundamento concreto de aquel calificativo —«el inocente muchacho»— con el que Bailarina se refería a él desde un tiempo en que aún no tenían un profundo trato. Pero igualmente se podía decir que Ogi era un joven de carácter franco y abierto a los demás. Con frecuencia desconcertaba a su interlocutor, pues de pronto salía negando rotundamente la opinión de éste; pero eso ocurría cuando Ogi, puesto a escuchar con toda su buena fe, se percataba de que las palabras de su interlocutor eran ociosas, y que no tenía sentido seguir prestándole atención.

Sentado en el coche al lado de Bailarina, que iba conduciendo, y mientras escuchaba su voz como un susurro, se dio cuenta de que nunca antes había escuchado una conversación ociosa de labios de Bailarina, y que jamás ella lo había hecho sentirse mal repitiéndole una y otra vez palabras sin sentido.

Bailarina dejó a Ogi ante el vestíbulo de recepción del hospital, y fue a estacionar el coche en el aparcamiento que había justo delante. Luego volvió enseguida, dando una animada carrerita. Con su suéter blanco de tejido elástico y su pantalón entonado en ocre, ella rebosaba eficiencia juvenil, e incluso ya había conseguido el emblema distintivo de los visitantes. Esa rutina de conseguir los distintivos era un trámite tan simple que Ogi incluso sintió un resquemor de miedo pensando hasta qué punto habría seguridad en el hospital. Este Guiador que ahora yacía postrado en una cama del hospital era alguien que, a una con Patrón, se había convertido en objeto de encendidas controversias entre ideas encontradas en el seno de su misma iglesia. Según opiniones, la resolución definitiva del asunto quedaba aún por ver. Ogi estaba informado del tema por los medios de comunicación.

Subieron en ascensor a la quinta planta, y allí, ante la puerta de la Unidad de Cuidados Intensivos, Bailarina tuvo la habilidad de echar mano de un teléfono especial que había en alto para solicitar el acceso a los visitantes. La puerta se abrió desde dentro, con lo que ambos se sintieron invitados a entrar en dicha unidad.

Una vez dentro, tuvieron que lavarse las manos con jabón líquido desinfectante, y Bailarina se adelantó a decirle a Ogi que no se secase las manos después de lavadas. Avanzaron con las manos extendidas hacia delante, viendo cómo el líquido volátil de sus manos se evaporaba antes de darse ellos cuenta. Siguiendo a Bailarina como a un guía, Ogi llegó tras ella a una puerta automática de dos hojas que se abrieron hacia ambos extremos; con lo que ellos pasaron al interior. En el corredor que a partir de ahí les esperaba había — extendida a todo lo ancho del suelo— una franja de hasta tres metros de longitud cubierta de una sustancia pegajosa; a ejemplo de Bailarina, Ogi pasó también por allí, imprimiendo enérgicamente la suela de sus zapatos. Se sentía semejante a una gran mosca que quedara atrapada por las patas en una tira de papel atrapamoscas. Esta simple metáfora, tan de su estilo, se le ocurrió a Ogi a medida que la sensación de sus pies, cogidos en la trampa, le sugería que no podría salir de allí.

Tras pasar ante el puesto de control de las enfermeras, se encontraron con que allí comenzaban las habitaciones de los enfermos, y en la primera con que toparon había un paciente acostado, con su yukata puesta, dando muestras de tal debilidad que parecía que lo hubieran golpeado en todo su cuerpo; allí estaba, mirando al vacío. Aun siendo consciente de que no se trataba de la habitación de Guiador, Ogi se sintió interiormente sacudido.

Guiador, a su vez, estaba en la última habitación del pasillo, una gran habitación compartimentada en tres o cuatro espacios —donde había sendas camas— por cortinas blancas. En la zona más cercana estaba Guiador, acostado, en una situación aún más deteriorada que la de aquel paciente de antes. Tenía los tubos de goteo en marcha, junto con otro gran tubo de varias vueltas que procedía de un equipo de respiración asistida; pero no quedaba ahí todo, ya que el paciente estaba atado de pies y manos a la cama por medio de una fuerte cuerda. A la cabecera había un monitor electrónico, cuya pantalla, del tamaño de un televisor mediano, mostraba unas líneas de colores: verde, rojo, amarillo... , con cifras en los correspondientes colores, todo lo cual constituía un movido gráfico.

Viendo a Guiador así acostado, se advertía que aun en esa condición era un hombre de gran osamenta, y se notaba que la cama le quedaba corta. Tenía puesta una caperuza blanca sujeta a la cabeza; sus ojos estaban cerrados, y sobre la comisura del párpado derecho se apreciaba un hematoma producido por la congestión. Estaba conectado al tubo del oxígeno, y respiraba pesadamente. Su cara, de un gran aspecto, tan robusta que invitaba a calificarla de «magnífica», estaba roja, y a ratos incluso recordaba la de un niño que rebosara salud. La enfermera que los había conducido hasta la cama de Guiador comprobó el estado del goteo, cosa que le llevó muy poco tiempo, y sin decir nada en especial a los visitantes, se fue. Guiador dejaba asomar sus toscos pies fuera de la manta que lo cubría; y Bailarina, que estaba junto a Ogi cerca de la cama, se aproximó más al paciente hasta ocupar el sitio que había dejado la enfermera, y empezó entonces a masajear con soltura el torso de Guiador, desde los hombros —que la yukata dejaba al descubierto— hasta los músculos pectorales.

—Las ventanas de la nariz las tiene perfectamente, ¿no crees? Hasta ayer podía él respirar por sí mismo, y tenía fuerzas para sacudirse a patadas la manta, pero ahora... Según dicen, le han hecho bajar a propósito la temperatura. ¿No quieres tocarle la mano? Está sorprendentemente fría.

Ogi hizo lo que se le indicaba. La palma de la mano de Guiador, aunque desprovista de la fuerza de agarre necesaria para responder a quien pretendiera estrecharla, parecía ciertamente propensa a hacerlo, a juzgar por su volumen y su reacción. Ogi tuvo asimismo ocasión de comprobar que estaba más fría que la suya.

Bailarina masajeaba en cuanto le era posible la piel que estaba directamente expuesta al aire ambiental, y mientras trabajaba a en esto, su propio vientre y su cadera, que se le iban hacia la cama, amenazaban con aplastar los diversos tubos que se extendían por allí. Inclínada como estaba, levantó la vista para mirar a Ogi, con cierto desánimo —al parecer— ante el hecho de que él no hubiera contradicho sus malas impresiones sobre el enfermo.

Aun así, y como para recobrar su propio ánimo, Bailarina echó a andar hacia el puesto de control de las enfermeras, diciendo:

—Voy a enterarme de dónde está el médico de guardia, para pedirle que me dé el último parte clínico. Tú quédate aquí, y si Guiador vuelve en sí, ten valor para atenderlo como si tal cosa, ¿vale? No vaya a ser que, una vez que expresamente se haya recuperado, se encuentre rodeado de gente que no conoce de nada, y esto le provoque un trauma psíquico, y el aneurisma cerebral se le reproduzca y degenera en hemorragia. Si eso pasara, ya no habría nada que hacer.

Ogi se quedó solo, y se puso a pensar del siguiente modo: cuandoquiera que Bailarina iba a encontrarse con Patrón y Guiador para reunirse los tres, manifiestamente dirigía su atención hacia Patrón, y se mantenía fría e indiferente para con Guiador. Éste, por su parte, solía dar muestras de un sentido respeto hacia Patrón, pero tan pronto como Bailarina trataba de meterse en la reunión, no consideraba en absoluto las preferencias de Patrón y, sin consideración alguna, la dejaba a ella al margen del diálogo. Pero ahora que Guiador se había desplomado sin sentido, ¿no se advertía acaso, en la manera de masajearle ella la piel, una muestra de incipiente intimidad sexual?

Entretanto, sus pensamientos llevaron a Ogi en otra dirección muy suya, y para apagar el rescoldo de ese posible fuego, se propuso pensar sobre los cuidados de enfermera dispensados por Bailarina a Guiador, precisamente. Eran ideas que se le habían ocurrido desde el principio: ese «Patrón», a quien ya con cierto aire burlesco se había acostumbrado a llamar así, ¿podría ser verdaderamente una especie de patrono para la humanidad actual? Y, por otra parte, ¿qué pasaría si este «Guiador» —por el que sentía Ogi un fuerte rechazo, mezclado con ese respeto por el que lo querría ver lo más lejos posible de sí mismo... , aquel hombre tan inseparablemente unido a Patrón—, qué pasaría si fuera verdaderamente un guía de la humanidad? ¿Y qué podía significar el hecho de que él mismo —Ogi— hubiera por fin cobrado conciencia de tan importante cuestión, precisamente en este punto y hora en que Guiador había sufrido un aneurisma y una hemorragia cerebral, yaciendo con el conocimiento perdido, y viéndose abocado a una crisis mortal?

Cuando Ogi se encontraba sumido en lo más hondo de sus solitarios y medrosos pensamientos, Bailarina se presentó ya de vuelta. Ella traía una expresión mohína; y, ensombreciendo el gesto en torno a su nariz respingona mientras dirigía una mirada escrutadora a Ogi, enfiló hacia la salida de la Unidad de Cuidados Intensivos, sin decir ni palabra. De nuevo tuvieron que pasar por la desagradable sensación de la sustancia pegajosa de la franja del suelo chupándose las suelas de los zapatos, y luego se pararon ante la puerta que debía abrirse ante ellos hacia ambos lados, cuando de pronto Ogi advirtió que se había quedado en blanco. Pero a su lado, Bailarina alargó fríamente un brazo para pulsar con un chasquido el timbre de apertura.

—El médico es un pesimista de tal magnitud que llega a ser cínico. ¿Pues no nos sale con palabras como "muerte cerebral"? —exclamó Bailarina sin poder ocultar su indignación, en tanto salían del pasillo y se encontraban ya en el rellano del ascensor—. Me ha dicho que aun ahora avanza la hinchazón cerebral. A este paso, una fisura negra que detecta el TAC en medio de su cerebro puede acabar reventando. Le he preguntado si, en este estado de cosas, está aplicando medidas para parar la hinchazón, pero ese señor doctor no se ha dignado responderme.

El "Pajero", con Bailarina al volante, iba a entrar en un cruce del bulevar de Kooshuu. Echando una ojeada a su reloj de pulsera, Ogi pensó que esa tarde aún le daría tiempo de pasarse por su oficina de la fundación. Le faltó la osadía necesaria para decirle a Bailarina que torciera a la izquierda y lo llevara a la estación de Shinjuku, y en vez de eso le pidió:

—Para un momento y déjame por aquí.

Pero Bailarina reaccionó con mucha severidad, casi convulsivamente. Chasqueando su lengua mojada contra los dientes, que relucían blancos entre los labios abiertos, le dijo ella:

—¿Adonde quieres ir? ¿Precisamente ahora vas a escaparte? Yo sola no puedo ocuparme de ese hombre, con sus tiritones de fiebre.

Justo antes de meterse en el cruce, el "Pajero" se paró en seco, y ante el claxon que desde el coche de atrás le sonó materialmente encima, incluso se caló, temblequeante, como una persona que tuviera algo atascado en la garganta. Bailarina echaba fuego por los ojos, mientras afrontaba con bravura el lance. Por fin el coche quiso volver a arrancar, y ella lo arrimo al lateral, donde lo paró. Ogi advirtió, sobreponiéndose a lo imprevisto del caso, que los redondos hombros de Bailarina se agitaban bajo el suéter blanco, y que ella... ¡estaba llorando! Ogi se quedó desconcertado, y sólo se le ocurrió lo consabido de siempre en este tipo de situaciones: "¡Qué se le va a hacer!" Y con esto, trató de avenirse a las circunstancias. Se bajó por el lado de la acera, y mientras recibía nuevos pitidos de claxon alertándole del peligro, dio unos pasos rodeando al "Pajero" y se subió de nuevo por la puerta del conductor. Bailarina se cambió de asiento sumisamente y con presteza, hundiendo su peso en el asiento vecino, mientras que con sus manos de bonitos dedos se cubría el rostro.

Pero cuando el coche llevaba diez minutos en marcha, Bailarina se acomodó mejor, irguiéndose en el asiento, y orientó su cara, ya secadas las lágrimas, hacia el frente. Su habitual voz susurrante tenía ahora un matiz bronco, y le soltó a Ogi la siguiente historia, que a éste le pareció sobrada de razón:

Cuando ella misma iba a salir de Ashikawa, siguiendo su deseo de aprender danza, para venirse a Tokio, su padre la presentó a Guiador, un íntimo amigo suyo y antiguo compañero en la Facultad de Ciencias.

El padre era consciente de la trayectoria previa de Guiador: cómo había formado un grupo religioso a una con Patrón; pero eso no le había hecho cambiar de idea respecto a la confianza que le inspiraba Guiador como persona. En los telediaros, ella había visto reportajes sobre el tema en cuestión, y no acababa de tranquilizarse; pero, de todos modos, emprendió el viaje con la confianza puesta en Guiador. En la casa-oficina donde Guiador y Patrón vivían —que por cierto era una oficina inactiva como tal— le asignaron una habitación, y a cambio ella asumió las tareas de la casa. Fue poco después de su llegada cuando empezaron a llamarla "Bailarina", y por entonces, como un desarrollo natural de los acontecimientos, ella se convirtió de hecho en la secretaria de los dos.

Cuando, tiempo atrás y en Hokkaido, ella había dado un recital de su propia danza, un periodista local escribió un elogioso reportaje en un periódico de Sapporo —que en realidad había sido el motivo desencadenante para que ella se trasladara a Tokio—. Una vez ya en la capital, informó a aquel reportero

sobre su dirección en Tokio; y luego le llegó una carta de él, diciéndole que aquel dúo formado por Patrón y Guiador no sólo había dado la espalda a la secta religiosa de su propia creación, sino que "esa gentuza había convertido públicamente su propia doctrina en tema de burla". Y que ellos habían llegado a vender a la autoridad competente la facción más extremista de sus creyentes, la cual había pasado, de mantener su fe puesta en las enseñanzas de Patrón, a emprender una acción política radical.

Sin embargo, Bailarina no se hizo ningún serio problema de tales cosas. Ella no se cuestionaba qué ideas podían tener Patrón y Guiador, ni qué pudiera haber resultado de todo eso. Le bastaba con albergar interiormente un caluroso afecto a aquellos dos señores mayores que la habían acogido en su residencia y le permitían plena libertad de movimientos. Con todo, cuando oía de labios de Patrón y Guiador alguna charla que le sonaba a tema religioso —ya fuera sobre algo relacionado con el acontecimiento reciente, por el que habían renunciado a su doctrina, ya fuera de ideas nuevas... (siendo el caso que ella no sabía distinguir entre ambos temas)—, ocasionalmente se sentía enganchada por aquello.

Todavía por aquel entonces Bailarina no conocía el hecho de que Patrón, desde tiempo atrás, solía entrar en sus especiales trances visionarios. En éstas, Patrón vino a caer en una depresión de honda melancolía. Para Bailarina, tal hecho constituía una experiencia nueva desde que se mudara a esa casa-oficina, pero los días que eso duró le dejaron una huella profunda; así como igualmente conservaba un buen recuerdo de la inmensa alegría experimentada cuando aquella misma persona, Patrón, que representaba un papel central en su vida, salió por fin liberado de su crisis. Pasado el episodio de la melancolía, cierto día en que Patrón se puso a hablar animadamente con Guiador, Bailarina oyó su conversación mientras planchaba ropa en la divisoria entre el comedor y la sala de estar. Las palabras de Patrón eran como sigue:

—Lo que yo ahora he experimentado, no tiene punto de comparación con mis trances anteriores. Esto te lo digo a ti, pues es lo único que cabe decir sobre el asunto; pero añadiré que si nosotros, desde el principio, hubiéramos insistido en nuestra predicación sobre la cuestión de que lo que trataba de conseguir nuestra iglesia era un objetivo a largo plazo, es decir, que pretendíamos preparar a la humanidad para afrontar los retos de fines del siglo veintiuno, no se hubiera producido la desafortunada confrontación con la facción radical. ¿Acaso no está claro para quienquiera que lo mire que, con una perspectiva de cien años y a escala universal de la humanidad, tendrá que producirse un general arrepentimiento en el mundo? A partir de ahora estamos previendo que dentro de cien años la humanidad no podrá detener una crisis de estancamiento global. Y, sin embargo, aquí estamos los países desarrollados, con nuestra prosperidad traída por la cultura del consumismo, y los países subdesarrollados, que se afanan en perseguir la misma meta. ¿No es esto acaso el fiel remedo del esplendor de Sodoma y Gomorra, aquellas ciudades de las que narra la Biblia que eran emporios del placer en la víspera de su propia destrucción?

"Nuestra insistencia había tenido que centrarse en lo necesaria que es una actitud de arrepentimiento para una humanidad que de aquí a cien años va a verse ante la peor de las pruebas. Ése debía haber sido el fin que presidiera la fundación de nuestra iglesia, y que nos habría llevado a establecer una firme base para la lucha. Teníamos que haber predicado que emprendíamos una preparación a cien años vista, dirigida a un arrepentimiento general y a una salvación de alcance universal. ¿No es cierto que, en comparación con los dos mil años transcurridos desde los tiempos de Jesús, cien años representan un breve intervalo? Aun así, precisamente ahora, vemos que los próximos cien años pueden definir el milenio que viene como la era de la tecnología. Urge empezar enseguida; no podemos flaquear, tenemos que seguir adelante.

Hasta el momento, Guiador había impresionado a Bailarina como un tipo de hombre lleno de resolución, y sin embargo nunca lo había oído expresarse de forma clara. Aun reconociendo su amabilidad, lo encontraba inaccesible y taciturno. Pero en esta ocasión Guiador se hizo oír con toda claridad, hasta el punto de que Bailarina pudo imaginarse con cuánta razón ese hombre, en una época de esplendor de la secta, había sido llamado "Profeta".

Guiador se expresó así:

—Perdóname, Patrón, pero cien años es un plazo muy largo. Está bien que prediquemos sobre la destrucción que nos espera al cabo de sólo un siglo. Pero cien años, para tener que vivirlos uno, es un plazo muy largo. Pienso en el grupo de mujeres que vieron nuestro Salto Mortal como un descenso a los infiernos. A esa consideración de nuestra bajada infernal ellas contraponen la visión de los cien años que se abre ante ellas. En el lugar donde mantienen fielmente su fe haciendo vida en común, ellas van acumulando los años, uno por uno, con la mira puesta en el siglo; o más valdría decir que están realizando el esfuerzo de mantener ese ritmo. Pero ¿cómo se lograría enseñar a otros esta manera suya de sumar año tras año para vivir así el siglo? ¿Cómo conseguir esa perseverancia sin dejarse avasallar por la facción radical?

Desde ese momento, Bailarina —por cuanto le contó a Ogi— solía poner la oreja con extrema atención a las palabras de Patrón y Guiador. E incluso en la presente situación, en que ellos no se implicaban en actividades religiosas, gracias a la circunstancia de encontrarse trabajando en la oficina de ambos, había ella llegado a descubrir la alegría de los creyentes. Pero ahora que —según presentía ella— Patrón estaba de nuevo tratando de reanudar su actividad religiosa, ahora precisamente Guiador había padecido el aneurisma y la hemorragia cerebral, y yacía sin sentido. Y Patrón, a su vez, ante el impacto que eso le había causado, estaba postrado por la fiebre. "En esta situación —añadió Bailarina—, ¿cómo puedes tú darnos la espalda a Patrón y a mí para volverte a tu trabajo? ¿No eres tú acaso en este momento —exceptuándome a mí, y a Guiador, que está enfermo— quien está más cerca de Patrón que nadie, tú que has mantenido hasta ahora un trato familiar con él?".

Ogi nunca olvidaría el extraño incidente que tuvo lugar el día en que presentó a Patrón al presidente de la junta directiva de su fundación. Cuando ambos estaban en el rito de intercambiar sus tarjetas de visita, Patrón se excedió en uno de sus movimientos y golpeó sonoramente al presidente en la cabeza. La piel del presidente tenía una sensibilidad similar a la de un occidental de raza blanca, y al recibir el impacto de una mano cerrada sobre su sien derecha abrió unos ojos desmesurados como los de un buey, y se le vio a punto de llorar. Seguramente en su vida de más de setenta años nunca habría recibido un golpe así en la cabeza. El que había propinado el golpe se quedó también perplejo, con expresión de "¿Cómo ha podido ser?".

Ese preciso día, Ogi había conseguido que Bailarina lo acompañara en su misión de hacer de guía de Patrón hasta la fábrica de productos farmacéuticos y centro de investigación anejo de Kansai, que eran la principal responsabilidad del mencionado presidente. La estación del año era la otoñal, y tras llegar ellos a la estación de Shin-Osaka —o "Nuevo distrito de Osaka"—, se dirigieron a las afueras de la ciudad, y luego pasaron por un túnel excavado al pie de un paso de montaña que conectaba dos tramos de la antigua autovía, acortando el trayecto. El follaje caduco de los arces lucía los impresionantes y variados tintes rojizos del otoño. Patrón, adelantándose a la estación, iba pertrechado de invierno. Llevaba un abrigo de cuello redondo abotonado hasta la garganta, y se calaba un sombrero de fieltro de ala ancha, y copa —en forma de pera— semihundida. En conjunto, tenía un aire, poco convincente, al poeta y cuentista Kenji Miyazawa.

La fábrica y centro investigador se alojaban en un edificio de piedra gredosa erigido en medio de un entorno típicamente rural— Al penetrar en él, dejando atrás la imponente fachada, se encontraba uno en una amplia nave de entrada, cubierta con un techo abovedado. Bajo él se asentaba una estatua, de aspecto antiguo, que representaba en mármol al dios Hermes. El presidente se presentó allí para saludarlos con aire muy alegre, y ante él estaba Patrón, dando muestras de un cierto atolondramiento en sus palabras, que le impedía devolver cumplidamente el saludo. Fue a partir de ese momento cuando entre ellos surgió el incidente del golpe, que incluso resonó. Más tarde Ogi leería un libro sobre el dios Hermes en traducción japonesa, y según pudo aprender allí, Hermes era a la vez el dios de la medicina —y como tai, resultaba muy oportuna su representación en una fábrica de productos farmacéuticos y centro anejo de investigación— y el dios del comercio, con lo cual también era un símbolo de la gente tramposa.

Así pues, Ogi recordaba a distancia aquel episodio del impacto sonoro, ocurrido ante la consabida estatua de Hermes. Estos recuerdos le venían a la mente con ocasión de encontrarse viajando en un tren urbano para comunicarle al presidente —que a la sazón había ido a Tokio con motivo de un congreso— su decisión de dejar la Fundación para el Intercambio Cultural entre las Naciones, y trabajar en adelante para la secta religiosa de Patrón.

Ya en la sala de espera próxima al gran auditorio del edificio que la compañía poseía en Tokio, el director ejecutivo de asuntos generales de aquella compañía farmacéutica vino a urgirle con el mensaje "No más de cinco minutos, ¿eh?", relativo a la inminente entrevista. En éstas, hizo su entrada el presidente, con un aspecto muy saludable, que vestía un traje azul marino con chaleco a juego, y una corbata amarilla. Mediante un gesto se deshizo del director ejecutivo, quien salió al punto. Y acto seguido hundió él su cuerpo, de buena constitución física, en una butaca.

—¡Tranquilo! —dijo—. Vamos a tomarnos el tiempo que haga falta; te escucho, pues para eso te he hecho venir. Y además tengo que informar de esto al doctor Ogi.

—Así sacó a relucir en la conversación al padre de Ogi, el cual, como médico que era, mantenía una estrecha relación con la compañía de productos farmacéuticos—. ¿Cómo está el doctor? ¿Se encuentra bien? No lo he visto desde el año pasado, cuando se celebró la entrega del premio internacional que le concedieron.

—Muchas gracias por su interés. Sigue bien, sin novedad, según creo. Aunque yo, por mi parte, hace más tiempo aún que no lo veo —respondió el joven, un poco tenso.

Ogi deseaba fervientemente que el diálogo no derivara hacia el tema de sus complicadas relaciones con su padre. Entre otras cosas, porque en realidad lo que lo llevaba allí era otra cuestión, cuya solución le era indispensable. Y habló así:

—A través de mi trabajo en la Fundación para el Intercambio Cultural entre las Naciones —aunque mi tarea principal se ha venido centrando en negociaciones dentro del área nacional de Japón— he entrado en contacto con cierto incidente producido en el entorno de un caballero que se apoda "Patrón", de quien el señor presidente sabe ya algo. Ocurre que Patrón, cuando casualmente, y con vistas a un nuevo movimiento corporativo, se encontraba dándole forma concreta a la estructura de su grupo, se ha visto afectado por el mencionado incidente, que en cierto modo lo ha dejado atado de pies y manos; y por eso está pidiendo ayuda externa. Yo no soy seguidor de ese hombre como creyente religioso, ni tampoco estoy muy enterado de los problemas surgidos hace diez años entre la secta religiosa que él dirigía hasta entonces y otro caballero de su misma creencia —el que ha sido la víctima en el incidente de ahora—; pero actualmente, tras consultar el tema con Patrón y su secretaria, he llegado a concebir el propósito de trabajar para ellos. Desde el punto de vista de la fundación, esto se considerará irremediabilmente como una falta de responsabilidad; pero, en lo posible, ese trabajo es el que quiero hacer. Cuando yo iba a ingresar en esta fundación, mi padre se dirigió al señor presidente para prepararme el camino, recomendación ésta que fue acogida con toda generosidad; pero por lo que respecta a mi nueva decisión, me gustaría ser yo mismo quien informara directamente a mi padre.

Tras expresarse Ogi de este modo, hizo una pausa, considerando todo lo que se le había ocurrido. Pero entonces el talante de la conversación mantenida entre el presidente y él cambió como por encanto. Es decir que para el joven, y hasta entonces, había pocas perspectivas de éxito en su intento de convencer al presidente; pero sin embargo éste al parecer se había visto atraído por algún punto esencial de aquel ambiguo razonamiento de Ogi, que tan escaso fundamento mostraba.

El plazo convenido de cinco minutos había pasado, y el director ejecutivo apareció, asomando la cabeza tras la alta y pesada puerta de roble que comunicaba con el auditorio —también adaptable al uso de salón de

celebraciones—: esa puerta que él mismo había previamente empujado. El presidente le dijo a voces que indicara al pleno de ejecutivos y demás visitantes que se esperasen. A continuación, dirigió a Ogi un discurso inesperado.

A tenor de su condición de presidente, él era un ejecutivo con mucha experiencia acumulada; por lo que los asuntos problemáticos de índole práctica los resolvía sin dilación. Ogi había sido transferido a la fundación por la sede central de la compañía, de la cual pretendía retirarse; y el presidente manifestó ahora su visto bueno a dicho cese. En vez de darle una gratificación con ocasión del voluntario despido, el presidente le pidió a Ogi que siguiera igual que hasta ahora, pero trabajando como contacto entre él y Patrón, para mantener una relación abierta entre ambos. Como en lo sucesivo Ogi iba a ser un subordinado de Patrón, él mismo, por su parte, se ocuparía como presidente de que se le siguiera haciendo llegar un salario mensual a modo de comisión.

—Eso queda acordado —prosiguió—; y aprovechando esta ocasión, quisiera hacerte una pregunta. Se trata de lo siguiente: ¿Has leído a Balzac? Si has leído su obra, ¿no encuentras interesante la novela titulada Los trece? Yo la leí hace ya mucho tiempo. Bueno, la fama de Balzac en Japón se remonta a una o dos décadas atrás, cuando salieron sus obras completas traducidas al japonés. Los trece es una obra cuyo argumento gira en torno a trece personas poderosas que controlan Francia durante una generación entera, incluidos los bajos fondos de la sociedad.

"Yo era aún joven cuando quedé hondamente fascinado por esa idea. Me dije a mí mismo que alguna vez me gustaría organizar también un grupo de trece en este país, reservándome su dirección. Siendo una ocurrencia tan espontánea, no pasaba de quedarse en meras palabras. Pero ahora que he llegado a esta edad, cuando vuelvo la vista atrás veo que en las cosas que he venido haciendo se proyecta una sombra de Los trece. Algo así ocurre. Por largo tiempo he sido uno de los valedores de cierto político veterano, que fue primer ministro, pero que incluso ahora lidera un importante grupo de poder. En la época en que aún no se habían abierto las vías de intercambio entre Japón y China, también presté mi apoyo a políticos y ejecutivos de ambos países dotados de ambición y recursos, para que llevaran a cabo relaciones comerciales muy concretas. Y la misma Fundación para el Intercambio Cultural entre las Naciones, para la que tú has estado trabajando, con su centro de interés especialmente enfocado hacia el campo de la medicina, al tener la mira puesta en aprobar inversiones del capital atesorado para ayudar a los más importantes talentos de China y Francia, creo que refleja a su vez la influencia penetrante de los trece.

"No obstante, todo eso no va más allá del nivel subconsciente, y en realidad nunca he llegado a pensar seriamente en poner en pie esa organización de los trece. Con todo, ahora, y valiéndonos de la fundación como mediadora, ha surgido esta oportunidad de contacto con el señor "Patrón". Cuando recuerdo que he gozado de la ocasión de entrevistarme con él, siento añoranza por el pasado. Y más aún: él es una persona singular, como no me he encontrado otra hasta el día de hoy. Expresándolo de ese modo, resulta contradictorio hablar en tal caso de "añoranza", pero lo que quiero decir es que ante su persona experimento una sensación de fantasía semejante a la que me suscitaban Los trece cuando leía a Balzac.

"Cuando por casualidad me encontraba dando vueltas a estas ideas, recibí una comunicación de la secretaria de la fundación, por la que me decía que tú habías entrado en profunda relación con el entorno de Patrón, y que tu rendimiento en la fundación dejaba que desear. Ella me expuso tantas quejas sobre ti, que tuve que hacer una cierta investigación al respecto. Ahora lo he oído todo de tus labios: que ese hombre a quien podemos llamar "brazo derecho de Patrón" al parecer ha caído desplomado. Y también esto estaba en lo que me has dicho: que, por lo visto, entre los planes de Patrón se halla un nuevo desarrollo de su movimiento religioso. Cuando me encontraba meditando en lo difícil de esa situación, vienes tú a decirme de pronto que quieres trabajar con plena dedicación para esa persona.

"Creo que es una circunstancia de lo más interesante. Pues, ¿no es cierto que Patrón ocupa un lugar muy cercano al que en mis sueños tienen "los trece"? Por lo menos, me gustaría seguir manteniendo mi idea soñada. Estando yo en ese clima interior, vienes tú y me dices por tu propia iniciativa que quieres trabajar con todas tus fuerzas para Patrón. ¡Qué cosa más interesante! Me propongo colaborar contigo en todo cuanto esté en mi mano.

Ogi regresó desde el distrito de Hibiya a la casa-oficina y, lleno de animación, le dio el parte a Bailarina de su entrevista con el presidente. También ella había estado fuera ese día, pues había ido al hospital a ver a Guiador, el cual seguía inconsciente. Ella le había estado dando masajes por aquellas zonas de su piel que habían empeorado por problemas de circulación, dado el tiempo que llevaba en cama. Al final de esa semana se le harían pruebas destinadas a averiguar si había recuperado el vigor suficiente para resistir una operación; y si de ahí resultaba que ésta era posible, se le intervendría para prevenir el riesgo de hidrocefalia. Por cierto, que cuando Patrón se enteró de estas novedades, tomó refugio una vez más en su cama.

La cuestión es que mientras Bailarina informaba de estas cosas a Ogi —tras oír el parte que él le había transmitido— la actitud de ella era indiferente y distendida, y así Ogi no experimentaba dificultad alguna en conversar con ella. Pero cuando él le comunicó la parte final de la parrafada del presidente, que al principio había omitido por considerarla irrelevante para el tema principal, es decir: cuando ya trató en son de chanza la historia relativa a Los trece, Bailarina montó en cólera. Y a partir de ahí, sin pretenderlo ninguno de los dos, el tema se disparó hacia una escalada vertiginosa, por la que Bailarina se despachó con críticas equivalentes a estar recriminándole. Ogi, ya a destiempo, se puso a reflexionar; y a juzgar por lo que escuchó tras aplicar el oído, la causa de todo radicaba en que, mientras él había tomado la charla sobre Los trece como una bravuconada por parte del presidente, para Bailarina aquello había representado una auténtica valoración positiva hecha sobre Patrón y Guiador.

—¿No serás tú en el fondo de los que empiezan y no acaban? Cuando yo era niña, si veía un hombre así me provocaba asco, y hasta desprecio. No acertaba a explicarme cómo podía haber gente que se pringara tan poco. Tú eres de esos chicos que, llegados a la mayoría de edad, siguen sin salir de sus moldes infantiles. Y no es que yo sola piense así, sino que es una verdad objetiva. Pues cuando Patrón y Guiador te llaman "inocente muchacho", no es ésa una simple aseveración. Cuando yo veo a alguien como tú, ya no sé qué hacer. ¡Me sacas de quicio!

Como era de esperar, Ogi se quedó sorprendido, y no pudo menos de intervenir a su vez, preguntando:

—¿Y cómo es eso de que te saca de quicio?

—¿Qué me estás diciendo? Quienquiera que hable así, no es sólo porque sea de los que se pringan poco; es que es un total irresponsable.

Bailarina no estaba en realidad desesperada; lo que estaba es francamente enfadada. Ogi, en medio de su desconcierto, pudo captar que ella no estaba por liberarlo de la empalizada que lo estaba cercando, sino que más bien ella, siguiendo esa "mala idea" que suele imperar dentro de una misma familia, se empeñaba en poner más tensa la cuerda con que lo tenía atado. Pues incluso en ocasiones como ésta, aunque la energía de los gritos lanzados iba en aumento, en medio de esos susurros que sonaban a quejas, entre palabra y palabra se captaba en el cielo del paladar, al abrir ella la boca, un temblor similar al de una almeja palpitante.

—Patrón está ahora muy encerrado en sí mismo, y no hay ni que pensar en que se ponga a dar instrucciones. Guiador, aun cuando por un casual recobre la conciencia, son muy sombrías las perspectivas que le quedan de que vuelva a ser el de antes. Así que a nosotros, por el momento, no nos queda más recurso que utilizar tus buenos servicios.

"¿No fue precisamente porque tú te hiciste idea de mi preocupación, por lo que dejaste colgado tu trabajo de Sapporo y te viniste para acá? Durante los últimos diez días nos has venido prestando tu colaboración con toda servicialidad, por lo que de veras me he sentido agradecida. Entretanto, creo que has llegado a darte cuenta del tremendo bache en el que hemos caído, ¿verdad?"

"Y ésa es la razón, sin duda, por la que has decidido trabajar como un miembro de nuestra oficina, a tiempo completo, y dejar tu empleo en la fundación, ¿no? Hoy vienes de haberlo negociado con el presidente, ¿no es así? En este punto, yo he sentido un gran alivio al dejar de lado mis constantes temores de que pudieras ser un espía de la policía."

—¿Un espía de la policía? —repitió Ogi, parlotando como un loro.

—Verdaderamente, te pasas de inocente. Supongo que a estas alturas no vas a ignorar de plano qué tipo de acontecimiento tuvo lugar hace diez años. Como yo entré aquí por la mera circunstancia de que mi padre había sido compañero de Guiador, desde luego había lugar a que ellos tuvieran dudas sobre mí, no fuera a tratarse en mi caso de un espía de la policía, ¡qué se le iba a hacer! Pero tanto Guiador como Patrón me acogieron amablemente sin reserva alguna, y es así como se me asignó un sitio para poder vivir en Tokio. También se preocuparon por darme lugar a que pudiera desarrollar mis estudios de danza. Son cosas que no se olvidan.

"Con todo y con eso, si voy a ser franca, diré que aun ahora no entiendo nada de qué concepción tienen Patrón y Guiador con vistas al futuro. Así las cosas, si Patrón se dedica desde ahora a reconstruir el movimiento religioso, no creo que yo sea la persona adecuada para ayudarle. Sin embargo, yo quiero trabajar para Patrón. Quiero hacerme creyente. No hay nada que pueda hacerme desistir de esta idea."

"Es una cosa que va haciéndose cada vez más mía: pues cuando yo me vine a Tokio con una nebulosa idea de seguir la carrera de bailarina, pero en realidad sin ningún plan concreto, quien se interesó por enseñarme lo que yo quería hacer de verdad fue Patrón. Y otro que contribuyó del mismo modo fue Guiador. Hasta el momento, ni Patrón ni Guiador me han hablado de temas religiosos, salvo escasos detalles. Más que enseñarme, lo que han hecho es... Claro que como tú sólo has visto el perfil severo de Guiador, te resultará difícil hacerte una idea. Pero a través de la pacífica relación que se establece entre él y Patrón, sin saber cómo ni por qué te vas viendo guiada hacia un desarrollo personal. Yo disfruto de eso cada día, e incluso la danza que practico por mi cuenta me llena mucho más; y de un modo natural he llegado a desear hacerme creyente de Patrón. Pero en medio de todo esto, Guiador ha caído afectado por una grave enfermedad. Así han venido las cosas."

"A pesar de todo, o bien por eso mismo..., el caso es que con Guiador enfermo y Patrón postrado en cama por su shock traumático, ¿qué salida me queda sino dedicarme enteramente a Patrón para que se recupere pronto? En esos momentos, no teniendo nadie en quien apoyarme, cogí el teléfono para comunicarme contigo en Sapporo, y exponerte el asunto sin darte elección. A raíz de ese paso que yo di, tú has desbordado mis expectativas, metiéndote aquí de cabeza a colaborar. Y a partir de ahora, ¿no es esto así: que vas a dejar tu trabajo en la fundación para dedicarte a trabajar en plan de horario completo para nosotros?"

"De modo que esto es lo que pienso: como yo no tengo una formación religiosa básica ni conocimientos sobre el tema, y Patrón y Guiador lo saben, por eso no me hablan de cosas de religión. Pero para mí ellos dos son personas muy especiales: lo tengo claro, y por ellos he venido trabajando sin darle más vueltas al tema. No hay más que eso. Aunque ahora te tengo a mi lado como un nuevo compañero, capaz de comprender cosas que yo no entiendo; y me ha dado mucha alegría pensar que puedes enseñarme un montón de cosas. Con Guiador en su estado de postración, y Patrón atacado de fiebre por lo mismo, tú puedes ser ahora para mí mi nuevo Guiador. Tal vez sea ésta la ocasión; al menos así lo he pensado."

"O sea: que él se convirtiera en el nuevo Guiador de Bailarina..." Esta declaración de la joven, tan enteramente distinta de todo lo dicho por ella en ese día de tanto charlar por su parte, no podía menos que dejar atónito a Ogi. Hasta ese momento él había estado escuchándola con la cabeza baja, pero entonces la levantó, y lo que captó su mirada fue el rostro de ella que lo miraba fijamente, con la boca —como siempre— levemente entreabierta, en tanto le fluían lágrimas incesantes junto a la comisura de sus labios: era Bailarina, en suma. Su cara era fina, alargada y casi tan plana como una semilla de caqui, de un color pálido sin lustre. Él por su parte se sentía un jovencuelo sin experiencia en cualquier campo, pero en ese momento Bailarina le pareció aún más pueril que él. Desde que la conoció por primera

—Patrón está ahora muy encerrado en sí mismo, y no hay ni que pensar en que se ponga a dar instrucciones. Guiador, aun cuando por un casual recobre la conciencia, son muy sombrías las perspectivas que le quedan de que vuelva a ser el de antes. Así que a nosotros, por el momento, no nos queda más recurso que utilizar tus buenos servicios.

"¿No fue precisamente porque tú te hiciste idea de mi preocupación, por lo que dejaste colgado tu trabajo de Sapporo y te viniste para acá? Durante los últimos diez días nos has venido prestando tu colaboración con toda servicialidad, por lo que de veras me he sentido agradecida. Entretanto, creo que has llegado a darte cuenta del tremendo bache en el que hemos caído, ¿verdad?"

"Y ésa es la razón, sin duda, por la que has decidido trabajar como un miembro de nuestra oficina, a tiempo completo, y dejar tu empleo en la fundación, ¿no? Hoy vienes de haberlo negociado con el presidente, ¿no es así? En este punto, yo he sentido un gran alivio al dejar de lado mis constantes temores de que pudieras ser un espía de la policía.

—¿Un espía de la policía? —repitió Ogi, parlotando como un loro.

—Verdaderamente, te pasas de inocente. Supongo que a estas alturas no vas a ignorar de plano qué tipo de acontecimiento tuvo lugar hace diez años. Como yo entré aquí por la mera circunstancia de que mi padre había sido compañero de Guiador, desde luego había lugar a que ellos tuvieran dudas sobre mí, no fuera a tratarse en mi caso de un espía de la policía, ¡qué se le iba a hacer! Pero tanto Guiador como Patrón me acogieron amablemente sin reserva alguna, y es así como se me asignó un sitio para poder vivir en Tokio. También se preocuparon por darme lugar a que pudiera desarrollar mis estudios de danza. Son cosas que no se olvidan.

"Con todo y con eso, si voy a ser franca, diré que aun ahora no entiendo nada de qué concepción tienen Patrón y Guiador con vistas al futuro. Así las cosas, si Patrón se dedica desde ahora a reconstruir el movimiento religioso, no creo que yo sea la persona adecuada para ayudarle. Sin embargo, yo quiero trabajar para Patrón. Quiero hacerme creyente. No hay nada que pueda hacerme desistir de esta idea.

"Es una cosa que va haciéndose cada vez más mía: pues cuando yo me vine a Tokio con una nebulosa idea de seguir la carrera de bailarina, pero en realidad sin ningún plan concreto, quien se interesó por enseñarme lo que yo quería hacer de verdad fue Patrón. Y otro que contribuyó del mismo modo fue Guiador. Hasta el momento, ni Patrón ni Guiador me han hablado de temas religiosos, salvo escasos detalles. Más que enseñarme, lo que han hecho es... Claro que como tú sólo has visto el perfil severo de Guiador, te resultará difícil hacerte una idea. Pero a través de la pacífica relación que se establece entre él y Patrón, sin saber cómo ni por qué te vas viendo guiada hacia un desarrollo personal. Yo disfruto de eso cada día, e incluso la danza que practico por mi cuenta me llena mucho más; y de un modo natural he llegado a desear hacerme creyente de Patrón. Pero en medio de todo esto, Guiador ha caído afectado por una grave enfermedad. Así han venido las cosas.

"A pesar de todo, o bien por eso mismo... el caso es que con Guiador enfermo y Patrón postrado en cama por su shock traumático, ¿qué salida me queda sino dedicarme enteramente a Patrón para que se recupere pronto? En esos momentos, no teniendo nadie en quien apoyarme, cogí el teléfono para comunicarme contigo en Sapporo, y exponerte el asunto sin darte elección. A raíz de ese paso que yo dí, tú has desbordado mis expectativas, metiéndote aquí de cabeza a colaborar. Y a partir de ahora, ¿no es esto así: que vas a dejar tu trabajo en la fundación para dedicarte a trabajar en plan de horario completo para nosotros?"

"De modo que esto es lo que pienso: como yo no tengo una formación religiosa básica ni conocimientos sobre el tema, y Patrón y Guiador lo saben, por eso no me hablan de cosas de religión. Pero para mí ellos dos son personas muy especiales: lo tengo claro, y por ellos he venido trabajando sin darle más vueltas al tema. No hay más que eso. Aunque ahora te tengo a mi lado como un nuevo compañero, capaz de comprender cosas que yo no entiendo; y me ha dado mucha alegría pensar que puedes enseñarme un montón de cosas. Con Guiador en su estado de postración, y Patrón atacado de fiebre por lo mismo, tú puedes ser ahora para mí mi nuevo Guiador. Tal vez sea ésta la ocasión; al menos así lo he pensado.

"O sea: que él se convirtiera en el nuevo Guiador de Bailarina..." Esta declaración de la joven, tan enteramente distinta de todo lo dicho por ella en ese día de tanto charlar por su parte, no podía menos que dejar atónito a Ogi. Hasta ese momento él había estado escuchándola con la cabeza baja, pero entonces la levantó, y lo que captó su mirada fue el rostro de ella que lo miraba fijamente, con la boca —como siempre— levemente entreabierta, en tanto le fluían lágrimas incesantes junto a la comisura de sus labios: era Bailarina, en suma. Su cara era fina, alargada y casi tan plana como una semilla de caqui, de un color pálido sin lustre. Él por su parte se sentía un jovencuelo sin experiencia en cualquier campo, pero en ese momento Bailarina le pareció aún más pueril que él. Desde que la conoció por primera vez, Ogi observaba su cara con una mirada fría, desusada en él: ella le pareció alocada, e incluso un poco fea, y con todo, lista para dar la sorpresa con la salida más inesperada. "¿Y qué se le va a hacer?", era cuanto se le ocurría a Ogi, en medio de una magnánima resignación.

Ogi enlazó con uno de sus brazos los hombros y el cuello de Bailarina, que se notaban delicados, aunque con nervio. Abrazándola, la atrajo hacia sí. Enseguida acercó a su cara el rostro lloroso de ella, y la besó en sus finos labios.

Hasta ese punto el papel activo correspondió indudablemente a Ogi. Pero Bailarina se lanzó ahora desde su sillón al sofá en cuyo borde estaba sentado Ogi, y con toda intención adelantó sus labios y le devolvió el beso. Acto seguido, tras apoyar su rodilla izquierda en el suelo, tumbó al joven violentamente de costado, y luego montó su pierna izquierda sobre el muslo derecho de Ogi. En esta postura ambos, y mientras proseguían sus largos besos, Bailarina restregaba sin descanso su vientre —que a veces se sentía blando, a veces duro— contra el muslo del joven. Y en cierto instante el aliento de ella, cargado de su fuerte olor, lo alcanzó a él en torno a la garganta. A partir de ahí Bailarina se convirtió en un condensado grumo de inesperado peso, que se descargaba sobre la espalda de él, curvada en una extraña postura.

Al cabo de un rato, Bailarina se puso en pie y se dirigió a Ogi, aún tumbado en forma nada natural, mirándolo con desconcierto:

—Nada, no hay problema. ¡Uniendo nuestras fuerzas, por ardua que sea la tarea, podemos seguir cuidando a Patrón!

Dejando estas palabras en el aire, desapareció camino del baño. A continuación se metió en el estudio-dormitorio de Patrón, y no volvió a donde estaba el joven.

Ogi se había sentado, corrigiendo su postura en el sofá, y, transcurrido un rato, también él se levantó, entró en el aseo destinado a los visitantes, junto a la entrada, y orinó. Se quedó mirando fijamente su pene, que se mostraba más agrandado que de costumbre, e incluso dolorido. Luego tomó en su mano un espejito que colgaba de una cinta junto al lavabo, y se examinó una gran ampolla de sangre que le había salido por el lado interno de la mejilla.

—¡Qué salvajada! ¡Me ha dejado sin habla! —dejó escapar, como comentario íntimamente dirigido a sí mismo.

A pesar de todo, le hervía un vago deseo de hacer algo fructífero; con esa idea en la cabeza, regresó a la sala de estar-comedor, y se aplicó a planear cómo distribuiría el espacio de lo que en adelante sería su nueva oficina. Guiador tenía su residencia en una edificación aneja, donde al parecer desarrollaba su trabajo. Pero ahora que Ogi iba a participar en la labor de oficina de Patrón, no existía otro sitio donde poner su mesa de trabajo que esa sala de estar. El joven comprobó que sobre el tablero horizontal, de notable anchura, que hacía de divisoria entre el comedor y la sala de estar, se encontraba el teléfono, y el aparato de fax que le era anejo. Debajo de esto había un amplio espacio de gran capacidad, donde estaba colocada una estantería, que alojaba el equipo de fax. En el extremo este del comedor había una mesa de estudio, el doble de grande que las normales; y al abrir sus cajones encontró estilográficas nuevas, casi sin usar, lápices de mina blanda pulcramente afilados, unos gruesos lápices de colores de marca alemana. . . , todo puesto en orden. En ese sitio había visto a Bailarina sentada, haciendo su trabajo.

En el lado oeste de la zona de estar, la estantería de libros que asomaba tras el sofá aún dejaba ver mucho espacio libre; y entre la espalda del sofá y la divisoria había unos archivadores, y una mesita con una tabla adosada, que podía usarse como tablero adicional. Junto a la pared del costado este, junto al televisor y el vídeo, ligeramente apartado de la zona acristalada que daba al jardín, había un bulto entrelargo tapado con una cubierta. Al ir a mirar qué había allí, resultó ser una fotocopiadora de oficina.

—¡Bravo! —exclamó el joven, cruzados los brazos, desde el centro de la sala de estar.

Como sentía brotarle la energía vivamente en su interior, la exclamación solitaria se había traducido en voz.

—Corriendo aquella mesa al espacio vacío del comedor, sobre el lado este, y colocando la silla de Bailarina y la mía una a cada extremo de ambas mesas, tenemos a punto el rincón-despacho. ¡Bravooo!

Por supuesto, ese grito de "¡Bravooo!", así lanzado al aire, no encerraba meramente el significado de "ya está planteado el rincón-despacho"; era más bien como si el acopio de energía del joven, que resurgía gracias a un estímulo sexual, hubiera alzado espontáneamente su voz, por faltarle un canal donde descargarse. A todo esto, Ogi no tenía mínimamente claro qué diablos tendría él que hacer trabajando para Patrón, como secretario con plena dedicación. Era cierto que el haberle fijado la fundación una paga equivalente al salario que hasta entonces había percibido le aliviaba el espíritu. Aun así, él no iba a trabajar allí como un neófito o creyente de nueva hornada de la secta; aquello era más bien un trabajo confiado a su persona.

En cualquier caso, él se sentía lleno de vitalidad, como para gritar "¡Bravo!" a los cuatro vientos.

Ogi, sin introducir cambios en la distribución de los aparatos de oficina, movió por sí solo una mesa de trabajo, y calculó cómo quedaría su zona de despacho con relación a la de Bailarina; comprobó la distribución del cableado eléctrico, y ajustó la altura de su silla. Luego trajo de la cocina un cubo y un trapo, y se dedicó a limpiar la mesa, que no había estado en uso; y continuó poniendo en orden toda su área de trabajo. Entretanto, en el ambiente de junio de aquel jardín —donde desde hacía tiempo no entraba un jardinero—,

crecían cerezos silvestres, magnolios y camelias al sol del ocaso, que oscurecía su colorido. Solamente el cielo, de un azul suave, se mantenía largo tiempo muy claro.

Una vez terminado su trabajo principal de ordenar el despacho, y sin tener por el momento ningún asunto que tramitar en él, se sentó en el sofá por el extremo que daba al jardín, desde donde se dominaba la vista del ocaso. Allí se quedó sumido en sus pensamientos. Estando él así, apareció Bailarina, que salía del oscuro pasillo, y le hablaba. Se había cambiado de ropa, y traía una blusa de hilo sin mangas y suelta, cuya larga caída montaba sobre una falda de colorido suave. Su pelo, recogido hacia atrás, armonizaba con el resto de su figura, hasta el punto de hacerle recordar a Ogi una muchacha china por la que se sintió atraído tiempo atrás en el Chinatown de San Francisco.

—Patrón dice que quiere hablar contigo —le dijo ella en tono duro, por donde el joven captó que pretendía que actuaran como si nada hubiera ocurrido momentos antes.

Como él, por su carácter, había asumido la consigna de "¡Qué se le va a hacer!", enseguida se plegó interiormente a lo que se le decía. Pero por encima de todo eso, no dejaba de ser consciente de que durante las últimas dos horas había estado percibiendo el eco de aquellos labios que lo habían besado, de aquella lengua vigorosa, y de aquel vientre que, en su agitación, se había restregado contra él.

Bailarina esperó a que Ogi se levantara y se pusiera en marcha; encendió la luz del pasillo y, con habilidad, le explicó de qué iba el asunto.

—Ya él está informado de lo que hablaste con el presidente. Si todavía quedaran puntos en los que quieres insistir, hazlo de forma resumida. Puede que Patrón te haga preguntas. Y en cuanto al rincón que has preparado como despacho, creo que te ha quedado bien.

Las cortinas de espeso tejido con diseños de arboledas estaban corridas hasta la mitad en aquella habitación, y a través de los blancos visillos entraba una delicada luz de dorados destellos. En el extremo oeste de la habitación, ante una mesa de trabajo que parecía puesta allí como adorno, estaba sentado Patrón, su obeso cuerpo totalmente encorvado. Sobre la mesa había un montón de papel como de correspondencia, de formato excesivamente pequeño para las cartas que un adulto puede escribir. Patrón tenía vuelto medio cuerpo hacia la puerta, y en sus dedos regordetes sostenía una estilográfica; aunque la luz de la estancia no era la aconsejable para ponerse a escribir.

Bailarina y Ogi, no encontrando sillas en que sentarse, se quedaron en pie y juntos, delante de Patrón. Éste tenía aún hinchada la cara, pero en comparación con su período de más severa agitación, mostraba cierta mejoría. Ogi le expuso el proceso de su cambio de trabajo, y cuando llegó al punto de cómo el presidente le hizo oír sus ideas inspiradas en Balzac, Ogi cayó de nuevo en su incorregible manía de tocar el tema, y le ocurrió con Patrón como antes le había ocurrido con Bailarina: que provocó en él una indignada reacción cargada de rechazo.

—Hablar así de Los trece, ¿no es caer en una gran ligereza de ideas? Creo que ese hombre se ha pasado de la raya, introduciendo ahí sus propios prejuicios —dijo Patrón, inclinando su cabeza en forma de patata desmesuradamente grande, y dirigiéndole una ojeada sombría al joven—. Una persona como él, de un proceder tan coherente en su vida, por más que pueda acariciar ideas fantásticas, ¿no es cierto que tendrá que ligarlas a realidades prácticas? Aunque me siento agradecido por aquello de que, en su aproximación a dichas ideas, nos haya dedicado su recuerdo a Guiador y a mí. No obstante, no entra en mi imaginación cómo lo que nosotros hemos hecho, o estamos dispuestos a hacer, puede ser acorde con unos planes que "los trece" habrían trazado para el mundo de hoy. ¿Qué piensas de esto, Ogi?

Ogi entendió que esa pregunta que Patrón le dirigía debía valorarse como una artimaña de las que éste solía usar en sus sermones dirigidos al público; es decir: que no pasaba de ser una pregunta retórica. Con todo, el joven le respondió. Desde luego, él no era temperamentamente una persona de hablar fluido, pero una vez que se le preguntaba algo, y él se sentía inclinado a dejar claro lo que pensaba, por supuesto no se iba a retraer de decirlo. También esto era un rasgo de su carácter.

—La fundación celebró una mesa redonda, en la que tuvimos el gusto de recibirle a usted como invitado. Yo estuve encargado de la organización. Entre los participantes se encontraban el embajador de Francia, presidentes de grandes compañías, consejeros de bancos y de agencias inversoras, e incluso un novelista galardonado con un premio literario de cierta institución cultural. Todos ellos, dicho sea con toda franqueza, son personas cuyas carreras profesionales pueden considerarse acabadas de cara a la sociedad.

"Hubo allí una discusión sobre si debían recibirlo a usted como nuevo miembro, pero se decidió que por el momento íbamos a disfrutar de su presencia como huésped de honor. Desde la fecha en que yo le acompañé como guía introductor al centro de investigación de Kansai, el presidente no ha dejado de abogar por su causa. Ante la propuesta de invitarlo una vez a la mesa redonda, nadie se opuso, pues los miembros de esa asamblea son gente muy hábil en relaciones públicas. Pero en honor a la verdad, hay que añadir que algunos de ellos mostraban una actitud como de estar acogiendo a un bufón en su foro. En realidad, a través de los secretarios de bastantes de esos miembros, que luego me saludaron con jovial cordialidad, pude saber que en la reunión habían disfrutado con creces oyéndolo a usted. En relación con esto, algo que todos me preguntaron representando a sus jefes fue si era cierto que a raíz de aquel incidente con la secta, ustedes dos —como líderes de la misma— habían cortado tajantemente con ella, o si más bien sería todo una cortina de humo con vistas a los juicios que se avecinaban. Así, tal como lo he contado.

"En resumidas cuentas, que desde el principio se concebía como un sueño inalcanzable que en el alto nivel de actuación del Estado cuajara una tendencia hacia esta cooperación mutua: la compartida entre esa gente poderosa que figura en primera línea, dentro del marco de sociedad imaginado por el presidente, y usted por la otra parte, como personaje excéntrico. Dando por descontado que ellos son personas de lo más cautas, se estaban divirtiendo a costa suya irresponsablemente. Si llegara a sus oídos que usted, como líder de un movimiento religioso, está reiniciando sus actividades, aun en el supuesto de que lo hubieran acogido como miembro, creo que promoverían una moción para cortar toda relación con usted.

Patrón prestó su oído atentamente a las palabras de Ogi. Sin embargo, no añadió ningún comentario para abundar en el tema, sino que proporcionó directrices a Ogi y a Bailarina a fin de que realizaran un nuevo trabajo, y con esto dio por concluida la conversación. Los dos jóvenes se retiraron del estudio-dormitorio, y se pusieron a preparar una cena que ya resultaba tardía. En la cocina, próxima al comedor, tomaron del frigorífico lo que se les vino a la mano para esta tarea.

—Esta noche Patrón se encontraba bien, ¿eh? —comentó Bailarina, mientras se repartía el trabajo con Ogi—. ¡Quién lo iba a decir, después de que Guiador haya caído desplomado, y sin que al parecer su cabeza pueda recuperarse... sin que se pueda hacer nada... sin que exista ya pasado ni futuro, como dice Patrón... y cuando parecía que también este último sólo daba señales de acabamiento, quejándose entre estertores de fiebre...! Pero, pasados estos diez días, ha sido entrar tú a trabajar aquí, y ya parece él restablecido, e incluso se pone a hablar de un nuevo movimiento de la iglesia., Estoy hondamente persuadida de que él es de una personalidad asombrosa. ¿No te parece? Aunque a estas alturas, tampoco es como para quedarme asombrada.

Ogi estaba salteando con mantequilla unas rodajas de cebolla finamente cortadas; y le entraron ganas de responder así: "Si a estas alturas no te vas a quedar asombrada, cierra el pico de una vez". Y en tal punto Bailarina, con su agudeza de siempre, añadió algo con sentido para completar lo anterior. Ella estaba cortando en filetes finos un trozo de muslo de ternera, como paso previo para preparar un rápido arroz con curry que

tuviera un toque magistral de auténtica cocina, mientras, como de costumbre, mostraba a través de su boca entreabierta aquella lengua brillante de saliva, que Ogi veía con cierta añoranza transida de dolor.

—Por lo que he estado pensando, el hecho de que Patrón te haya hablado con franqueza, es bueno tanto para ti como para él, creo.

Lo que les había dicho Patrón para orientarles en la tarea que les confiaba era esto:

—Yo, de entre todos los que han unido su fe a la mía, solamente en muy pocos de ellos llegaría a poner mi confianza, y a buscar apoyo. ¡Y es que ni en mí mismo puedo confiar!

Ogi no se hacía idea en realidad de cómo se podía continuar esa conversación, pero reaccionó con su simpatía e imperturbable sonrisa.

—Y hablando de Ogi —continuó Patrón—, él ha puesto aquí un pie como extensión de su anterior empleo, y trabaja para nosotros, pero opino que aún no ha dado el salto a nuestro campo. Bien, pienso que por ambas partes estamos de acuerdo en eso. Me gustaría que a partir de mañana empecéis esta tarea. Quiero explicároslo, pues para eso os he hecho venir a Bailarina y a ti. Tengo una serie de fichas relativas a personas, escritas a mano por mí, que integran un catálogo de nombres. Ante todo voy a pedirle a Bailarina que me haga un par de copias de cada ficha, para quedarme yo luego con los originales.

Dicho esto, Patrón recogió de encima de la mesa aquellos papeles en forma de tarjetas, que habían dado la impresión de ser demasiado pequeños como papel de carta, y se los entregó a Bailarina. Ella entonces, con un quiebro sensible de su cuerpo, desapareció camino de la sala de estar; pero con la energía de un relámpago, regresó al rato de nuevo.

—La tarea que os encomiendo es que restablezcáis el contacto con la gente que me respalda y que figura en la lista, principalmente de Tokio y sus alrededores, pero también hay algunos que se han dispersado por otras regiones.

Aunque Patrón, por su edad, debía de tener una incipiente presbicia, lo que hacía era aproximar a su enorme cara las fichas que ya le había devuelto Bailarina, y, poniéndoselas al sesgo, las examinaba minuciosamente. Bailarina, que se había mantenido junto a Ogi —ambos de pie—, se adelantó unos pasos en dirección a Patrón, frunció ligeramente el ceño y, como si fuera una colegiala que repasa un extracto de su papel para una función escolar, se aplicó a estudiar con toda atención aquellas copias. Por cierto, a Ogi no le causó una especial impresión favorable la escritura de aquel hombre, mucho mayor que él, y que se había educado en una época previa a los ordenadores con sus procesadores de texto; ya que, contra lo que cabía esperar, su caligrafía consistía en unas líneas de caracteres trazados con torpeza infantil. Pero ante todo había algo que quería preguntarle a Patrón, quien con tanta ufanía como serenidad les había mostrado una lista de sus nuevos seguidores.

—Viniendo al tema del Salto Mortal suyo y de Guiador... y estoy empleando el término usado por los medios de comunicación de aquel momento, ¿no es cierto que recibieron críticas de los fieles de esa iglesia, a quienes ustedes habían abandonado a su suerte? A la facción radical, que sufrió arresto y persecución, no se le dio ocasión de hacer declaraciones, aunque no todos los radicales fueron apresados, y con motivo del juicio surgieron sorpresivamente muchas agudas observaciones. Incluso por parte de otros creyentes más moderados que constituían el núcleo de la secta, hubo denuncias, según creo.

"Entre las personas de esta lista, que le dan respaldo como nuevos seguidores, y aquellos otros de la secta, ¿qué relación media? Estos que lo respaldan actualmente, ¿son simpatizantes que mantienen su relación con usted

aun ahora, habiendo permanecido ellos en el seno del grupo religioso? De ser así, el abandono por parte de ustedes de dicho grupo vendría a significar que ustedes cortaron su relación con creyentes de un nivel no muy profundo, pero todavía se conserva la relación con ciertas personas especiales, ¿verdad? Y aun dejando al margen las declaraciones que hicieron al gran público en general, valiéndose de la televisión, ¿no vendría a resultar que usted mintió ante el presidente de la fundación? Pues yo le transmití lo que había oído decir a usted: que con el Salto Mortal se había separado completamente de la iglesia; es más: que se habían hecho enemigos de ella.

Patrón, por primera vez en ese día, orientó su cuerpo directamente hacia Ogi. Incorporando el torso y enderezando la cabeza, parecía querer borrar su imagen de vulnerable anciano, para dar la impresión de una gran fiera llena de fuerza combativa, que reafirmara su dignidad.

—Yo no he mentado —exclamó Patrón con voz elástica—. Los nombres que hay en esa lista son los de las personas que nos escribieron cartas personales a Guiador y a mí en estos diez años posteriores a nuestro abandono de la iglesia. De ahí se han excluido todos cuantos parecían haber tenido relación con nuestra actividad antes de esa época.

"Guiador y yo, por medio del Salto Mortal que dimos, abandonamos la iglesia y su doctrina. Eso también suponía que iniciábamos una nueva etapa. Y lo ha visto cierta gente como nuestra caída en los infiernos. Según la interpretación de Guiador, ésta fue la manera de ver el asunto por parte de las mujeres que, al irnos nosotros, también ellas se alejaron de la secta y ahora hacen vida común. Un salvador de la humanidad, antes de cumplir las profecías que se han hecho —es decir: antes de asumir la labor de liberar a este mundo caído, y de conducir a su pueblo directamente a un plano sobrenatural—, tiene que bajar una vez a los infiernos. Todo va ligado a esa manera de pensar. Pues antes del Salto Mortal esa gente nos estaba llamando Salvador y Profeta. . .

"Sea de eso lo que fuera, a raíz del Salto Mortal Guiador y yo nos apartamos de la secta. Con posterioridad a ello, ésta sigue ejerciendo su actividad en torno a la sede principal de Kansai como centro de operaciones. Nosotros, por nuestra parte, estamos aquí, sin relación alguna con ellos. Luego, al desplomarse Guiador, perdido el conocimiento, nos encontramos ambos en una crisis sin precedentes. Puede decirse que después del Salto Mortal estamos ante la más ardua prueba.

"En tales circunstancias, se me ha ocurrido tomar la iniciativa en abrir el primer contacto con esas personas que, sin relación alguna con la secta, nos han escrito cartas de adhesión con posterioridad al Salto Mortal. Esto es lo que hay.

"Que yo me acuerde, en realidad, hasta ahora, no he tenido un encuentro con las personas cuyos nombres y direcciones figuran en la lista. Esas personas me han demostrado su interés después de irnos Guiador y yo de la iglesia, después de haber sufrido el rechazo de la sociedad, y de vernos reducidos a ser blanco de las burlas. Yo ahora he empezado a pensar en esos nuevos elementos que nos brindan su ayuda. Para establecer contacto con estas personas, me gustaría contar con los primeros servicios de Ogi, mediante la colaboración —claro está— de Bailarina.

—Una cosa que se me ha ocurrido —dijo Bailarina— es que será mejor que confrontemos la lista recibida de Patrón con las cartas o escritos que le enviaron quienes figuran en ella. Porque en algunos casos puede haber por ahí cierto juego sucio. Naturalmente, la primera carta que escribamos para enviar a las direcciones de la lista, la redactaremos siguiendo tus consejos, Patrón. Los detalles del procedimiento a seguir los trataremos aparte tú y yo, Ogi. Patrón tiene que descansar.

Con la ayuda de Bailarina, Patrón, que estaba en bata, pudo levantarse de la pequeña silla, con la cabeza de nuevo hundida entre sus blandos hombros. Luego, con andares de enfermo, volvió a la cama.

Esa noche, Bailarina salió al jardín, ya del todo oscurecido, para llevar la comida al San Bernardo, que se movía con el generoso estrépito de una gran fiera. Entretanto, Ogi la esperó dentro. Patrón se había echado a dormir sin querer cenar. Por fin, entre Bailarina y Ogi, que empezaban su cena, repasaron una vez más las ideas de que habían hablado con Patrón.

—Cuando os oía hablar a Patrón y a ti —dijo ella—, pensaba que tú, aun conociendo las enseñanzas religiosas de Patrón, no sientes inclinación por ellas; y siendo así, ¿cómo es que le prestas tu apoyo, y tienes la intención de trabajar para ayudarlo? Desde luego, yo te pedí que lo hicieras, pero he llegado a sentirme mal por haberlo hecho.

—Ese hombre... encierra en algún lugar recóndito un extraño atractivo —respondió Ogi—. Al menos puedo decirte que nunca roe he echado a la cara un vejete de su edad que tenga un carisma de ese calibre.

CAPÍTULO 2

REENCUENTRO

A partir de este punto, y por cierto espacio de tiempo, tenemos que volver en nuestro relato a un reencuentro, que tendría lugar entre aquel joven de bellos ojos y cara perruna y el pintor Kizu; quince años después de haberse visto ambos por primera vez. Entretanto se supone que el inocente muchacho que era Ogi, tan trabajador que jamás se perdona esfuerzos en su tarea, seguirá aplicado, en compañía de Bailarina, a la labor que les encomendara Patrón. Así pues, la historia marginal en que ahora entramos vendrá a desembocar, en nada de tiempo, hacia el nuevo lugar de trabajo del joven Ogi. Ambas historias confluirán, y de nuevo tendrán que avanzar, ya unidas.

Kizu se volvió a encontrar en persona, y por pura casualidad, con aquel muchacho de años atrás, cuyo proceso de crecimiento lo había obsesionado tanto. Sin embargo, no fue hasta bastante después de haberlo tratado amigablemente cuando por fin se dio cuenta de que el muchacho en cuestión era la misma persona que tenía ante sí, hecho ya un joven veinteañero.

Kizu estaba de vuelta en Japón, gracias al año sabático de su universidad, y empezó a vivir en un apartamento del barrio de Akasaka. Un antiguo alumno de su seminario sobre didáctica de las artes, que también había vuelto a Japón, lo introdujo en un club de atletismo situado en Nakano, donde Kizu se inscribió, para asistir al centro dos veces por semana. Tal vez no parezca normal tal comportamiento en alguien que es consciente de su recaída en el cáncer, pero en ese caso se diría más bien que él se sintió espoleado a ello precisamente por ser consciente de su condición. Sea como fuese, el caso es que Kizu no tardó en interesarse por un joven del club al que conocía sólo por azar y de vista, sin haber aún hablado con él, y sin que nadie le hubiera hablado tampoco de él. Era un joven de veinticuatro o veinticinco años, de gran belleza física, la cual, realizada por su estilo personal de natación, atrajo verdaderamente a Kizu. Por añadir alguna explicación a este punto, diríamos que el tema lo veía Kizu en relación con el programa que se había trazado, para su estancia en Tokio, de retomar la pintura al óleo. Desde que asumió la dirección de su departamento universitario, en América, su trabajo había sido incesante, no sólo por las conferencias y seminarios, sino por la multitud de asuntos inherentes a la complejidad de su cargo; de tal manera que se había alejado del trabajo verdaderamente creativo. Puesto a recuperar la pintura al óleo, Kizu no se había hecho un esquema mental satisfactorio sobre el tema concreto en que centrarse, pero más que ponerse a pintar desnudos femeninos, él sentía preferencia desde luego por la idea de retratar del natural a algún joven desnudo.

Kizu observó al joven mientras instruía como monitor a niños de escuela primaria en ejercicios de calentamiento al borde de la piscina, y luego viendo cómo corregía las brazadas de los pequeños nadadores una vez ya en el agua. Pero, sobre todo, cuando el joven mismo se entrenaba nadando, hubo una escena que le dejó una viva impresión. Un día laborable, a horas tempranas de la tarde, en la piscina de la planta baja del club de atletismo se estaban dando dos clases infantiles, y otra de entrenamiento para adultos —que de hecho eran sobre todo mujeres, con algún que otro hombre mayor metido en el grupo—. En la zona reservada para socios numerarios del club había algunas calles marcadas para hacer largos, y en ellas dos o tres nadadores; el agua estaba muy transparente y se notaba algo más fría que de costumbre. Uno de los nadadores era Kizu.

Entretanto llegó la hora de otro turno de clase, y en el amplio espacio abierto entre la piscina principal y otra dedicada a prácticas de natación sincronizada se daba una clase a muchos niños, que en ese momento empezaban su gimnasia preparatoria de calentamiento. Kizu, una vez realizada su práctica natatoria del día, se disponía a levantar el campo, cuando —por entre el grupo de los jóvenes monitores, contratados por horas, que allí departían amigablemente— tuvo ocasión de ver una escena singular. Al pie de la escalera, en una zona dedicada a duchas y surtidores para lavarse los ojos, había un profundo estanque de agua de un par de metros cuadrados, que en principio le había parecido ser nada más que una pileta algo especial, pero que en realidad era una piscina para prácticas de buceo. Al lado estaban tres chicas en traje de baño, luciendo unos poderosos muslos que sobresalían desde el corte alto del bañador; apoyando los brazos en la barandilla metálica, miraban hacia abajo. Kizu se detuvo cerca de ellas.

Allí apareció una cabeza cubierta con un gorro de goma blanco que emergía recta de la superficie; y tras ella, el movimiento de unos hombros, imponente y calmoso al mismo tiempo. Agarrándose con una mano a la hendidura de la pared que había casi al ras del agua, el buceador tomó aire con energía, profundamente. El cuerpo que así destacaba a cierta altura de la superficie era el de un joven sin exceso alguno de grasa, de piel tensa y dura. Kizu vio atraída su atención por el aspecto natural de aquel cuerpo, que no parecía resultado de haberse fortalecido a base de entrenamiento. El gorro de goma que llevaba puesto era el distintivo normal de los monitores de natación; y en cuanto el joven irrumpió en la superficie desde el profundo suelo de la piscina, Kizu lo reconoció: "¡Ah, es aquél!", se dijo, pues entre los que trabajaban allí no era corriente esa musculatura. En verdad, las tres chicas altas que estaban mirando hacia la piscina también tenían un arranque de cuello imponente, en forma de abanico, marcándoles un punto de distorsión en la línea de los hombros. De nuevo el joven se sumergía derechamente en el agua: Sin tomar impulso, soltó el agarre que había hecho en la ranura de la pared y bajó la cabeza; luego pegó los brazos a los costados, y sin más se alejó, dejando apenas que unas suaves ondulaciones se esparcieran sobre la superficie. A continuación transcurrió un rato, más largo de lo que espontáneamente se hubiera esperado, y el joven emergió, lleno de vigor, pero quedamente, sobre el agua. Asomando su torso por encima de la superficie, él emitió un agudo sonido mientras inhalaba aire.

Acto seguido el joven se agarró al canalito que circundaba la piscina y orientó su cara hacia Kizu, levantándola enseguida; no llevaba gafas protectoras, ni tampoco —por cierto— aquel rostro acusaba la intensidad del esfuerzo realizado. No prestó la más mínima atención a las chicas. Su frente era como de tortuga, las cuencas oculares rehundidas, el puente de la nariz ancho y los labios gruesos. Su cutis, a partir de las orejas, y pasando por las mejillas hasta el mentón, parecía tensado como por un cinturón ceñido de cuero. Su mandíbula era poderosa. Kizu pensaba que nunca antes había visto un japonés así. Parecía sin duda alguna de raza mongólica. Un rostro fiero, pero transmitiendo al mismo tiempo cierto aire de refinamiento. Y aun con todo, de esa cara tan masculina a floraban unos grandes ojos, de mirada fija, que hacían a uno pensar que eran los ojos obstinados de una mujer sin corazón los que tenía ante sí.

Mientras Kizu echaba a andar para alejarse de allí, se sintió interiormente conmocionado. Pero, tal vez por el saber que dan los años, estaba persuadido de que, ante una inquietud que se presenta así de pronto, más que tratar de dictaminar sobre ella, merece la pena distraer el ánimo para dejarla pasar. A partir de ese momento, cuandoquiera que aquel joven dirigía una clase de socios adultos, y él le ponía la vista encima, una ligera

inquietud lo turbaba, y tenía que acabar desviando la mirada. La primera vez que Kizu tuvo ocasión de hablar con el joven fue en el lugar llamado "Sala de Secado" del club de atletismo.

En los primeros seis meses tras su incorporación al club, la tercera parte del utillaje usado para entrenamientos se había renovado; hasta ese punto se hacía sentir el dinamismo que presidía la vida del club. Pero en medio de eso había un único elemento que, incluso por su construcción, daba muestras claras de su vejez, un lugar especialmente sombrío: una salita de quince tatamis, con una única puertecilla de entrada y salida; en su zona central había algo que estaba reñido —como el fuego y el agua— con la modernidad de las instalaciones de otras dependencias del club, a saber: un recinto elíptico construido en madera, como un cercado; dentro había un rintero de piedras ennegrecidas, que se calentaban para conseguir un efecto de sauna. En resumidas cuentas, hacía las veces de sauna del club, pero su temperatura ambiental era más baja que la de la sauna aneja a ciertos baños públicos, y desde luego sin la modernidad de las instalaciones de hoy día.

Los socios del club solían sentarse en unas amplias gradas de madera construidas a dos niveles, teniendo como respaldo una pared de madera envejecida y sin pintar; allí se secaban de la fría humedad que traían de la piscina. Ni que decir tiene que los niños y niñas utilizaban habitualmente este servicio de la Sala de Secado; pero también los socios asiduos mayores, como un sustitutivo de la gimnasia que solía hacerse antes de entrar en la piscina para relajar los músculos, se echaban sobre grandes toallas amarillas en aquella sauna de moderada temperatura, para echar fuera el sudor.

Así las cosas, la primera vez que alguien le dirigió la palabra a Kizu fue en cierta ocasión en que tanto él como aquel joven llevaban largo rato sentados en la penumbrosa Sala de Secado, según la costumbre de los socios mayores. No obstante, a la escasa y única luz de la habitación, Kizu no advirtió que el hombre que se tendía a ratos en un remoto rincón era aquel chico. Y esto, motivado también porque el hombre en cuestión, sin duda para incrementar el efecto de sudoración, se había echado la toalla de baño por la cabeza, cubriéndose el torso, envolviéndose en ella y dejando al aire sólo la caña de sus piernas, de las rodillas a los pies.

Desde que Kizu entrara en la Sala de Secado había transcurrido un tiempo considerable, y en ese rato habían llegado siete u ocho chicas de algo más de quince años, que habían ocupado las gradas superiores e inferiores del lado derecho, justo enfrente de la puerta. Las chicas se pusieron a charlar animada y estentóreamente entre ellas, y Kizu supo pronto que eran miembros del equipo de natación de un colegio femenino católico, alumnas de segundo ciclo de Grado Medio. Hablaban del número que les había tocado representar —como equipo de natación— en las fiestas del colegio, relativo al Libro de Jonás. Con viva energía, como corresponde a la preparación de un festival, ellas se quejaban —sin embargo— por su mala suerte y su insatisfacción, intercambiando voces que rayaban en griterío. Kizu estaba a la escucha, y comprobó que una chica bajita, al parecer de una clase inferior a las demás, destacaba del resto por su manera de hablar.

—Somos del equipo de natación —decía— y por eso lo que nos gustaría hacer es la escena en que arrojan al mar a Jonás, o bien la escena en que él es echado de nuevo al mar desde el vientre de la ballena, y luego tiene que nadar hasta dar con tierra. Pero, según el guión que ha hecho la, Hermana, tendremos que representar la escena del barco, cuando en plena tormenta el capitán y la tripulación, irritados, lo fríen a preguntas airadas; y luego, cuando en las afueras de Nínive él se construye una choza donde se pone a balbucir sus lamentos a Dios. Y eso es todo. A propósito, ¿qué rayos será ese arbusto que por lo visto crecía por allí, el de "ricino" que llaman? Por dondequiera que se mire, ¡qué rareza de planta! Y a pesar de no conocerlo, nosotras somos las que tenemos la responsabilidad de poner en pie los decorados.

Kizu por fin se lanzó a hablar. Pues él precisamente había conseguido el carnet de socio del club por un año gracias a los buenos servicios del monitor responsable del equipo de natación de las chicas, que ejercía a su vez como profesor de dibujo y pintura. Seguramente, las chicas, a través de este profesor suyo, ya habían recibido información de la actividad de Kizu en América.

Kizu había hecho la Biblia en imágenes, aportando sus ilustraciones para un libro infantil —según él mismo les dijo—. Con ocasión de ello había realizado un viaje a Oriente Medio para documentarse, y había visto allí los arbustos de ricino.

—De aquí a una semana, tal día como hoy, os traeré un dibujo en color de ese árbol. El árbol de ricino, en el Libro de Jonás, es un pequeño motivo que expresa el amor de Dios, y de ahí su importancia. Mejor dicho, es un gran motivo, sin duda —añadió el pintor; y aquellas jóvenes acogieron encantadas la propuesta.

Una vez de acuerdo, las chicas, que habían entrado ocupando la Sala de Secado, pero no se habían mostrado hábiles en lo de conseguir la sudo-ración, lanzaron un saludo de despedida, más apropiado para un encuentro de atletismo, y se fueron. A través de la ventana, con sus cristales a prueba de calor empañados, se percibía el movimiento clamoroso de aquellas piernas bien musculadas.

En éstas, se dejó oír la voz de aquel joven, con un tono distinto del que Kizu le había escuchado cuando pescó sus conversaciones en el club. El chico llevaba la enorme toalla alrededor de la cintura, ya que con el sudor se había vuelto pesada y se le había deslizado hasta allí.

—Por lo que se ve, profesor, es usted buen conocedor de la Biblia.

Kizu se encontraba hacia un extremo del lado izquierdo de la Sala de Secado, en la grada baja. El joven estaba sentado justo en posición encontrada con la suya: en la grada alta del lado opuesto. Sintiendo tal vez reparo en tener que mirar a Kizu hacia abajo desde su puesto superior, se cambió a la grada baja. Y orientó a Kizu su cara, de facciones y brillo semejantes al caparazón de un cangrejo cocido.

—Nada de eso —replicó Kizu—. ¡Sólo por lo que les he dicho a esas chicas...! La cosa no pasa de ahí. Ni se da el caso de que yo vaya a la iglesia.

—Yo por mi parte, hace un momento tan sólo, iba a indicarles algo a esas chicas. Y es que en el segundo piso del club, en el Salón de los Socios, está su libro ilustrado, profesor, en una estantería. Porque la comisión de cultura del centro se ocupa en reunir los libros de los miembros que se han incorporado al club y de exponerlos, a disposición del público. Cuando era niño... o por decir mejor, hasta mucho más tarde, me he sentido admirado al ver cómo la manera de representar personajes y objetos en la pintura renacentista es de tal realismo que reproduce todo tal como era. El libro ilustrado por usted usa esa técnica, ¿verdad? Creo que los niños en especial se quedarán fascinados al verlo. Yo también, al leer el libro, he comprendido bien las proporciones que tendría la ciudad de Nínive, y la forma de las naves que viajaban a Tarsis.

El pintor se sintió interesado por las impresiones casi infantiles del joven —pues su propia concepción de los dibujos era algo que le había supuesto a Kizu una gran concienciación desde su juventud, y al llevarla a la práctica había condescendido con cierto anacronismo—, pero por encima de todo le atrajo la manera de hablar del joven. Pues ocurría que Kizu conservaba el recuerdo de un actor mejicano de teatro dotado de unas facciones nada comunes; y se diría que, a raíz de la propia conciencia de esa expresividad tan destacada de lo cotidiano que comporta una cara así, tal persona debe ser un punto más reservada de cara a los demás, en condiciones normales.

Kizu seguía en silencio, escuchando.

—Tampoco yo soy cristiano —continuó el joven—. Sólo que, desde mi infancia, el Libro de Jonás me ha venido inquietando.

—Como en realidad has leído mi libro ilustrado, no tengo ya que explicarte nada; pero también yo creo que he puesto mucho énfasis en la parte correspondiente al Libro de Jonás, dentro de mi obra.

—Si yo fuera a una iglesia, tendría ocasión de oír detalladas explicaciones sobre la Biblia. Pero el clero no me da buena espina; y así, las cosas que me preocupan siguen intactas, tal como estaban.

—Tal vez no sea lo más adecuado por mi parte preguntarte de este modo, pero... ¿qué es lo que te preocupa?

A pesar de haberse expresado así, Kizu en realidad no pensaba que de la boca del joven —la cual le había dado una impresión de brutalidad— fuera a brotar una pregunta concreta; pero al punto le llegó la réplica de él, con palabras que se dirían preparadas para el caso.

—A mí, ¿sabe?, me inquieta saber si el Libro de Jonás realmente acaba donde dice, o no. Sin duda es una pregunta infantil, pero se trata de saber si con el Libro de Jonás tal como existe hoy tenemos la obra completa, si era todo y sólo eso lo que había originalmente. Me preocupa.

—Ya veo —respondió Kizu, con esta frase vaga—. Puesto a pensarlo, a mí también me da la sensación de que ahí hay algo que no acaba de encajar. Pero conversando así, con estas palabras tan ambiguas, no vamos a llegar a ninguna parte.

En tal punto el joven cortó por lo sano, y dijo:

—¿No sería posible que yo fuera a visitarle a su casa, para conversar de todo esto con más calma, profesor? El gerente del club me ha dicho que usted tiene la ciudadanía americana y vive en un lugar de régimen extraterritorial.

—No tiene nada de extraterritorial. Pues yo no pertenezco al cuerpo diplomático. Sin embargo, si te interesa el Libro de Jonás, tengo algunas obras de referencia; así que ven a verme con toda libertad. Vengo aquí los martes y los viernes, de modo que los demás días de la semana suelo tener la tarde libre. Infórmate de mi dirección en la oficina, y pide allí de mi parte que te faciliten también mi número de teléfono.

El joven dio evidentes muestras de alegría.

—Me he precipitado mucho en la conversación —dijo—; me preocupa que usted me pueda considerar un imprudente. Pero me voy a permitir tomarle la palabra; así que la semana próxima lo llamo.

Aquella sauna era de baja temperatura, y como Kizu ya había consumido un buen rato allí, decidió salir de la Sala de Secado. Dio una vuelta bordeando la cerca de madera ubicada en torno al foco de calor, empujó la puerta sin pintar de la sala y salió al exterior. A través de los cristales resistentes al calor, aún pudo cruzar su mirada con la del joven, que inclinaba el torso hacia él en ademán de iniciar un saludo. Kizu inclinó, a su vez, la cabeza, y en su rostro afloró una sonrisa, luego bajó hacia la zona de la piscina, y se marchó.

Ya he dejado explicado más atrás por qué Kizu —quien como docente del Departamento de Bellas Artes de una Universidad de la costa Este estadounidense gozaba cada ciertos años de un descanso sabático— había optado, ese año, por pasarlo en Japón. Espero que al lector le quedará claro lo siguiente: que, por las mismas razones, Kizu se había propuesto un programa de actividades algo distendido para ese período de tiempo. Su universidad le había facilitado un apartamento en cierto conjunto residencial que había adquirido en tiempos de la ocupación aliada posterior a la segunda guerra mundial, y que, tras pasar por varios cambios de administración e incluso tras haberse reedificado el bloque, seguía siendo propiedad de la universidad. Ese conjunto residencial no estaba exclusivamente destinado al personal que enviara la misma universidad, sino

que se ponía igualmente a disposición de los japonólogos de otras muchas; si bien en el caso de Kizu, tratándose de un profesor numerario de la misma universidad, se le asignó como muestra de cordial acogida un apartamento en la planta más alta, de amplia distribución, con cuatro habitaciones en total, incluidos dos dormitorios. Él hizo un gran salón unificando la amplia zona de estar y la de comedor-cocina, disponiendo en el lado opuesto al ocupado por la mesa de comedor un espacio habilitado como taller. En la divisoria colocó el sofá, una butaca y una mesita, y allí era donde pasaba la mayor parte del tiempo.

Pasados tres días, recibió durante la mañana una llamada telefónica del joven, y en ese momento Kizu no conservaba recuerdo alguno del nombre y apellido del mismo; por un instante tan sólo, se quedó en suspenso. Al oírlo hablar en el club de atletismo había advertido que su manera de hablar y cuanto decía denotaban inteligencia; y que al mirarlo —con su físico tan musculoso— mientras hablaba, daba la impresión de que su asertiva presencia corporal hacía de puente entre su voz y su cara. Pero por teléfono transmitía una resonancia clara y sosegada.

Kizu recibió al joven visitante, y lo hizo sentar en el sofá que lindaba con la zona de taller. Sobre la mesita cercana había colocado el material de consulta, en tanto que él mismo se sentó en la butaca a juego con el sofá. El joven —llamado Ikúo— vestía pantalones vaqueros, una camiseta blanca de manga corta y encima una camisa de algodón de diario, con las mangas remangadas. En comparación con su aspecto desnudo de la Sala de Secado, parecía ahora bastante más joven. No obstante, a juzgar por el aire intranquilo que traslucía el joven desde que entrara en el apartamento, era fácil intuir que esa ropa tan común le venía al cuerpo como cosa prestada, y que la escena presente de la vida real desentonaba básicamente de sus costumbres. Algo más tarde, cuando Ikúo empezó a ir allí regularmente para posar como modelo del natural, explicaría a Kizu por qué ese primer día había mirado todo a su alrededor con tanta atención: empezando por los techos, pues éstos eran altísimos en comparación con los de los pisos amplios de Tokio. Y no se trataba sólo del interior del apartamento: la zona de acceso a los ascensores y el vestíbulo de la planta baja, donde los residentes recogían la correspondencia, estaban hechos con un tosco pragmatismo, sin hablar de sus exageradas dimensiones. Al escucharle a Ikúo por qué se sentía tan fuera de lugar allí, Kizu comprendió por contraste cómo, en su propio caso, él se había acostumbrado tan pronto a ese edificio, ya que estaba edificado siguiendo el mismo estilo que la residencia de su facultad en Nueva Jersey, donde él había entrado como nuevo profesor numerario, para quedarse allí por siete u ocho años.

Pues bien: a medida que Ikúo le hacía preguntas, Kizu le iba mostrando el material prometido, y le hablaba de todo lo que había investigado sobre el Libro de Jonás con ocasión de haber ilustrado aquella serie de relatos infantiles centrada en el Antiguo Testamento.

—Éstas son las notas que tomé de un libro de J. M. Meyers, a partir de su traducción japonesa —explicó Kizu—. Nínive era la capital de Asiria, una gran ciudad, aunque lo que ahí se dice de que "recorrerla por fuera dándole una vuelta alrededor llevaba tres días" es una exageración. Su población se estima que era de 174.000 habitantes; y, a propósito, esa frase de que "más de 120.000 eran: seres incapaces de distinguir su derecha de su izquierda, e incontables cabezas de ganado además", la entiendo así: dejando aparte las cabezas de ganado, el foco de atención está puesto en los niños. Tal vez para un especialista en el tema, esto no signifique nada, pero lo que viene a decir el texto es que Dios se compadece especialmente de los niños y del ganado: los inocentes, así como suena. Pues quienes cometen pecados son las personas adultas.

"Y hay algo más: la condición de paganos de los ciudadanos de Nínive. Siendo tal el caso, el hecho de que Dios se retrajera de acarrear la ruina sobre los ninivitas se debe ni más ni menos a que, a pesar de ser ellos paganos, se arrepintieron de corazón ante la palabra de Dios predicada por Jonás. Meyers escribe que para los altivos israelitas esto debió de suponer un fuerte trauma, ya que se tenían creído que eran el pueblo elegido de Dios. Israel fue obstinado; y los ninivitas, dóciles.

"Jonás, para escapar de Dios, monta en un barco que parte de Joppe con destino a Tarsis, seguramente a un puerto de Cerdeña donde había una gran fundición: como punto de destino para un barco que zarpaba de Palestina, era en aquellos tiempos un lugar muy remoto. Se cuenta que Jonás se embarcó en una nave que transportaba hierro y objetos de hierro. Ese Jonás que iba huyendo albergaba en su interior la idea de que el poder divino tenía que limitarse al territorio de Israel. Todo eso dice. Y parece tener sentido, ¿verdad? El barco es alcanzado por la tormenta, y Jonás es el único allí que sigue impertérrito, hasta el punto de que el capitán se extraña: "¿Cómo es que puedes dormir?", le pregunta. Este hombre, como pagano que es, no va a entenderlo, pero en la mente de Jonás está la convicción de que más temible que la tempestad es la ira de Dios, de la que ha logrado escapar y ponerse a salvo; por eso es tan natural que él pueda dormir.

"Luego viene el relato de cómo Jonás es arrojado al mar, cómo llega al vientre de la ballena, y cómo por fin arriba a Nínive. Allí tiene que explicar la ira de Dios, pero a fin de cuentas, según comenta Meyers en una nota: "Jonás deseaba en su interior que Dios y su amor de salvación se limitaran su pueblo exclusivamente. Jonás pensaba que él era un fracasado había convertido en motivo de irrisión para la gente".

—La observación sobre los niños es muy interesante, ¿verdad? —exclamó Ikúo con extrañeza, como si estuviera viendo visiones. Y el recuerdo de estas mismas palabras, al ser pronunciadas el primer día, quedó grabado hondamente en la memoria de Kizu—. Y aunque sea apartarnos de su tema, profesor, eso de destruir enteramente la ciudad de Nínive, con tal multitud de niños y de ganado incluidos en ella, debía de ser algo escalofriante, ¿no cree? Considerando que se trata de la época de Jonás, equivaldría ahora a la destrucción de una urbe del tamaño de Tokio, ¿no?

Sin embargo, no siguieron desarrollando más este tema. Kizu no se vio motivado a compartir la emoción del joven imaginando que Tokio, con niños y cabezas de ganado incluidos, aparte naturalmente de los adultos, fuera a sufrir una total destrucción. En parte porque, después de hablar sobre aquella obra que comentaba el Libro de Jonás, él no alcanzaba a responder a la pregunta que Ikúo le había hecho en la Sala de Secado, a saber: si el Libro de Jonás, tal como ahora se conserva en la Biblia, es un texto truncado, o está completo.

Ikúo entonces, al percatarse sagazmente de la turbación de Kizu, se aprestó a cambiar de tema sin reparo alguno, dejando de lado el Libro de Jonás. Al punto se dio una vuelta por la zona de taller que Kizu había establecido en su vivienda, y donde estaban expuestos los dibujos y óleos que éste había hecho al retomar su labor creativa, tras su regreso a Tokio. Ikúo manifestó su satisfacción al comprobar que el estilo de las obras de Kizu se correspondía cabalmente con la maravillosa sensación experimentada al ver aquel libro de dibujos bíblicos. Añadió, sin embargo, que, al ver obras originales, el color era aún más brillante, y que le recordaba el color de la pintura costumbrista contemporánea de América; observaciones que —para Kizu— precisamente daban en el blanco. Con ocasión de esto la charla derivó hacia una propuesta de Ikúo: si Kizu necesitaba un modelo para pintar, y concretamente para pintar el desnudo masculino, podía contratarlo a él; lo cual sería muy gratificante, ya que mientras él mismo posaba podía aprender mucho de la conversación del profesor, y así sería posible "matar dos pájaros de un tiro", y todo eso.

Una vez que acordaron este plan, Kizu acompañó a Ikúo a la puerta, y enseguida pensó que el joven había venido con la idea preconcebida de antemano de hacerle aquella propuesta de posar, ahora ya aceptada. Con todo y con eso, Kizu descubrió que volvía a aflorar a su propia cara la misma sonrisa que antes experimentara, cuando salía de la Sala de Secado.

Ese fin de semana, Kizu se despertó temprano una mañana, cuando aún estaba oscuro. En esto, tuvo ocasión de apercibirse de su propia postura en la cama. Ante el temor de que posiblemente el cáncer le hubiera invadido el hígado, solía dormir echándose sobre el costado izquierdo, con el brazo como almohada; una postura que tenía cierta base en el ámbito de su memoria remota: era la imagen que conservaba de sí mismo a los diecisiete o dieciocho años, echado sobre la ladera de una colina, en un valle de aquellos bosques por donde había nacido y se había criado. Hasta el presente esa imagen suya se le venía representando a veces en

sus sueños, ante los cuales Kizu se sentía como quien ve visiones: siempre dibujándose con una gran sensación de realidad —por la riqueza del color— esa postura suya que él asumía como de "su eterno presente". Y en este momento del amanecer, en el sueño inmediatamente previo al despertar, Kizu se encontraba pues de vuelta en "su eterno presente".

Kizu se hallaba en una edad en que, por usar la expresión americana, su cabeza tenía aspecto de 'salt and pepper' o 'pelo entrecano' y corto, en tanto que la imagen que él se hacía de sí mismo era la de un joven de diecisiete o dieciocho años. Pues al tomarse mentalmente el pulso advertía que su ritmo emocional no había cambiado gran cosa desde la época en que tenía los diecisiete o los dieciocho. Aunque era consciente, con toda la crudeza del caso, de que se daba en él la grotesca confluencia de un hombre en el último tramo de la década de su cincuentena con la inquietud de espíritu de un muchacho a los diecisiete o dieciocho años. Kizu se imaginaba el episodio narrado en el canto trece de la Divina Comedia, correspondiente al infierno: donde un alma que acaba de entrar en la antesala de la vejez agarra su propio cuerpo, adolescente, y lo cuelga de unas zarzas.

A partir de la semana siguiente, Kizu acometió la obra de varios cuadros seriados, cuya concepción aún tenía imprecisa, e Ikúo le ayudó asumiendo el papel de modelo, que era clave para la serie. Cuando en realidad estaba aplicado a su dibujo, Kizu adoptó la táctica que solía usar en sus clases: hablar mientras ejercía su tarea; en parte también influenciado por lo que Ikúo había dicho el primer día que fue a su apartamento. Aunque, por cierto, en los seminarios de las universidades americanas, si un profesor en ejercicio se pasaba de la raya hablando, en las evaluaciones al final del período lectivo recibía un tratamiento severo por parte de algunos alumnos. Kizu solía responder a las cuestiones que Ikúo le hacía espontáneamente mientras posaba, a veces dejando pendiente la respuesta para darla la se*mana siguiente, tras dedicarle la reflexión oportuna. Kizu guardaba un vivido recuerdo de la época inicial de esas preguntas y respuestas:

—La semana pasada me preguntaste en qué consiste la libertad personal, ¿te acuerdas? Puesto a pensarlo, me he dado cuenta de que a mí también, desde joven, me ha atormentado esa cuestión. Es decir: ¿qué es para mí una persona libre? El tema me ha dado que pensar. Me viene a la mente una anécdota relativa a cierto pintor, que leí no sé cuándo.

"Para decirte cómo interpreto el asunto, tengo que recurrir a otra cita, pero esta vez no se trata de que me haya leído un libro entero, sino que es una frase escuchada a un compañero que enseña filosofía, así que tengo que recurrir a fuentes secundarias. El círculo que existe en la naturaleza y el círculo que existe en la mente de Dios son la misma cosa; sólo que se manifiestan de forma distinta, al estar revestidos de distinto aspecto. Así es, pues.

"La anécdota tuvo lugar en la época del Renacimiento, cuando cierto pintor fue requerido por un personaje encargado de elegir a alguien que fuera capaz de pintar al fresco un gran mural (en mi juventud, yo estaba fascinado por dicho artista). Se le pidió que presentara una obra capaz de testimoniar su arte. Entonces el pintor dibujó un círculo y lo envió. Es una famosa anécdota.

"Un pintor dibuja a lápiz un círculo sobre el papel. Ese círculo coincide a la perfección con el círculo que Dios ha concebido en su mente. La persona que tiene en su mano conseguir eso, es una persona totalmente libre. Como camino para llegar a esa tal libertad, el artista tiene que ejercitarse, acumulando arte sobre arte. Puesto a pensarlo, parece que el trabajo soñado como el gran quehacer de mi vida se me manifiesta al fin. Me refiero a cosas de mi juventud.

Ikúo seguía posando, sin mover para nada su cuerpo, ni siquiera la expresión facial. Su cara precisamente estaba seria, y le recordaba a Kizu la imagen creada por Blake del joven Los, a quien se comparaba con el sol. Kizu captaba la impresión de que Ikúo al desnudo llevaba sobre sí las sombras propias de un grabado a color en madera de Blake, y la impresión también de que él mismo con su lápiz Conté iba dispersando esas sombras.

Ikúo miraba fijamente al espacio vacío que tenía ante sí, y su capacidad de atención la había volcado en sus propias orejas; así es como lo captaba Kizu. Encontrándose Ikúo guardando silencio de ese modo, aprovechó el siguiente momento de descanso para decir:

—Creo que yo también he pensado algo en cierto modo parecido a lo que usted ha dicho, profesor. Suele decirse que los niños pequeños son libres, ¿no? Admitiendo que eso sea realmente cierto, basta con que adquieran un poco de conciencia para que ese ser que dos o tres años antes era libre, no pueda ya actuar libremente. Yo, por mi parte, cuando dejé atrás mi infancia, aun en tales circunstancias creo que soñé con esa libertad como algo real que estaba a mi alcance. Y no se trataba de darle vueltas a un concepto.

"Entonces pensé en el caso de Jonás: intenta escapar lejos de Dios, pero no hay para él modo alguno de lograrlo. Eso tiene que aprenderlo a base de sufrimientos que casi lo llevan a la muerte. Todo eso que se relata de que estuvo en el vientre de la ballena y demás... me ha hecho pensar en la peste que haría allí dentro..."

En este punto, Kizu no pudo refrenar una sonrisa.

—Pasado todo eso, Jonás se da por vencido y se dispone a hacer lo que Dios le manda. Y una vez que toma esa decisión, él se vuelve obstinado. Y a ese Dios que ha cambiado de planes, le dirige su queja: "El rumbo que habías tomado desde el principio, ¿no tenías que seguirlo hasta el final?" —le reprueba. ¿No es éste precisamente el proceder de alguien que es libre? Aunque tal libertad puede darse únicamente en el supuesto de que Dios existe. Es posible que me equivoque, pero si Dios, por su parte, no da lugar en su mente a que haya alguien con esa libertad para objetarle, ¿no es cierto que esa libertad inmensa y sin restricciones no hay quien pueda asegurarla? Si yo he deseado leer la continuación del Libro de Jonás, ha sido justamente por eso.

Kizu no replicó nada sobre la marcha. Aunque le respondió con una sonrisa significativa, dando a entender que comprendía lo que el joven quería decirle.

Estaba entrando el otoño en Tokio. Cuando Kizu vivía en la residencia de su facultad en Nueva Jersey, había por allí una extensa lengua de agua —aunque solían llamarla "el lago"—, siempre con el agua fangosa y turbia, que en realidad no era más que un canal artificial para hacer allí prácticas de remo en canoa. Desde su orilla opuesta, con cada llegada del otoño venía hasta los oídos de Kizu una voz animal semejante al chirriar de las cigarras. El compañero de habitación de Kizu —un alumno africano de Historia del Arte— aseveraba, sin dar su brazo a torcer, que era el grito de un pájaro salvaje. Ante el apartamento donde ahora vivía Kizu en Tokio, mirando desde la terraza, orientada al Sur, se alzaba un enorme árbol, a una distancia de cinco metros, de la especie llamada ñire u olmo japonés. Con sus amplias hojas blandas y redondeadas, le recordaba a Kizu la línea de arbolado que bordeaba el campus universitario de Nueva Jersey, y por ahí dedujo él que el ñire era una variedad del olmo. Nunca se había detenido a pensar —por cierto— que ese tipo de árbol era etiquetado en Japón como ñire. Pero cuando Ikúo posó desnudo para él la primera vez, al quitarse la ropa interior dirigió su mirada a los remotos edificios que quedaban más allá del árbol, a través del frondoso ramaje de éste, y comentó:

—Ese akadamo nos sirve de mampara, ¿eh? Aunque cuando caiga la hoja no podremos decir lo mismo.

—¿Akadamo, dices?

—Así oí que lo llamaban en Hokkaido cuando yo correteaba por allí —dijo Ikúo—. La gente lo suele llamar harunire o ñire de primavera, por la época de su floración: un olmo escocés, por otro nombre. Creo que a éste le toca florecer pronto, ¿no? En mi niñez me enseñaron a diferenciar entre esta especie y el auténtico harunire por la época en que florece cada año. Oí decir a mi padre que...

Entretanto el rostro de Ikúo, que hacía pensar en el hocico de un animal carnívoro, por más que trasluciera un tranquilo aire de remembranza, trajo un desvaído recuerdo a la mente de Kizu. Ikúo nunca se había referido antes al hogar donde se había criado, y lo único que había dicho alguna vez era que desde hacía bastante tiempo no mantenía contacto con su familia. La cara del joven era tan obviamente singular que en su infancia debía de haber tenido un encanto muy gracioso, que lo haría ser el personaje más célebre de su casa. Ese niño, al hacerse joven y empezar sus correrías a pie por Hokkaido, y luego por otras regiones, para acabar no regresando al hogar, a la fuerza tuvo que provocar en su familia un sentimiento de pérdida.

Ante el árbol, a propósito del cual le había enseñado Ikúo el nombre de harunire, Kizu empezó a albergar en su interior sensaciones eróticas. Él mismo advirtió el desarrollo insospechado de dichos sentimientos gracias al episodio siguiente:

Una mañana, la mirada de Kizu se vio cautivada por el harunire cercano a su terraza, que ese día agitaba su lujurioso ramaje con una fuerza nunca vista. En esto, sobre una rama desnuda de follaje, vio una pareja de ardillas saltando llenas de vida, que enseguida desaparecieron entre la espesura de las frondas: el desbordante y enérgico poderío que desplegaban se concentraba en la base de sus colas. En el entorno del harunire había otros árboles más bajos, como robles de hoja perenne y de otras variedades, cargados de frutos en forma de bellotas. En el caso de harunire, por más que Kizu miró en torno a la base del tronco —cubierto por una corteza de duros surcos sinuosos— no parecían haber caído frutos al pie del árbol. Como había dicho Ikúo que "a partir de ahora va a florecer", en ese supuesto los frutos vendrían más tarde.

Volviendo a lo anterior, las ardillas que se habían perdido entre el follaje tenían que ir animadas únicamente por el afán de aparearse; y así lo había sabido Kizu directamente por intuición. Pues ante los movimientos exagerados del ramaje motivados por las ardillas, él experimentaba una sensación en lo más íntimo de su vientre que era inequívocamente una incitación. Allí, adentrándose con la mente en la profunda sombra verdosa del harunire, le parecía estar viendo la estrecha zona lumbar de Ikúo, y sus nalgas, con los músculos flexionados suavemente bajo su recia piel. Y le pasó lo que en mucho tiempo no experimentaba: el pene se le puso erecto hasta dolerle.

Kizu se quedó mirando atentamente la copa del árbol, en tanto llegaba a atenuarse y calmarse el proceso desarrollado en su entrepierna. Él se encontraba en la terraza tomando un baño de sol, enteramente desnudo, al amparo del harunire, cuyo follaje cubría un amplio espacio. Eran las nueve de la mañana; el sol empezaba a desplazarse por detrás de las ramitas cimeras del árbol, pero ya Kizu había tomado su baño de sol por más de una hora. Echando previamente un cobertor de la cama en el suelo, se había acostado encima, en forma despatarrada, sus piernas abiertas orientadas a la ventana. Era ésta una nueva costumbre suya, adoptada con la idea de exponer en lo posible al calor de los rayos solares aquellos de sus órganos que debían de estar invadidos por el cáncer. Una idea sentimental, sin duda, pero que tenía visos de ser eficiente.

Hoy, sin embargo, viéndose en esa postura, orientado a la luz del sol, con el bajo vientre expuesto al aire, se le evocaba el recuerdo de un bebé que aguarda, orientado hacia su madre, el cambio de pañales. Y todavía le vino otro pensamiento, aún más cómico: cuando él posiblemente existía dentro de un remoto antepasado, un mono, como gen hereditario; y ese mono —que se superponía con Kizu mismo— exponía su ano al sol como quien presenta un obsequio: tal era la ocurrencia. Puesto a pensarlo, dentro de ese plácido baño de sol ya estaba gestándose un clima de sexualidad. . .

Entretanto, en la parte umbrosa del harunire, y con mayor cercanía que antes respecto a la terraza, surgió otro movimiento de tinte erótico, mas abiertamente erótico aún que el anterior. Sobre el lienzo entretejido de claroscuros de verdes y delicadas sinuosidades, Kizu alargó un lápiz imaginario, y fue trazando apenas los muslos abiertos de Ikúo y su unión, de los costados a los glúteos, con un ángulo de visión algo elevado y en diagonal desde atrás. De nuevo Kizu sintió vivamente que le brotaba una corriente de sangre cálida desde el abdomen a las ingles, provocándole una fuerte erección en el pene. Con la mano izquierda se echó mano al

sexo para sobarlo mientras seguía trazando su esbozo en el aire. Cuando alcanzó la eyaculación, llegó a sus oídos algo como un fuerte suspiro, que era su propia voz clamando:

—¡Ikúo! ¡Ikúo! ¡Aaah! ¡Ikúo!

De este modo Kizu se fue apercibiendo poco a poco y con toda franqueza de qué cosa estaba él buscando en Ikúo, desde el día en que se lo encontró en la sala de secado del club. Despertada su homosexualidad en el tramo final de la cincuentena, lo que estaba buscando era nada más y nada menos que consumir el acto sexual con este joven, de bello y duro cuerpo. A partir de este día, las sesiones en que Ikúo posaba para él se le convertían a Kizu en algo especial. Sin embargo, no hubo nada nuevo, y los días se sucedían uno tras otro. Cuando se encontraba solo, Kizu no acertaba a concebir cómo hacer realidad concreta sus sueños de cada día. Ikúo por su parte se mantenía insensible a cuanto pasaba por el interior de Kizu, e incluso llegaba a contarle impresiones suyas, que a su interlocutor le resultaban crueles:

—Este estudio de vez en cuando huele como si un soltero de mi edad viviera aquí. Al posar como modelo he enrojecido de vergüenza, pues hace dos o tres días que no me baño en el furo; y a la piscina, como he tenido una tregua de descanso, tampoco voy.

Kizu pudo arreglárselas para no enrojecer de vergüenza; pero, acordándose de que estaba retomando la costumbre de masturbarse después de años de no hacerlo, se sintió confundido. Y en estas circunstancias le dijo a Ikúo, por no callar, algo que no era interpretable como un cumplido:

—Un artista, mientras practica su creación, dicen que se rejuvenece. Ya se ve que es así.

Ese día desde por la mañana se oscureció el cielo, como si el sol hubiera llegado a su ocaso, y soplaba el frío viento del Norte. Kizu seguía por su propia cuenta con la peculiar "higiene terapéutica" para combatir el cáncer que había iniciado desde mediados de julio, o por mejor decir: los baños de sol —la denominación misma, de aire tan anticuado, "higiene terapéutica" le provocaba un sobresalto a Kizu—; pero ese día no había lugar a tales baños. Con la frente apoyada en la frialdad de la puerta de cristal que daba acceso a la tenaza, Kizu miraba al harunire, cuyas frondas sacudía el fuerte viento. Las hojas, en la medida en que podían verse, aparecían secas y sin brillo, y algunas que volvía el viento mostraban su envés blancuzco y aún más seco. Hasta el momento le habían llamado la atención unas pocas hojas amarillentas, pero solía ser porque las ardillas o el viento hubieran roto allí las ramitas, pero ahora se fijó en que había numerosas ramas en las que la mitad de sus hojas se había vuelto de un amarillo limón. Kizu pasó así el tiempo ese día hasta más tarde de las doce, en un estado de ánimo alterado, incapaz de tranquilizarse. Ikúo, que tenía que haber ido durante la mañana, no apareció. El lunes de dos semanas atrás, que ya había sido prefijado para una sesión de pintura, Ikúo llamó por teléfono diciendo que se tomaría ese día de descanso como modelo. El jueves siguiente también faltó, esta vez sin previo aviso. Y la semana anterior también se tomó vacaciones por el mismo procedimiento los dos días convenidos. Por fin, ese día, Kizu llamó por teléfono al club de atletismo. Le respondieron que no había tal cosa como ausencia por enfermedad, ya que en ese mismo momento Ikúo se hallaba actuando como monitor en una clase de nadadores aficionados. Kizu rogó que le comunicaran simplemente que él había llamado. Sería el jueves de esa misma semana, en una mañana clara, cuando Ikúo se le iba a presentar por fin en la puerta.

Pero a todo esto Ikúo no se disculpó especialmente ante Kizu por las pasadas dos semanas y media de ausencia. No parecía deberse eso a una inmadurez derivada de cierto egocentrismo, sino más bien a una actitud consciente por su parte de guardarse dentro lo que debía decir, lo cual preocupaba tanto más a Kizu. Y, por si fuera poco, había una sensación abiertamente extraña en torno al cuerpo desnudo de Ikúo. Con un proceder muy típico de los artistas, Kizu, al mirar a su modelo, lo hacía con una expresión alerta, semejante a la de quien aguza el oído ante un ruido raro; y eso tenían que delatarlo sus ojos. Ikúo, en diametral contraste con la actitud que adoptaba cuando empezó a ir al apartamento, se mostraba ahora con una sensibilidad muy pronta a reaccionar. Con el espeso follaje de la copa del harunire por detrás de su hombro derecho, y posando

mientras aguantaba los fuertes rayos del sol —no habituales por cierto tiempo—, Ikúo se masajeaba con la punta de los dedos la escasa carnosidad que circundaba sus músculos abdominales, tensos como una tabla de lavar ropa.

—Durante estas dos semanas —dijo—, algo me he metido, y bien, en entrenamientos, como para matar a un caballo. Porque sólo con hacer de monitor de nadadores aficionados no me mantengo nada en forma. Y me estoy dando cuenta de que las carnes se me van espesando por esta zona, y me temo que la línea ya no sea la misma para usted que la última vez que estuve posando.

—Eso no es mayor problema —respondió Kizu—. Pues ahora estoy dibujando más que nada los salientes de tu espalda. Aunque, por supuesto, tu cuerpo entero se ve en forma, ¿en?

De todas maneras, Ikúo mostraba un aire de preocupación; y con la palma de la mano se puso a frotarse la parte sebosa de su abdomen, estirándola hacia el ombligo. Con ese frotamiento se destacaba de la espesa y oscura pelambre de su ingle el pene, que se notaba blando pero pesado, y se le iba hacia el muslo más próximo a Kizu, que lo estaba mirando actuar de este modo. Al sentir sobre sí los ojos de Kizu, el joven se manoseó los glúteos y trató de escudar sus genitales al amparo de sus gruesos muslos, pero no le salió bien el intento. Entretanto el pene se le curvaba hacia la derecha, a ojos vistas: apuntando al harunire, que estaba tras el cristal, aumentó vivamente de tamaño. Eso para Kizu no era comparable a sus erecciones de ahora; más bien le recordaba las que había tenido de joven, incontrolables y a su propio ritmo.

Ikúo acabó relajando la pose y se tapó el pene con las dos manos; con gesto decidido orientó su cara, enrojecida y seria, hacia Kizu. En ese día se daba por primera vez el caso, desde que tenía a Ikúo ante sí, de que éste lo mirara de frente.

—En realidad, profesor, hay algo que tengo que decirle hoy; y mientras lo pensaba se me ha ido la mente a mis emociones personales, y esto es lo que ha pasado. Perdone mi torpeza. También yo estoy confundido. Incluso me suena raro eso de "emociones personales", pero cuando recuerdo lo amable que ha sido siempre usted conmigo...

"Usted ha querido conversar conmigo de varios temas; y a mí casi me resulta increíble pensar con qué afecto me ha acogido en su casa. La soledad con que he vivido durante años no la he sentido ya estos últimos meses. Si no le diera las gracias sería un completo desagradecido, pero ahora, en realidad, y después de pensarlo mucho, creo que voy a dejar mi trabajo de Tokio.

"Es algo que ya había empezado a pensar cuando nos encontramos en aquella ocasión en la Sala de Secado del club, pues ya llevo trabajando allí dos años enteros. Gracias a eso me ha sido posible conocerlo a usted, profesor, así como conseguir este trabajo de modelo a raíz de ofrecerme a usted para ello, y enriquecerme con su conversación. Es muy de agradecer todo; pero creo que si sigo como monitor de natación, así no voy a ser capaz de enfrentarme con mis problemas personales. Tema éste que está en relación con lo que hemos hablado, de lo que significa la libertad personal...

"Así que mientras reflexionaba sobre todo eso, la semana pasada y la anterior me he dedicado a ponerme en forma, y por el momento, mientras aún me conservo fuerte, he llegado a una conclusión, y es que voy a marcharme. Ayer presenté mi dimisión en el club de atletismo. Según ha establecido el centro, en este caso no me gratifican al irme, pero en fin...

Kizu sintió vivamente en su interior como si un cuerpo extraño estuviese invadiéndole las células que se encontrara en su camino, y fuese creciendo a costa de ellas... como si un sufrimiento extrañamente físico lo sofocase. En tanto que se quedaba confundido sobre qué hacer, trató de autoconvencerse de que "así es como

la gente sufre alguna vez el abandono de los demás". Ahora que él había rebasado en su vida la mitad de la cincuentena, éste era un nuevo revés que le reservaba la vida.

—Claro está, desde luego. Tú lo has pensado a tu modo, llegando a tu propia conclusión. También eso define a quien se va haciendo su personalidad concreta. Creo que no conduciría a nada que siguieras toda la vida como monitor de natación. Y vale decir lo mismo, con más razón aún, si se trata de posar como modelo. El irte por fin despegando de eso para marcharte por ahí a algún sitio es muy natural en tu caso. Eso no impide que yo sienta la añoranza de tu partida, digamos; o que me sienta apenado.

Mientras así hablaba, Kizu podía oír con sus propios oídos cómo un apasionado resentimiento por sus errores pasados resonaba al mezclarse con la corriente de su sangre. Ikúo entonces se volvió a él —una fuerte emoción embargándole la mirada— para venir a pedirle algo inesperado, algo que Kizu había pensado y soñado hasta el presente, y que ahora por el mismo desarrollo de los acontecimientos quedaba ya al descubierto; algo tan sorpresivo como desenfadado.

—Profesor, ¿es usted homosexual? A veces me he preguntado si no estaría usted preparando una relación conmigo de ese tipo, y, suponiendo que con esa intención me hubiera tratado tan amablemente, acabaríamos llegando a las manos de mala manera, zurrándole yo bien por mi parte.

Pero ya no tengo esas ideas tan hostiles. Y como hoy es el último día, si quiere hacer algo conmigo en la línea homosexual, no por eso voy a guardarle rencor... esto es lo que he pensado; y aquí tiene mi cuerpo, tal como usted me ve...

Kizu sintió que de súbito lo invadía una conmoción equivalente a la del viejo dicho del país: "un lamento que te destroza las entrañas". Se puso de pie. Ante ese movimiento suya, el joven, que estaba en pie protegiendo sus genitales con ambas manos, se vio aún más movido a la actitud de autodefensa; y esto a su vez hirió a Kizu en su orgullo. Kizu logró lanzar esta voz desde su garganta reseca:

—¡No hay nada de eso! Ni yo sé nada, ni tengo práctica de amar a los de mi mismo sexo. Sin embargo, y hablando de tu cuerpo, es verdaderamente de una gran belleza, y yo he venido experimentando cierto movimiento de atracción por él. No es que tenga plan alguno en perspectiva, pero aunque sea lastimoso confesarlo, desde el fondo de mí mismo estaba esperando algo. Quizás sea porque estoy en esa época crítica de la vida. Y eso viene a ser todo.

"A propósito, puede que esto suene a que me resisto a ser un perdedor, pero... ¿por fuerza tienes tú que marcharte a algún sitio? ¿No vas a poder volver por aquí? ¿Acaso, en vez de irte a donde sea, no podrías tomarme como compañero de búsqueda para perseguir tu libertad personal?"

Kizu dijo esto como aullando, y no teniendo nada preconcebido que añadir concretamente, se desplomó en la butaca, y hundió la cara entre sus manos. Estaba llorando. A través del enrejado de sus dedos llegó a ver cómo Ikúo se bajaba de la tarima de posar, y, mientras con una mano refrenaba el movimiento saltarín de su pene, se le plantó a él mismo justo delante. Proyectó un poco su cintura hacia él, rozándole, y se quedó allí parado como buscando arrimo. Entonces Kizu, para su propia sorpresa, liberó sus manos húmedas de llanto, alargó los brazos por los costados de Ikúo hacia su trasero y, apuntando al pene, que se movía anárquicamente, como objetivo, consiguió atraparlo metiéndoselo en la boca. Abrió la misma ampliamente, ante el temor de poder herir el pene con sus dientes postizos —esos de sensibilidad muerta, con los que no se sabe hasta qué punto apretar—. Por fin inmovilizó el pene, haciéndolo descansar contra el paladar. Luego le pasó la lengua alrededor. Las manos de Ikúo se sujetaban entretanto a su cabeza.

En resumen, ¿no podría decirse que Kizu actuó como un veterano con mucho arte a cuestas? Cuando Ikúo eyaculó, aquello duraba sin que pareciera tener fin, y Kizu no podía más de contento. Cuando soltó sus dedos, antes aprisionados entre la hendidura de los glúteos de Ikúo, éste dejó suspendido su pene, aún demasiado grande para poder abarcarlo en una mano, junto a los labios de Kizu. Y con unas confusas palabras preguntó:

—¿Qué puedo hacer yo, a mi vez, para corresponderle?

Kizu movió dócilmente la cabeza, en un gesto que esperaba fuese significativo de: "Con esto ha sido bastante". Con el dorso de la mano llegó incluso a secarse el exceso de semen que le goteaba, desbordante, por la comisura de los labios.

Kizu e Ikúo se echaron en unas tumbonas de mimbre, puestas juntas, mirando hacia el harunire, cuyo contorno se recortaba tersamente contra aquel cielo claro de otoño. La luz del sol era tan fuerte que para escudarse frente a ella habían echado las persianillas de gradulux hasta la mitad. Ambos estaban conversando sobre las próximas condiciones de su vida en Tokio, con idea de que Ikúo pudiera seguir haciendo de modelo de Kizu, toda vez que había dejado su trabajo del club de atletismo. Se habían propuesto, ante todo, no precipitarse especialmente en decidir un programa concreto respecto a todos sus pormenores. De vez en cuando se quedaban callados, compartiendo simplemente su sensación de intimidad. Kizu alargó el brazo hacia Ikúo —echado éste cuan largo era a su lado— para dibujar con el borde de una uña sobre la piel del joven —como si se tratara de un papel de gran calidad, y descendiendo de un solo trazo desde la zona baja de las costillas de Ikúo hasta la concavidad de su vientre—, un esbozo parecido a una red de distribución de cables en un circuito eléctrico. Ikúo se miraba hacia abajo viendo aquello como quien contempla el desarrollo de un croquis. Kizu veía a su vez cómo el movimiento de su uña hacía que el pene de Ikúo, algo alejado del muslo, llegara a montarse sobre éste, rozándolo. Aunque la "cabeza de tortuga" del pene estaba en realidad seca, mostraba pequeñas ondulaciones rojizas, como de crepé, que la hacían parecer húmeda. La mano negruzca y lustrosa del joven se echó sobre el pene para cubrirlo, habiendo él advertido que empezaba llamativamente a brillarle de nuevo; entonces Kizu montó su mano, cargada de visibles arrugas, sobre la de Ikúo.

Kizu se quedó un rato dormido, y se despertó al nivel consciente como si reaccionara ante la sacudida de un anzuelo de pescador. Se encontró con que Ikúo le daba ahora la espalda, aunque seguía tendido junto a él. Kizu vio aquella espalda musculosa, con diversas prominencias escalonadas como si fueran piezas de una armadura, aquellos lomos y aquel culo: toda su piel dejaba aflorar abundantes gotitas de sudor. Kizu incorporó el torso, sintiendo simultáneamente unos latidos de excitación que lo sofocaban; echó mano a una caja de pañuelos de papel colocada sobre la mesa vecina; luego, se tendió cerca de Ikúo hasta poder sentir el calor de su cuerpo, y se puso a masturbarse. Cuando eyaculó en el pañuelo de papel una escasa porción de semen mezclado con una coloración ocre, el joven —al que Kizu creía dormido—, sin cambiar su postura extendió su mano sudorosa hacia los enjutos muslos del pintor. Ikúo, con los ojos entornados, se dio la vuelta hacia Kizu, y rodeó con sus brazos robustos el cuerpo de Kizu, tan desmedrado. Ikúo besó cariñosamente los hombros de Kizu. Éste se sospechaba que tales besos eran una especie de descargo de conciencia por parte de Ikúo, quien estaría temeroso de que se hubiera intuido su instintivo rechazo a acariciarle el pene con sus labios. Sin embargo, la cara cercana de Ikúo, mientras reiteraba sus amables besos, mostraba más bien su arrobamiento y satisfacción.

Sin tener todavía una idea clara de qué tipo de cuadro iba a salirle de allí, Kizu extendió sobre el suelo los dibujos que había hecho posando para él Ikúo, y mientras los estaba examinando se acercó por allí el joven, con una desgastada bata de Kizu que se había echado por los hombros sobre su cuerpo desnudo. De entre los esbozos que había extendido Kizu, Ikúo estaba fijando su mirada en un dibujo concreto que había sido hecho sobre un papel aparte y luego se había pegado, como mitad inferior, a otra hoja dibujada. En esto, Kizu empezó a preocuparse y, alzando la mirada, descubrió que a Ikúo, cuando concentraba su vista en algo, le sucedía como a él mismo: que mostraba una expresión sagaz y penetrante, como la de un halcón, un halcón

peregrino o una rapaz de ese género. Ikúo daba la impresión de ir a correr una membrana sobre sus ojos, cuando con una voz igualmente brumosa se puso a decir:

—Me ha venido a la cabeza una extraña idea: se trata de que este dibujo refleja algo que me ocurrió en el pasado como experiencia personal. No me acuerdo casi. Es de cuando yo era muy niño.

De entrada, también Kizu se quedó estupefacto. Por el tiempo en que, estando en América, él había aceptado de hecho su recaída en el cáncer, precisamente había pedido su año sabático en Japón con la mira puesta en buscar a aquel muchacho, no obstante el tiempo transcurrido. Cuando ese afán se hizo particularmente intenso, llegó a dibujar de memoria un esbozo de la escena protagonizada por el chico, del tipo de los carteles de "Se Busca". El dibujo de aquel incidente en torno a la maqueta de piezas de plástico lo había añadido, sin ninguna intención preconcebida, a un esbozo que trazara de Ikúo. Kizu contempló los dibujos, para luego orientar su mirada al joven que en realidad tenía ante sí. Se produjo un efecto de "zoom" sobre la memoria de quince años atrás, y a Kizu no le llevó ni un momento ver las facciones de aquel niño superponiéndose al rostro mismo de Ikúo: preciosos ojos sobre la fiera cara de un perro. Y una vez que Kizu se percató de esto, no le quedó más remedio que reconocer la existencia de una voz interior que reclamaba insistentemente su atención, regañándole airadamente por tener tan embotada su capacidad de intuición, desde aquella primera vez en que se encontrara con Ikúo en la Sala de Secado del club de atletismo.

Durante la animada conversación que siguió entre ellos, Kizu de vez en cuando se reía estentóreamente, mientras que Ikúo por el contrario volvía a sumirse en actitud pensativa. Ikúo había llegado por la mañana, y no se marcharía hasta la puesta de sol. Desde bastante temprano por la tarde aparecía por el sudeste un cúmulo de nubes agrupadas como en una sola línea de fuerza, y ahora las nubes habían formado un flujo de cirros, con un ligero tinte rojo por su panza. Kizu reorientó su pensamiento a la plenitud que había experimentado ese día en tan corto tiempo, y reconoció que lo que le había pasado en las últimas dos o tres semanas había sido un toque de buena fortuna, algo que difícilmente se encuentra uno en la vida.

—En el dibujo que usted ha hecho, profesor, verdaderamente ha captado muy bien aquella escena —decía Ikúo repitiéndose, sin alcanzar a reprimir su emoción—. Como es natural, se me escapa de la memoria cómo era yo de niño, a esa edad, por lo que yo viera con mis propios ojos. Pero... por ejemplo... cómo aquella abultada maqueta que yo construí con tantísimo esfuerzo se quedó enganchada entre las piernas de una niña, y cómo ella en un gesto tan cómico trató de guardar el equilibrio... Eso sí que, desde luego, le ha salido tal como yo lo vi. Con su carita enfadada ella me está mirando a su vez, y con esa postura de todo su cuerpo parece estar tratándome de tonto... Es algo inolvidable para mí.

—También lo es para un pintor sin especial talento como yo —dijo Kizu; y se le ocurrió luego esto:

"Precisamente a raíz de haberme topado con este incidente, he llegado a la conclusión de que ando falto de verdadero talento.

—Desde mis catorce o quince años yo había empezado a dibujar con plena conciencia de lo que hacía, y aunque en el tiempo transcurrido haya habido períodos de inactividad, por supuesto si uno vive como artista esto llega a ser —y lo diré usando una expresión que me habrás oído usar no sé cuántas veces— un "hábito de por vida". Uno hace un dibujo en el papel. Luego, con ese movimiento de la mano y a esa velocidad ya consabida, aunque uno ya no tenga un lápiz en la mano, va observando y va trazándolo todo en una pura memoria visual: ya sean paisajes, objetos o personas.

Ikúo aguzaba el oído para escuchar cuanto Kizu decía en medio de su pura exaltación. Todo era cierto, desde luego; y mientras lo oía hablar, miraba fijamente, como poseído por un trance, aquel dibujo: aquella chica que se mantenía en equilibrio sobre un solo pie en tan impensable postura.

Kizu dijo, volviendo a la realidad:

—Yo sé dónde esta chica se encuentra ahora. La editora del periódico me comunicó su dirección. Pero hay algo más. Como yo en cierta ocasión quise asegurarme de los datos, incluso la llamé por teléfono.

—Y, hablando por teléfono, ¿qué sensación le dio?

—La propia de estos casos. Me pareció una joven muy singular. Tanto en su voz como en su conversación hay una seguridad que no suele encontrarse hoy día entre las jóvenes de nuestro país. Y cuando recuerdo que ya de entrada, en su infancia, cuando quedó enganchada en tu maqueta, y mientras hacía equilibrios para no caerse y no dar con todo en el suelo, aguantando pacientemente el tipo... ya sólo con eso me imaginé que no era una niña como las demás. Entre las cosas que recuerdo con tanta claridad de todo lo que he vivido, ésta es muy especial, por supuesto. Pero no es sólo por la energía que emana de esa chica. También está el recuerdo de aquel muchacho tan especial, que aceptó destruir su propia creación; él arroja una luz que la ilumina a ella, y ambos juntos quedan así guardados en mi mente como un tesoro.

—Más bien, yo hasta ese momento había sido un chico como los demás —dijo Ikúo pausadamente, como si estuviera aún sopesando la carga interior de esos recuerdos en los que había quedado atrapado—. Yo hacía bastantes modelos con piezas de plástico prefabricadas de muchos tipos, o a veces con taquitos de madera que yo mismo tallaba con mi navaja. Perdía la cabeza con eso, y había días en que dormía poquísimo... Y mientras hacía mis obras, era como si alineara palabras para componer un cuento. Puesto a hablar en función de lo que recuerdo, aquella niña era una persona rara, y esto se vio cuando quedó enganchada en el modelo que yo llevaba: enseguida me dio la impresión de que me estaba retando con la mirada— Recuerdo que llegué a odiarla, por aquello de que me echó a rodar todo lo que podía haberme venido luego: tras ganar aquel premio por una obra original que me había llevado tanto tiempo hacer, una invitación además para visitar la Disneyland de California con todos los gastos pagados.

—No obstante, ahora la mirarás con nostalgia, ¿no? —dijo Kizu; y prosiguió, hablando animadamente de cuanto se le ocurría:

—¿No estás tú ahora con deseos de enfrentarte a una nueva vida? Aparte de que la enfoques relacionándola o no con la cuestión de la libertad personal, esta circunstancia tal vez pueda convertirse en una buena ocasión para ti. Si nos paramos a pensarlo, eso de que tres personas, a partir de una fecha del pasado, renazcan ahora de golpe a una nueva situación, no es algo que se vea todos los días, desde luego. Vamos a invitarla a cenar, a ver qué pasa. ¿No crees que ella no podrá echarse atrás, si considera que es un reencuentro para vosotros dos después de aquel dramático episodio de hace quince años? Como regalo que llevarle podemos optar por este dibujo.

CAPÍTULO 3

SALTO MORTAL

La niña que, quince años antes, había recibido un pinchazo propinado por aquella maqueta de plástico de Ikúo, cuando éste la portaba al acto de la deliberación final del premio, y entonces tuvo que mantener penosamente el equilibrio... era ya una mujer joven, y aceptó gustosamente la invitación que se le hacía. Kizu se había llevado una gran alegría no exenta de cierta sorpresa, al oírle decir a ella, cuando le respondía al teléfono, que recordaba con todo detalle lo acontecido aquel día. No obstante, ella añadió que actualmente trabajaba en la oficina de un movimiento religioso, y que no disponía de mucho tiempo libre. Recogió la invitación, al sugerir si no podían verse aprovechando su descanso para comer, y citándose cerca de la estación de tren Seijoo Gakuenmae, por donde estaba también su oficina.

Kizu notó que el estilo de vida de ella era ya el de la nueva generación joven de su país, pues al invitarla él a una comida para charlar entretanto, respondió al punto que podía ella misma reservar mesa en un restaurante cercano, de cocina francesa. Decidieron fecha y hora, y colgaron el teléfono. Al día siguiente Kizu recibió un fax que incluía un plano con referencias como una vieja iglesia católica, las paradas donde se toman los autobuses que van a Shibuya, y una foto adjunta del restaurante en cuestión: una antigua casa señorial con un gran árbol de zelkova en su recinto ajardinado.

El viernes de esa semana los tres tomaban asiento bajo un techo de plástico transparente que dejaba ver el frondoso ramaje del zelkova sobre ellos. Como aquello era un reencuentro, se intercambiaron saludos. La joven se sentó junto a una ventana lateral, y Kizu frente a ella, acompañado de Ikúo.

—Yo te recordaba según la imagen representada en este dibujo, pero también ahora te das un gran aire de esa imagen —dijo Kizu, en tanto desenvolvía el regalo de su grueso envoltorio de papel para mostrarlo enseñada.

La joven recibió el obsequio, su largo pelo castaño cayéndole en cascada por los hombros, sobre la espalda, y se quedó mirando el cuadro; como también Ikúo la recordaba, mantenía su boca entreabierta. Acto seguido, enderezó su delgado cuello, redondeado como un cilindro, y fijó sus ojos en Ikúo.

—Hoy, nada más verte, he caído en la cuenta de que eres aquel chico terrorífico —dijo—. También yo te recuerdo bien.

Como Ikúo iba camino de sentirse abrumado, Kizu medió entre ellos:

—El aspecto de Ikúo era muy característico, sin duda, desde sus tiempos de la escuela primaria. También yo me lo he encontrado a los quince años de aquello, y no es que me diera cuenta al principio de que era aquel muchacho; pero tengo la sensación de que en algún estrato más profundo de mi conciencia lo reconocía.

Ikúo apartó su voluminosa cara, ahora enrojecida, tanto de la joven como de Kizu. Al pintor le recordaba la cabeza de un toro; y así miraba atentamente el perfil del joven. También ella lo estaba mirando con interés. Al poco rato llegó el camarero para explicarles las opciones relativas al almuerzo. Kizu, que jamás se acostumbraba a los altos precios del vino en Tokio, indagaba en la carta de vinos, y acabó pidiendo uno de California.

—Tú estabas en el grupo de ballet que iba a actuar en la ceremonia de la votación final de los premios; pero incluso ahora sigues con el ballet, ¿verdad? Me lo dijo alguien del periódico.

—Mi profesor está en la India. Pero aunque voy allí para recibir sus enseñanzas, esto puedo hacerlo sólo una vez al año, para una estancia de cinco semanas. Aparte de eso, he dado algunos recitales en Tokio. Es algo que practico porque me lo paso bien.

—Pero, entonces, ¿cómo te das cuenta de que progresas? —le preguntó Ikúo, abriendo su boca perruna.

Kizu se quedó sorprendido ante la inesperada pregunta, pero la joven no se inmutó. Al entrar en el restaurante ya caía una llovizna, y ésta luego dio paso a una lluvia en toda regla que bañaba la copa del zelkova y percutía sobre el techo de plástico. La joven alzó la vista para mirar aquello, mientras decía en respuesta:

—Mi profesor de danza, en un sentido estricto, está lejos, sí; pero es que tengo cerca quien me enseñe sobre temas más amplios y fundamentales, facilitándome amablemente cada día el acceso a su conversación. Aunque ahora uno de los dos está enfermo, habrá usted oído hablar al periodista de Patrón y Guiador, ¿verdad?, esas personas en cuya oficina trabajo ahora.

La última pregunta iba dirigida a Kizu. Éste asintió. El camarero, al pasar, le sirvió en su vaso un vino blanco al que Kizu se había aficionado en América, del valle de Napa. Cuando el camarero oyó que la joven citaba esos dos extraños nombres de persona, no pudo disimular su curiosidad. Ante esto, Ikúo volvió a él su cara enrojecida. La mirada que le echó al camarero estaba llena de intención, y transpiraba violencia y crueldad. Kizu cotejó esa mirada con el trato que había mantenido con el joven los dos últimos meses, y pensó aterrado en lo tumultuosa que podía haber sido su relación. Quien allí mejor se apercibió del peligro fue el camarero, hombre joven de la edad de Ikúo; no bien acabó de servir el vino desapareció de allí a tremenda velocidad, como si se le hubiera adosado una vela de lona a la espalda y le soplara el viento en popa.

Sin embargo, sólo la joven se mantenía serena. Ella tenía que haber captado el salvaje aire de Ikúo, tan diferente de lo que es normal en la vida cotidiana; así como la reacción del camarero, propia de un perro apaleado que se marcha con el rabo entre las piernas. Aún así, ella no se retrajo, ni dio la más mínima muestra de tensión.

—Los nombres de "Patrón" y "Guiador" son ciertamente extraños, y las personas que no conocen el incidente por el que ambos han pasado no quieren tener nada que ver con ellos —dijo la joven con toda calma—. Pero quienes los tratan de hecho, aun ahora salen persuadidos —por lo que se ve— de que son dos seres extraordinarios. Mi profesor indio de danza, aunque ya no baila él mismo, vino una vez a Japón con el grupo de danza cuya coreografía había él compuesto tiempo atrás, y que es ya un conjunto clásico en la India. Cuando yo estaba en el segundo ciclo de Grado Medio iba a Madras para participar en un seminario de danza; pero más tarde, al oír mi profesor que yo no estaba aquí bajo la tutela de ningún especialista en danza, sino que vivía con dos personas religiosas, se preocupó muy amablemente por mí. Pero cuando vino y nos vio a Patrón, a Guiador y a mí en el sitio donde vivimos, se quedó gratamente impresionado.

—¿Por Patrón? —preguntó Ikúo, cuyo rubor ya se había atenuado.

—Por Patrón y Guiador. Por los dos. Dijo que en el mundo de la mitología hindú hay una pareja semejante a la de ellos.

—¿Debido a la actuación que protagonizan Patrón y Guiador como personajes? —preguntó Kizu.

—No se trata de una correspondencia tan al detalle —le contestó ella—. Pienso si no sería más bien por su cara, su presencia física, su manera de hablar, el sentido de sus ademanes y andares. Me refiero a ambos: los dos en conjunto.

—¿Quieres decir que tu profesor, por ser un especialista en danza, tiene la habilidad de captar ese secreto oculto, sólo con la vista?

—Creo que a eso lo podríamos llamar "la expresión corporal" —contestó la joven—. Pues efectivamente él es una persona capaz de leer hasta el interior de los demás a través de todos esos indicios. Y además, y como muestra de su respeto hacia Patrón y Guiador, mi profesor bailó gustosamente para ellos en la sala del edificio anejo, que habían mandado construir para mis prácticas. Sus acompañantes, alumnos suyos que interpretaban la música, se quedaron asombrados, asegurando que no lo habían visto bailar en años.

—Esos alumnos, ¿llevaban el acompañamiento musical? En tal caso, tal vez tuvieron la corazonada de que tu profesor podía lanzarse a bailar —apuntó Kizu.

—Incluso yo, al ver que seguían al profesor trayendo consigo sus instrumentos, pensé: "Hoy puede que baile". Pero también es posible que, como estaba acordado que se vería con Patrón y Guiador, la corazonada tal vez la tuviera él, e hizo que sus músicos vinieran preparados, ¿no?

Se les sirvieron en platitos varias clases de entremeses muy elaborados, como dulces. Ikúo se zampó un plato de un tirón, aunque haciendo gala de un modo muy natural de comer, con lo que pasó al siguiente platito sobre la marcha. La joven también era abiertamente de buen comer, como si fuera una máquina automática que repostaba su combustible.

A continuación hizo su aparición un foie-gras adobado con una salsa del color del vino tinto. El camarero había insistido, al presentar el menú, en que el foie-gras había sido importado directamente de Francia por avión. Kizu pasó su propio foie-gras al plato de Ikúo —que éste había dejado limpio enseguida—, y se sirvió unas verduras al vapor, que fue tomándose aderezadas con salsa. La joven contemplaba la escena con la boca entreabierta, su expresión habitual —al parecer—, mientras guardaba silencio.

—Tampoco yo quiero que Patrón coma cosas de éstas —dijo ella.

En este ambiente, apenas charlaron ya hasta dar cuenta del segundo plato, una carne —bistec de alce— que sin ponerse previamente de acuerdo habían coincidido, los tres en elegir de entre los platos del menú. Kizu por su parte se amoldaba a la tónica seguida por los dos jóvenes. Ikúo en este intervalo estaría sin duda barajando frases en su cabeza; porque cuando llegó el tiempo del café irrumpió de nuevo con una inesperada pregunta:

—A propósito de los apelativos "Patrón" y "Guiador", ¿es algo que viene usándose desde que la iglesia empezó a existir?

—No creo que sea eso. Cuando la iglesia era sólo un grupo religioso... se llamaban de otra manera.

—Y ahora, aunque se hayan separado de la iglesia, parece que les gusta mantenerse fieles al grupo y siguen usando esos nombres. ¿Puede decirse que el juego continúa en marcha?

La joven apartó de sus labios, que mantenía ligeramente entreabiertos, como siempre, su taza de café, y la devolvió a su platito. A continuación clavó la mirada en Ikúo. Kizu notaba que a él mismo se le superponía en la mente lo imaginado con lo recordado, ya que aquello invadía a esto último; el caso es que creía recordar, de quince años atrás, la misma mirada en los ojos de la misma joven.

—No hay ahí tal cosa como un juego en marcha. Si se define la palabra "juego" como diversión, como intercambiar por entretenimiento palabras en las que no se cree, y cosas por el estilo..., te diré que esas dos personas no han pasado estos diez penosos años aguantándolo todo por mera diversión.

"Lo de que se hayan separado de la iglesia es así, desde luego. Pero Patrón ahora está empeñado en relanzar de nuevo el movimiento religioso. Y ha sido un duro golpe que en esa fase precisamente Guiador haya caído fulminado.

"De todos modos, para suscitar un movimiento religioso, ¿no hace falta un núcleo formado por personas? Nosotros ahora nos agrupamos en torno a Patrón, el cual anteriormente dejó la iglesia una vez, y formamos de nuevo ese núcleo inicial indispensable. Con este tan reducido grupo de personas que somos, ¿crees que tenemos tiempo de entretenernos en juegos?

—En este nuevo movimiento, ¿qué tipo de magisterio o patronazgo va a desempeñar Patrón ante la humanidad? Y Guiador, ¿adonde va a guiar a la humanidad?

El mundo marcha hacia su propia ruina. En una época así, la misión que Patrón va a desempeñar es la de ser un maestro de la humanidad; y Guiador, en el supuesto de que se restablezca-claro está—, creo que tiene por

delante la tarea concreta de prestar su apoyo a Patrón. Buscando cómo cumplir estos cometidos, han venido sufriendo mucho en los últimos diez años...

"Y ahora soy yo quien quiere preguntar. Se me ha preguntado qué papeles van a corresponder respectivamente a Patrón y a Guiador en el nuevo movimiento. ¿Me preguntas eso por alguna razón? ¿O es una mera diversión para no aburrirnos durante la comida?"

Ikúo se ruborizó de nuevo. A pesar de ello encontró la convicción suficiente para responder:

—Yo, si el fin aún por venir del mundo no está lejos, precisamente he estado viviendo hasta ahora con el deseo de estar ahí plantando cara cuando llegue ese momento. ¿Acaso es tan raro que, siendo yo así, muestre interés en conocer qué se proponen hacer por el mundo Patrón y Guiador?"

—Creo que es cierto que este chico ha vivido siempre en una actitud de plantearse el fin del mundo —terció Kizu—. Pues él es el niño que hace quince años destruyó por sí mismo una gran ciudad de plástico que él mismo había construido con tanto esmero. Habiendo destrozado aquel modelo, ¿qué de raro tiene que posea una visión del derrumbamiento de Tokio? Si a eso, después de todo, se lo quiere llamar diversión..., un juego sí que es, desde luego.

—No creo que haya sido por diversión. Cualquier acontecimiento, por pequeño que sea, una vez que tiene lugar realmente, deja su huella, y más aún en el caso de los niños —respondió la joven a Kizu; y acto seguido le puso por delante su oreja, como hecha de cera, mientras ella se enfrentaba a Ikúo:

—Dices que has venido pensando en el fin del mundo, pero ¿te has unido a algún grupo que realmente haga de ello el centro de su reflexión...? ¿... como pudiera ser alguna de las Iglesias cristianas, por ejemplo?"

—Más de una vez, algún sondeo desde luego he hecho.

—¿Qué significa eso de "algún sondeo"? —saltó la joven, preguntando a su vez.

—Ahora no pertenezco a ningún grupo religioso, pero lo que quiero decir es que no me he privado de indagar.

Kizu creyó que la chica se sentiría rebatida por esa respuesta, y seguiría argumentando, pero no lo hizo así. Más bien, ella se dejó llevar por su interés de mirar a Ikúo, mientras decía con calma:

—Seguramente el motivo por el que has procurado verme no era la nostalgia por el incidente de hace quince años. ¿No estarás en realidad tanteando el terreno de Patrón y Guiador? También eso es un propósito serio— y como primer paso, algo habrás sacado. ¿Por qué no dar un segundo paso y te llegas un día por la oficina? Con respecto a Guiador, no hay posibilidad alguna de verlo por ahora, pero yo te puedo presentar a Patrón, y una vez que hables con él, ya se verá. Y aunque yo me repita mucho atención: él es una persona con muchas experiencias amargas en su haber, así que nunca pondré yo bastante atención en protegerlo.

Bajo el alero que cubría la entrada del restaurante, y mientras copiosas gotas de lluvia caían desde lo alto del zelkova, Ikúo y Kizu se despidieron de la joven, que ya tenía abierto su paraguas. Luego ellos dos echaron a correr bajo una imponente lluvia y se dirigieron al vecino aparcamiento a toda carrera. De haber ido Kizu solo, le habría pedido a un camarero del restaurante que le acercara el coche a la puerta, pero en las circunstancias actuales estaba tratando de adaptarse al estilo de vida del joven Ikúo.

—Eso de poner una oficina de una nueva religión en una zona residencial como ésta, se presta a que los residentes —no sólo los antiguos, por supuesto, sino incluso los que recientemente han accedido a este status social alto— les hagan el boicot para echarlos. Sin embargo, mírala a ella, que ahí va tan despreocupada, en su camino de vuelta.

Ocurría que, al salir con el coche del aparcamiento a la calle —estrechada por las edificaciones respectivas de una estación y un banco a cada lado— y atravesar varios cruces congestionados de gente, habían vislumbrado la imagen de la joven, con sus andares característicos, como de especialista en danza.

—¿Y no se deberá tal vez su despreocupación al hecho de que ahora no están desarrollando aquí ninguna actividad religiosa? —apuntó Kizu—. Pues ha dicho algo así como que están iniciando un nuevo movimiento. Cuando esos dos a quienes llaman Patrón y Guiador protagonizaron aquel incidente de su apostasía de la secta, creo recordar que su oficina central la tenían en pleno centro. Son cosas que leí en el New York Times; después de apostatar se buscaron un sitio más reservado donde vivir. Pues aunque se lo llame "una oficina", allí también hacen su vida, al parecer.

Kizu se había comprado un Ford Mustang último modelo —como el que también había usado en América—: se lo habían entregado hacía dos días, y a propósito de eso el administrador de su apartamento había bromeado a costa suya, diciéndole que parecía haber hecho un insulso juramento de fidelidad a la economía norteamericana. Aunque Kizu le había prometido a Ikúo que le dejaría conducir, sin embargo el joven no estaba acostumbrado al volante a la izquierda, y por eso Kizu condujo a la ida. Y como además pensaba que la excesiva franqueza con que Ikúo se había dirigido a la chica tenía que ser efecto del vino, el mismo Kizu conducía también de vuelta. Mientras enfilaban hacia el distrito de Shibuya, Kizu sacó a relucir algo que no lograba entender bien de la conversación que había escuchado entre ambos jóvenes.

—Ikúo, has dicho que desde que eres niño has venido pensando en el fin del mundo, ¿verdad? Y en realidad así será, creo yo también. Y pienso que aquel comportamiento tuyo de hace quince años ha tenido algo que ver con eso. Todo tal y como yo he dicho al contar mis impresiones.

"Pero, a todo esto, lo que me sorprende como algo incomprensible es que tú, siendo como eres, no te acuerdes bien —por lo visto— del incidente del Salto Mortal, que tuvo lugar hace diez años. Dado que yo me enteré en América leyendo los periódicos de allí, aquí en Japón tuvo que ser un gran tema de conversación para todo el mundo. De hecho, lo retransmitieron por televisión; y —según decía el New York Times—, el mismo hecho de que Patrón saliera hablando por los televisores tuvo que jugar un papel muy importante.

—Según la denominación de entonces, aquello se llamaba la Iglesia del Salvador y el Profeta, ¿no? —dijo Ikúo—. De ese incidente sé algo por los medios de comunicación. También hoy, mientras charlaba con la chica, he caído en la cuenta de que lo sabía.

—En ese caso, ¿cómo no has hecho "algún sondeo", como tú dices, tratando de acercarte a esa iglesia? ¿Sería tal vez porque antes de que sus líderes apostataran, la secta no era tan bien conocida?

—Para mí, al menos, no lo era. Pues cuando yo supe algo de la secta fue cuando sus líderes declararon públicamente que ellos no eran ni un salvador ni un profeta, y que lo que habían predicado hasta el momento eran disparates. Luego vi y leí los reportajes que los medios de comunicación les dedicaron, tratándolos de bufones; y no pude evitar menospreciarlos, considerándolos como "ese par de tíos". Ya que tenía interés por saber qué puede hacer la humanidad ante la perspectiva del fin del mundo, me sentí traicionado. Tal vez eso haya sido todo.

Kizu observó la expresión de Ikúo a través del espejo retrovisor. En el tono de voz de Ikúo había ciertamente una sombra de resentimiento.

—Y bueno, ¿qué me dices de ella? ¿Después de quince años sin veros...?

—Sigue siendo tal cual la recordaba, y ésa ha sido mi sorpresa —dijo Ikúo, volviendo a su expresión tranquila—. Y como también aprecié en el cuadro que usted hizo, sus ojos tras esos párpados son como una aguada de tinta china; y su boca siempre está entreabierta, como si ése fuera el modo correcto de respirar... todo tal como yo lo recordaba. Así lo veo.

—Ja, ja, ja —rió Kizu—. Sin que se sepa por qué, es una persona de boca permanentemente abierta. Y los ojos de esa chica, cuando se fijan en su objetivo, se vuelven paradójicamente más oscuros —como pintor que era, confirmó las impresiones de Ikúo, a modo de continuación de un esbozo ya comenzado.

—Y, además, todo cuanto define a esa chica me sabe a algo que "se veía venir" como quien dice; pues es como si supiera que ella iba a evolucionar del modo que lo ha hecho, aunque en realidad no tuviera ni idea.

Kizu entendía muy bien las palabras de Ikúo. Pues lo de "se veía venir" también era una frase que resumía la especial impresión que a él le había hecho Ikúo al reencontrarlo, cuando Kizu se formuló así el descubrimiento: "Al fin he dado con él: con el niño de aquel día".

—Se ha convertido en una mujer muy singular, ¿eh? Eso me pareció desde nuestra primera conversación por teléfono. Su manera de optar por un trabajo tan especial, su elección del modo de vida que lleva... Todo eso.

—¿Creerá ella verdaderamente en las nuevas enseñanzas de aquel viejo líder que diera el Salto Mortal? ¿O pesará también para ella el motivo de su danza..., en estas circunstancias en que parece ser que el movimiento religioso igual se reinicia que no se reinicia...?

—¿No vas a recoger el reto que te ha lanzado de que vayas a ver a ese Patrón? ¿Piensas ir?

—Aún no me lo he pensado —respondió Ikúo casi tartamudeando—. Ni siquiera conozco bien en qué consiste el Salto Mortal.

—Si quieres te doy una charlita sobre el significado del Salto Mortal, basándome en mis lecturas del New York Times.

"Aquí los telediarios transmitieron la noticia del cambio de orientación de los líderes tratándola como un escándalo. Por tal causa, tus recuerdos te sonarán a eso. Sin embargo, el corresponsal del New York Times se mostraba verdaderamente atraído por el tema. La secta había sido fundada por dos hombres de mediana edad. Uno de ellos venía construyendo la doctrina fundamental a partir de sus experiencias místicas. Esa base ideológica se la replanteaba muchas veces, tratando de depurarla lo más posible. El otro hacía el trabajo auxiliar de formular en palabras las experiencias místicas de su compañero, al tiempo que también dedicaba su actividad a atender a las necesidades concretas de la secta en la vida cotidiana.

"El corresponsal en cuestión había dedicado a su investigación y su labor informativa un año entero. Parece haber sido él quien, tras considerarse más familiarizado con las figuras de los líderes, les dio los nombres en inglés de "Patrón" y "Guide" —Patrón y Guiador, respectivamente—. Puede ser que llegara a publicar esos nombres pensando que las anteriores denominaciones de "Salvador" y "Profeta", empleadas como suenan, provocarían una reacción adversa entre los lectores norteamericanos. Después del Salto Mortal, se cuenta que

los mismos líderes empezaron a adoptar los nuevos apelativos en su trato mutuo, pues parece que no los hacían muy felices las denominaciones anteriores.

"Cuando el corresponsal estaba dando por terminada su labor informativa, se dio de manos a boca con el incidente del Salto Mortal. Visto desde fuera, ¿qué actuación fue la suya?, podemos preguntarnos. Ocurrió que ellos dos, desde la jefatura del movimiento, entraron en trato con la policía y el Departamento de Seguridad Pública para poner en su conocimiento que una facción radical dentro de su secta tenía planes que atentaban contra la sociedad. Ésa era la cuestión.

"Era un movimiento a escala bastante menor que el Shinrikyoo de Oom, pero en su centro investigador de Izu, constituido en el punto focal de actividades de la facción radical, habían tomado como objetivo prioritario la ocupación de una planta nuclear. Entre el personal investigador había un doctor en Física Nuclear. Pretendían volar la planta con la misma energía nuclear, como una bomba atómica, y hacer alarde de ello, para forzar al pueblo japonés a creer en la doctrina de los líderes, o al menos para predicar la necesidad de arrepentimiento, de cara al fin del mundo. O, yendo aún más lejos, proyectaban volar de hecho dos o tres plantas nucleares, con el fin de dar una auténtica impresión de lo cercano que estaba el fin del mundo. Su plan de predicación sobre la necesidad de convertirse se apoyaba en dicha base. Ante todo, manipular la situación del país para llevarlo a una crisis... ¿No es ésta acaso la estrategia de los grupos políticos extremistas? Pero el objetivo concreto eran las plantas nucleares; y eso ya... Desde su origen mismo, se trata de unas enseñanzas apocalípticas.

"Desde el punto de vista de los líderes, la cuestión estribaba en que, siéndoles imposible reprimir ese brote interno de la secta que era la facción radical, no tenían más remedio que llevar el lacrimoso caso a la policía y a las autoridades. Previendo tal vez que se llegara a eso, la facción radical adoptó la táctica de dispersarse por todo el país. Nadie sabía cuándo esos comandos latentes iban a lanzarse a ocupar plantas nucleares. Los líderes de la secta se dirigieron entonces a los medios de comunicación para solicitar una conferencia de prensa. Especialmente manifestaron a las cadenas de televisión las medidas que pensaban tomar en prevención, y pidieron una cobertura completa sobre dicha información. Naturalmente, el apoyo de las autoridades estaría también de su parte.

"Entonces el primero de los líderes, el que ahora se llama Patrón, se puso ante las cámaras de televisión para transmitir en directo a todo el país la siguiente declaración: "Me dirijo a los miembros del grupo radical de la iglesia esparcidos por todo el país: abandonad vuestros planes para ocupar las centrales nucleares. Aquí no hay ni un salvador ni un profeta. Las doctrinas que hasta ahora hemos predicado son pura broma. Nosotros mismos vamos a apostatar de esa iglesia. Todo lo que en ella hemos venido haciendo y diciendo hasta ahora ha sido simplemente una mala pasada por nuestra parte. Una vez que hemos hecho pública confesión de ello, os pedimos que abandonéis inmediatamente vuestra fe.

""Quisiera que vosotros en especial, miembros de la facción radical, os dierais cuenta de que nuestra secta, al estar construida sobre simplezas, es como un castillo edificado sobre arena. Nosotros nos hemos entretenido interpretando los papeles respectivos de Salvador de la humanidad y de Profeta de los últimos días, prodigando palabras grandilocuentes y gestos solemnes. Gracias a eso nos lo hemos pasado en grande, y hace dos años nos vimos legalmente reconocidos como nueva religión; y a costa de aquel frívolo alboroto ocasionado por una broma nos llegaron abundantes fondos en metálico. Pero hasta aquí hemos llegado, y de aquí no pasamos. Todo lo anterior ha sido una farsa. Vedme aquí en mi imagen transmitida por televisión. ¿Cómo podéis pensar que este que veis vaya a ser el salvador de la humanidad? ¿Cómo este compañero de siniestro semblante que está aquí conmigo podría ser el profeta de los últimos días?"

"A raíz de esta declaración televisada al país entero, la noticia del incidente que se llamó "Somersault" — palabra que envuelve el significado de "salto atrás" y "salto mortal"—, por haber usado aquel corresponsal

dicha palabra, conoció una amplia difusión. La palabra vino después traducida en viaje de vuelta a Japón desde la redacción de Nueva York, y por una temporada tuvo que estar de moda aquí también.

"A decir verdad, yo no sé hasta qué punto el incidente tuvo repercusiones en Japón. Ciertamente, a partir de entonces las cadenas privadas de televisión hicieron un seguimiento del tema en sus espacios de noticias tratándolo como una comedia burlesca. Pero he oído que la NHK (TV pública japonesa) dejó de referirse en adelante a tal asunto. Tú mismo, Ikúo, algo verías en televisión, con tus ojos infantiles de entonces. Yo me encontraba en América, y lo que más atrajo mi atención fue el artículo de seguimiento que aquel mismo corresponsal escribió en el aftermath del Salto Mortal, es decir: sobre sus secuelas inmediatas. "Los japoneses —según él escribía— tienen una aversión temperamental a los cambios de rumbo, y con este ingrediente añadido de que ellos dos usaran palabras tan frívolas para desautorizar su doctrina como una mera burla, resultó que aquel falso salvador y aquel falso profeta se convirtieron en blanco de crudos ataques". Informaba además el corresponsal de que la generalidad de los ciudadanos mostraba una indignación por encima de lo habitual. Sobre el falso salvador y el falso profeta descargaron entonces una lluvia de insultos. Incluso había personas que, sin tener relación alguna con la secta, escribieron cartas al periódico manifestando que era imperdonable tal inmoralidad; y esas cartas eran citadas en dicho artículo.

"El corresponsal en cuestión debió de considerar que había algo raro en estas críticas tan unilaterales. Tal vez —como él escribía— gracias al falso salvador y al falso profeta y a su Salto Mortal dando marcha atrás, se había podido evitar que unas cuantas ciudades del país se hubieran visto alcanzadas por la contaminación nuclear. Las autoridades afirmaron con mucho énfasis que ocupar las plantas nucleares no era una empresa factible, y que convertirlas en enormes bombas nucleares imposibles de transportar no estaba al alcance de la investigación. ¿Sería verdad? Sin embargo el pueblo en general no valoró para nada la actuación de esos dos líderes, que se habían jugado el tipo para abortar la crisis; y más bien se volcó en criticar la dudosa moralidad del falso salvador y del falso profeta. La facción radical fue denunciada y llevada a juicio, y cuando de ahí resultó con toda claridad que los líderes no iban a ser perseguidos —lo cual se atribuía al éxito de presuntas negociaciones—, las críticas hacia ellos dos subieron de tono cada vez más. El articulista concluía con consideraciones como "¡Qué raza tan extraña esta de los japoneses!".

"Ikúo, tú, que estabas aquí en Japón y viste algún reportaje de televisión, sin duda presenciabas esos movimientos de la opinión pública; pues has dicho que te gustaría estar ahí para plantar cara al fin del mundo. ¿Cuál fue tu impresión, Ikúo?

—Como ya he dicho, creo que lo que sentí es desprecio —respondió Ikúo—. Especialmente cuando esos programas de televisión de primeras horas de la tarde dedicados a mujeres retransmitían hasta el cansancio el discurso que el llamado "salvador de la humanidad" largaba sobre su retractación. Aunque yo era un niño, aquello hasta me hizo reír. Pero el caso es que en mi interior tal vez me sentía defraudado.

Acaso para contrarrestar el haber hablado por tanto rato, Kizu se limitó a conducir, con pocas palabras ya. En la actitud de Ikúo, tan propensa al silencio, Kizu creía percibir la existencia de un estrato interior profundo e inasible, del que no había sido consciente antes. Como fruto de su relación sexual con Ikúo, Kizu había visto restablecerse su propia autoestima; pero, de todos modos, a veces daba en pensar que el trato mantenido entre ambos no era, en cualquier supuesto, comparable con el de las parejas homosexuales que él estaba habituado a ver en su comunidad universitaria. En realidad, tal vez les ocurriera lo mismo a dichas parejas, pero el caso es que Ikúo no aceptaba la familiaridad normalmente esperable de la intimidad carnal, sino que establecía su distancia respecto a Kizu, y prefería dar muestras de que no necesitaba apoyarse en nadie.

Ikúo no ocultaba el interés que le había suscitado verse de nuevo ante aquella chica, con la que había trabado un contacto tan singular quince años antes. Ese interés iba íntimamente entretelado con el que sentía por aquel ex líder religioso para quien estaba trabajando la que fuera aquel día niña, hecha hoy una joven mujer. La respuesta de Ikúo a las palabras de Kizu daba indicios a éste sobre el hondo interés que sentía el joven por

Patrón y Guiador, y asimismo —y no sin relación con lo anterior— sobre cómo tenía algo dentro que le estaba ocultando a Kizu. Éste volvió despacio su mirada a Ikúo: en la tez del joven se había atenuado aquel rojo que se dijera proceder de un vino tinto mezclado con su sangre, y su piel tensa volvía a darle un aire de estatua, cubriendo todas las hendiduras y las prominencias de los huesos. Daba la sensación de que bastaría con una sacudida para que aquella pesada pella de modelado se viniera abajo.

No obstante, al día siguiente llegó Ikúo y, una vez que posó de modelo a lo largo de la mañana, como para compensar la reticencia que había mantenido en el coche ante Kizu, sacó por sí mismo el tema de la joven.

—Aquella chica se encontró con ellos después del Salto Mortal, y con todo cree totalmente en Patrón y Guiador, ¿no? El mundo va a su ruina dice, y Patrón y Guiador nos van a enseñar el camino para hacer frente a esa destrucción. A ella parece importarles poco lo que esos hombres hicieron o dijeron a raíz del Salto Mortal.

—Ella los valora altamente por lo mucho que han venido sufriendo durante diez años, a partir del salto. ¿Será esa también la tónica en que los líderes quieren fundamentar su actuación con vistas al relanzamiento que pretenden? La razón de que ella se enfureciera cuando utilizaste la palabra "juego" se deberá sin duda a que, por encima de todo, ella se toma muy en serio la importancia del relanzamiento.

—¿Metería yo la pata reaccionando así? —preguntó Ikúo, mirando a Kizu con sus ojos profundamente negros y cargados de ternura, hasta el punto de despertar en Kizu un brote inmediato de deseo sexual—. Como salió a relucir en nuestra charla de ayer, yo soy el tipo de persona que se dedica a pensar en el fin del mundo; ésa es la verdad.

"Entonces, hubo por parte de ella esa manía de reaccionar en contra, y la conversación se fue por otros derroteros; con lo que me quedé sin oír lo que ella tenía que decir, y bien que lo siento.

"Al despertarme esta mañana, me he lamentado interiormente de no preguntarle a ella qué significaba en concreto ese sufrimiento que los líderes han arrastrado durante diez años, a raíz de su retractación. Por lo que yo recuerdo de lo que vi en televisión, allí lo que había era un viejales de poco seso despachándose a su gusto con una charla tonta.

—De todo eso viene a desprenderse que el relanzamiento próximo es como dar un nuevo Salto Mortal a placer, y en dirección opuesta.

—También ocurre que a veces los gimnastas dan un salto mortal tras otro, repitiendo sus volteretas para avanzar hacia delante —dijo Ikúo—. A pesar de todo, mientras no oigamos directamente a los interesados no haremos más que pasar de una metáfora a otra sin que se nos aclare nada.

—En resumidas cuentas, sean embaucadores o no esos que se dan aires de "Salvador" y "Profeta" para la humanidad, parece que no te queda más remedio que ir a verlos. Recibiste una invitación de la joven en ese sentido. Si no te parece mal, voy a acompañarte.

—Lo primero será que me ponga en contacto con ella.

Diciendo esto, Ikúo mostró una expresión de contenido indescifrable. Sin embargo, en ese momento en que Ikúo se había echado encima una bata tras posar desnudo, Kizu miraba la parte superior de su pecho y la estructura musculosa de su cuello, que quedaban a la vista entre las solapas abiertas de la bata; y lejos de detenerse a indagar sobre el significado de tal o cual expresión, él tenía el pensamiento ocupado por la obsesiva idea de cómo el cuerpo de aquel joven podía estar dotado con tan espléndida magnificencia. Hasta el

punto de que, faltándole aún al muchacho una especial maduración en el orden espiritual, aquel desequilibrio parecía deberse a un mal reparto de los dones naturales destinados a la humanidad.

La razón de que Kizu se afanara tanto en dibujar a Ikúo y así ir preparando la creación del cuadro, acaso estuviese motivada por el deseo de conferir personalmente algo especial a Ikúo en la realización del mismo, antes de que el espíritu del joven y su cuerpo llegaran a equilibrarse en lo que había de ser su singular existencia. Realmente, a Kizu le gustaba soñar despierto con Ikúo, para ver que albergaba en su interior ese "algo especial" aún oculto; mientras su cuerpo se había adelantado en darle solemnidad. Y el fundamento de esa premonición de Kizu —por la que intuía un especial don en el interior del joven— no tenía otra explicación que aquella imagen de quince años atrás: un Ikúo que más que un niño era un pequeño adulto, con una cara de ferocidad casi salvaje y unos preciosos ojos.

Había algo que a Kizu se le venía al recuerdo tras su reencuentro con Ikúo, y era que en un simposio patrocinado por su departamento, y en el que él mismo había participado, se presentó una comunicación que usaba a modo de texto unos grabados dibujados imaginativamente exhumando el contenido de viejas láminas impresas en Francia: mostraban la evolución del morro u hocico de las bestias hasta llegar por sus pasos al rostro humano. En aquella ocasión, viendo cómo la más brutal de las caras humanas tomaba como origen en su línea de desarrollo las facciones de un oso, Kizu se acordó de aquel muchacho que portaba una maqueta de plástico. Pero mientras los ojos del oso-hombre eran pequeños, rehundidos e inexpresivos, los ojos de aquel chico, aun siendo rehundidos, estaban llenos de una ternura sensual. . .

Kizu se quedó mirando fijamente a Ikúo. El joven, al sentirse blanco de aquella mirada, se levantó, se despojó de la bata, que echó sobre la silla donde había estado sentado, y paseó su cuerpo desnudo y bronceado hasta el gran sofá, donde posó sus nalgas bien dentro, abriendo luego las piernas; y estando así dirigió a Kizu un sonrojado gesto de invitación. Aunque tenía el trasero muy metido en el sofá, se veía su pene, de una esplendidez desmesurada, creciendo en longitud, y con su cabecita descollando en el extremo. Kizu, ante todo, entró un momento en el cuarto de aseo. Kizu creía descubrir en esa actitud del joven, básicamente, una intención de correspondería así, como muestra de gratitud, por haberse él ofrecido a acompañarlo en su intento de acercamiento a la joven y a Patrón. Aun así, allí de pie ante la taza del retrete, y mientras se tocaba el miembro, que a duras penas podía sacar de los pantalones por habersele puesto especialmente voluminoso, no acertaba a refrenar su absoluta satisfacción.

Por la tarde, cuando Ikúo ya se había ido, Kizu se puso a cortarse las uñas en una zona soleada, tras la amplia puerta de cristal. Sobre un papel de periódico tenía posado el pie derecho, y en su tercer dedo descubrió algo en lo que no había reparado hasta entonces, y que atrajo su curiosidad por su forma y su sensación. Se miró el pie izquierdo para indagar, y apreció lo mismo en el dedo correspondiente: una especie de larva de escarabajo que alguien hubiera sacado a la luz de un lecho de hojas secas con un saludable aspecto de fragilidad; algo totalmente distinto de los demás dedos del pie. Durante más de medio siglo había venido conviviendo con estos dedos. . . ¿Cómo podía ser que su curiosidad no se hubiera sentido atraída por algo así?

Sumido en estos pensamientos, detuvo un momento la actividad de sus manos en el corte de uñas. Probablemente no se trataba de que le faltara capacidad de observación. Era que las células de su carne, al perder ya los últimos restos de juventud, provocaban en sus dedos esas extrañas formas que se hacían patentes. "Ésta es la forma que adoptan los dedos de uno que entra en la senectud con un rebrote de cáncer a cuestras, destinado a convertirse pronto en cadáver". Pero en medio de todo, lo que le había proporcionado unos nuevos ojos para apreciar su carnalidad era indiscutiblemente todo lo que concernía a su relación sexual con Ikúo.

El sábado siguiente Kizu fue a la ceremonia donde se celebraba la entrega de un premio internacional a cierto arquitecto japonés, que ya se había ganado una reputación mundial desde la época de la estancia de Kizu en América. Kizu había pensado invitar al que un tiempo había sido estudiante de Arquitectura: Ikúo. Pero éste,

que acababa de encontrarse con la joven, iba a estar ocupado hasta bien entrada la noche, resolviéndole un asunto que ella le había pedido, por lo que Kizu tuvo que ir solo. Al llegar a la sala de celebraciones del hotel en cuestión, situado en el distrito de Shinbashi, Kizu apreció que los que allí vestían de etiqueta eran sólo los directamente relacionados con el premio; y entonces él se sintió fuera de lugar con su simple esmoquin. También había, por cierto, caras conocidas entre los asistentes. El arquitecto homenajeado había visitado en cierta ocasión la Facultad de Arquitectura de la universidad de Kizu, para dar una conferencia abierta al público. Kizu colaboró entonces con él, mostrando y comentando las diapositivas de un museo de arte que su colega había diseñado en Los Ángeles; así que su relación no había sido muy profunda.

Terminado el acto, Kizu saludó al arquitecto y a su mujer, y se marchó pronto del local de la celebración. En las proximidades de la escalera automática, Kizu se encontró con un periodista americano que llegaba tarde, e iba también de esmoquin; era un antiguo conocido suyo, especializado en reportajes de Bellas Artes y Arquitectura. Kizu le lanzó una voz, diciéndole que, al igual que él mismo, iba a llamar la atención vestido así. El otro le manifestó que lo habían invitado a una cena privada tras la tertulia que seguía a la ceremonia, pero que él iba a eludir el compromiso, y en lugar de eso invitaba a Kizu con el fin de "pasar el rato juntos después de tanto tiempo". Acto seguido condujo a Kizu a un bar que había en el sótano, y se aproximaron a su mostrador.

Allí se tomaron una copa de vino blanco, y cuando pedían una segunda, el periodista centró la prolija charla que había iniciado sobre Arquitectura en un tema relacionado con el hombre religioso para quien trabajaba aquella joven. El asunto arrancaba de que el periodista, en un viaje que había hecho a la región boscosa del centro de Shikoku, se había encontrado con un edificio insospechado. Tal era el tema.

—Aquel paraje es como una isla solitaria en medio de un mar de árboles. Está a dos horas del aeropuerto, adentrándose en las montañas. Pensé que me estaban llevando a visitar las reliquias de la mitología japonesa. Cuando te dicen que has llegado, te encuentras en un camino sin salida, bloqueado por un mar de árboles. Y es que en esa aldea de 1.500 habitantes se erige un templo con una residencia aneja, ¡todo en el más moderno estilo de hoy día!

"¿A qué podía deberse que en esa aldea de montaña, tan despoblada, se hubieran levantado unas edificaciones así? Pues el caso es que en aquella comarca surgió un nuevo movimiento religioso, y la edificación del templo

Y los fieles que iban al templo a orar, con estupor y tristeza decían que aquellos antiguos líderes que habían dado el Salto Mortal estaban sufriendo actualmente; y que ellos mismos habían visto las almas de quienes los abandonaran separadas de sus cuerpos, y flotando cerca de ellos mientras oraban.

—¿Quién sabe si las almas de esos dos ex líderes no se ponen realmente en marcha hacia aquellos modernos edificios que están en más hondo de los bosques! —dijo Kizu al periodista americano; y se limitó luego a suspirar.

CAPÍTULO 4

LEYENDO AL POETA R. S. THOMAS

Ese día, cuando Ikúo llamó por teléfono a la oficina situada en Seijoo, la joven con la que se había visto en el restaurante mostró un modo de reaccionar diferente al de entonces. Por lo pronto, le dijo en tono apremiante que, por favor, apareciera por allí solo.

Por la mañana Ikúo fue al apartamento de Kizu para mudarse al dormitorio desocupado que había allí. Prácticamente se limitó a hacer eso hasta pasado el mediodía, pues ni siquiera deshizo su equipaje. Y a primera hora de la tarde salió hacia aquella oficina, conduciendo el coche de Kizu.

A las cuatro sonó el teléfono en el apartamento de Kizu. Era Ikúo. Le dijo que la chica había tenido un leve accidente de coche dos días antes cuando iba a ver a Guiador, en la entrada del aparcamiento del hospital. Que hoy ella tenía que ir, fuera como fuese, a visitar a Guiador; pero el joven que trabajaba con ella estaba muy ocupado preparando la próxima reanudación de actividades de Patrón. Como el coche de ella aún no podía salir del taller, a Ikúo no le quedaba más remedio que hacerle de chófer con coche incluido. Eso era todo.

Kizu, por su parte, tenía que ir a la fiesta del arquitecto; y, para ello, enfundarse en su esmoquin —algo de lo que estaba él persuadido—; y luego acabar llamando a un taxi.

Ikúo volvió tarde esa noche, e informó a Kizu de que la joven le había confiado el trabajo de chófer de la oficina. Le pidió que su estreno en el mismo fuera recoger del taller el coche de la oficina, al principio de la semana siguiente. Como su trabajo en el club de atletismo había concluido, y en la oficina le iban a pagar un sueldo, Ikúo estaba triunfante. El trabajo era flexible en cuanto a horas —aunque pronto se vería claro que no era así—, en el entendido de que en el día y hora en que hiciera falta el coche debía él presentarse en la oficina; bastaba con eso. No había obstáculo para que siguiera posando como modelo para Kizu. Una razón más para hacerle el trabajo atractivo era —sin duda, para él— que, aunque ahora en la oficina no hubiera lugar a escuchar a Patrón hablar sobre la fe, cuando éste —sin embargo— saliera a sitios distantes sí que habría más de una ocasión de conversar con él, ya que el trabajo de Ikúo consistiría en llevarlo en coche.

Durante los primeros días, Ikúo iba diariamente a la oficina, donde estaba desde por la mañana hasta el anochecer, aprendiendo —como él decía— a cogerle el ritmo a su trabajo. Guiador aún no había recobrado el conocimiento, pero por lo demás iba saliendo adelante, por lo que se comentaba. Patrón, por su parte, se mantenía recluido en su estudio-dormitorio, y por eso no había tenido ocasión de hablar directamente con él más que dos o tres veces, pero le pareció a Ikúo una persona muy interesante, según este último le relató a Kizu. A la joven la llamaban "Bailarina" allí en la oficina; de modo que Ikúo iba a seguir también esa práctica.

De tal forma pasó una semana; y en éstas, llegó un mensaje de parte de Patrón, diciendo que si fuera posible desearía ver a Kizu. Así que éste salió para allá con Ikúo. Kizu intuía que tras esa novedad estaba la intervención de Bailarina manejando los hilos. Ikúo le había dicho que él mismo, hasta el momento, no había mantenido una conversación en condiciones con Patrón, pero a partir de ese día Kizu tendría la ocasión de conversar con Patrón distendidamente. Y no sólo eso, sino que, de resultas del primer encuentro, se llegó a decidir incluso que Kizu iría a visitar a Patrón un día por semana y, como artista, y también como experto en docencia de Bellas Artes —aunque en este caso se le pidiera algo al margen de su especialidad—, le daría a Patrón unas charlas sobre cierto poeta británico.

Cuando se produjo el primer encuentro, Patrón hablaba en voz baja, pero bien resonante.

—He oído que eres pintor —se puso a decirle, sin más saludo previo—. Y aunque no lo supiera, yo diría que se desprende de tu presencia, nada más verte.

Mientras pronunciaba estas palabras, Patrón estaba arrellanado en una butaca extrañamente baja, y dejaba aflorar a su gran cara, redonda y regordeta, un asomo de curiosidad infantil.

—Es que tienes aspecto de irme a hacer un dibujo de contorno a lápiz sobre la marcha: primero la cara, y luego el cuerpo...

A Kizu no le quedó más que estremecerse. A él y a Ikúo los había introducido Bailarina hasta el estudio-dormitorio de Patrón. En ese momento Patrón estaba aún en la cama, y con la ayuda de Bailarina se trasladó a la butaca, en tanto que allí delante ya había un sillón colocado para Kizu. Llegado tal momento, Ikúo se retiró sigilosamente del cuarto, como —sin duda— se le había instruido previamente. En el salón, por el rincón habilitado como despacho próximo a la fachada, se encontraba Ogi trabajando, a quien Patrón y Guiador llaman a veces "el inocente muchacho" —según le iba diciendo Bailarina a Ikúo, presentándole así medio en broma a Ogi.

—Así que mientras tú, poniendo en juego tu arte, me estás observando, también yo a mi modo te he estado mirando y... ¿no es cierto que estás pasando por un gran cambio que te afecta, corporal y mentalmente, como no lo has experimentado durante toda tu vida, en esa proporción?

Con toda sinceridad, Kizu se dijo a sí mismo que su interlocutor, al estar usando estrategias semejantes a las de cualquier adivino callejero, se había rebajado a un nivel ridículo. Pero, al mismo tiempo, viéndose a sí mismo confrontado por la mirada fija y cargada de sorpresa de aquel hombre —párpados abiertos como el contorno de un melocotón; y a igual distancia del párpado superior y del inferior, el iris negro flotando como abalorio de azabache—, a Kizu le bailaba en la cabeza el presentimiento de que él mismo podía acabar arrodillándose allí de un momento a otro, y difícilmente se libraría de confesar cuanto pasaba por su interior. Pues tomando en consideración su recaída en el cáncer, y además su relación con Ikúo, como circunstancias que lo afectaban física y anímicamente, la adivinación de Patrón había dado en el blanco.

Comoquiera que fuese, con el fin de tomar un poco de distancia y disponerse a dar una respuesta neutra, Kizu echó mano de uno de los ardidés a que recurría dando clases en su universidad americana; y empezó a hablar de poesía.

—Para cualquier persona que ronde mi edad, el tipo de cambio al que has aludido viene a estar relacionado con la muerte, se mire como se mire, ¿no? Y como eso es así, yo trato por ahora de no concienciarme respecto a la muerte. Sobre este tema, está la poesía escrita por un inglés, a la que me he aficionado. Incluso pienso que me gustaría aprender pronto de él, para adoptar su actitud ante la muerte.

Tras estas palabras, Kizu sacó de su memoria el texto original de los versos, y lo fue traduciendo mentalmente al japonés, para citar lo:

—"La gente virtuosa deja este mundo sosegadamente, como susurrándole a su propia alma: ¡vete!"

"Es así como se expresa el poeta; y eso que dice de que la persona agonizante, al ver que se queda sólo con su cuerpo, habla al alma que se le va... eso me viene como anillo al dedo.

—En términos generales, se diría que es justo al contrario. Si se pudiera hacer esa brusca pausa para despedir al alma, ¡qué sosegadamente podría dormir el cuerpo luego! Yo a mi vez he leído a John Donne. Lo que sigue suena así, si mal no recuerdo:

""Con todo, no vayas nombrando rostros invernales cuya piel cuelga flácida, marchita como la bolsa de un derrochador: Sólo es ya el envoltorio de un alma".

"Si la carne de un viejo es como una bolsa vetusta y raída, creo que ocurre precisamente eso: al alma le será sumamente fácil marcharse de allí, me imagino.

Kizu se sintió avergonzado al ver que su pretendida erudición, superficial en el fondo, quedaba superada por un hábil golpe de mano. Aunque en realidad Patrón no parecía tener otra intención que la de manifestar que a él también le gustaba la poesía.

—Sin embargo, lo único que he leído a fondo de poesía es lo que acabo de citar; por lo demás, ya pueden ser poetas extranjeros o de nuestro país, que hasta ahora no he prestado atención a ninguno. Pero tú, recientemente, ¿no has dado acaso con un poeta que ha sido un hallazgo? ¿No has pasado por esa experiencia?

—Por lo que se ve, todas las cosas importantes que me conciernen se van desvelando una por una. Verdaderamente, así ha sido —respondió Kizu sumisamente—. El año pasado, en verano, con ocasión de un festival artístico en el País de Gales, se celebró allí un simposio sobre docencia de Bellas Artes, como actividad curricular. Así que viajé a Swansea, donde el organizador del simposio me obsequió con un libro de un poeta de aquella tierra. Esa noche, en el hotel, que se erguía sobre un acantilado en la costa, fui hojeando el libro y leyendo un poco al azar; me invadió una energía anímica y física de tal fuerza que no pude seguir acostado.

Mientras así se expresaba, Kizu pensó que hasta el presente solía siempre relacionar esa inquietud suya con el rebrote de cáncer, pero ahora le daba alegría interpretarla como un presagio de su actual relación de intimidad con Ikúo.

—Enrojecí, con la cara desencajada, y me puse a deambular por la pequeña habitación del hotel; mientras me quejaba interiormente: "Aunque ahora me encontrara con este poeta, ya no me quedan tiempo ni energías para darle una respuesta digna con mi vida". Por eso tampoco puede decirse que yo haya cambiado positivamente a raíz de aquello. Soy demasiado superficial para una cosa así.

—Al oírte decir "el País de Gales"... ¿No será Dylan Thomas ese poeta que has descubierto a estas alturas? —quiso enseguida preguntarle Patrón, como un niño al que están mareando con enigmas.

—Se trata del poeta R. S. Thomas.

—¿Y cómo es su poesía? ¿No habrá por ahí algún verso del que te acuerdes? —preguntó Patrón, incapaz de reprimir su impaciencia, que iba en aumento.

—A estas alturas ya no me acuerdo de ningún verso con exactitud, de memoria. Otra cosa es cuando yo era joven. En cuanto a los temas, tal vez por aquello de llamarse el poeta Thomas, había allí varios poemas centrados en la figura de aquel apóstol Tomás, tan lleno de dudas. Cuando él introduce la mano en el costado abierto, sangrante, de Jesús, y entonces empieza a creer en su resurrección...: el sentido de todos esos acontecimientos lo describe el poeta según la perspectiva del mismo Tomás. Es este tipo de temática.

Patrón escuchaba sin pestañear, fijando esos ojos suyos como melocotones.

—¿Tendrías la amabilidad de irme leyendo poemas de sus libros? —preguntó Patrón a Kizu, evidenciando una fuerte insistencia—. Ya que Ikúo, de quien me informan que está trabajando para nuestra oficina, ha dicho que tú también te muestras interesado en lo que hacemos. De ser posible, nos veríamos una vez por semana, al menos. En los últimos diez años he venido sintiendo lo necesario que es esto, aunque nunca lo he puesto por obra.

Así es como el encuentro de Kizu con Patrón se orientó hacia una continuación insospechada; y desde entonces Kizu empezó a leer con Patrón la poesía de R. S. Thomas. Mientras regresaba luego en coche, conduciendo Ikúo, Kizu se maravilló del sesgo que habían tomado los acontecimientos; en tanto que el joven más bien parecía haberlo estado esperando.

Aparte de la antología poética —de bolsillo y de tapa blanda— que le habían regalado en el País de Gales, Kizu quiso tener las poesías completas de R. S. Thomas, y las adquirió en la librería de la cooperativa universitaria, junto con un libro de consulta sobre la obra del poeta, encargando que se los enviaran a su apartamento. Como en el libro que ya tenía había escrito muchas anotaciones suyas al margen, destinó las "Poesías completas" recién compradas, que estaban encuadernadas en tapa dura, a un regalo que le haría a Patrón.

En vez de dar unas charlas a Patrón siendo éste un mero oyente, Kizu se proponía leer y comentar los poemas entre los dos; pero, aun así, la primera sesión de ese tipo le llevó dos o tres días de preparación, y al cabo de ellos aún se encontraba preparando el tema, bien entrada la noche. En esto recibió una llamada de Bailarina, y a pesar de la hora que era se dirigió a la oficina situada en Seijoo. Ocurría que Patrón se encontraba en una crisis depresiva, manteniéndose levantado hasta bien entrada la madrugada, y durmiendo luego toda la mañana; y así iban transcurriendo los días. Hicieron pasar a Kizu al estudio-dormitorio de Patrón; en tanto que Ikúo, que había actuado como chófer, se quedaba en la zona de oficina donde solían trabajar Bailarina y Ogi. Kizu había elegido y preparado para la primera lectura un poema de la colección, perteneciente al poemario titulado *Between Here and Now* —"Entre el aquí y el ahora"—. El poeta Thomas lo había escrito aproximadamente a la edad que ahora tenían Kizu y Patrón.

Me preguntas por qué no escribo.

Pero ¿qué respuesta te puedo dar?

La salada marea discurre en círculos: entra, sede,
a partir de esta bahía, como ocurre con el tiempo
a partir del corazón.

¿Qué salvación puede venirnos de ahí?

Tal azar deja una escritura ilegible en la orilla.

De haber estado tú aquí, discutiríamos sobre ello.

La gente desfila ante este paisaje marino,
tan ignorante como lo haría ante cuadros de una excelsa galería de arte,

Pero yo sigo buscándole un sentido.

Las olas son una escalera móvil que hay que subir,
si bien eso ocurre sólo en el pensamiento.

Con todo, la caída desde su punto más alto
es tan real como siempre lo fuera.

Cuando yo era joven, pensaba

que la verdad había de venir desbordando el horizonte.

Al cumplir años, me mantengo firme,

y aún sigo tan lejos de ella como antes.

¿Te aburre esta tarea mía de cortarme las uñas?

Todo eso viene a explicar mi silencio.

Ojalá hubiera una explicación simple

para el silencio de Dios.

Este poema despertó una considerable reacción en Patrón. Kizu pensaba que la imposibilidad de dormir mucho de Patrón podía atribuirse, —más que a su crisis depresiva, al presente período de inquietud intelectual,— que lo llevaba a acortar sus horas de sueño. La humedad que se extendía por los grandes ojos de Patrón le recordaba a Kizu cierta fotografía de un marsupial nocturno de Tasmania.

—"Me preguntas por qué no escribo. Pero ¿qué respuesta te puedo dar?" Los versos que así has traducido, profesor, me hacen recordar un asunto muy apremiante —le espetó Patrón al punto, como si fuera un muchacho ciertamente inteligente, pero propenso a actuar a la ligera.

"Yo soy una persona que, desde sus años jóvenes, no ha escrito cosa alguna. Sin embargo, todo lo que había hecho antes del Salto Mortal, en cierto sentido, era un tipo de escritura: una tarea en la que colaboró conmigo Guiador. Las cosas que yo experimentaba al entrar en trance y que no podía expresar con palabras claras, se las contaba tal cual a Guiador, y él las convertía en expresiones inteligibles para personas ajenas al tema. Así hemos venido actuando.

"No obstante, tras la experiencia del Salto Mortal no he podido tener esas grandes visiones. Guiador también estaba al corriente de esto. Sin embargo, durante el último medio año, Guiador ha estado deseando comunicarme algo, que al cabo terminaba en un silencio sin palabras, pero que podría formularse verbalmente como los dos primeros versos del poema. ¿Por qué ahora no ves visiones?, o bien: ¿por qué no me cuentas las visiones que has tenido? Aunque yo por mi parte entrara ahora en trance, no iba a ser para ponerme en contacto directo con nada trascendente. Como estoy concienciado de ello, por eso precisamente no realizo el esfuerzo previo que me haría entrar en dicho trance. No tengo otra respuesta que dar, en el supuesto de que me preguntes... ""Pero ¿qué respuesta te puedo dar?", es lo que sigue. Yo estoy aquí recluso en esta especie de casa-escondrijo. No me encuentro contemplando la incesante "marea salada de la bahía" de que habla el poeta; pero si venimos a lo que, según él, tiene igual movimiento, como es "el tiempo que fluye a partir del corazón", eso sí lo he venido experimentando. Bien está: en estos diez años no he venido haciendo nada, excepto estar contemplando la corriente que fluye del corazón.

"El tiempo... el flujo de la marea... desde luego implica movimiento, pero "¿qué salvación puede venirnos de ahí?" Eso viene muy al caso. Si mi corazón es la orilla, "tal azar deja una escritura ilegible en la orilla. De haber estado tú aquí, discutiríamos sobre ello". Guiador solía estar a mi lado, pero yo no le contaba las ideas que debían figurar en esa "escritura". El tiempo, cuando sale fluyendo de mi corazón, ¿qué trazos deja grabados? Aun cuando eso se descifra, no tendría sentido alguno, y yo era consciente de ello. Dicho de otro modo, no había lugar a "discutir sobre ello".

"La gente vive su vida sin escatimar esfuerzos, aunque "tan ignorante" de su significado. "Pero yo sigo buscándole un sentido". También eso es la pura verdad. Y no es que yo presintiera que pudiese interpretarse la vida como una continua alucinación. Si alguien me arguyera que me pasaba el tiempo sentado en la playa con la mirada al frente y la mente en blanco, no me quedarían argumentos con que replicarle. Aunque de vez en cuando mi salud mejora algo, "eso ocurre sólo en el pensamiento", como quien subiera por la escalera de las olas.

"No obstante, ¡qué amarga experiencia!

""La caída desde su punto más alto es tan real como siempre lo fuera". Es lo que ocurre, desde luego. Pues día a día sin cesar, y noche tras noche, desde hace diez años no he venido pensando en otra cosa. Igual que entonces caí en picado, en el interior de mi mente sigo experimentando la caída.

"La estrofa siguiente parece un retrato interior mío en la actualidad.

""Cuando yo era un joven, pensaba que la verdad había de venir desbordando el horizonte. Al cumplir años, me mantengo firme, y aún sigo tan lejos de ella como antes". ¿Y el asunto del corte de uñas? Cuando habla de "These ñau pairings", a qué alude en realidad? Comoquiera que sea, aquí me estoy, sentado, mirando distraídamente al horizonte. Parece algo de lo más natural que Guiador se acabara enfadando y saltara con un "¿Por qué?"

"Pero lo que yo tenía que haberle contestado era esto:

""Ojalá hubiera una explicación tan simple para el silencio de Dios" Eso es tal cual, justamente.

Los ojos de Patrón, dotados de un denso brillo, no se concentraban ahora en Kizu, sino que Parecían querer fijarse inequívocamente sobre un interlocutor invisible que estuviera sentado al lado del profesor.

El cielo plomizo de mediados de octubre iba pasando de la oscuridad al claro de la aurora, sobre aquella calzada por la que circulaba a una velocidad inmoderada el coche conducido por Ikúo, camino de vuelta hacia el apartamento de Kizu. Éste entretanto rememoraba las palabras del largo monólogo de Patrón sobre el poema de Thomas, visto a través de su propia traducción.

""Cuando yo era joven, pensaba que la verdad había de venir desbordando el horizonte". Yo también creo que eso es precisamente así. ¿No fue justo por eso por lo que me fui a América? ¿Y qué diremos que salió de ahí? No parece que haya indagado particularmente esa verdad..."

Ikúo se bajó momentáneamente del coche, y Kizu abrió el portillo de acceso situado junto a la puerta de entrada usando la misma llave de su apartamento. Oyó a su espalda la voz de Ikúo, que le hablaba en tono de disculpa.

—Sería estupendo si pudiera subir ahora yo también, pero me ha surgido la necesidad de ultimar un plan con mis dos compañeros de la oficina esta misma mañana. Kizu se volvió a él para mostrarle su asentimiento.

—Ayer, cuando volví a la oficina en coche después de traerte, Bailarina me contó que Patrón le había dicho que necesitaba algo de ti, algo tan valioso como un presente por tu parte, profesor. ¿Ha salido eso a relucir en tu conversación con él? Los líderes religiosos, aunque vivan al margen del ambiente mundano, tienen una innegable faceta práctica, ¿eh?

Kizu intuía que detrás de tal declaración de Patrón estaban actuando Ikúo y Bailarina. Con todo, se limitó a asentir de nuevo y, tras empujar aquella puerta, sólida y chapada al estilo americano, entró solo en el vestíbulo.

Ese año las estaciones se alternaban a gran velocidad, para la percepción de Kizu. Durante toda la mañana el sol se veía asomar sobre las ramas cimeras del harunire; pero incluso en los días en que su luz entraba directamente hasta el salón, su posición había cambiado, de forma que no alcanzaba al lugar donde Kizu tomaba sus baños de sol totalmente desnudo.

Ni que decir tiene que los baños de sol del profesor, como hábito adquirido por un hombre bien entrado ya en la madurez, estaban marcados por su tendencia a evitar miradas ajenas. Aun después de que Ikúo empezara a vivir allí con él, posando además desnudo como modelo suyo, si Kizu se echaba desnudo en la tumbona, no se mostraba inclinado a invitarlo a tomar también un baño de sol. Y el trabajo de la oficina, por otra parte, estaba absorbiendo cada vez más a Ikúo.

En los ratos en que se encontraba solo, Kizu se pasaba el tiempo o bien retocando el cuadro —en la medida en que podía hacerlo sin tener a Ikúo delante— o bien preparando su lectura de poemas de R. S. Thomas para Patrón. Releía como referencia básica su propio ejemplar de la antología —el de tapas blandas, lleno de sus anotaciones—, así como también leía obras que recogían textos en prosa de Thomas, y además monografías y artículos donde jóvenes estudiosos galeses habían centrado su investigación en el viejo maestro de poesía, como un tributo de filial reconocimiento. Estas obras especializadas las había conseguido poniéndose en contacto por fax con la responsable de la oficina de su departamento universitario, a quien pidió que le buscara material. Daba la casualidad de que el padre de esta mujer era oriundo del mismo distrito parroquial de R. S. Thomas. Dicho señor, que no pertenecía a la iglesia anglicana, sino a otra minoritaria, recordaba —según había contado— haber visto al poeta, que era clérigo, caminando por los senderos medianeros entre campos de labranza, y blandiendo un báculo como si éste fuera su elemental equipamiento deportivo. Ella añadía en una tarjeta adjunta al paquete de libros un admirado comentario a propósito de que "¡hasta los japoneses están leyendo lo que escribió aquel poeta!"

En una de aquellas sesiones poéticas celebradas de madrugada, Kizu leyó el siguiente poema de Thomas:

Yo salgo de la cueva de mi mente

para entrar en las tinieblas,

aún más densas, del exterior;

por donde pasan las cosas, pero Dios

no está entre ellas.

Yo he venido escuchando una voz suave y tranquila: era la voz de la bacteria que devora mi mundo. Me he entretenido demasiado... sobre estos umbrales. Pero ¿adonde podría ir?

Mirar atrás es perder mi alma.

Yo he venido como guía caminando

hacia arriba, orientado hacia la luz.

¿Miraré hacia delante? ¡Ah!

En el borde de este abismo

¿qué clase de equilibrio hay que guardar?

Yo estoy solo

sobre la superficie de este planeta que gira. ¿Y qué?

El procedimiento seguido por Kizu y Patrón en estas sesiones poéticas consistía en que Kizu empezaba leyendo en alta voz el texto original en su libro de tapas blandas preñado de anotaciones, mientras que Patrón, con el volumen de poesías completas de tapas duras abierto sobre sus rodillas, seguía allí la lectura mientras escuchaba. Luego usaban la traducción hecha y copiada por Kizu como referencia. A continuación comentaban juntos el poema, estrofa a estrofa. Tal era su costumbre consabida. Pero ese día, cuando Kizu leyó hasta la última palabra mencionada, Patrón entendió seguramente que el poema estaba ya completo; pues como en su ejemplar de poesías completas casi todos los poemas ocupaban una sola página cada uno, se dejó engañar por su apreciación visual.

—Eso es rotundo, ¿eh? Una persona acorralada y abocada a la muerte ¡no puede expresarse más que así! — exclamó con admiración.

Esto le cogió a Kizu, en su calidad de veterano profesor, un tanto a contrapelo.

—Es que la manera de cortar las estrofas que usa Thomas es un poco especial. El "¿Y qué..." que sale al final es en realidad el comienzo de la estrofa siguiente —dijo Kizu a Patrón, llamándole la atención—. La cadencia del sentido no se cierra con esa palabra.

—La siguiente estrofa, ¿no es innecesaria? —replicó Patrón con aire de seguridad—. ¿De qué modo lo has traducido, profesor? Lo que viene detrás de "¿Y qué...".

—"(¿Y qué...) otra cosa puedo hacer

salvo, como el Adán de Miguel Ángel,

extender mis brazos al espacio desconocido

esperando el tacto recíproco?"

—Ya veo. Pero aunque él presentara esas acertadas palabras con un aire triunfal, mirando el conjunto del poema, ¿no se ve más bien como un añadido inútil?

—¿Es que no crees para nada en ese "tacto recíproco"? —inquirió Kizu.

—Durante los últimos diez años yo he vivido en la oscuridad de las tinieblas, y nunca he buscado apoyo en ese "tacto recíproco". "Yo salgo de la cueva de mi mente para entrar en las tinieblas, aún más densas, del exterior".

"Eso lo he experimentado muchas veces, pero nunca me he propuesto buscar a Dios entre las cosas que pasan. ¿No es cierto que Thomas caiga frecuentemente en la manía de querer hacerse notar?

"Por lo general, "en el borde de este abismo, ¿qué clase de equilibrio" tenemos que guardar?

"Cuando yo, ante los medios de comunicación, protagonicé aquella retirada en medio de un gran revuelo, por más que me precipité en el abismo, yo era como una pelota de ping-pong que se empeña en hundirse por sí misma en un balde de agua. Aunque faltara la última estrofa... o más bien, a pesar de que está ahí, reconozco que se trata de un poema bastante bueno.

Kizu no pudo dejar de percibir un aire de malicia en la cara de Patrón, semejante a una gran nutria marina que riera sarcásticamente entre brumosa luz. Tratando de dominar su propio disgusto, Kizu tomó el libro de prosas selectas de R. S. Thomas, y mostró el siguiente párrafo a Patrón:

"La idoneidad para estar en el infierno es un privilegio espiritual, y manifiesta el verdadero carácter de tal existencia. De no haber tinieblas, en este mundo que conocemos no se valoraría la luz. Sin existir el mal, el bien carecería de sentido. En la puerta del hogar de cualquier poeta está clavada la frase de Keats sobre la idoneidad negativa. La poesía nace de la tensión creada por la idoneidad del poeta para hacer frente a "cuanto está envuelto en incertidumbre: misterios, dudas, esa zona donde no se persigue airadamente conseguir lo que es real y razonable"" —según cita de Keats.

Al terminar de leer esto, Patrón volvió a su expresión seria.

—Yo lo veo exactamente así —dijo—. Ese hombre era clérigo, según se cuenta, pero dice cosas más sustanciosas sobre poesía que sobre religión. Como todo un poeta que es, por supuesto, añadiría yo.

Kizu sintió que una vez más su interlocutor se le escabullía. En contraste con la astucia de Patrón, su propio actuar lo veía Kizu como algo simplón, aun teniendo ambos casi la misma edad. Ahora, mientras él callaba, le tocó el turno a Patrón de seguir hablando con el propósito de calmarlo a él mismo.

—Ni que decir tiene que no poseo dotes poéticas ni cosa parecida, pero comulgo totalmente con lo que dice este poeta. Esa calmosa "idoneidad para estar en el infierno", y ahora cito a Keats: "cuanto está envuelto en incertidumbre: misterios, dudas... donde no se persigue conseguir lo que es real y razonable", me convence tanto como para convertirlo en lema de mi vejez.

Patrón leía esa página del libro metiendo la cabeza en el cerco de luz del quinqué, y entretanto Kizu podía ver brillar gotas de saliva en las renegridas comisuras de sus labios, semejantes a capullos de seda. Desde un rato antes el tono de voz de Patrón sonaba más alto; y sin duda Bailarina había detectado en esto un signo de excesiva excitación y cansancio; ya que, con tanta rapidez como disimulo, entró, administró a Patrón una pastilla directamente de la palma de su mano, y le aproximó un vaso de agua a los labios. Patrón se dejaba cuidar por la solícita Bailarina, que daba muestras de tan acrisolada práctica. Al terminar, Bailarina se cambió el vaso a la mano izquierda, y con el dorso de su mano derecha enjugó a la vez el resto de agua y la saliva blanquizca de labios de Patrón.

También esta vez se había hecho de día durante la sesión poética, e Ikúo llevó a Kizu a su apartamento; aunque no en el mismo coche en que lo había traído, sino en una especie de microbús que Kizu había regalado a Patrón con vistas a los futuros desplazamientos de éste por la región para reanudar sus pequeños encuentros en un futuro próximo. Así que Ikúo, en la esperanza de poder asistir como chófer a esos encuentros, estaba procurando soltarse en conducir el microbús.

—La lectura que Patrón hace conjuntamente contigo de un poeta galés le está sirviendo mucho para animarse —observó Ikúo—. Patrón, rompiendo su costumbre, vino no hace mucho a la zona frontal del salón donde se halla el despacho, y nos dirigió la palabra a los tres, que estábamos allí. Nos citó una frase en inglés que, según él había aprendido de ti, era del poeta Thomas: aquello de "Quietly emerge", e incluso nos leyó el poema que

está relacionado con esta idea. La traducción era tuya, profesor, según nos dijo; y a mí mismo me gustó el poema por su calidad.

Kizu echó mano del portafolios que descansaba sobre sus rodillas, sacó de él el cuaderno donde había metido las copias que solía usar como texto, y se puso una delante con cierta inclinación, orientándola a la blanquecina luz del cielo nublado, para leerla:

"Como yo he sabido de siempre,

él vino quedamente a presentarse por aquí, sin previo anuncio.

Sólo haciéndose notar por la ausencia de clamor en su entorno.

Yo lo vi a Él, no sólo con mis ojos,

sino con el desbordarse de un santo cáliz

por la visita del mar,

con el desbordarse de todo mi ser por su visita".

—"Si de nuevo Dios "viniese quedamente a presentarse" a mí, yo lo recibiría sin vacilar, sin acobardarme", nos dijo Patrón, y añadió: "Yo he tomado el poema como un sermón dirigido a mí y, habiendo logrado asimilarlo así, yo también podré "venir quedamente a presentarme" a vosotros como el verdadero "patrono del género humano" de cara al fin de los tiempos. Y entonces querría que me recibieseis también sin vacilar y sin echaros atrás". Así concluían sus palabras.

Tras decir esto, Ikúo hizo una mueca con su boca, que le recordaba a Kizu la de un pez de bajíos que había visto en televisión, rompiendo de un mordisco la concha en espiral de un molusco para comérselo. Por lo demás Ikúo, llevando los faros encendidos, se quedó mirando a los coches que venían en dirección opuesta. Kizu no sabía bien lo que Ikúo guardaba dentro, pero aun así se aventuró a hablar:

—Creo que me gustaría pensar, como tú, que Patrón, sea como sea, es una persona capaz de atraer multitudes.

Ikúo siguió conduciendo en silencio por un rato, con aquel extraño gesto de pez aún en su boca. Y luego se puso a hablar tranquilamente sobre algo que al parecer había estado pensando desde que puso en marcha el microbús para llevar a Kizu.

—Ciertamente ese hombre puede atraer multitudes. Sin embargo, ¿adonde pretende conducir a la gente valiéndose de su carisma? De eso no tengo idea por ahora. Utilizando los medios de difusión, y como llamada urgente a la facción radical dispersa por todo el país, él protagonizó el Salto Mortal... Así es como yo lo he venido interpretando, pero ahora más bien siento la corazonada de que dar ese Salto Mortal le resultaba necesario a él mismo. Pues él dijo que ha llegado la hora en que "de nuevo Dios viene quedamente a presentarse".

"Con todo esto, yo no tengo claro en absoluto qué tipo de persona es ese hombre, aunque desde luego experimento su atractivo para la gente. Incluso llevo a dudar de si será bueno para mí seguir metiéndome cada vez más en su movimiento. Pero como tú, profesor, pisas terreno seguro, y estableces una relación con él manteniendo al mismo tiempo cierta distancia, creo que eso es la mejor referencia para mí.

Durante la semana en curso, Kizu tuvo ocasión de conversar con Bailarina, que fue a verlo a su apartamento cruzándose casualmente con Ikúo, el cual a su vez salía para la oficina. Nada le había avisado sobre esto Ikúo a Kizu en días anteriores, pero Bailarina manifestó que la idea de su visita había sido de Ikúo.

Como en esa estancia tokiota de Kizu nadie se había sentado hasta el momento en el sofá de su sala de estar, con excepción de Ikúo, la figura de Bailarina allí, con sus bonitas piernas cruzadas, sobre las que hacía reposar el plato y la taza de té negro...; clavando ella sus ojos, casi sin pestañear, en Kizu, y escuchando la conversación de éste; dejando ver entre sorbo y sorbo de té el rosa interior de su boca... tal figura tenía un aire delicado y frágil.

No obstante, y sin nada que ver con las apariencias, ya de antes resultaba evidente que Bailarina era una de esas personas que no saben callarse lo que piensan. También ese día, ella daba la impresión de querer abordar un tema que resultaría sorpresivo para Kizu.

—Las críticas hacia Patrón siguen dándose incluso ahora —dijo—. Tan violentas, que me hacen pensar cómo serían hace diez años. Cada vez que nos llegaba una publicación con frases en plan de ataque, yo hasta el presente solía pedirle a Guiador su opinión, pero ahora, en la situación actual de éste...

"También ha habido injurias, en un lenguaje abusivo, por parte de un famoso periodista, ya retirado, pero eso no me preocupa. Porque esas cosas, más que representar problema alguno para la persona de Patrón, lo representan para los mismos atacantes. Hace poco nos han enviado un boletín de cierta universidad, donde se publicaba una entrevista entre un teólogo protestante y un profesor adjunto que recientemente había entrado en la misma Iglesia del teólogo. Se trataba de una crítica muy a fondo de Patrón, siendo éste el hilo de la argumentación: ahora que él había abandonado esa iglesia que era obra suya, el único medio que le quedaba a tal personaje para salvarse era ingresar en otra de plena confianza. Las opiniones de ambos coincidían en torno a esta idea.

"Al contarle estas cosas a Patrón, me dijo que él quería mantenerse alejado de cualquier Iglesia establecida, ya fuera una protestante, la Católica o cualquier otra, pues todo particular láene ese derecho a elegir. Y dio sus razones: la principal era que si él compartiese con los fieles de alguna Iglesia —incluidos esos que lo habían criticado— la certeza en un Dios objetivo —es decir: meramente externo—, entonces él mismo tenía que ir perdiendo su fe. Mejor que compartir con esa gente su mismo ámbito de fe, él prefería la incertidumbre de creer entre un inevitable rechinar de dientes, pues eso sería cabalmente tenderse sobre unas aguas de setenta mil brazas de hondura, donde "podría degustar el sentido de haber nacido a la vida en este mundo", según dijo.

"Lo que a mí me gustaría preguntarte, profesor, es el significado de esa frase "sobre unas aguas de setenta mil brazas de hondura". Yo le hice esa pregunta a Patrón como réplica a sus palabras, pero se limitó a decirme que era que te lo había oído decir en una de tus charlas. Eso de "sobre unas aguas de setenta mil brazas de hondura", ¿es un verso del poeta Thomas? Bailarina hizo una pausa en sus palabras y, dejando —como solía— su boca entreabierta, miró fijamente al profesor.

—La frase vendría originariamente de Kierkegaard —respondió Kizu—, aunque Thomas la cita varias veces. Por supuesto que, en relación con la poesía de Thomas, he hablado con Patrón acerca de Kierkegaard. Ese texto no hay que buscarlo directamente en la obra poética de Thomas, sino más bien en el volumen que se compiló como homenaje a él cuando cumplió los ochenta años: este libro, de hecho, que tengo aquí. El autor del texto elegido ahora por mí estudia el uso metafórico que Thomas hace en su poesía de la aridez desolada que se extiende sobre el País de Gales, tanto en sus campos cultivables como en su mar. Bien: así es, como digo; y el autor trata el tema con detalle.

"Concretamente cita dos poemas. Como es en el segundo que cita, el titulado Equilibrio, donde aparece directamente Kierkegaard, vamos a verlo:

""Sin piratería alguna, citemos lo que Kierkegaard solía decir: hay que caminar por una tabla extendida sobre un abismo de más de setenta brazas de hondura bien alejado, por demás, de tierra firme. He abandonado cosas: mis teorías, la fácil seguridad de la fe... No hay barandilla a la que agarrarme. A ambos lados de donde me mantengo en pie yace una estremecedora galería de muertos; ellos, cuando vivían, anduvieron por este sitio, de donde cayeron. Allí arriba, más allá de todo, se halla la violencia de la Vía Láctea, ese dispendio de energía sin sentido,

ese caos que aproxima a sí mismo al rubio héroe,

al saltar éste por encima de mi cabeza.

¿Hay aquí un lugar para el espíritu? ¿Hay un tiempo?

¿Hay algo aparte de este estrecho sitio donde poner el pie,

para algo que no sea la actuación de la mente,

en su fallido intento de explicarse a sí misma?"

"El autor del estudio, tras aportar este poema de Thomas, también cita unos párrafos, algo más largos, de Kierkegaard. ¿Te los traduzco?

""Sin riesgo, no hay fe posible. El hecho de creer significa precisamente la contradicción que media entre la ilimitada pasión hacia la interioridad de cada individuo, y su incertidumbre objetiva, orientada hacia fuera. En el supuesto de que yo pueda captar a Dios objetivamente, en tal caso, no tengo fe. Sin embargo, precisamente al no ser eso posible, yo tengo que creer. Si yo deseo mantenerme a mí mismo en el ámbito de la fe, tengo que actualizar a cada momento mi intención de agarrarme fuerte a la incertidumbre objetiva: para poder conservar mi mente en la fe sobre un abismo de aguas profundas, cuya hondura rebasa las setenta mil brazas".

—Así que eso es todo, ¿no? Patrón conversaba conmigo queriendo usar citas de Kierkegaard —dijo Bailarina, con aire de haberse convertido en una brillante heroína de teatro—. Patrón se pone a bromear en las circunstancias más inesperadas, de modo que muchas veces no sé lo que está diciendo en realidad. Con todo, aun en esos momentos, creo que él sufre por cuestiones de fe. Es una sensación parecida a la que para mí se desprende de las palabras de Kierkegaard que acabo de escucharte. Es estupendo que me hayas brindado esta ocasión de oírte hablar.

Kizu sintió por dentro una exaltación desproporcionada para su edad: le recordaba la alegría que sentía cuando, durante las horas de consulta de alumnos en su departamento universitario, los estudiantes iban a hacerle preguntas puntuales, dejándole luego a él explayarse en la respuesta, que escuchaban extasiados.

Kizu, procurando retener un poco a Bailarina, le enseñó un libro en que aparecían poemas selectos de R. S. Thomas, para acompañar láminas con pinturas de artistas que, empezando por los impresionistas franceses, llegaban hasta los surrealistas. A diferencia de las obras completas de Thomas y de la antología de tapas blandas, esta edición ilustraba la selección de poesías, con aquellas láminas, donde destacaban los vividos colores de su esmerada impresión; y le había llegado recientemente a Kizu como regalo de cumple—. años que le dedicaba la responsable de la oficina de su departamento. ¡>

Al ver a Bailarina, que con expresión aparentemente boba mantenía su boca entreabierta mientras se enfrascaba en la contemplación de las ilustraciones, Kizu recordó, por contraste, la solicitud con que ella se apresuraba a limpiarle la boca a Patrón, y la inteligencia práctica que ella solía poner en juego... Un contraste muy curioso, por cierto. Kizu lo entendía como un resto nostálgico de infancia que aún conservaba aquella chica.

Al oscurecer, como Kizu no sabía la hora en que volvería Ikúo, empezó a preparar un estofado. Siguiendo la costumbre americana, había comprado a la vez varias porciones de carne de vacuno de diversas partes, y lo que no cocinaba de inmediato lo congelaba. Para aprovechar los restos de otros días y aderezarlos, cortó apios, zanahorias, cebollas, y demás verduras que se habían ido acumulando en la parte baja del frigorífico. Y se dedicó a cocinar y darle el punto al estofado. Una vez listos los preparativos, probó el caldo, que había empezado a hervir: sabía casi a su gusto, a falta de un pellizco de sal que no estaría de más echarle. Aun en ese trance, le quedaba flotando interiormente un regusto de su conversación con aquella chica. Kizu agarró el salero de plástico para ir a golpearlo contra la tabla de cortar, y así liberar la sal que había quedado apelmazada en un rincón del bote. Pero como en realidad no era de plástico, sino de cristal, se le rompió de tan mala manera que uno de sus trozos le hizo un profundo corte en la muñeca de la mano derecha.

No se acordaba en ese momento de ningún médico, excepto el oncólogo que aquella gran personalidad de un famoso Instituto de Investigación le había recomendado. Así que, en medio de su presente confusión, dio un telefonazo al administrador de su bloque. Y por ahí fue recomendado a un centro médico del barrio de Roppongi, que mantenía un concierto de asistencia con la universidad de Kizu. De modo que tomó un taxi, urgiéndole al conductor para que se apresurase. Después de su operación de cáncer de colon, era la primera vez que volverían a coserle la piel. El médico de guardia le salió con un comentario un poco burdo, tratando de hacerse el gracioso: —De haber sido en su muñeca izquierda, difícilmente se habría librado de contestar a alguna pregunta enojosa.

Kizu volvió a su apartamento, adonde aún no había regresado Ikúo, y ante el incipiente dolor de su muñeca se sintió un poco desconcertado —pues también presentía un dolor grande y muy profundo, que le había de venir de lo más íntimo de sus entrañas— y se aplicó a poner orden en la cocina, que había abandonado en plena faena. Sobre la chapa del fregadero aún quedaban gruesos goterones de sangre oscurecida mezclados con agua.

Kizu no lograba apartar de su mente la conciencia de su cáncer, que allí se había asentado; lo cual le llevó a pensar en lo frágil que era su cuerpo, aun estando vivo. Si bien, al considerar la perennidad del alma, capaz de enlazar a través de su existencia el pasado de la humanidad con el presente, y de ahí con el futuro, la fragilidad del cuerpo no representaba mayor obstáculo. Eso más bien era una señal que apuntaba a la capacidad de la existencia humana para trascender su condición individual. Era la perennidad del alma, que puede conectarnos con un pasado aún anterior al Neolítico, y con esa futura Edad de la Electrónica, que tal vez sea un purgatorio, hacia donde la humanidad se encamina y crece. ¿No habría ahora mismo en el interior de Kizu una fe en esa alma humana? Lo que podía encontrarse en él como más próximo a la fe era la idea que arraigaba en esas mismas sensaciones suyas; así tenía que reconocerlo en su corazón desamparado, incapaz de reaccionar con energía.

A fin de cuentas, acabó por desistir del estofado, y se contentó con una sopa de tomate Campbell enlatada, que puso a calentar; y cogiendo unas grandes galletas saladas que guardaba en una bolsa de papel, se lo llevó todo a la sala de estar. Allí, sobre la estrecha mesa estaba el libro ilustrado de poemas de Thomas que le había enseñado a Bailarina, y también libros de investigación, tal como los había dejado. Kizu se decidió a tomar en sus manos el libro que comparaba a Thomas con Kierkegaard, y que también le había mostrado a Bailarina; de él eligió el artículo en que cierta investigadora comentaba la antología ilustrada con láminas en color, y lo fue leyendo un poco al azar.

La autora, en un tono académico, insistía mucho en que la palabra "ingrowing" era un término clave para Thomas. Significa un "crecimiento hacia dentro", como cuando una uña crece hacia la carne y se incrusta en ella. Thomas es bien consciente de que si se piensa por mucho tiempo sobre algo, hay peligro de caer en un modo de pensar encerrado en sí mismo. Como dice el poeta Yeats:

"Las ideas pensadas por mucho tiempo dejan de ser ideas. Como a la belleza sucede la muerte de la belleza; y al valor de algo sobreviene la muerte de ese valor".

Y, desde luego, puede ocurrir así.

De ese modo, Thomas, al ponerse a escribir poemas adecuados a aquellas pinturas, trata de renovarse vitalmente para no caer en ese encerramiento sin salida de uno mismo como poeta. Tras decir esto, la autora entraba en su tema predilecto, a saber: un análisis de cierto poema de Thomas en que éste escribe sobre el cuadro de Rene Magritte que representa una bota cuya puntera se torna en un pie humano.

A partir de ahí, Kizu volvía a su modo de pensamiento encerrado en sí mismo, a sus ideas alimentadas con esa tendencia —propia a veces de las uñas— de crecer hacia dentro. Y aunque se encontraba en la cocina, seguía dándole vueltas a esos pensamientos: sobre Tokio se había desencadenado una gran catástrofe, dejando por todos lados cadáveres de los que era imposible ocuparse, y que quedaban sólo para rendir un favor a los cuervos —ya que por esa zona no hay perros salvajes-...; y los restos de dichos cadáveres se pudrían, o tal vez se resecaban. Uno de esos muertos era él mismo. En medio de estos pensamientos, ¿cómo podría creer en la perennidad del alma?

—Por el contrario, ¿no es eso más bien un signo? —llegó Kizu a pensar en voz alta, como para asegurarse de que tales ideas iban "ingrowing" —creciendo hacia dentro—, en su persona.

Ese día había comenzado con la visita de Bailarina y, en general para Kizu, había sido una jornada muy pródiga en acontecimientos. Por otro lado, para el nuevo movimiento de Patrón también había sido un día importante. Cuando Bailarina se pasó por el apartamento de Kizu, ya venía de vuelta del hospital. Y luego, antes de llegar ella a la oficina, ya allí recibían la noticia de que Guiador había recobrado el conocimiento. Ante todo, Ogi llevó a Patrón en coche al hospital, y siguiéndole el rumbo iba Ikúo al volante del microbús, con Bailarina a bordo. Así, esta vez les fue posible ver a Guiador. Cuando se hizo de noche, Patrón manifestó deseos de hablar con Kizu, por lo que Ikúo lo llamó por teléfono unas cuantas veces, pero sin conseguir respuesta. Y era que Kizu había salido para que le curaran la herida de su muñeca. Cuando a medianoche Ikúo regresó al apartamento, Kizu estaba todavía levantado; de modo que los dos se pusieron en camino de nuevo hacia la oficina.

Tanto Kizu como Ikúo carecían de un conocimiento directo sobre todo lo relativo a Guiador, y por eso hablaron poco durante el trayecto. Cuando llegaron a Seijoo, se enteraron de que Ogi se había quedado para toda la noche, como quien monta guardia, en la sala de espera de la planta del hospital donde se encontraba Guiador, por si hubiera algún cambio en la condición de éste. Kizu fue conducido por Bailarina al estudio-dormitorio de Patrón. Este último estaba sentado en la butaca baja, al lado de su cama, un tanto encogido allí, y con la cabeza caída sobre el pecho. Pero así que se sentó Kizu frente a él, Patrón alzó súbitamente la cabeza y empezó a verter un enérgico chorro de palabras.

—Guiador se ha recuperado, profesor. Aún no se sabe qué programa de rehabilitación le espera, pero yo ya estoy convencido de que se encuentra fuera de peligro. Cuando entré en la habitación, él estaba dormido, pero pronto abrió los ojos y me miró. No dijo nada, pero eso es natural, dado que había recuperado la conciencia un par de horas antes. Y aun así, yo vi en sus ojos justamente lo que te había oído explicar de "Quietly emerge" —viene quedamente a presentarse—.

"Luego Guiador entornó los ojos, pero como prueba evidente de que no estaba dormido, te diré que parpadeaba una y otra vez. Yo me acerqué a la cama y me quedé de pie a su lado, mientras me latía con fuerza el pecho. Entretanto me acordaba de un verso que también te oí en nuestras charlas. Y no es un verso de Thomas, sino de poesía griega, según traducción de E. M. Forster, que al parecer era uno de los poemas favoritos de Thomas. Aunque tendrás que corregir las inexactitudes de mi cita.

—Es un poema de Píndaro —intervino Kizu—:

"El ser humano es el sueño de una sombra. No obstante, cuando lo visita la sabiduría divina, una luz resplandeciente reina entre los hombres, y una era de bonanza está a punto de nacer".

"Será éste, ¿verdad?"

—Así es exactamente, muchísimas gracias —dijo Patrón con ojos lagrimosos, que le provocaban hinchazón y enrojecimiento en los párpados—. Cuando tuvimos nuestra última charla me pasé de la raya, hablando de cuanto se me antojaba, y creo que ofendí tus sentimientos, así que te pido perdón. Esta noche querría aprovechar la presente ocasión para pedirte una vez más que me ilustres sobre Thomas. Si Guiador se repone, la reanudación de nuestro movimiento cobrará bastante fuerza, según creo. Eso es bueno en un principio, pero temo que tanta actividad me va a absorber mucho, y no me va a permitir escuchar tus enseñanzas. Por eso me gustaría que esta noche me leyeras algún poema de Thomas en que domine una tónica de profunda tranquilidad, por decirlo así.

Kizu aceptó dócilmente el encargo de Patrón. Eligió de su cuaderno un poema traducido que ya traía preparado.

—"Aguas grises, vasto espacio como el de un ámbito de oración donde la persona entra. Día a día en el curso de algunos años yo he venido dejando reposar sobre esas aguas la mirada. ¿Estaba yo esperando la venida de algo? Nada, excepto el oleaje incesante, ocurre allí, que tenga algún sentido.

¡Ah! Sin embargo un ave rara

es ciertamente una rara ave. Cuando ella viene,

es cuando no hay nadie mirando,

y a veces cuando ni siquiera hay nadie.

Tienes que fijar tus ojos hasta que se desgasten,

así como otros dejan desgastar sus rodillas.

Yo me he convertido en el ermitaño de las rocas,

que convive con el viento y la niebla.

Días ha habido

en que su vaciedad era bella en demasía;

su ausencia parecía sepultada en tal belleza,

y era como su presencia. Es algo que no cabe en palabras

ya nunca más. Mi corazón está muy solo

después de tan largo ayuno,

custodiando con la mirada el mar que brota de mi oración".

Kizu leyó primero el texto original, y luego su traducción. Patrón lo estuvo escuchando hasta la última palabra; y orientó su mirada a Kizu: no eran ya los ojos llorosos de un niño, sino unos ojos blandos, sin tensión, que le asomaban tras el borde enrojecido de los párpados. Calmosamente habló así:

—Si Guiador se recobra y va mejorando poco a poco; si su proceso de recuperación es como esperamos, y podemos así llegar a ser los "ermitaños de las rocas", ¡qué estupendo sería eso! ¿Verdad? Sin embargo, una vez que él ha despertado de su letargo, no creo que ni él ni yo tengamos la esperanza puesta en llegar a esa situación. Me parece que desde ahora se nos va a hacer imposible una existencia tranquila y relajada.

CAPÍTULO 5

EL COMITÉ MOSSBRUGER

Ogi empezó a poner en orden el fichero de nombres al día siguiente de recibirlo de Patrón. Una vez que había metido toda la información en el ordenador, pasó a la siguiente tarea de ponerse en contacto con cada una de las personas de la lista. Siendo así que Patrón iba a iniciar un nuevo movimiento, se trataba de preguntarles si con tal motivo deseaban recibir una carta de saludo del líder, con el fin de conocer sus intenciones. Una de las razones por las que Bailarina pidiera a Ikúo su colaboración en tareas de oficina era —sin duda— que Ogi estaba volcando casi todas sus energías en esta labor. Ogi informaba por carta a cada destinatario de que su nombre y dirección pasaban a la agenda de Patrón, y le rogaba que mediante una tarjeta que iba incluida en el sobre contestara a la pregunta arriba formulada. Un treinta por ciento aproximadamente de las personas contestaba que "líos esperaban con expectación la carta de Patrón. Los nombres de aquellos otros que, o bien respondían que no estaban interesados, o bien no respondían para nada, Ogi los tachaba de la lista con sus direcciones respectivas; pero cuando en este quehacer se topaba con nombres conocidos gracias a los medios de comunicación, Ogi llegaba a dudar si esa lista de nombres no la habría confeccionado Patrón a su antojo. Pero la gente que había respondido configuraba una lista de ciudadanos sin renombre especial. A medida que avanzaba el trabajo, se veía cada vez más claro que Patrón había ido apuntando en sus notas los nombres y direcciones de aquellos que, con posterioridad al Salto Mortal, o bien le habían dirigido críticas razonables, o le habían enviado cartas dándole ánimo. Como respuesta que ofrecer a cuantos criticaron su postura en los medios de información, Patrón era el único, al parecer, que no olvidaba los comentarios bienintencionados de la gente: cuando los nombres registrados en la lista correspondían a individuos, no había problema alguno; pero cuando en las notas entregadas por Patrón figuraban nombres de compañías y asociaciones, y aun apareciendo el nombre de algún responsable, éste no respondía a la carta circular, entonces Ogi, todo un perfeccionista en este tipo de asuntos, hacía una llamada telefónica para indagar. En algunos de esos casos, con todo, hay que decir —en honor a la verdad— que era más bien el afán de fisgonear lo que impulsaba a Ogi a marcar el número correspondiente en el teléfono.

En las afueras de Tokio, en una ciudad universitaria de nueva construcción adonde se llegaba por una extensión satisfactoriamente desarrollada de una línea privada de ferrocarril, había establecido su sede una de las aludidas asociaciones, en un edificio multifuncional que albergaba varias actividades culturales, y se alzaba en una zona de residencias universitarias y viviendas en venta. Resultaba ser que el nombre de dicha asociación era "Comité Mossbrugger"; y ¿qué cosa podía significar eso de "Mossbrugger"? —se preguntaba Ogi—. El

destinatario de la circular de sondeo que él había enviado era un hombre cuyo nombre figuraba como responsable de la asociación; pero cuando marcó el número de teléfono de la asociación para indagar, quien respondió al aparato fue —por su voz— una mujer. Parecía ser mayor que él; pero su voz femenina, un tanto alegre y como de dibujos animados, hizo presentir a Ogi que sería, sin duda, de esa gente que escribe por puro entretenimiento y en calidad de admirador. Sin embargo, su interlocutora al teléfono era la encargada de supervisar los distintos grupos alistados en la nómina de actividades culturales allí adscritas.

—Quisiera hacerle una pregunta relacionada con el Comité Mossbruger —dijo Ogi, poniendo escasa convicción en lo que pronunciaba, dado que respecto a ese nombre, supuestamente alemán (y, en todo caso, extranjero) no las tenía todas consigo sobre si lo estaría pronunciando bien o no.

—¿El Comité Mossbruger? ¡Ah, ya! Desde luego había un círculo de socios así llamado entre los diversos grupos registrados aquí. Pero ahora ha entrado en un período de inactividad. ¿Llama usted como vendedor de algún tipo de suministros?

—En realidad yo trabajo en la oficina de una persona destacada en nuestro entorno, a quien llamamos "Patrón", palabra que se escribe con los caracteres de "Gran Maestro". Bajo su dirección se desarrollan varias actividades. Y el caso es que nos ha llegado una carta de ese comité dirigida a Patrón.

—¿Patrón? ¿El de la secta religiosa? ¡Aah! ¡Ya caigo! Ciertamente veo muy posible que le escribieran una carta, porque son un grupo de lo más extraño, y no tengo claro qué se proponen. Pero todo eso debe de haber ocurrido años atrás. Y ahora, ¿qué desea usted de ellos con esta llamada?

—Yo estoy encargado del trabajo administrativo que conlleva la reanudación de actividades de Patrón. Debo pedirle disculpas, pues en realidad no estoy informado sobre ese comité que tiene ahí su sede. Tan sólo me gustaría decirle, sobre nuestra situación actual, que Patrón sale ahora de la inactividad en que estaba, para lanzarse a nuevos proyectos. Con ocasión de ello, está enviando cartas introductorias y de saludo a las personas y grupos que durante estos diez años de letargo —diríamos— le han enviado cartas de adhesión.

—Me parece usted una persona joven, pero muy competente —dijo la mujer, con un tono de voz distinto del de su risa anterior, que se pasaba de animada y rayaba en la insolencia—. Echando ahora un vistazo a los grupos que hay registrados, se ve que el Comité Mossbruger no desarrolla casi actividad alguna. Pero también, como los miembros de ese grupo, por lo general, están afiliados además a algún otro grupo de los de aquí, aun ahora suelen asomar la cara por este centro. En ese caso, voy a hacer averiguaciones, y si doy con alguien, le pondré a usted al corriente por teléfono de que ha habido un contacto con quien sea. ¿Sería tan amable de darme su número de teléfono? Yo me llamo Nobuko Tsugane y trabajo en la oficina de este centro. Nuestro centro es una organización subvencionada en parte por el municipio de Tokio.

Para Ogi estaba claro que, después de esa llamada telefónica, había un elemento que tachar de la lista de nombres. Pero al día siguiente le llegó una llamada de aquella mujer comunicándole que dos miembros del Comité Mossbruger habían manifestado interés en conocer detalles sobre el relanzamiento de Patrón. A medida que hablaban, surgió la idea de que Ogi fuera allá precisamente para informarse sobre esto de primera mano, un paso que hasta ahora nunca había dado. Así que al final de la semana Ogi tomó en la estación de Shinjuku un tren de la línea Chuo y, tras dos transbordos y una hora en total de viaje, llegó a aquella ciudad universitaria.

A pesar de haber nacido y haberse criado en Tokio en plena época del desarrollo económico, y de pertenecer a la promoción que se graduó en la universidad durante el apogeo de la burbuja económica, el joven Ogi carecía de la información básica para calibrar la magnitud organizativa inherente a un complejo como era aquel Centro de Cultura y Deportes, que habían construido conjuntamente la compañía nacional de ferrocarriles y

una empresa privada del mismo ramo. Mientras subía la amplia escalera situada entre las dos estaciones de tren, Ogi no salía de su asombro al contemplar la enormidad de las edificaciones que iba descubriendo ante sí. Pronto se hizo con un folleto informativo, y según comprobó por él, había un gran auditorio de conciertos, que atesoraba un órgano de tubos importado de Alemania, dos salas de teatro, de mediano y pequeño aforo respectivamente; y en un hotel edificado aparte había una sala para congresos internacionales equipada con mecanismos de traducción simultánea. En el pasadizo que comunicaba aquellos edificios gemelos y postmodernos había un despacho con una cocinita aneja, en el cual la señorita Tsugane desempeñaba su trabajo burocrático.

Ogi le dijo que, según le había explicado anteriormente, ahora estaba haciendo ese trabajo para Patrón, pero aún mantenía lazos de unión con esta otra empresa —añadió a modo de disculpa, mientras presentaba una tarjeta de su antiguo empleo—. La señorita Tsugane miraba fijamente aquello, mostrando una expresión dura. A pesar de todo, el joven a su vez sintió una cierta nostalgia al ver a aquella mujer que aun teniendo un perfil de ojos-nariz-boca detalladamente cincelado, su rostro oval conservaba un contorno suave. Más aún, su cabellera, de un negro profundo y húmedo, que le caía en delicadas enditas, suscitaba en él un claro recuerdo de algo inexpresable... No obstante, la señorita Tsugane, al observar que Ogi le miraba el cabello, manifestó sin reservas que en su descanso del mediodía se había ido a nadar a la piscina. Verdaderamente se veía que en su época de grado superior, y de universidad luego, habría mantenido un cuerpo bien cultivado por el ejercicio, lo que explicaba sus ademanes vivos al teléfono, aquel "¡Aah!" jocoso; pero, en medio de todo, se la notaba también un poco abochornada por mostrarse con tanto ánimo a su edad. Era, en resumidas cuentas, una mujer bien educada, que transmitía una impresión de inteligencia.

La señorita Tsugane dijo a Ogi que las dos mujeres que mantenían su admiración por la figura de Patrón habían prometido venir, pero que como se retrasaban, ella le explicaría entretanto algunas cosas sobre el Comité Mossbrugger.

—Todo empezó en el aula de cultura del centro, a partir de unas sesiones de forum que se abrieron para debatir el libro *El hombre sin atributos*, de Musil. Y el nombre Mossbrugger vino de un extraño personaje de la novela, autor de delitos sexuales. Entre los miembros de esas reuniones había especialistas en Sociología y Psicología, así como amas de casa aficionadas a la literatura.

"Cuando hace cinco años el grupo se puso en marcha, se fijó como principal objetivo oír charlas dadas por un agente retirado del cuerpo de policía a quien se había confiado la investigación de un importante caso criminal. En el curso de estas sesiones se dio un paso más, en el sentido de llegar a escuchar la versión del delincuente implicado en el caso. Esto dio mayor justificación aún al nombre del grupo. Sin embargo, las relaciones con gente muy maniática acarrearón problemas molestos para el grupo. En cierto momento se planteó que a la persona que venía invitada a dar una charla había que darle una gratificación en metálico. Como el grupo no disponía de esos fondos, se salió del paso mediante la donación personal que hizo algún miembro, pero eso también dio lugar a unas complejas repercusiones. A medida que este tipo de complicaciones se iba amontonando, el Comité Mossbrugger fue cayendo en un estancamiento global, hasta hoy.

"Las dos mujeres que estamos esperando —una de las cuales es la donante, miembro del grupo, a la que acabo de referirme— son dos de esas personas que tras el Salto Mortal mostraron su admiración hacia Patrón y Guiador, tan censurados por la opinión pública; y propusieron, como miembros, que se les invitara a hablar en su foro. Como ya dije antes, no pertenecen exclusivamente al Comité Mossbrugger, sino que también participan en otras actividades de aquí; y por eso no supone un problema para ellas tener que venir hoy. Aunque la conversación con ellas no arroje ningún resultado positivo, usted por su parte no se preocupe en absoluto.

Tan pronto como la señorita Tsugane hubo terminado su explicación bien resumida de los hechos, las dos mujeres hicieron su aparición en la oficina: una de ellas se veía una modesta joven de algo más de treinta años,

muy voluntariosa. La otra, más jovencita, aunque bien corpulenta, le resultaba a Ogi más difícil de clasificar por la apariencia, no obstante su juventud: tal vez a causa del excesivo maquillaje sobre su cutis ceniciento. La señorita Tsugane las presentó por sus apellidos: Tachibana y Ásuka, respectivamente. Luego fue orientando mediante la conversación a la mayor de ellas para que contara cómo en aquellas circunstancias había dirigido una carta a Patrón, etc. Esto dio ocasión una vez más a Ogi para fijarse en la señorita Tsugane como una mujer bien preparada para su trabajo, con larga experiencia profesional en la oficina y un trato siempre atento.

La señorita Tachibana, a través de sus gafas plateadas con lentes ovales, que se apoyaban en su blanquecino rostro, demacrado y hundido, clavó la mirada firmemente en Ogi. Luego inició su charla, que parecía preparada.

—Nuestro Comité Mossbrugger... —aunque, por decirlo mejor, yo todavía no formaba parte del mismo cuando se fundó— en su período inicial tuvo como una de las personas invitadas a hablar en sus sesiones a un creyente de la iglesia de Patrón. Era una persona muy excéntrica, y por eso venía como pintiparado para acaparar la atención de los socios, hasta tal punto que le pusieron el apodo de "nuestro Mossbrugger". Este hombre, mientras estaba escuchando predicar a Patrón, captó lo siguiente: "El fin del mundo está cerca. Según eso, no importa cualquier mala acción que uno haga, porque es igual a no haberla hecho; más aún: el hacerla tal vez llegue a tener un valor positivo". Ésta es la disparatada ocurrencia con que vino a salir el hombre; y de hecho cayó en la delincuencia. Cuando salió a la calle tras cumplir su condena, lo tuvimos con nosotros, dándonos una charla de sus experiencias, y recibió una gratificación por nuestra parte. Yo me hice miembro del grupo a partir de la tercera actuación de este hombre como invitado nuestro. Seguramente lo del apodo que se le inventó, "nuestro Mossbrugger", vino de que sus actuaciones se repetían.

"En nuestras reuniones se suscitó la idea de que sería interesante oír la opinión del líder de la secta de la que procedía ese hombre, sobre los mencionados acontecimientos. Mientras proseguían nuestras conversaciones sobre el tema, como era una época en que todavía estaban frescos en la memoria de cualquiera los reportajes de los medios de comunicación sobre el Salto Mortal, recibimos la impresión de que aquel líder religioso que habíamos visto en televisión se identificaba con "nuestro Mossbrugger", como la misma persona. Con todo, lo que nos parecía básicamente un abuso era pedirle a ese ex líder —quien había declarado públicamente haber cortado los lazos con su secta— que nos diera una charla a raíz de lo que hubiera dicho "nuestro Mossbrugger", siendo así que este último había perpetrado delitos sexuales, y por ello no era comparable con la facción radical de la secta, por muy problemática que hubiera sido para el ex líder.

"Aun así, el Comité Mossbrugger empezó a preparar el terreno para esa charla; y el hecho de que yo también me incorporara al comité como miembro se debe a que vinieron a pedirme consejo. Y vinieron a pedirme consejo porque yo había oído predicar al líder —naturalmente, estoy hablando de acontecimientos anteriores al Salto Mortal— en una pequeña reunión, y quedé muy conmovida; y como se lo conté a la señorita Asuka, a quien había conocido en una reunión de filmografía documental del centro, pues de ahí vino todo. La señorita Ásuka no es que tenga como afición el cine, sino que ella misma elabora documentales cinematográficos. Y ha estado haciendo un documental sobre el invitado especial que se constituyó en figura central de nuestras reuniones: "nuestro Mossbrugger". Ella se ha metido en todo esto porque, a mi entender, siendo una persona muy consciente de sí misma, puede culminar cuanto emprende; y se ha atrevido con un trabajo inconcebible para la generalidad de la gente, y así ha conseguido fondos para autofinanciárselo. La gratificación que le dimos a "nuestro Mossbrugger" también ha salido de ella como donación. Así las cosas, yo usé el nombre de este hombre, que era ya tan representativo de nuestro comité, para escribirle al ex líder; y la carta se la escribí yo. Puede interpretarse que, ya que él se acababa de apartar de la secta, yo pensaba que podría tal vez venir a hablarnos; pero yo no iba por ahí. Lo cierto es que yo personalmente deseaba verme con él.

—Y luego, ¿hubo alguna respuesta por parte de Patrón? —preguntó Ogi.

—La respuesta tan esperada durante muchísimo tiempo ha llegado-ahora, ¿no es así? —apuntó la señorita Tsugane.

—Verdaderamente. Tras un lapso de más de mil días me ha llegado su respuesta. Entonces, ¿le sería a él posible todavía venir y hacernos una visita a nuestro grupo de estudio?

—Patrón, al cabo de diez años, se propone reanudar la actividad religiosa de su secta, y está estableciendo contacto con las personas de las que conservamos recuerdo de haberse dirigido a él. Por eso precisamente creo que existe esa posibilidad.

—Si conseguimos que venga, también nosotros tenemos que volver a poner en pie nuestro comité, ¿verdad? No para turbar a ese señor con viejas historias de "nuestro Mossbruger"; más bien tenemos que disponernos a oírlo predicar tan maravillosamente como él sabe hacerlo.

—A mí además me gustaría hacer una filmación de sus sermones, ya que la señorita Tachibana me ha asegurado que ese señor posee una especial energía —intervino la señorita Ásuka, hasta ahora silenciosa, de la que, sin embargo, se había hecho mención a veces en la conversación anterior; mantenía una expresión hierática en su cara plana como una tabla, cargada de maquillaje; pero su sugerencia daba en el clavo, con un soniquete de martilleo.

Las palabras que siguieron a éstas procedían de la señorita Tsugane, quien en su tono y timbre de voz solía mostrar más afabilidad que nadie, pero cuya intervención, en este caso, supuso un corte para Ogi, dándole que pensar.

—Ese señor llamado Patrón quiere, por lo visto, relanzar sus actividades religiosas. Pero escúcheme, Ogi: si el Comité Mossbruger consigue hacerlo venir para dar una charla, y lo que ustedes persiguen es la ocasión favorable de invitar a los miembros del comité a participar en su fe, entonces no le va a ser posible al Comité Mossbruger disponer de un salón de reuniones del centro para ese fin. Otra cosa es que antes o después de una reunión, las personas quieran individualmente adherirse a esa fe, para lo cual tienen toda la libertad del mundo.

Sólo entonces, Ogi, haciendo realidad el mote que le habían puesto en la oficina de "el inocente muchacho", fue cayendo en la cuenta por fin del papel que se le había asignado como organizador de un movimiento religioso.

—Sucede lo mismo que cuando yo escribí la carta. Yo no pretendía hacer venir a aquel señor con esa finalidad. Y siendo esto así en mi caso, tampoco creo que los intereses de los demás miembros del Comité Mossbruger se orientaran en esa dirección —afirmó la señorita Tachibana, en tanto que unos cabellos sueltos de su pelo se le pegaban a su pálida frente, sudorosa por la excesiva calefacción.

También la señorita Ásuka, sin romper su mutismo, corroboró con un gesto las palabras de su compañera.

—A mí, simplemente, como desde ahora vamos a vernos con frecuencia, lo que me gustaría dejar claro, a fin de que estemos de acuerdo, es que este Centro de Cultura y Deportes es un establecimiento público —dijo la señorita Tsugane.

Pero, a todo esto, añadió unas palabras que, de sopetón, venían a dar razón de la vaga nostalgia que Ogi sentía al verla. Ella por su parte también esbozaba una sonrisa cargada de nostalgia, que le llenó la cara.

—Ogi era entonces un tierno niño, todo espontaneidad y frescura, cuando yo tuve ocasión de verlo a menudo en la altiplanicie de Nasu, donde su familia tenía una casa de campo. Yo quise tratarte, Ogi, con el mejor cariño, y según le oí decir a tu cuñada, también tú guardabas un tierno afecto hacia mí. ¡Qué bien has crecido hasta convertirte en un apuesto joven!

Esa tarde, cuando Ogi volvió a su apartamento, que quedaba una estación después de la llamada de Seijoo Gakuenmae —que era la de la oficina— en la línea Odakyuu, y mientras ya se aplicaba a prepararse la cena, un nítido recuerdo que le traían las impresiones del día revivió en él, sumiéndolo en el desconcierto.

Durante el verano siguiente a su primer año de segundo ciclo de Grado Medio, que pasó en aquella casa campestre de la altiplanicie de Nasu cuando por entonces su padre era director del Departamento de Medicina en la universidad pública, un amigo del padre y de toda la familia iba frecuentemente a verlos: era diseñador de mobiliario de hospital. Y en una ocasión fue acompañado de su joven esposa. Ésta había sido compañera de curso de la cuñada de Ogi en una universidad femenina —casada con el hermano mayor del aún niño Ogi—, y su familia tenía también una casa de campo en la misma altiplanicie. Ni que decir tiene que Ogi, por su corta edad, nunca había llegado a compartir trato con aquellas dos parejas: el diseñador y su esposa, la primera; su hermano y su cuñada, la segunda.

Un buen día, cuando su hermano mayor y demás iban a nadar a una piscina climatizada que había en las cercanías, y se cambiaron en la casa de Ogi para salir ya en bañador, una vez que se fueron, Ogi entró en el cuarto de aseo anejo al cuarto de baño japonés, y allí descubrió, en una canasta destinada a la ropa que se habían quitado, una camiseta de tirantes de la esposa del diseñador, junto a una falda de suave dril de algodón, y unos pantys con diseño acuarelado de flores, todo en el lote de la misma mujer. Movido por un súbito impulso, Ogi se metió en el bolsillo un puñado de ropa al que había echado mano: los pantys. Esa noche, ante el apremio de una fuerza irresistible, Ogi desplegó aquello que era un par de trozos de tejido elástico unidos por una delicada cinta, con su parte delantera y trasera: los floreados pantys, en suma, en los cuales podía entrar holgadamente su flaco cuerpo. Se los puso y, envuelto en aquella sensación cálida, se durmió. Se sentía felizmente transportado de vuelta a su primera infancia. Por supuesto que al día siguiente, entre que el robo de los pantys no podía pasar inadvertido y que —debido a ello— lo atenazaban los remordimientos, se resolvió a regresar él solo a Tokio.

A raíz de ese incidente, cada vez que en verano la familia se ponía en marcha hacia la casa de la montaña, él salía del paso pretextando que tenía actividades en su club deportivo; y no volvió a emprender el viaje a aquella residencia veraniega familiar.

Pues bien, cuando Ogi consultó su opinión a Bailarina, ésta le dijo que, sin descartar la posibilidad de que Patrón encaminara sus pasos al Comité Mossbruger, en su propia opinión más les valía esperar un poco antes de proponer el plan al propio interesado. Pues por el momento, al parecer, a Patrón lo absorbía el afán de tratar sus nuevos planes con Guiador, quien por cierto se había recuperado, de la noche al día, y había salido ya felizmente del hospital. El joven Ogi, tan meticuloso él en cuanto a llevar los asuntos de oficina, pensó que debía comunicar cuanto antes al Centro de Cultura y Deportes de la ciudad universitaria que la respuesta iba a demorarse. Pero además pesaba en él otro motivo de orden afectivo para llamar: aquella animada voz de la señorita Tsugane al teléfono que, al oírla, le ponía a él la cara encendida; y no le quedaba más remedio que reconocerlo.

—Siendo así, yo diría que lo mejor es que lo trates directamente con la señorita Tachibana.

Dicho esto, la señorita Tsugane le comunicó el número de teléfono de la señorita Tachibana, la cual trabajaba en la Biblioteca Universitaria que la orden de los jesuitas tiene en el barrio de Yotsuya.

—La señorita Tachibana es una persona de gran valía, y desde hace tiempo vive con un hermano menor suyo, que está impedido. Y eso no lo hace como un sacrificio que se impone a sí misma, sino que de este modo tanto ella como su hermano pueden realizarse en un ambiente de cierta independencia. Así lo ve ella, toda una mujer. Por otro lado, también la señorita Ásuka es una joven muy coherente por lo que respecta a procurarse su independencia, y la vive en la práctica, muy a su modo. Ya la señorita Tachibana mencionó esto antes; pero, por expresarlo sin tapujos, diré que su trabajo se orienta a la diversión del público adulto: hace películas, para las que tiene que ahorrar dinero... ¿Por qué estas dos personas tan distintas están las dos tan compenetradas para ayudarse mutuamente en el Comité Mossbrugger...? Casi no lo entiendo. Bien, creo que con todo esto sabido no os va a faltar tema de conversación. Una vez que te hayas entrevistado con ella, pásate por aquí a verme. No es que tenga importancia, pero me debes una, ¿no? ¡Aah! Ja, ja...

Antes de que acabara el día, Ogi se puso en contacto con la señorita Tachibana, aún en su lugar de trabajo, y se citó con ella para el día siguiente, a la hora en que ella salía de trabajar, junto a una de las puertas de la universidad, cerca de la biblioteca. Una vez allí, se fueron a hablar hacia un talud desde donde se dominaba una hondonada, y sobre el cual se erguía una arboleda de cerezos, de hojas ahora enrojecidas.

La señorita Tachibana vestía un conjunto de color blanco y azul marino excesivamente anodino para su edad. En contraste con su aspecto introvertido, mostraba un andar decidido, pisando firmemente la tierra.

Ogi empezó hablándole de la mujer a quien entre los compañeros llamaban Bailarina; le explicó cómo ella se responsabilizaba de atender diariamente a Patrón y de supervisar las futuras actividades que concernían a éste. También le comunicó la idea que ella tenía sobre la cuestión. Se disculpó además por su respuesta ambigua del otro día. Pero la señorita Tachibana le dijo que, dejando aparte la cuestión de una posible charla de Patrón en el Comité Mossbrugger, ella más bien quería explicarle por qué le resultaba tan importante encontrarse personalmente con Patrón. Y... ¿tendría él la amabilidad de escucharla?

El joven asintió de inmediato. Ogi era una persona especialmente dotada para escuchar, rasgo éste que no parecía muy acorde con su juventud.

—Yo he sido alumna de esta universidad: hace algo más de diez años, justo antes del Salto Mortal, cuando aún mi hermano y yo vivíamos en el hogar familiar con nuestros padres. Entonces, y gracias a que cierta persona me presentó, tuve ocasión de asistir a una pequeña reunión para escuchar a aquel señor.

"Yo por entonces no era aún creyente de la iglesia. Y aunque lo oí hablar y sus palabras me conmovieron profundamente, tampoco puede decirse que con ocasión de eso me hiciera creyente. Pero de todos modos llegué a conocer a una señora que trabajaba en el mismo Instituto de Sanidad adonde yo llevaba a mi hermano para su tratamiento, siendo ella a su vez madre de un niño mentalmente discapacitado. Allí nos conocimos, y fue ella la que me acompañó y me introdujo en aquella reunión. Tampoco esa madre de familia era oficialmente creyente. Por ahí empezó la cosa.

"Ya entonces lo estaba yo pasando mal con la enfermedad de mi hermano. Las palabras que él puede emplear son escasas, y si hablamos en general de su capacidad de movimientos, ésta correspondía, y corresponde igualmente ahora, así como su competencia mental, a la de un niño de cuatro o cinco años de edad. Sólo que goza de una aguda percepción auditiva, Y gracias a ella compone música. Por aquellos días ya había empezado una composición. En un concierto de piano que hubo, organizado por un grupo que colabora con el Instituto de Sanidad, me acerqué después a hablar con el pianista, un voluntario, el cual me aconsejó que enviara una copia de la partitura a un famoso compositor, asegurándome que él mismo respaldaría nuestro caso. Así lo hicimos sin demora, y la respuesta nos llegó por correo: una carta del compositor, diciendo que verdaderamente la melodía era bellísima, junto con un libro que el mismo músico había escrito. El libro lo traigo aquí, y en él está escrito lo que le voy a leer.

La señorita Tachibana hizo una pausa, para sacar del bolso que llevaba —por cierto, desproporcionadamente grande para lo que suele llevar cualquier mujer— un libro de tamaño cuartilla, encuadernado en tapas duras. Ogi le indicó el camino hacia un banco de cemento, construido a semejanza del tocón de un árbol talado, donde se sentaron.

El texto rezaba así:

"Una vez que se ha pensado algo, es inevitable la mediación del lenguaje.

Aun cuando uno piense valiéndose de sonidos, es imposible desvincularse de la conexión con las palabras.

En mi caso, cuando yo pretendo enmarcar mi pensamiento en una estructura musical —en una composición— que lo muestre tanto globalmente como en sus detalles, me es necesario realizar una verificación en términos de lenguaje.

La facultad de decidir se la confío a mis sentidos. Para encontrar los temas de mi música recorro ese mismo proceso. Por consiguiente, nada de esto guarda relación con una inspiración poética ni cosa parecida."

—Según esto, pues —continuó diciendo ella— la música de mi hermano pequeño está dentro de un mundo claramente limitado. Es como si le hubieran puesto por delante un listón a baja altura para saltarlo, pero ni con eso puede, ¿eh? Incluso he pensado si el compositor no temería herir nuestros sentimientos si se pusiese a decirnos su opinión abiertamente, y por eso recurriría a enviarnos su libro.

"Mi hermano se pasa el día echado sobre el suelo de madera de nuestro apartamento —que pertenece a una institución pública—, y escribe su música en papel pautado con el pentagrama. Cuando se equivoca escribiendo, borra con una goma y escribe de nuevo la nota correcta en el sitio exacto. Es como si él tuviera la música asentada en su mente desde el principio, y la fuera transcribiendo al pentagrama.

"Él es incapaz de explicar con palabras qué tipo de música se propone componer, y en realidad no parece que en el proceso de composición esté pensando con palabras. Aquello que decía el compositor en el libro, de "realizar una verificación en términos de lenguaje", le resulta imposible.

"Yo no puedo dejar de pensar en el mundo limitado de la música de mi hermano, y como lo considero un callejón sin salida, me siento descorazonada y lo veo todo negro. Encontrándome así, con la moral por los suelos, aquella señora amiga del Instituto de Sanidad, madre de un discapacitado, tuvo la amabilidad de invitarme y acompañarme a una reunión donde aquel señor iba a predicar.

"Aunque todo eso ocurrió hace bastante tiempo, no se me borra de la memoria. La predicación de ese señor parecía reconocermme personalmente en medio de mi sufrimiento, y en tal circunstancia me tendía una mano amiga.

"Aquel sermón tomaba como base un texto de un filósofo del siglo XVII, y yo tomé nota de él en esta libreta. Comprende dos párrafos independientes:

""Dios se ha revelado a sí mismo directamente en Cristo, o bien en el espíritu de Cristo, pero sin adecuarse a las imágenes y palabras que de Él habían presentado los profetas.

""Las cosas sólo se pueden entender correctamente cuando se capta su espíritu mismo con pureza, lejos de las palabras e imágenes que las representan. Así es como Cristo entendió la revelación, en toda su verdad e integridad" "A medida que él iba leyendo estos textos, y explicándolos uno por uno después de leerlos, yo iba

escuchando sus palabras; hasta que finalmente no me pude quedar callada, y le hice una pregunta. La reunión se estaba celebrando en un pequeño local privado, que a causa de la apremiante alza de precios del terreno se tenía que desocupar y transferir la semana siguiente mismo, según se decía. Desde la puerta y hacia la penumbra del interior se habían colocado quince o dieciséis personas, y nosotras nos sentamos detrás de ellas. Yo alcé la mano, irguiéndome ligeramente y, levantando la voz como si fuera un gemido, le dirigí mi pregunta:

"-Aunque usted nos ha hablado de Cristo, yo no conozco nada de esa persona tan especial. ¿Sería abusivo aplicar lo que nos ha dicho de él a alguna otra persona que sea desgraciada? Pienso en alguien que ni siquiera sea consciente de su desgracia, pero que tenga un corazón puro. ¿Estaría fuera de lugar pensar que Dios pueda revelarse, no mediante palabras, sino mediante la música, directamente?"

"Acto seguido aquel señor se abrió paso caminando vacilantemente y con cierto peligro por entre las personas sentadas delante de nosotras, y sujetándome una mano me susurró:

"-Así es, desde luego.

"Yo era aún una jovencita, pero dentro de mi corazón convertí mi sentimiento en palabras. Mi cuerpo y mi mente empezaban a inundarse de luz..."

Como queriendo dar tregua a esta oleada de emociones, la señorita Tachibana guardó silencio por un rato mientras contemplaba los negros troncos de los cerezos, alineados ante su vista. Ogi a su vez se quedó mirando a las ramas de muérdago, de un rojo más denso aún que el espeso follaje otoñal de los cerezos. Ante la oscuridad del crepúsculo, aquel rojo se iba tornando en negro. "Por lo visto, también a una persona como esta honrada mujer, tan trabajadora y sencilla, que serenamente vive para su trabajo y organiza en libertad su vida... también a ella Patrón le ha transmitido ánimos —pensó Ogi—. Y todo eso pervive hoy, a los diez años del Salto Mortal..."

—Yo, por mi parte —continuó ella—, si ese señor nos visita en el Comité Mossbruger, haré algo que vengo pensando desde hace tiempo: echándole valor al asunto, voy a llevar a mi hermano para probar y ver qué ocurre. Pues creo que ese señor puede quizás traer la revelación de Dios sobre mi hermano directamente, sin apoyarse en palabras ni imágenes. Anteriormente, cuando mi hermano oía música, podía verse en él una luz que inundaba su cuerpo y su espíritu. Era un tiempo en que aún vivían nuestros padres. Últimamente, sin embargo, parece mismamente un viejo, siempre con la cabeza gacha, el pobrecito. Me gustaría que tuviera un encuentro con aquel señor para poder ver otra vez en él esa brillante luz. De ser así, ¿no equivaldría eso a una revelación de Dios? Mi idea es un poco extravagante, pero creo que no puedo callármela ante usted, que tanto interés se está tomando por nosotros. Lo he retenido mucho tiempo con mi conversación, discúlpeme. De todos modos, le agradezco mucho que me haya escuchado.

—Soy yo quien le estoy agradecido. Qué estupendo, si Patrón mantiene ese poder aun después del Salto Mortal. Sea como sea, una vez que los planes de él se concreten, le llegarán unas letras de saludo.

La señorita Tachibana asintió y se levantó. A continuación saludó una vez más como despedida a Ogi, y se echó a andar sola por el camino, que se había convertido en una escalera de piedra, hacia la estación de Yotsuya. Para la señorita Tachibana, que trabajaba por allí, en la biblioteca universitaria, este paseo sería el que ella frecuentaba en su descanso de mediodía; sin duda recorrería este lugar con sus expresión seria y tristonera. Lo que ahora atraía más la atención hacia ella, no era tanto su aspecto externo ni sus modales, sino más bien la firmeza de su modo de andar. Ella se alejaba caminando, provocando un estrépito de pisadas sobre las piedras.

Para evitar dar la errónea impresión de que la iba siguiendo, Ogi se encaminó en dirección contraria, con lo que le resultó inevitable echar a andar por entre la oscura arboleda de cerezos. Pero a medida que avanzaba

marchando por allí, las tinieblas se iban espesando entre los árboles; y para alcanzar la calzada iluminada por las farolas no le quedaba otra alternativa que apartarse del paseo de la arboleda y enfilar hacia la vertiente del talud, poblada de hierba: un camino nada fácil, seguramente. No bien dejaba el sendero de los árboles para dar un paso hacia abajo, acusó un golpe lateral en los ojos y en la nariz, propinado por una gruesa rama.

Se llevó las manos a la cara, mientras caía de nalgas sobre hierba seca. Murmurando, dejó escapar una queja, no precisamente dirigida a aquel elemento que le había hecho daño, sino a algo que hubiera aún más allá:

—¿Por qué será que en este mundo hay tantos desgraciados? Estando como estamos, por más que venga un tío como Patrón en socorro de la humanidad, la cosa no tiene arreglo. ¿En qué diablos se ha convertido la vida humana sobre este planeta?

Cuando Bailarina pidió a Ogi que le diera cuenta del progreso realizado en contactar con las personas que integraban la lista, él le presentó todos los datos en una relación ordenada; pero el tema de la señorita Tachibana lo dejó aparte, para tratarlo directamente con Patrón:

—Es algo que al parecer tuvo lugar hace más de diez años. En una pequeña reunión, le hizo una pregunta una joven que tenía un hermano menor mentalmente discapacitado, y éste componía música... ¿Recuerda usted lo que le respondió? Ella no era miembro de su iglesia, por lo que me ha dicho. Cuando le escuchó su sermón, ella tendría unos veinte años, y cuenta que en esa circunstancia su cuerpo y su mente se llenaron de luz.

Oyendo esto Patrón, su cara —que parecía velada por una sutil membrana oleosa de tristeza— se mostró conmovida en su expresión, pues incluso acusó el enrojecimiento propio de la sangre.

—Me acuerdo, desde luego —dijo Patrón con una voz manifiestamente alterada, hasta el punto que el joven se puso a rumiarse sus propias palabras, no fuera a ser que hubiesen traumatizado a Patrón, o cosa por el estilo—. También a mí me dijo que su cuerpo y su mente se habían llenado de luz. Pude ver cómo su piel, incluso en zonas cubiertas por la ropa, se iba iluminando.

Ogi evocó en su imaginación la figura de Tachibana por aquel entonces: su frente, tan a propósito para sustentar una corona de las típicas muñecas en el festival de las niñas, sus pequeños labios, su mentón... Y no es que diera una impresión de belleza precisamente; pero sí que era la viva estampa de una Tachibana adolescente, la que se representaba Ogi. A través de la piel fina y pálida de la joven, se irradiaba una llamarada de luz desde su interior.

—Aquella joven pertenece ahora al Comité Mossbruger, que se encontraba registrado en sus notas. También fue ella quien le escribió la carta, según me ha dicho. Además, está deseando invitarle a reunirse con ellos. Para cuando usted reanude sus actividades, cuanto antes, ¿podría usted incluir en su agenda una breve visita al Comité Mossbruger? Aquella mujer dice que le gustaría llevar a esa reunión a su hermano menor, que sufre una discapacidad mental.

Ogi se dispuso a informar a Tachibana de que había hablado con Patrón, y aunque no había conseguido comprometerlo a ir en una fecha concreta, lo veía bastante inclinado a hacerles una visita. Pero ese día la biblioteca universitaria estaba de vacaciones por coincidir con una fiesta fundacional. En vez de eso, Ogi probó a hacer un llamado a Tsugane. Resultó que su marido, como diseñador de mobiliario para hospitales, iba a recibir un premio en el norte de Europa por sus trabajos destinados a Gerontología. Con este motivo, se encontraba de viaje, en Europa, para estar presente en la ceremonia de entrega. Ella entretanto se aburría, así que ¿no se animaría Ogi a pasarse por allí?

También ella quería contarle algunas cosas. Tal fue el tenor de la conversación telefónica. Ella tenía en su habla una fuerza de persuasión tal que no admitía un "no" por respuesta. Ogi quedó en ir a verla el sábado por la tarde, citándose con ella en la entrada del Centro de Cultura y Deportes.

Sin embargo, llegado el día, Tsugane se mostraba muy distinta de la impresión que su voz había dado por teléfono. Salió de un ascensor con una expresión seria, e incluso fría; luego fue indicando el camino por una escalinata de piedra hacia lo alto de una loma que se alzaba al frente, precediendo ella en la marcha, sin decir palabra. Toda la zona estaba ocupada por centros y locales de orientación cultural, así como por llamativas tiendas. En las estrechas aceras de ambos lados habían desplegado una exposición de esculturas. Y entre ellas llamaban poderosamente la atención obras tales como la que consistía en un montaje de láminas metálicas bruñidas que emitían caprichosos reflejos; así como otra en que una forma oval cortada al sesgo reposaba sobre una base de cemento. Algunos matrimonios mayores o grupitos de dos o tres chicas jóvenes se entretenían en golpear las partes móviles de algunas estatuas hechas de hierro; y, contrastando con ello, también acariciaban la estatua de un niño pequeño, de un realismo anticuado que rayaba en lo ridículo. Tsugane se mantenía todo el tiempo pensativa, mientras subía aquella ladera de difícil escalada, donde no parecía dominar un principio racional para el ensamblamiento de sus zonas llanas y sus zonas escalonadas. Ella avanzó hasta el borde de un anfiteatro al aire libre, donde había filas de un graderío de piedra alrededor de una hondonada en forma de herradura; y anduvo en torno a él, dándole un medio rodeo. Luego empezó a bajar hacia la parte sur de la loma. Con paso apresurado, y sin consultarle su opinión a Ogi, ella continuaba su marcha en dirección a una urbanización integrada conjuntamente por varias casas pequeñas de estilo occidental rodeadas de árboles y por un bloque de apartamentos que se alzaba desde un terreno aún más bajo.

Llegando a la casita más cercana de aquella urbanización, rodeada por una tupida fila de tejos, Tsugane se paró ante su entrada, de ladrillo visto, y por primera vez pareció relajar la tensión de antes. Entraron en el vestíbulo, donde le dijo a Ogi que se esperara. Subió ella sola los peldaños, y pasó por la puerta. Una vez dentro, se la oyó armar allí un considerable estrépito. Luego lo invitó a pasar al interior: había un amplio salón-cocina, desde el cual podía contemplarse un escaso bosquecillo sobre la pronunciada ladera del terreno donde se asentaba la casa. Los visillos estaban corridos sobre una cristalera empotrada como ventana, impidiendo así la entrada a aquel fuerte sol, extraño para la estación en que estaban, que los había hecho sudar durante todo el trayecto. Ogi se sentó en el sofá, postura que le dejaba ver, a su derecha, el paisaje inclinado; y ante sus ojos tenía un cuadro enmarcado: la vista de frente de una estación construida de hierro, representada en un grabado; y en el mismo papel, como continuación de lo anterior, un plano dibujado a lápiz.

—Éste es mi refugio —dijo Tsugane, mientras traía una botella de litro de Evian y unas finas copas; y volvió la vista hacia lo que estaba mirando Ogi—. Esas láminas las coleccionaba mi marido en Francia. Hay también otras de varias clases, que muestran puentes de hierro dibujados. En cada uno de esos puentes había una pagoda montada encima, sin utilidad práctica alguna, por supuesto, sino más bien como ostentación, para culminar un monumento.

—Dice aquí que es de fines del siglo XIX, y, según eso, coincide con la época de construcción de la torre Eiffel —dijo Ogi, mientras leía la fecha que acompañaba a la firma.

Tal vez fuera una época en que las construcciones de hierro se sentían como algo religioso.

Acto seguido Tsugane se sentó en el sofá, y esperando que la vista de Ogi dejara de fijarse en el cuadro para mirarla a ella, dijo:

—Es algo que pasó hace mucho tiempo: en la casa de la altiplanicie de Nasu cogiste unos pantys que... ¿Qué pasó con ellos luego? ¿No quieres contármelo con detalle?

La cara de Ogi enrojeció. Se sentía a sí mismo ridículo, con la sensación de estar suspendido en el aire. Se quedó tanteando con sus dedos la botella de Evian, que reposaba sobre la mesita baja ante él, mientras se preguntaba a sí mismo cómo lanzarse a hablar; en tanto que Tsugane inclinaba su torso y alargaba un brazo hacia Ogi, dando muestras de querer darle palmaditas en la rodilla. Con todo, por el contrario, enderezó ella el cuerpo, y habló en un tono serio, dominado por una profunda inteligencia práctica.

—No te enfades, y escúchame con espíritu abierto. Tampoco creas que trato de pasarlo bien burlándome de ti. Es simplemente que ahora mi vida se encuentra como caída en un estancamiento, y atormentada por muchas sensaciones. En medio de todo eso he sentido nostalgia por aquel estudiante de Grado Medio que se mostró tan interesado por mis pantys, en la altiplanicie de Nasu, siendo yo muy joven. Seguro que tu hermano y tu cuñada te harían sufrir, y lo pasarías muy mal. Y me pregunto por qué yo misma no hice nada en tu favor.

Al perfil redondeado de Tsugane afloró una oleada de rubor, pero su cutis se atirantó hasta dar la sensación de frialdad. Aun así, su gesto al servir agua de la gran botella de plástico en las copas le pareció elegante a Ogi.

—El otro día, cuando volví a mi apartamento me acordé de eso mismo. Yo entonces me puse aquella prenda, y envuelto en una sosegada sensación de confianza, me dormí. Y luego, a la mañana siguiente, ¿qué quedó de todo aquello? La verdad es que no lo recuerdo.

Ogi había dicho estas cosas sacando coraje de sí mismo. Pero sus palabras tenían muy poca fuerza de persuasión, incluso para él. Avergonzado de que fueran interpretadas como insinceras, se puso cada vez más colorado; y bebió un sorbo de agua. Pero Tsugane parecía aceptar sus palabras como la verdad misma. Más aún, inclinó el cuello en un gesto de ternura.

—Te voy a hacer una pregunta bastante simple. Cuando un chico joven se enfunda unos pantys de nosotras, las mujeres, como la cosa más natural del mundo, ¿no puede eso traer consecuencias lamentables, que se te vayan de la mano?

—No ha sido así en mi caso. Yo estaba tranquilo y calmado. Pero no es sólo eso. Todo mi cuerpo estaba como flotando entre algodones, y dormí a pierna suelta.

Mientras Tsugane seguía escuchando, a su carita redonda y arbolada asomó un bostezo, lo cual cogió a Ogi por sorpresa. No obstante, ella parecía estar pensando a conciencia. Luego, dijo en voz baja:

—A lo mejor pretendías convertirte en niña. ¡Qué lástima!

Una ocurrencia que indudablemente tiene su lógica —pensó Ogi—: que uno se vista unos pantys de mujer, se le apacigüen los genitales, y luego duerma sosegadamente... ¿cómo no tomarlo por un deseo de convertirse en mujer? Ogi agachó su ruborizada cabeza, cavilando: su actitud podía interpretarse acaso como un autoconsuelo masoquista; y esto lo llevó a enrojecer aún más.

Tsugane miró al joven de arriba abajo inquisitivamente, y tragando saliva para acondicionarse la voz, manifestó su idea en tono resuelto:

—A pesar de todo, tú ahora no me das la impresión de ser una niña. Esas expectativas de muchacho que entonces tenías en el subconsciente se han trocado en la realidad que guardas bajo los pantalones. Paralelamente, aquella que yo era entonces y la que soy ahora, ambas se encuentran felices. Con el incidente de los pantys, yo también fui objeto de las burlas de tu hermano y su mujer, pero en cierto modo tampoco puede decirse que yo me privara de tener mis fantasías eróticas. ¿Por qué no nos damos los dos ahora una gratificación a nuestra ingenuidad de entonces?, ¿eh? ¡Vamos a hacerlo!

Desde el bien aireado vestíbulo arrancaba una escalera de caracol con placas metálicas como baranda, que daba acceso a la planta superior, donde había un aseo, un baño japonés y un gran dormitorio. En éste se encontraban un espejo para arreglarse, una silla ante él, y una repisa de roble, a modo de mesita, como únicos accesorios. El resto del espacio lo ocupaba una generosa cama de matrimonio. Tsugane apartó la colcha y el ligero edredón, luego se plantó sobre la alfombra con las piernas extendidas y se quitó el vestido. Luego, con una sacudida de hombros, dejó caer su combinación de seda. Suavemente se quitó los calcetines de andar, y cuando se estaba bajando los pantys, le recorrió la cara hasta las mejillas— una arruguita de suave sonrisa. Ogi no se sintió muy feliz ante esa sonrisa dirigida a él, pero, para no ser menos ni decaer se animó vivamente a desnudarse cuanto antes.

De este modo, los dos empezaron su relación sexual; en la que no bien habían pasado tres minutos, los brazos menudos de Tsugane alejaron de su pecho de Ogi, quien —ardiendo en pasión amorosa— no cejaba en sus movimientos para arriba y para abajo. Éste tomó a mal el rechazo, pero Tsugane se disculpó sumisamente, diciendo que de ese modo ella iba a llegar antes al orgasmo; y le pidió que le dejara retirar su cuerpo de debajo de él. Acto seguido se dio la vuelta echándose boca abajo, y exponer ante Ogi las dos esferas blanquecinas de sus nalgas; para alzarlas enseguida hasta una altura que resultaba cómica, y dejar ver en medio el rojo sexo. Ella actuaba con la dedicación de una jovencita que se extasiara en el sexo por pura diversión; en tanto que Ogi, pronto rehecho de su mal humor, era incapaz de refrenar una sonrisa. Se sentía orgulloso de que esa inteligente mujer, mayor que él, le mostrara tan sana pasión carnal. . .

La relación sexual así iniciada no se limitó a un encuentro aislado para el joven, sino que ¡se repitió con frecuencia en los días siguientes! Incluso mientras se aplicaba a las labores administrativas, realizando entrevistas y averiguaciones en torno a la lista de Patrón —el número de respuestas recibidas era superior a cien—, Ogi tenía la cabeza llena con imágenes de todos los rincones del cuerpo de Tsugane; y superponiéndose con ellas veía también el movimiento sobre la carne de sus propios dedos, y de los dedos de Tsugane. Se hizo ante todo un horario para poder escaparse a aquella ciudad universitaria, pero hasta cumplir su horario en la oficina, él se ocupaba en despachar las cartas de Patrón, así como los mensajes por fax y por e-mail, y —cuando era necesario— por teléfono, para poder ir llevando su trabajo al día.

Tsugane, por su parte —y especialmente a los ojos de un joven sin experiencia como era Ogi, ello resultaba tanto más destacable—, era una mujer llena de deseo sexual y de energía en ese campo, y era capaz de responder a cualquier iniciativa de Ogi. Por supuesto, de vez en cuando dejaba ver la sabiduría práctica que le correspondía como mujer mayor que él. En una pausa de su juego sexual, mientras los dos descansaban echados, pero con el cuerpo orientado caprichosamente, Tsugane, que fumaba un cigarrillo, dijo —no precisamente dirigiéndose a Ogi, sino como quien recita un papel teatral en un drama monologado—: ¡ji^, — De esto que ha empezado entre nosotros, todavía ni una palabra, ¿eh? Cuando vuelva mi marido no vamos a poder vernos tan asiduamente, y entonces nos llegará el tiempo apropiado para reflexionar en frío. Según mi experiencia, por más que alguien se esfuerce en explicarse psicológicamente una relación carnal recién empezada, a fin de cuentas todo es un sinsentido.

Aunque le habían dado el apelativo de "inocente", sin caer en contradicción con este epíteto, podríamos decir que el "moralista" Ogi había acogido con toda seriedad la anterior observación de Tsugane sobre el tiempo de reflexión. Ella dejó pasar una pausa de respiro, y en el momento en que, manteniéndose echada boca abajo, incorporó levemente el torso para extender el brazo hacia un cenicero que había junto a la luz, dejó patente ante los ojos de Ogi el espectáculo de varias líneas rojizas que le salían del ancho muslo y rodeaban exteriormente el perímetro de sus escasas nalgas; y dentro de ese perímetro, la piel estaba encendida y sudorosa, pero en medio lucía un único lugar seco, su ano, como una azufaifa, o como un botón de adorno hacia el que discurría el vello púbico. La vista de Ogi quedó capturada por esa visión que se le ofrecía.

En suma, que el "inocente muchacho" que era Ogi, tras escuchar las advertencias de una mujer algo mayor, tan avisada y experimentada, las guardó en un repliegue de su memoria, para no sacarlas de allí ni darles más

vueltas. No obstante, habiendo disfrutado el regalo de esas tres semanas de felicidad desbordante, a Ogi le aguardaba, como realidad obvia, la insoslayable fecha a la que tenía que enfrentarse. Al hilo de esto se sentía amenazado por una sorpresiva emboscada tendida ante él: la emboscada de los celos, de la rabia... Se sintió dominado por la sensación de su propia miseria.

Al día siguiente, a primeras horas de la tarde, llegaba de Europa el marido de ella. De cara al estudio de diseño donde trabajaba, él aún seguiría en su viaje al extranjero, como si no hubiera vuelto; y ella a su vez se tomaría una semana de descanso en su trabajo del Centro de Cultura y Deportes, para pasarla con su marido en una casa de campo que tenían al sur de Izu. Como consecuencia de todo eso, Tsugane y Ogi no podían verse por un tiempo.

Al oírle decir estas cosas a ella, Ogi —con toda sinceridad— incluso dejó escapar un suspiro de alivio, pues poniéndose en el lugar de su pene, jamás había sufrido tal sobrecarga de trabajo. Tsugane, por su lado, había previsto una especie de gratificación, tal vez en su intento de compensar a Ogi, en la víspera de un período sin encuentros mutuos. Cuando Ogi llegó al refugio "de ella" ese último día, Tsugane le había dispuesto una fina lámina de plástico como cubierta sobre la alfombra del dormitorio, junto a la cama, y a su lado le colocó una botella de loción corporal de tamaño profesional, que había recibido como regalo de Ásuka.

Este último artículo hizo caer en la cuenta a Ogi de algo que ciertamente había oído, pero aún carecía de sentido real para él: aquello de que el trabajo de Ásuka se orientaba a "la diversión del público adulto". Ahora lo entendía en su rico sentido. Pues esa frase la relacionaba ya con algo que le llegó a explicar Tsugane: que con la ayuda económica recibida como donación de Ásuka, el comité había podido gratificar a "nuestro Mossbruger", el cual con ese dinero se dejó caer chuleando por el salón de diversión y "masajes" donde trabajaba ella.

Tsugane y Ogi se aplicaron mutuamente sobre sus cuerpos desnudos aquella loción, frotándose. Sobre la cubierta de plástico, se limitaron a repetir las mismas prácticas que solían hacer sobre la cama. Pero esta vez ella no consintió en yacer bajo el cuerpo del joven, sino que se montó a horcajadas sobre el vientre de Ogi, orientada hacia su sexo. De nuevo notó Ogi que su pene se estremecía ante la sobrecarga de trabajo, ya que ella frotaba su cara arriba y abajo sobre el glande del mismo. En reciprocidad, el joven alargó el cuello como si fuera el de una tortuga; pero con la actividad frenética del tenso y redondo trasero de ella, él no podía alcanzar con su lengua aquel sexo rojo que tan desaprensivamente estaba mirando. Ante eso, optó por sujetar con sus manos ambas nalgas, blanquecinas y brillantes como unas manitas de cerdo recién cocidas; con lo cual pudo dar descanso a su cuello. Pero a medida que Tsugane estaba más absorta en su felación, agitando la cabeza, también su trasero se movía de arriba abajo. Ogi probó a tocar con el dedo índice de su mano derecha aquella azufaifa que le asomaba entre los glúteos. Sin encontrar resistencia en su camino, el dedo penetró el ano; y no sólo eso: como para animarlo en este quehacer, el trasero, sin tomarse reposo, bajó de golpe. Entonces la punta de su dedo le hizo sentir que estaba palpando un denso amasijo de hilos de paja, como un blando capullo de gusanos de seda.

Cuando esa tarde el "inocente muchacho" regresó a su apartamento para reposar un poco, por fin acertó a calibrar el alcance de la situación. Unos días antes, cuando ambos charlaban echados sobre la cama en un breve descanso, Tsugane le había dicho que su marido, el diseñador de muebles, tenía al parecer aficiones escatológicas, con lo que se tomaba interés por la orina y las defecaciones de ella. Tsugane no se hacía problema del asunto, argumentando que una vez que algo sale del cuerpo, todo es ya materia inerte. Y aparte de alguna vez que ella había orinado encima de su marido, fuera de eso no le dejaba ir más allá —afirmó—. Ese día, a la hora de su regreso, Tsugane le había entregado la botella vacía de loción corporal para que él la tirara en algún contenedor de basura de la estación de la ciudad universitaria. Antes de dársela, ella había trasvasado el contenido sobrante a un elegante frasquito de maquillaje, sin marca, y ese artículo que parecía nuevo lo metió en el bolso. Éste fue para Ogi un gesto revelador, al recordarlo. Ella esperaba a su marido de vuelta del extranjero, y con vistas a eso, para ponerse a punto en las nuevas tendencias del amor sexual, ¡lo

había usado a él como cobaya! Durante la siguiente semana, Ogi iba a seguir atormentado por los celos, y aquel gesto se convertiría en el más vivo desencadenante de tal pasión.

Cuando, después de esa semana verdaderamente penosa, Ogi se dejó ver de nuevo por la oficina de la ciudad universitaria, Tsugane estaba en ese momento hablando por teléfono, y le mostró con la mirada un sitio donde sentarse. El asunto que la tenía al teléfono estaba relacionado con los gastos de viaje de un grupo teatral de vanguardia polaco que figuraba en el programa del festival de teatro previsto para la primavera siguiente, y patrocinado por el Centro de Cultura y Deportes; su interlocutor al aparato era al parecer el relaciones públicas de una empresa. Ella hablaba despaciosamente y con atención; llevaba un vestido de suave color beige, y en torno a su cuello una bufanda de un tenue verde entremezclado con rayas horizontales y verticales del color de la hierba seca.

—En su viaje a Europa para recoger el premio, él tuvo también ocasión de acudir, como yo le había pedido, a la exhibición de cierto diseñador de bufandas de una famosa marca —esto le había explicado ella, mostrándose orgullosa de su marido.

Y ahora, mientras Ogi la escuchaba mantener por teléfono esa conversación sin final, recordaba que en aquel ya remoto día de verano, cuando ella llevaba su camiseta de tirantes, el cabello le caía pesadamente y con vitalidad sobre la espalda. Ahora podía apreciar, en la Tsugane que tenía ante sus ojos, tanto en su flequillo como en los mechones que le bajaban por la 'nuca, una cabellera escasa y rala, recogida en alto. Era algo nuevamente aprendido para Ogi que las arruguitas que le iban de los ojos a la parte superior de las mejillas acentuaban su color con la excitación sexual; pero ahora no parecían ser otra cosa que un signo de envejecimiento de la piel. Y sobre su cara vista de perfil, a medida que ella iba explicándose por teléfono —sin grandes ademanes, pero haciéndose oír— podía advertirse el cansancio que se había despertado en ella.

Cuando por fin colgó el auricular, Tsugane mostraba una expresión de autodesprecio, al verse observada en tan bochornosa lucha dialéctica.

—No sé ya como rogarles; el caso es que no quieren aportar fondos. Cuando estábamos en plena eclosión de la burbuja económica, antes de que me oyeran hablar ya me habían concedido la aportación; pero ahora, con la crisis agravándose, ya con oírme piensan que pueden darse por contentos, como quien ha cumplido. Eso es lo que hay.

Ogi asintió a las palabras de Tsugane. En ese punto se dispuso a abordar el tema cuyo planteamiento había venido preparando en su viaje de tren urbano, por la línea Chuuo. Al ponerse a hablar, su propia voz le resultó artificial.

—Por lo visto no va a ser factible que Patrón venga a visitar el Comité Mossbruger. Y no es que no sienta interés por Tachibana y su hermano pequeño; muy al contrario, pues ha llegado a manifestar el deseo de que se les invite a ambos a visitar la oficina. Yo mismo le comuniqué a ella la noticia por teléfono, y estaba como loca de contenta con la idea.

—Según eso, tampoco le van a quedar ya a Tachibana motivos para aparecer por el Comité Mossbruger. Pues aunque tuviera aquí alguna amistad profunda, como la de Ásuka, el comité es un grupo muy heterogéneo de gente, con la que ella poco tiene que ver —diciendo esto, Tsugane se quedó mirando inquisitivamente a Ogi, como si de pronto hubiera caído en la cuenta de algo—: y, a propósito, ¿no significa eso que tú, Ogi, ya no tienes ningún asunto que te traiga por aquí? Incluso esta mañana, cuando hablamos por teléfono después de diez días, no parecías muy dispuesto a que nos viéramos en mi refugio.

"En resumidas cuentas, que con ocasión de la vuelta de mi marido a Japón, hemos llegado al final de nuestra relación, ¿no es así? Ogi, ¿se debe eso a una decisión que has tomado por criterios de moralidad? ¿No será más bien que te ha asustado la presencia de mi marido?"

Ogi juzgó más prudente permanecer en silencio. Por dentro le hervían arrebatos de ira. Pero llegado a la situación actual, en que aquella tormenta de palabras tan propia de ella se cernía sobre su cabeza, esta crisis que sufría al no saber por dónde cortar, tenía que acabar resolviéndose por sí misma de la manera más simple, antes de lo que se pensara. En esa línea aquellos últimos diez días, tan penosos, lo habían capacitado un poco para pensar con mentalidad adulta. Pero, a fin de cuentas, le asaltó el requemor de estar actuando con cobardía e incluso con vileza, al dejar el asunto en manos de ella.

—No creo que yo sea la persona adecuada para hablar de moralidad. Durante los últimos diez días he estado pasándolo fatal y sin ver una salida. Todo ha sido por los celos. Si te digo la conclusión que he sacado a fuerza de pensar, ésta sería que, con vistas al futuro, no hay medio de acabar con las causas de esos celos. Si a mí me diera por decir que yo te iba a arrebatar de las manos de tu marido, tú serías la primera en echarme a reír. Pero aun así, yo me he entretenido en imaginar todo tipo de raras artimañas. En éstas, los celos no han parado de atormentarme, hasta el punto de trastornarme la cabeza; y de seguir así, creo que no voy a dar en nada bueno. En resumen, que no hay más salida que zanjar el asunto.

—¿No habrá un modo más suave? —inquirió Tsugane—. Por ejemplo que sigamos así y dejemos pasar el tiempo, con lo que podríamos llegar a separarnos con un mínimo de sufrimiento. Esa posibilidad también es viable.

—Dejar pasar el tiempo en la situación en que estamos ahora me traerá un sufrimiento que no podré soportar: esto es lo que me hace intuir insulsa experiencia de los celos. Si sigo así, la cabeza me va a estallar en pedazos. Pero tampoco hay una vía de solución. Aunque aquí y ahora cortemos drásticamente, aún vendrán horas amargas, pero estoy dispuesto a sobrellevarlas pacientemente.

Tsugane hizo retroceder su pequeño cuerpo hasta el respaldo de la silla, encogiéndolo todavía más; luego orientó sus ojos, enmarcados en sendos cercos resáceos, hacia Ogi. Con su lengua de color melocotón, que aún le parecía ciertamente entrañable a Ogi, ella se lamió el labio superior y se mordió la piel por encima del mismo.

—Tú eres una persona seria de pies a cabeza. Tus padres se estarán lamentando de que, entre tus hermanos, tú seas el único que te has señalado como oveja negra, y no has metido cabeza en un empleo como es debido. Pero tú aún te conservas tan serio como aquel estudiante de Grado Medio que se aplicaba a fondo a hacer footing por la altiplanicie de Nasu; en ese no has cambiado. Y ¿no será precisamente por pasarte de serio por lo que tuviste ese pronto de robar sin más unos pantys?"

"Pero lo entiendo. Separémonos, pues. Me gustaría obsequiarte con algo como recuerdo, pero como ya no es cosa de darte un nuevo par de pantys, te voy a regalar un radiocasette nuevo, con una cinta dentro. En ella hay grabada una música compuesta por el hermano de Tachibana. Yo también he escuchado algo de ella a lo largo de esta mañana, pero me sentía triste sin que sepa decirte por qué, y no he podido oírla hasta el final. Al escucharte por teléfono me sobrecogió una corazonada de que esto mismo podía sucedernos; y ahora que nos ha sucedido, ¿cómo podría ya seguir oyendo esa cinta? Así que ¡adiós! ¡Dejemos pasar al jinete que marcha! Viajando ya de vuelta a Shinjuku en el tren, tras media hora que se pasó con la cabeza gacha en el asiento, Ogi puso en marcha el radiocasette a partir del punto en que Tsugane había dejado de escuchar. Cada una de las cortas piezas constaba de una simple melodía compuesta de sencillos acordes, pero se oía como si fuera el sollozo de un alma desnuda. El joven pensaba que así era como vivía un ser desgraciado, aquejado de una discapacidad mental; y así era como una mujer tocada por esa desgracia lo cuidaba, sacando fuerzas de flaqueza. Ogi dejó que le resbalaran unas lágrimas por sus mejillas, sin importarle la presencia de dos chicas, estudiantes de Grado Superior, que no le quitaban los ojos de encima.

"Si Patrón es capaz de hacer brillar una luz —no en la mente solo, sino incluso corporalmente— desde el interior de personas desgraciadas como éstas, yo colaboraré con él para apoyarlo, poniendo en ello todo mi empeño." Ogi se sentía hostigado por una intensa tristeza. Pero en un nivel inconsciente de sí mismo, al límite de esa tristeza, asomaba una lucecita. Así que la barrera de oscuros celos, que lo mantenía bloqueado desde diez días atrás hasta ayer mismo, empezaba a desaparecer de su camino.

CAPÍTULO 6

GUIADOR

Kizu había oído hablar a Bailarina sobre el edificio "anexo" que habían levantado en el complejo residencial donde estaba la oficina, pero nunca lo había visto. Sin que pasara mucho tiempo tras ser dado de alta Guiador en el hospital, éste recibió de Patrón información sobre Kizu. Guiador entonces manifestó deseos de conocerlo, y así se lo hizo saber a Kizu. Este último, entonces, concertó con aquél una cita en el anexo.

El día previsto, según Kizu pudo escuchar de Ikúo en el trayecto de ida que hizo con él en el microbús, la situación actual era que mientras Ogi se aplicaba enteramente a preparar la infraestructura para la reanudación de actividades de Patrón, Bailarina dedicaba su tiempo a atender a Guiador en o los mil detalles de la vida diaria que se iban presentando.

—Guiador ha dicho que quiere participar enseguida en las nuevas actividades; pero Bailarina ha tratado de hacerle ver que teniendo tan reciente el episodio del aneurisma y la hemorragia cerebral, al que finalmente ha sobrevivido, ahora su principal trabajo debe ser recuperarse del todo.

"A esto le ha respondido Guiador que "Si tengo que morirme un día con el cráneo repleto de sangre, ¡voy a dedicar las fuerzas que me quedan a colaborar con el tunante que tengo al lado!".

Rodeando a pie el edificio principal de la oficina, de estilo mitad japonés y mitad occidental, y siguiendo más allá de su parte trasera, llegaron, bajo el sombrío follaje de un alcanforero, a divisar un edificio techado con tejas españolas y luciendo paredes blancas. Estas paredes eran tan gruesas como las que Kizu había visto en granjas mejicanas, y la construcción en general semejaba la de una cárcel, pertrechada con dobles ventanas muy sólidas. Tras abrir la puerta, pesada de maniobrar, Kizu, en compañía de Ikúo esperó a Bailarina. En la primera planta habría también una pesada puerta pues emitió ruido al abrirse, y simultáneamente una franja de luz amarillenta recorrió la blanca pared extendida hasta arriba. Bajando la escalera apareció Bailarina, vistiendo un pantalón ajustado negro y una camiseta de las de hockey sobre hielo.

Cuando Kizu, acompañado de Ikúo, fue hacia dentro siguiendo a Bailarina, advirtió que la inclinación de la escalera, en contraste con la sensación de amplitud que daba la casa, era excesivamente pronunciada. Desde lo alto de la escalera, el lugar de descalzarse y dejar los zapatos, junto a la entrada, curiosamente se veía ahora a una notable profundidad. La habitación adonde fueron invitados a pasar Kizu e Ikúo, que albergaba en su amplio espacio varias librerías, parecía el estudio de un investigador. Guiador estaba en el otro extremo de la habitación, reposando sobre una tumbona que tenía el respaldo levantado; y mirando hacia la entrada. Bailarina hizo sentarse a los dos sobre el asiento formado por una plataforma blanca y lustrosa, sobre la cual había puesto cojines. La tumbona de Guiador, así como su mesa de trabajo y la silla arrimada a ella, eran de la misma madera que la plataforma. Se trataba de un mobiliario sencillo, pero que por su solidez transmitía una impresión de reposo.

Tras los saludos introductorios, Ki/u se puso a mirar a su alrededor. Guiador, con buen aspecto físico, y con color de tez normal, le dijo:

—Profesor, usted ha tenido a su cargo la responsabilidad de un departamento universitario de docencia artística, ¿verdad? —dijo—. ¿Qué calificación le daría usted a este edificio? ¿Un suspenso?, ¿un aprobado?, ¿o de ahí para arriba?

—Dejemos eso. Está claro el criterio que ha presidido su construcción, y estoy francamente admirado.

—El proyecto es de Guiador —terció Bailarina—, y él mismo supervisó la construcción. La planta baja es mi estudio de baile.

—Sus arquitectos empezaron siendo miembros del Club de Arte cuando estaban en el segundo ciclo de Grado Medio. Tenían buena mano, ¿en? Yo fui ayudando en lo que pude, con los presupuestos y la administración de la obra.

—¿Doy un poco de luz a la habitación para que pueda fijarse mejor en los detalles? —dijo Bailarina, mientras se dirigía a las cortinas, corridas hasta la mitad.

—Déjalo —la cortó Guiador a medio camino—. Está bien así, creo yo.

—¿Puede dañarle la luz muy intensa? —preguntó Kizu.

—No, nada de eso. Es que creo que puede resultarle a usted deprimente ver las cicatrices de mi operación.

De todos modos, Guiador tenía la parte superior de la cabeza cubierta mediante una gruesa caperuza de tejido de un color ceniciento. Aunque bien podía ser una bufanda que le envolviera la cabeza, y cuyos flecos le tocaran por la costura de atrás el cuello de la chaqueta de punto. En desacuerdo con lo que Kizu había oído previamente de él, Guiador era una persona con clase en su modo de presentarse a los demás.

Entre sus rasgos faciales destacaba una nariz enérgica, aunque no excesivamente ancha; y sobre su labio superior, lleno de resolución, lucía un bigote rectilíneo. Un par de cejas también netamente cortadas se alzaban hacia aquella frente envuelta en tejido.

—Usted, profesor, leyó en América los reportajes periodísticos relativos a nuestra apostasía, ¿verdad? Se lo oí decir a Ikúo, y me pareció interesante. Sobre todo porque no he tenido ocasión de conocer las impresiones ni las críticas de la clase intelectual en torno al Salto Mortal.

Guiador orientaba hacia Kizu sus grandes ojos negros, cuyo blanco era visible a ambos lados del iris, y debajo del mismo.

—El reportero del New York Times que escribió sobre usted y sobre Patrón, a juzgar por su nombre, es judío. No se puede reducir a simples términos los conocimientos que ha reunido este hombre; pero en todo caso él sacó a relucir el nombre de Sabbatai Zevi. Es un personaje del siglo XVII que, a pesar de ser reconocido por su pueblo como el Mesías, dio un giro al Islam en su trayectoria. Según le oí a un compañero mío, especialista en Historia de las Religiones, aquel líder había apostatado, pero sus seguidores, que aún creían en sus enseñanzas, mantuvieron durante muchos años su fe en él, dentro de un área que, a partir Turquía, se extendía desde Europa Oriental a Asia Menor y llegaba a Rusia. Y a propósito de eso, yo incluso he venido a pensar si, después de que Patrón y usted protagonizaran el Salto Mortal, no quedarían abandonados ciertos creyentes que aún mantuvieran viva su fe; y en el caso de haberlos, si ustedes serían capaces de ignorarlos indefinidamente.

—Precisamente ése es el punto sobre el que pensaba consultarle, profesor —dijo Guiador en tono enérgico pero sosegado—. Hace diez años Patrón y yo, no sólo abandonamos a los creyentes de la secta, sino que incluso renunciamos a la propia fe que teníamos. Por medio de la televisión, Patrón se dirigió a los creyentes de todo el país, para comunicarles que cuanto habíamos venido diciendo hasta el momento era disparatado, y que queríamos acabar con aquella farsa.

"Patrón es una persona que aun cuando dé la impresión de tratar las cosas en plan de broma, jamás se pronunciará a favor de algo que él no considere verdadero. Es cierto que se ha visto acorralado por las circunstancias, pero en ningún caso lo han podido forzar a decir lo que para él no fuera verdad.

"En tanto que Patrón se debatía angustiosamente pensando qué camino seguir, yo estuve a su lado todo el tiempo. También yo me devané los sesos hasta lo imposible. Y sacamos como conclusión que no teníamos más remedio que actuar como lo hicimos. Llegamos al punto en que esa conclusión se nos impuso como inevitable, y tuvimos que persuadirnos de ello. Se puede decir que en ese momento estábamos muertos. Habiendo dado el Salto Mortal, no éramos más que muertos vivientes. Tal vez sería más exacto decir que habíamos sobrevivido, pero como cadáveres puestos de pie.

"Desde entonces, para nosotros se había borrado todo lo anterior al Salto Mortal. Nos tocaba, pues, vivir como si nos hubiéramos quedado amnésicos tras pasar por aquello, y sin conservar traza alguna de lo anterior en nosotros. Ciertamente habíamos apostatado. Como habíamos librado aquel combate mortal, no nos cabía otra expectativa que continuar en esta vida como autómatas; pero como unos autómatas sensibles al sufrimiento. Esto le sucedía a Patrón, y me sucedía a mí. Él llegó a decir que esa situación era como caer en el infierno. Yo me siento solidario con él, pero a lo largo de estos años nunca hemos hablado sobre qué tipo de infierno era ése. Aunque hemos vivido todo el tiempo juntos, la verdad es que hemos llegado hasta hoy sin haber hablado entre nosotros de los temas más importantes.

"A partir del Salto Mortal hemos vivido hasta ahora como si estuviéramos muertos. Como cadáveres vivimos, según ya he dicho, pero, por expresarlo de otra manera, diré que estamos en un letargo invernal. Como un oso delicado de salud que dentro de su guarida puede morir en cualquier momento de su letargo. Patrón es una personalidad compleja, y su experiencia interna quizás haya sido otra. Sin embargo, por lo que a mí respecta, jamás en mi vida he pasado por una década tan ociosa como esta última. Tan ociosa ha sido, que tal vez hayamos quedado en muy mal lugar. Si la actividad mental ayuda a eliminar el colesterol, en nuestro caso es como para que esa sustancia se nos pegue a las venas del cerebro hasta hacerlas reventar.

Bailarina entretanto se mantenía cerca de Guiador para atenderle con toda la solicitud de un camarero experimentado; sobre una bandeja con diseño de flores, que se apoyaba sobre el pecho, llevaba ella una copa de agua y varias medicinas. Mientras Guiador hablaba de la década ociosa, ella movía la cara —con su boca entreabierta—, levemente, de un lado a otro. Cuando en alguna pausa de la conversación Guiador se volvía hacia Bailarina para coger el vaso de agua, ella giraba hábilmente la bandeja, y le ponía por delante una medicina, como inculcándole la idea de que no debía beber agua hasta que no se metiera en la boca los granulos del medicamento correspondiente.

—Con todo, como ha dicho usted, profesor, no sólo están los que se han quedado en la iglesia, sino también los que, habiendo salido, han organizado sus vidas en común, y de este modo han continuado el movimiento como creyentes. Un poco antes de los sucesos recientes que me llevaron a ingresar en el hospital, hubo personas que dieron el primer paso para contactar conmigo, y yo por mi parte ya tenía planeado verme con un grupo que dentro de nuestra iglesia había constituido a su vez una secta. De esto no le había hablado a Patrón, pero cuando me han dado de alta en el hospital y he vuelto aquí, he visto que él particularmente estaba también orientándose a los pequeños grupos, tratando de tomar contacto con quienes nos habían escrito directamente.

"Todavía no hemos hablado entre nosotros de ese tema, pero pasados estos diez años, lo que Patrón se ha puesto ahora a pensar, y lo que yo por mi parte pienso, todo discurre por el mismo camino, ¿no es así? Creo que el trato en común continuado durante mucho tiempo arroja estos resultados.

"Por la época del Salto Mortal, tanto Patrón como yo esperábamos que nuestra iglesia desaparecería. Sin embargo, con posterioridad al salto, el centro de Kansai tomó las riendas de la iglesia como corporación religiosa reconocida. Ellos no aplicaron sus energías a atacarnos por nuestra apos-tasía; más bien se concentraron en defender a la organización de todas las críticas y burlas con que los medios de comunicación se le han enfrentado. Pero en contraste con esta actitud está la de otro grupo que se independizó de la iglesia con ocasión del Salto Mortal, que nos ha censurado duramente. Otros antiguos creyentes que se han dispersado en mil direcciones, o bien se han afiliado a veces al Shinrikyoo (o "doctrina de la verdad") de Oom, o bien a confesiones cristianas fundamentalistas. A Patrón y a mí nos han llegado mensajes de estos hombres y mujeres a la oficina, tratando de ganarnos para su causa.

"Por supuesto que a lo largo de estos diez años el interés que tenían dichas personas hacia nosotros ha ido desapareciendo por sí solo, y sus cartas han dejado de llegar. No sé qué habrá sido de ellos ni de ellas. Ahora, de quienes nos consta que aún siguen en pie es de los grupos que, habiéndose salido de la iglesia, no se han desintegrado. Hay concretamente un grupo de mujeres que siguen creyendo dócilmente en las enseñanzas de Patrón, y que ahora, lejos de criticarnos, permanecen —por lo que sabemos— en una actitud de desear compartir nuestros sufrimientos.

"Si nosotros hemos caído en pecado, ellas dicen que quieren compartir nuestro pecado y nuestro pesar. Y es que nos están viendo a nosotros como los llamados a atraer la salvación sobre toda la humanidad pecadora; y todo ese proceso tiene lugar al caer nosotros, como apóstatas, en el infierno. Lo que parecen estar diciendo es que van a orar para que llegue el día en que nosotros salgamos liberados de ese infierno. La oración que hacen consistirá seguramente en el hecho mismo de imaginarse el infierno en que hemos caído, y de entenderlo. El punto que no tengo claro es si Patrón se vio influido por esta mentalidad de ellas, y por eso habló de nuestra caída al infierno, o bien si eran palabras originales de Patrón que por algún camino llegaron hasta ellas.

"Pasados estos diez años, yo he estado tratando de restablecer el contacto con los antiguos miembros de la iglesia. Y nada más iniciarse esa etapa, tuve el episodio de caer fulminado, un enorme paso atrás. Pero comoquiera que sea he logrado sobrevivir; y al volver acá me encuentro con que Patrón está también moviéndose en ese sentido de reiniciar actividades. En el caso suyo las personas con las que está restableciendo el contacto son —dejando aparte los antiguos creyentes— otros hombres y mujeres que se han dirigido a él después del Salto Mortal. Lo que a mí me parece interesante es que tanto Patrón como yo vemos estos diez años como un punto de viraje en redondo.

"En medio de todo esto, me ha despertado mucho interés lo que usted me ha contado del falso mesías que apostató, pero la fe en sus enseñanzas persistió luego. Aquí han pasado diez años, pero la rama de Kansai de nuestra iglesia pervive, y hay un grupo que nos está pidiendo a Patrón y a mí que volvamos a situarnos en un punto temporal anterior al Salto Mortal y borremos todo lo que vino a partir de ahí. Y todavía están los que se encuentran aún esperando que Patrón regrese del infierno de la apostasía. Ahora, tras estos diez años, no podemos decirles a todos ellos, ni tampoco a los que posteriormente han querido mostrarnos su interés por nosotros: "no tenemos nada que ver con todos vosotros"; es así como venimos pensando últimamente.

"Me gustaría oírle hablar, profesor, sobre la apostasía de aquel falso mesías del siglo XVII, y lo que siguió luego. Así como usted le ha dado charlas a Patrón sobre un poeta gales, ¿sería tan amable de hacer lo propio conmigo respecto a este otro tema? Como es obvio, necesitará prepararse. Pero yo no tengo prisa. El infierno no tiene por qué acabarse en diez años.

Dentro del coche, en el trayecto de vuelta desde la oficina al apartamento de Kizu, éste le preguntó a Ikúo sobre sus impresiones, ya que el joven había guardado silencio durante la conversación mantenida entre Kizu y Guiador.

—Yo, desde que estoy viniendo a esta oficina a trabajar, nunca he tenido una conversación larga con Patrón —respondió Ikúo—. Desde luego, estando en compañía de Bailarina y Ogi le he oído hablar. Pero en contraste con eso, cuando a Guiador le dieron el alta en el hospital, y Bailarina siguió allí para encargarse del papeleo, a veces me he quedado yo solo con Guiador, y luego, cuando me pidieron ayuda para reorganizar su habitación. . . , en esas ocasiones he oído hablar a Guiador. Me da la impresión de que éste no me considera sólo como el nuevo chófer a quien la oficina ha contratado. Después de su alta en el hospital, Guiador y Patrón no parecen estar colaborando mucho entre unas cosas y otras. Pero al escuchar su conversación de hoy, he visto claro que Guiador estima a Patrón como a alguien muy importante para él.

"Puesto que tú, profesor, has conversado largamente tanto con Patrón como con Guiador, más bien me gustaría a mí saber cuál es tu opinión sobre ellos dos. Te he oído decir que Patrón tiene carisma; pero bueno, ¿qué piensas del hecho de que él no se opone a que le llamen "Patrón"? Entiendo que Guiador, por su parte, es un buen guiador para Patrón, y también sirve de guía a las personas que quieren llegar a Patrón, pero. . .

Al ser requerido así para contestar, Kizu tuvo que admitir que a Patrón, desde luego, lo veía dotado de ese carisma o "don de gentes"; pero, si bien seguían ambos manteniendo conversaciones sobre el poeta R. S. Thomas, aún se sentía Kizu falto de base para responder. Ikúo, como si estuviera intuyendo esto desde antes de pedirle a Kizu su opinión, no se dispuso a esperar la respuesta de éste, que por cierto aún vacilaba buscando palabras; sino que se apresuró a añadir:

—En realidad, tú te has aproximado a Patrón, profesor, y después Guiador, porque al verme trabajar en esa oficina, pensabas en el peligro que eso podía entrañarme.

En tal supuesto, claro está que no tiene sentido que te haga una pregunta así.

"De todos modos, yo tengo la corazonada de que trabajando, como hasta ahora, al lado de estos hombres, podré ir conociendo más profundamente a Patrón; y por eso precisamente me interesa saber lo que opinas de ellos. Aunque es verdad que me siento como un niño que busca ánimos, al estar aproximándome cada vez más a ellos por mi propia iniciativa, y al estar implicándote a ti, profesor, en todo ello; pretendiendo además apoyarme en tu opinión.

"Lo que yo he pensado hoy de una vez por todas es lo siguiente: hace diez años, Patrón y Guiador perdieron su fe; declararon públicamente que la doctrina a la que se habían atenido hasta entonces no pasaba de ser una farsa. Asumiendo que ese paso no era una táctica o una estrategia de cara a las autoridades y a los medios informativos, sino algo que se veían obligados a reconocer sinceramente, esta reanudación de su movimiento que están persiguiendo ellos ahora —por más que sea una circunstancia en que se han visto metidos de improviso—, ¿llegará a cuajar en la elaboración de una nueva doctrina? O, si no, tendrán que reconocer que se equivocaron aquel día, al pisotear su viejo credo. Y, entonces, todo sería arrepentirse, y vuelta a empezar, ¿no? La actitud de las personas que están esperando la reacción de Patrón, tampoco parece que sea una y la misma en cada caso.

—¿Qué decir a todo esto? —respondió Kizu—. Ahora no puedo contestarte sobre la marcha. Diciendo lo que voy a decir parecerá que estoy tomando distancia respecto al tema, pero en realidad me atrevería a manifestar que lo que me ha llevado a encontrarme con esas dos personas es mi deseo de no perder tu compañía; es más, y por ser franco: ha sido como una intriga que he urdido para acortar en lo posible el tiempo que debo pasar separado de ti. Si embargo, ellos no me parecen ser de ese tipo de personas que me permitirían llevar adelante

una relación así. Pero estoy tratando de encontrar una respuesta a tu pregunta sobre ellos, y en particular sobre Patrón. Al día siguiente de haber tenido esta conversación con Ikúo, Kizu se dirigió a la oficina —era la primera vez que iba sin ser llamado por Patrón—, claramente impulsado por sus propias palabras de la víspera. Tampoco esta vez hizo el trayecto en el microbús con Ikúo al volante, ya que éste había salido por la mañana temprano para el trabajo; en tanto que el mismo Kizu tenía que dedicar la mañana y parte de la tarde al trabajo pre-visto para el día en su dedicación a la pintura. Por eso hizo el viaje en su propio coche.

Cuando Kizu llegó a la oficina, ya había pasado la hora de cenar. Dejó el coche aparcado entre unos árboles, en una depresión de terreno que había junto al portón de entrada. La puerta del edificio estaba abierta, y alguien desde dentro le estaba mirando. Kizu avanzó por el jardín, pasó por la puerta abierta para venir a descubrir que quien estaba de pie en el vestíbulo era Ogi.

—¿Esperas a alguna otra persona? —dijo Kizu a modo de saludo.

El joven asintió, mientras le hacía un gesto para que bajara la voz, aunque tampoco Kizu le había hablado a gritos.

Luego Ogi pasó a informarle, asimismo con voz atenuada, de lo siguiente:

—Ikúo ha ido con Bailarina en busca del médico.

Con estas palabras por toda explicación, el joven pasó junto a Kizu para ir a cerrar la puerta, lo que hizo sin ruido alguno. Durante su larga estancia en América, Kizu se había acostumbrado a no prestar atención al ruido de las puertas al abrirse y cerrarse; pero en ese momento advirtió que Ogi ponía sumo cuidado en impedir que se diera un portazo.

Guiador había acudido de su anexo al edificio de la oficina, y precisamente se encontraba en la zona del salón destinada al despacho. Vestía un cárdigan de calidad, con el cuello algo gastado, sobre su camisa. Sentado en el sofá hacia el extremo que daba al jardín, parecía sumido en sus reflexiones. Ogi volvió a su mesa de trabajo, donde se puso a atender los e-mails. Kizu por su parte se sentó en una prolongación en ángulo recto del sofá donde estaba sentado Guiador. Éste le dirigió un saludo tímido, como si Kizu estuviera en esa habitación por derecho propio, mientras él mismo —Guiador— se encontrase allí como de prestado. Advirtiendo el desconocimiento de Kizu, volvió a éste su cabeza, cubierta con una caperuza cual si fuera un ave de presa.

—Patrón está entrando en un estado anímico especial. No es uno de esos grandes trances que él ha tenido, pero sí algo muy próximo. En otras circunstancias ya pasadas habríamos considerado esto como un mero estadio preliminar al trance. Tal vez sea un presagio de que va a volver a entrar en un gran trance después de diez años. Le ha empezado esta mañana temprano, de modo que ya lleva así unas cuantas horas. Ante esta situación tan lanzando un profundo suspiro, y pasó a darle una explicación a Kizu, en voz baja pero clara.

—En cierta ocasión —le dijo—, un médico especialista analizó el estado de Patrón antes y después de un trance, usando un instrumental adecuado de medición. Esto ocurrió hace doce o trece años, en tiempos de un resurgimiento de la iglesia, y dicho plan fue propuesto por una cadena popular de televisión. Resultó que las ondas cerebrales y el electrocardiograma de Patrón reflejaban toda la calma sostenible para el caso, en tanto que su respiración y su pulso eran tan atenuados que podrían decirse mortecinos. El especialista manifestó que si alguien se encontraba en esos niveles tan bajos no era de esperar que siguiera vivo; y si seguía viviendo, se podía calificar de caso especial.

—¿Y qué pasaba cuando él estaba en pleno trance? —inquirió Kizu.

—Entonces era imposible aplicarle el equipo de medición —explicó Guiador—. Después de un gran trance él queda terriblemente exhausto por todo lo que ha pasado; no sólo físicamente —por esas sacudidas del cuerpo que obviamente se pueden sentir—, sino también por su repercusión en el nivel anímico, esa violenta agitación de su espíritu. Cuando Patrón regresa de ese estado, se pone a hablar como un poseso, diciendo cosas sumamente enrevesadas. Cuenta que ante sí tiene algo como una estructura reticular en relieve, una pantalla de monitor que muestra signos luminosos en continuo cambio, y así transmite la información que recibe.

"Por expresarlo con nuestro lenguaje cotidiano, diríamos que Patrón se ve confrontado a algo que despidе velados destellos blanquecinos. En realidad, cuando tenemos delante a Patrón, reaccionando él corporalmente a cada punto de información que le llega, su actitud nunca es reposada, estática, sino de continuo movimiento y agitación. Incluso el hecho de estar viéndolo resulta insoportable. Luego, al tratar yo de ayudarlo traduciendo todo eso a nuestras palabras corrientes, he comprobado la cantidad y calidad de información que él ha captado sensiblemente en pleno trance. Esto ocurre en sus grandes trances, y entonces no puedo menos de conmovirme pensando en esas extrañísimas facultades suyas, insertas en su naturaleza como un destino innato.

"Otra cosa que he pensado, aunque esto quizá suene a exageración, es que Patrón puede otear con libertad todo el panorama de la historia humana, y asimismo es capaz de experimentar cada detalle de la misma. Todo esto se refleja corporalmente en él. Ío que él descubre viendo la historia de la humanidad, incluso su futuro/nos lo refiere; y, encontrándonos en el

"ahora", su visión alcanza de ahí al fin de los tiempos, para venir a contarnos luego cuanto ha visto.

—Y eso que "despide velados destellos", según usted ha dicho, ¿qué tipo de sensación es?

—Siendo yo la persona que ha venido escuchando todos los relatos de Patrón inmediatamente después de volver él de un trance, creo que me corresponde a mí el trabajo que viene luego, de transmitir todo eso mediante palabras —así decía Guiador, escuchando hasta ese momento su propia voz interior; pero, enderezando la cabeza, pasó a prestar oído a los ruidos originados en el mundo exterior.

También Kizu pudo oír indicios de que, en la calzada que discurría más allá del jardín, aparcaba un coche, y acto seguido unas personas entraban sigilosamente en el edificio.

—Ahora Bailarina viene a relevarnos —dijo Guiador—. Hablando de acompañarlo, profesor, a su apartamento, como Ikúo tendrá que volver acá más tarde y podrá también traerme, permítame, por favor, que le acompañe, pues me gustaría seguir conversando con usted.

Dicho esto, Guiador se volvió otra vez hacia aquella "cosa" sentada y con el tronco encorvado en postura tan poco natural. Luego se orientó hacia Kizu. Los ojos del artista, acostumbrados ya a la penumbra, podían hacer una lectura de las variopintas emociones que se le despertaban a Guiador. La mirada de éste, intrépida y penetrante, mostraba a la vez compasión y amor, sin contradicción alguna entre estos sentimientos.

Antes de que Kizu llegara a levantarse, dispuesto a seguir a Guiador, entró en la habitación, acompañado por Bailarina, un doctor bajito, de edad avanzada y piel tostada por el sol, a quien —con una expresión tomada del léxico que Kizu solía usar en su infancia con sus compañeros de juego— podía llamársele "un tanque de bolsillo". Sin responder a los saludos que le dirigían Guiador y Kizu, el médico avanzó resueltamente hacia donde estaba Patrón, y lo miró atentamente.

—Presenta el mismo aspecto que en otras ocasiones —dijo a Bailarina en tono nostálgico—. Si desde el principio hasta ahora no ha cambiado nada, no hay problema alguno. Aunque si entra en uno de sus grandes

trances, eso me preocuparía. Por si acaso, voy a quedarme hoy a dormir en su cama. De este modo, si lo tengo en observación, no tendrán ustedes que preocuparse por él.

A Kizu le habían hecho el favor de aparcarle su Ford Mustang en el garaje de la oficina, y ahora volvía a su apartamento en el microbús conducido por Ikúo; en un asiento lateral, separado del suyo por un estrecho pasillo, iba Guiador, a quien dirigió esta pregunta:

—Volviendo al tema de los grandes trances, si Patrón, en sus grandes trances, contempla esa estructura reticular que le muestra toda la historia de la humanidad, en esos velados destellos blanquecinos, por muy grande que ésta sea, allí aparecerán las personas, e incluso los grupos humanos, del tamaño de una célula, ¿no es verdad? O, si no, ¿acaso está hablando en metáforas? ¿O, como si se dijera, que ahí se da un cierto modelo de visión histórica...?

—No se trata de metáforas ni de modelo alguno —respondió Guiador. En ese momento Kizu se quedó sorprendido al oler una vaharada de alcohol. Luego, al preguntarle a Ikúo, éste le aseguró que era un episodio casual, nada frecuente—. Patrón ha podido ver todo lo que realmente existe —continuó Guiador—, por muy pequeño que ello sea. Con los ojos corporales no pueden verse las células; pero ¿acaso hay parámetros físicos para medir la sensibilidad de un ojo visionario? Al parecer, Patrón ve todo el mundo unificado, abarcando desde el principio de los tiempos hasta su final.

"Dentro de eso estás tú, por ejemplo, en el momento de tomar una importante decisión sobre tu vida, como una partícula comprendida en el todo. También yo estoy comprendido ahí, en el acto de estar hablando ahora contigo. Y bien, todo eso está ahí como un instante en la eternidad. —Sí yo pusiera mi esperanza en escapar de mí mismo, aun a costa de mi propia vida... entonces esa estructura reticular sería un verdadero infierno que me aprisionara.

—Yo no creo que Patrón en esos momentos haya visto el infierno —dijo Guiador con gravedad—. No se trata de que Patrón elija las cosas que quiere ver luego, ni de que actúe como quien pretende interpretar una fotografía espacial; sino de que él capta como totalidad esa enorme estructura reticular que despidе velados destellos blanquecinos. Ése es básicamente su proceder cuando entra en trance.

"Patrón me hizo mención directa desello después de uno de sus grandes trances. Eso que despidе velados destellos blanquecinos no es que se proyecte al espacio exterior, sino que más bien es como una oquedad sin fondo: toda ella es una enorme red en forma de huso de hilandera. Como dicha red consta de muchas capas superpuestas, constituye una pantalla que muestra de una vez todo el mundo de los humanos, desde su comienzo hasta su final; y cada uno de los puntos mostrados por esa estructura reticular está en realidad avanzando. Siendo esto así, su alcance cubre desde el principio de los tiempos, cuando no había otra cosa que un presagio orientado al Big Bang originario, hasta la época en que todo refluya de nuevo al último y único ser. A esa gigantesca oquedad en forma de huso se la puede llamar —en su conjunto— Dios, según me ha dicho Patrón. Este hombre, tal como está ahora, con la cabeza hundida entre las rodillas, con ese aspecto de feto humano comprimido, se dispone a entrar en un gran trance que lo pondrá cara a cara con Dios.

Kizu notó que Guiador, cuando hablaba, lo hacía dirigiéndose más bien a Ikúo, el cual iba conduciendo. Ikúo a su vez captó con agudeza la situación, y también él mostró una reacción a Guiador, que era incluso de enfado.

—Si Dios es algo así como eso, lo único que tenemos ahí es otra manera de decir que Dios no existe —objetó Ikúo.

Aun cuando estuviera hablando, Ikúo seguía conduciendo, la mirada orientada al frente. Su atlética espalda, el doble de ancha que la de Patrón —la que tan recientemente había visto Kizu en torno a sus cervicales—, también acusaba la tensión generada por el sentido de las palabras que acaba de pronunciar.

—¿Qué es eso de que Dios no existe? —exclamó Guiador, devolviendo la pregunta.

—Decir que Dios es esa misma oquedad del mundo, ¿no es acaso igual a decir que no existe?

—Pero al decir tú que es esa oquedad, ¿no estás reconociendo que existe?

—Para la gente dispuesta a acoger a ese Dios como una gran oquedad, y con eso ya se siente llena, así será sin duda —respondió Ikúo—. Sin embargo, para otro tipo de gente eso equivale a decir que no hay Dios.

—O sea, para ti; ¿no es lo que quieres decir?

—Efectivamente. Eso supuesto, para mí no hay Dios.

—Pero la cuestión, para ti, no se resume en un debate general sobre si Dios existe o no. Lo que a ti te interesa es si Dios actúa positivamente en ti, o no.

—Así es. Ésa es la cuestión —reconoció sumisamente Ikúo, sin dejar al mismo tiempo su actitud obstinada.

Guiador se mantuvo callado. Tampoco Kizu podía terciar en el tira y afloja de Ikúo y Guiador. Por un rato el microbús siguió adelante llevando a los tres silenciosos pasajeros a bordo. En ese intervalo, Kizu volvió a oler a alcohol. Advirtió que Guiador se había sacado furtivamente un pequeño frasco de whisky del bolsillo del abrigo. Tras emitir una tosecilla seca, Guiador rompió el silencio:

—Lo que es seguro es que esa cosa que despide velados destellos blanquecinos y representa una confrontación para Patrón, operando de ese modo, ha determinado su propia vida.

—Pues yo, en mi caso, si me viera confrontado por ese Dios como gran oquedad, y eso determinara mi vida, no me apuntaría a ese tedioso juego.

—En tu caso, ese Dios que Patrón acoge interiormente de un modo omnicompreensivo, ¿puede ser ese Dios que te habla directamente? ¿Es así, o no?

"A poco de conocerte, Ikúo, me di cuenta de que tú considerabas a Dios como una gran fuerza que hacía presa de ti. Mi deseo es que ese concepto de Dios en que te asientas se convierta para ti en un pasadizo que te conduzca a aquel inmenso panorama sin fondo de Patrón; quiero decir que a partir de ahí te encamines a ese Dios que lo confronta a él en sus grandes trances visionarios.

—El Dios en que piensa Ikúo —terció Kizu—, ¿sería, según eso, una parte de esa totalidad de Dios que concibe Patrón?

—Hablar de una parte de Dios no casa bien con la definición del Dios de Patrón. Yo he hablado de un pasadizo, pero me refería más bien a un haz de fibras lumínicas funcionando como línea de comunicación. Ikúo estaría aquí en uno de los terminales, tratando de lanzar señales hacia ese inmenso Dios, siendo Él la estructura receptora de todas las líneas.

—Suponiendo que desde aquel terminal del otro extremo fluye la comunicación hasta los innumerables terminales que hay en esta parte, ¿quiere decir eso que Dios puede hacerme llegar mensajes directamente? — preguntó Ikúo.

Guiador quedó silencioso, reflexionando. Su cabeza, con la agitación del microbús, que aceleraba su marcha, sufría continuas sacudidas. Kizu supo que Guiador iba ya un poco bebido, aunque tampoco parecía en modo alguno que Guiador no controlara sus palabras, por efecto de la embriaguez.

—Sin duda me expreso de un modo muy egocéntrico, pero creo que el único camino de experimentar a Dios es que desde aquel otro lado me lleguen sus señales —dijo Ikúo—. Cuando alguna vez su voz me alcanza, y yo procedo según esa voz, pero luego no hay respuesta por su parte, creo que irremediablemente se me corta el camino para un reencuentro con Dios. En la voz de Ikúo, quien mantenía la vista fija al frente, ya no había el tono de indignación de antes, sino más bien un deje de tristeza, que Kizu percibió como una punzada íntima. Guiador pudo haber experimentado lo mismo, pues habló ahora con un tono de voz diferente: —Ikúo, ¿le has hablado a Patrón de esto?

—No. Puede decirse que acabo de estrenarme como chófer suyo, y no ha habido ocasión de que le exponga lo que pienso. A partir de ahora tendré que irme preparando, pues si no, por más que le consulte cosas, creo que acabará cansándose de mí.

—Sin embargo —insistió Guiador—, ¿no te acercaste tú a Patrón con la esperanza de que él podría tal vez colmar tu ansia de Dios?

—Así es. Todo empezó por un encuentro que tuve con Bailarina a raíz de ciertas circunstancias pasadas que me relacionaban con ella; y entonces noté que Patrón tiene la facultad de acceder a un mundo que trasciende el de nuestras propias limitaciones. "Eso" no puede quedar al margen de Dios. Al oír Kizu la cabal confesión de Ikúo, no puede decirse que ésta le resultara inesperada, pero sí que él la acogió con cierta sorpresa y, sobre todo, sintiéndose solidario.

—En tal caso, debes hablarle a Patrón con toda franqueza —dijo Guiador a Ikúo, con el ánimo que también habría querido transmitirle Kizu y, es más, con las mismas palabras—. Patrón, al parecer, se encuentra ahora en la fase preparatoria para revivir una de sus grandes visiones, lo cual se le había negado durante mucho tiempo; pero en cuanto le sea posible, seguramente podrá leer, en esa red que despide velados destellos, la comunicación que Dios te envía. Por ahora hablaré provisionalmente de "tu Dios", y no creo que entre en contradicción con el Dios omnicompreensivo de Patrón.

A Kizu le resultaron incomprensibles las últimas palabras de Guiador. Ikúo a su vez volvió sobre la primera parte del discurso de Guiador, con la intención de asegurarse sobre los puntos del mismo que para él eran esenciales:

—¿Qué puede significar para mí que Patrón me lea e interprete aquello? ¿Es que debo contentarme con pensar que se me está interpretando la comunicación por la que Dios me llamó una vez, para mantenerse luego en silencio?

—¿Qué hay de malo en ello? Si tú le pides eso a Patrón, estando él a punto de entrar en un gran trance visionario después de tanto tiempo, seguramente le darás ánimo. Tu consulta le va a servir de estímulo para seguir adelante.

—¿Y va a ser para bien todo eso?

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir si yo le doy un empujón que altere su manera de ser, o quizás su vida...

—¿Tienes miedo, Ikúo, de que tú, como un extraño que viene de fuera, puedas ejercer influencia sobre el modo de ser o de vivir de Patrón? Ya no es cuestión de que se le acerque un viejo como yo, sino alguien que está sufriendo como tú, que está buscando el camino... alguien joven que está trabajando a su lado... un "pobre de espíritu", en una palabra. Y ese joven eres tú. Aunque te diré también que la imagen que me transmitías hasta este momento era toda la contraria.

Guiador asesoraba a Ikúo con una voz ya claramente tomada por la ebriedad. E Ikúo no estaba por cogerse los dedos con su propuesta.

—Yo no voy a ir a Patrón para que me cuente cosas agradables de oír.

—Patrón no tiene una agudeza tan refinada. Al contrario, si tú le das una orientación y lo empujas a seguir por ahí, ya lo tienes avanzando en una nueva dirección, y ésa será su manera de dar coherencia a su nuevo modo de ser, a su vida.

"Ahora Patrón está por lanzarse a un nuevo movimiento de la iglesia. En este momento en que le está brotando tal afán de actividad, si un joven resuelto como tú viene a animarlo con un empujoncito..., eso me parece hasta deseable que ocurra.

"Con todo, una vez que te comprometas tan a fondo con él, creo que no vas a escapar indemne del lance. Te lo digo por propia experiencia. Pero eso es inevitable.

—Y, a todo esto, ¿qué puedo hacer? Si yo me pusiera frente a él directamente, no me saldría ni una sola palabra. Creo que incluso me sería más fácil meterme a terrorista.

—Basta con que te armes de valor para manifestarte a él. Recurrir al terrorismo sería hacerle llover encima desgracia sobre desgracia. Él acabará despertando de esta situación que atraviesa, preludio de un trance; pero las secuelas le tienen que durar un tiempo, tanto las físicas como las anímicas. Cuando todo eso se vaya aplacando, le comunicaremos lo que te pasa. El profesor Kizu nos echará una mano en esto, ¿verdad?

Aun yendo como iba, corriendo a más de cien kilómetros por hora por una vía urbana y de madrugada, Ikúo.

—Escríbeme una carta, por favor. Aun no te he expuesto todas las razones por las que necesito tanto hablar con Patrón; pero, aun así,scríbeme una carta para Patrón, profesor.

El tono de Ikúo al decir esto sonaba apremiante.

CAPÍTULO 7

LA SAGRADA LLAGA

Patrón había estado cinco días reposando en su cama; y por fin, al cabo de ese tiempo, llegó el momento en que se le permitía volver a su vida cotidiana. Al atardecer, mientras Bailarina lo ayudaba a bañarse, Ogi en la oficina cogió el teléfono: era Guiador, que llamaba desde el anexo.

El cuarto de baño de Patrón era como una extensión añadida hacia el norte de su estudio-dormitorio. Por su construcción era semejante a un invernadero, y gozaba de una iluminación espléndida. Patrón tenía la costumbre de meterse en la gran bañera de estilo occidental y pasar allí un rato bien largo. Ogi llegó con el teléfono inalámbrico hasta la puerta de la habitación contigua, usada para cambiarse de ropa, y lanzó una voz a través de la puerta. Aunque no había ruido de agua, su voz —por lo visto— no alcanzaba hasta el cuarto de baño. Él abrió la puerta y entró en la habitación de cambiarse, comunicada con el baño mediante una puerta que estaba abierta. Ogi se dirigió pues al cuarto de baño, y cuando cayó en la cuenta era ya muy tarde para retroceder.

Lo primero que vio Ogi fue la bañera, situada perpendicularmente respecto a su línea de visión. Casi toda el agua la habían dejado correr, y sobre el fondo estaba echado Patrón cuan largo era. A poco de haberlo visto, salió Bailarina de uno de los lados como una exhalación, interponiéndose en su línea de visión. Llevaba en la mano la alcahofa de la ducha, soltada de su soporte. Ella estaba completamente desnuda, e inclinó su torso sobre el borde de la bañera. Se había recogido el pelo en un moño alto y abultado, pero al tener la cabeza vuelta hacia abajo, lanzó a Ogi su relampagueante mirada desde esa posición invertida. Aun habiendo sido sorprendida sin posible defensa en tal situación, ella no trató de ocultar nada suyo, pues mantuvo sus piernas bien abiertas, como estaban, sobre el embaldosado. Con sus magníficos muslos y piernas, lo que estaba tratando de tapar era la desnudez de Patrón, allí echado en la bañera. Ogi dejó el inalámbrico en el umbral del cuarto de baño, dio media vuelta y se fue. "¡Hasta la habitación de cambiarse me la convierten en zona prohibida!", se dijo, no sin cierto regocijo, en tanto que se sentía también asediado por algo internamente.

Pasado un rato, Bailarina, vestida y aseada, se acercó a la mesa de trabajo de Ogi, y se quedó de pie a su lado.

—Ya que has visto lo que has visto, eso ya no tiene remedio, pero por ahora no le cuentes nada a Ikúo, ni a Tachibana, ni, por supuesto, al profesor Kizu —le dijo, con una calma afectada.

Sin más, Bailarina orientó a la vista del joven su trasero, enfundado en una estrecha falda, y de esa vuelta sacó impulso para alejarse hacia la cocina, dándole a Ogi el espectáculo de sus caderas. A poco volvió otra vez, dejando ver la lengua entre sus labios entreabiertos.

—Has visto ya esa herida en el costado de Patrón, ¿no? Cuando hace un momento te he dicho "has visto lo que has visto", ¿a qué crees que me refería?

Bailarina había hablado muy deprisa, y se cortó de pronto. Clavó sus ojos en el joven; parecía cada vez más enfadada.

—Cuando te pones a lavar a un hombre tan corpulento tienes tú también que desnudarte, ¿no? Si piensas, Ogi, que te estaba echando en cara que me miraras entre las piernas, ¿entonces es que ya no tienes remedio! Entre los animales, cuando ellos no están en época de celo, sus genitales ni son genitales ya ni nada. Y en el caso de las personas, ¿no debe ser así con más razón todavía? Ya te has caído de tu pedestal de "inocente muchacho", ¡pero yo te hacía un poco más maduro!

Acto seguido Bailarina cargó el peso de su cuerpo sobre un lado, desnivelando sus altas caderas para girar a la derecha y meterse otra vez en la cocina, donde se puso a preparar una cena, ya tardía, para Patrón, Guiador, y para ellos dos también.

Ogi se sostuvo con sus manos la cara, que sentía a la vez encendida y medio sacudida por tiritones de frío, mientras posaba la mirada sobre unos documentos. Aquellos caracteres impresos se resistían a entrarle en la cabeza.

"Aunque yo desde luego lo he visto, ¿no es cierto que opté luego por apartar la mirada? ¿Y no he tratado de borrar luego en lo posible de mi memoria aquello que he visto? Apenas sin haber escarmentado por lo que me pasó con Tsugane, ¡mira que ponerme a fisgonear el cono carnosos de Bailarina!... Y sobre el blanco y rechoncho costado de Patrón, ¡con toda seguridad lo he visto!: ese desgarrón rojo de sangre, renegrido... que aun ahora revive ante mis ojos..."

"Este hombre, cuando antaño se convirtió en el líder de una secta, ¿tenía ya esa herida abierta en su costado, con el aspecto y color de las granadas? Y no era una cicatriz. Era una herida que aún ahora está manando sangre fresca. Hace diez años, cuando este hombre protagonizó el Salto Mortal, ¿estaba la herida abierta como ahora? ¿O bien en estos diez últimos años se le ha abierto esa herida en el costado? ¿O tal vez se le abriría más bien recientemente, ahora que planeaba una reanudación del movimiento?"

De todas formas, Ogi había tenido la ocasión única de toparse con el hombre que tenía en el costado tan extraña herida.

La semana siguiente fue especialmente atareada para Ogi. Todo venía de aquella urgente llamada telefónica de Guiador para Patrón, que Ogi había recibido, y que al intentar pasarla al interesado había dado lugar a consecuencias tan lamentables.

Cuando el médico le anunció a Patrón que lo encontraba recuperado, también le recomendó que hiciera un corto viaje para cambiar de aires. Aceptando el consejo, Patrón pensó en hacer un viaje lejos de Tokio en compañía sólo de los jóvenes: Ikúo —que, a ruegos de Patrón, había contestado al telefonazo de Guiador—, Bailarina y Ogi. Este último se encargaría de los preparativos.

Ogi se puso en contacto con su madre después de muchísimo tiempo, y le pidió que le enviara las llaves de la casa de campo familiar situada en la altiplanicie de Nasu —que, por cierto, a raíz de su reencuentro con Tsugane, le despertaba tan azarosos recuerdos—. Su madre se las envió. Por otra parte, como Tachibana, que se había pasado por la oficina un día en que libraba de su trabajo como bibliotecaria —empleo que por cierto tenía previsto dejar algún día— podía tomarles el relevo en la oficina por un fin de semana, se decidió reservar para el viaje un sábado y domingo. Salieron de Tokio ese viernes ya entrada la noche, conduciendo Ikúo el microbús.

Eligieron esa hora tardía para viajar, con la intención de evitar embotellamientos de tráfico, pero pronto el microbús se encontró rodeado de camiones con remolque que circulaban a medianoche acaparando la autopista. El contraste entre el microbús y esos enormes vehículos pesados era incluso cómico, pero con la audaz e imponente manera de conducir de Ikúo, ni una sola vez el camión que lo seguía se atrevió a urgirle pidiéndole paso. Aun cuando se alejaban ya de las ciudades circunvecinas de Tokio, la autopista estaba iluminada, y por las ventanillas del microbús era su interior lo que se veía oscuro. Inmediatamente detrás del conductor —Ikúo—, se había sentado Patrón, teniendo a su lado a Bailarina. El último asiento, que dominaba todo el microbús, lo había ocupado Ogi.

A Ogi se le ocurría ahora echar una mirada reposada sobre aquel grupo al que él mismo ya pertenecía: todos sus compañeros de trabajo —excluido, naturalmente, Guiador— que integraban el núcleo básico operativo de Patrón. En tanto contemplaba realmente las nuca y espaldas de aquellas tres personas, se le desataban emociones en que se mezclaba la sorpresa con un placer gratificante, como nunca antes había experimentado.

Atraía poderosamente su mirada la figura de aquel hombre mayor que iba dormido, su gran cabeza echada atrás sobre aquella espalda de osito de peluche desgastado; y aunque Ogi estaba trabajando para él, no lograba entender bien esa parte de su personalidad que iba orientada a la búsqueda de "lo espiritual". Aquel hombre, diez años antes, negó la doctrina que él mismo había propagado y apostató de su iglesia. Y ahora que

emprendía nuevas actividades, tampoco estaba ofreciendo nuevas enseñanzas que sustituyeran a las antiguas. Y estaba también aquel joven —cuya actitud aún le resultaba a Ogi difícil de entender— que había pedido cita para hablar con Patrón de temas espirituales, y esa entrevista le correspondía a él concertársela.

Por todos los diablos, ¿por qué especie de hado se vería él ahora compartiendo el mismo viaje con aquellas personas, como embarcados todos en lo mismo? Siendo un hecho cierto que estaban juntos, también era verdad que allí los acontecimientos se sucedían como una continua sorpresa. El mismo hecho de formar él parte de ese grupo, en el cual además estaba incluida Bailarina, figura que rompía todos los esquemas, le ofrecía unas perspectivas de lo más interesantes.

La casa de campo adonde Ogi llevaba a Patrón y a sus acompañantes se asentaba en una gran porción de tierra que su abuelo había obtenido originariamente cuando la altiplanicie de Nasu empezó a conocer su desarrollo, y tras muchos años seguía siendo posesión de la familia. Cuando la expedición de Patrón llegó allí, empezaba a clarear, si bien las nubes colgaban bajas y el cielo se mantenía oscuro. Aunque se veían otras dos o tres casas más a través de una arboleda de hoja caduca que, desnuda de follaje, dejaba campo libre a la vista, la casa de los Ogi se erigía en medio de un terreno desierto; y era una amplia edificación de estilo occidental. Las sensaciones que Ogi había experimentado de niño, en sus estancias veraniegas allí, diferían de lo que estaba sintiendo ahora.

Decidieron que Ogi se adelantara a entrar en la casa para los primeros preparativos, en tanto que Patrón y los demás permanecían en el microbús. Éste lo había aparcado Ikúo en un camino que discurría entre dos elevaciones de la tierra, al pie de una ladera cubierta de hierba seca. Ogi se aseguró de que funcionaban la luz y el agua corriente, conectó la instalación de gas propano que alimentaba los calentadores, y luego se asomó por una ventana a contemplar el nublado paisaje. El bosquecillo que circundaba la casa era de árboles viejos y ahora sin hojas: allí se alineaban grandes y nudosos árboles, entre los que yacían algunos gruesos troncos cruelmente abatidos por los tifones; entre esto y la sensación de frío que transmitía la tierra, Ogi acabó lamentándose de haber llevado a Patrón a semejante lugar.

Entretanto, Bailarina subió corriendo sola desde el microbús, y le dijo a Ogi que se encargaría de la limpieza, y que ya avisaría a todos mediante una señal cuando la casa se hubiera calentado. Con lo cual Ogi le dejó a ella el resto de los preparativos, y bajó hasta el microbús. Tuvo ocasión de presenciar por primera vez una conversación entre Patrón e Ikúo. Cuando entraba en el cálido microbús, Ogi oyó a Patrón decir:

—Al no ser esto una llanura, tampoco se le puede llamar "tierra yerma", pero tal como está el bosque, sin hojas ya y a punto de caer las primeras nieves, ciertamente despierta evocaciones de ese cariz. El lugar a donde yo accedía en mis trances era como éste.

Ikúo parecía sorprendido.

—Por lo que le he oído a Guiador —dijo—, era más bien como un ambiente onírico.,

—Al terminar un trance y volver a este mundo cotidiano, la primera persona con quien hablaba era siempre Guiador. Por eso, entre la impresión que él ha captado y la mía propia, es difícil decir cuál es la correcta. Con todo, en un paisaje desolado como éste yo me veía confrontado a unos velados destellos blanquecinos... todo esto se acerca a lo que yo sentía.

"Sin embargo, como el tránsito de vuelta desde el lado "de allá" al "de acá" era doloroso, y yo hasta diría que se me representaba como los dolores de la agonía, resulta un poco contradictorio decir que lo "de allá" es más penoso que lo "de acá", o que aquello era un lugar desolado.

—Creo que Guiador suele hablar de ese mundo de visiones con un tono básico de alegría y luminosidad, en conjunto.

—Lo que yo he contemplado en mis visiones del lado "de allá", lo cuento cuando vuelvo "acá" con palabras delirantes. Eso me lo escucha Guiador y luego me lo expone dándole una ilación lógica. El contenido de sus palabras en tales ocasiones me ha dejado más de una vez atónito, con cierta sensación de desolación.

—¿Cómo es posible que algo que has contemplado y oído a través de tus visiones —es decir: que tú mismo has experimentado—, al contárselo a otro y luego oírsele contar de vuelta te deje atónito?

—Pues es perfectamente posible —replicó Patrón con energía, mientras miraba con expresión de regocijo a Ikúo, y también a Ogi.

—El primer paso es que te despegas de la realidad "de acá" para irte al lado "de allá" y abrirte a aceptar lo espiritual, ¿no? —dijo Ikúo—. Partiendo de esa base, no me cabe en la cabeza que lo que has dicho desde la perspectiva "de allá", al oírlo de nuevo ya de vuelta, te sorprenda a ti mismo. —¿No será que eso va ligado al destino de las palabras, es decir: que con palabras se habla y con palabras se escucha? Especialmente, cuando se trata de algo relacionado con la trascendencia... La visión que yo capto en mis trances carece de conexión directa con las palabras del lado "de acá". Si mi intención fuera internarme para siempre en el lado "de allá", me bastaría con sumergirme en experiencias que no tengan nada que ver con el lenguaje "de acá". El estar sumergido en ese mundo es para mí la manifestación de Dios, y lo es también todo para mí.

"Yo, a pesar de todo, para volver al lado "de acá" tengo que despegarme de allí, pasando por mucho dolor. Aunque si me mantuviera en silencio después de volver, tal vez no habría lugar a distorsión alguna. Sin embargo, si me estoy así callado, eso equivaldría a no tener la experiencia que he tenido. Guiador es quien me ha hecho ver que no puedo hacer eso, al tiempo que me ha aconsejado poner lo experimentado en palabras, y me ha ayudado a ello.

"Cuando oigo a Guiador contándome mis palabras, ya mejoradas por él, noto con frecuencia que él ha captado una profundidad en ellas de la que yo no era consciente. No puede haber duda de que él es un verdadero guíaador, en el sentido de que me aclara ese mundo misterioso. Con todo, yo a veces no me siento cómodo ante eso. Cuando dije que me quedaba "atónito", me refería a esto mismo.

Más exacto que decir que hasta ahí llegó la conversación, sería decir que se produjo un compás de espera. Por la ventanilla del microbús, Ogi percibió un movimiento allá fuera. Descubrió que era Bailarina que salía al porche, y mediante un salto y una pirueta, comunicaba la señal de que la calefacción de la casa funcionaba aceptablemente.

Aparte de que también había allí una chimenea de leña, el calentador de propano de la sala de estar llevaba incorporado un sistema nuevo, con termostato y control de escape de gases. Los tres jóvenes desayunaron allí a base de huevos con beicon, jamón y una ensalada. Bailarina no se quedaba atrás de los otros dos, dando cuenta de una porción muy bien servida. Patrón, como persona mayor en período de convalecencia, tomaba cierto alimento líquido que Bailarina le había traído de Tokio en un termo. Liberados como allí estaban de la rutina diaria de la oficina, Ogi comprobaba sorprendido qué simple cosa era colmar los deseos temporales de Patrón. Lo mismo, sin duda, podría decirse de Guiador.

Terminado el desayuno, salieron todos a dar un paseo. Antes de salir de la casa, Bailarina preparó a Patrón para un frío invernal, haciéndole llevar un abrigo sobre el jersey y una ancha bufanda que le llegaba a las rodillas. En contraste con lo esperable del altiplano, el cielo se veía muy bajo, cargado de nubes grises como presagio de la primera nevada. Ogi tomó del brazo a Patrón para servirle de apoyo en su marcha, pero éste

rehusó, diciéndole que quería meditar él solo un rato. Y con un gesto de despego les tomó la delantera a buen ritmo.

Los tres jóvenes entonces caminaron a continuación de Patrón, respetando cierta distancia. Ogi marchaba por delante de Ikúo y Bailarina, que iban juntos. Del microbús habían descargado una silla de ruedas plegable, e Ikúo la llevaba aún plegada, empujándola. Bailarina, que le había ayudado a bajarla, ahora avanzaba a su lado hombro con hombro para hacerle también más fácil la marcha. La silla de ruedas se había comprado con ocasión de que Guiador cayera fulminado al suelo; pues Bailarina entonces, previendo que su recuperación no iba a ser rápida, aconsejó que tramitaran la compra. No obstante, Guiador, al ser dado de alta, no la había necesitado, por lo que la tenían guardada en el anexo, y ese día la habían cargado en el microbús. Ahora bien, en el caso de Patrón, aunque éste bajara la suave ladera con sobrada vitalidad, en el camino de vuelta le esperaba la misma pendiente de subida. Y, tratándose de la salud de Patrón, todas las atenciones del mundo le parecían pocas a Bailarina.

—Al principio yo sentía a Guiador como más cercano que a Patrón; con todo y con eso, él es alguien que de un modo o de otro esconde rincones extraños de su personalidad —decía Bailarina a Ikúo, con la voz lo suficientemente alta para que la oyera Ogi, que caminaba unos pasos delante de ellos—. Yo no sé lo que pasó hace más de diez años. Desde que vivo en compañía de ellos, vengo observándolos de cerca, tanto a Patrón como a Guiador. Este último siempre anda detrás de aquél para estimularlo a la acción; pero en cuanto parece que sus palabras o su actitud empiezan a influir en el juicio, la conducta y demás de Patrón, Guiador enseguida se intimida. Esas dudas de Guiador las veo muy extrañas.

"Con esto, yo estoy suponiendo algo, aunque creo que sin fundamento. Yo no llegaré a decir que Guiador indujera a Patrón a dar el Salto Mortal, pero sí creo que influyó en su facultad de decisión, y de ahí vino lo que vino. A propósito de la próxima conversación que vas tú a tener, Ikúo, con Patrón, ¿no es cierto que te gustaría hablarle por ti mismo, y que preferirías que ni el profesor Kizu ni Guiador se metan por medio? En el caso del profesor, y debido a su estado de salud, este viaje en microbús le resultaría excesivo. Pero en el caso de Guiador, dado que Patrón y tú ibais a mantener una importante charla, ¿no pensaría él acaso que mejor sería dejaros el campo libre? Ésta habrá sido la razón de que —aun siendo él quien hizo aquella larga llamada de teléfono, y quien te aconsejara hablar con Patrón— en último término no haya venido.

—Verdaderamente es Guiador quien me ha animado a que le exponga a Patrón los principales temas que me preocupan —dijo Ikúo, que hasta el momento se había mantenido en silencio, escuchando.

Ogi se volvió al advertir algo tras de sí, para ver cómo Bailarina se orientaba hacia Ikúo torciendo un poco el cuerpo, ya que éste le sacaba una cabeza. Con voz aguda, ella le dijo:

—Los temas que te preocupan son por supuesto cosa tuya, Ikúo; pero cualquier palabra que le escuches a Patrón como respuesta a tus preguntas, es también para todos. Pues no es que Patrón te vaya a hacer sugerencias individuales, sino más bien observaciones encaminadas a mostrarnos la manera de avanzar de aquí en adelante. No te olvides de eso, ¿eh?

Dicho esto, Bailarina dio a entender con su ademán que no había nada más que decir, y acto seguido aceleró el paso, acortando así la distancia que la separaba de Patrón. Acuciados por tal gesto, Ogi e Ikúo apresuraron su marcha. Para ellos dos, así como para Bailarina, con su continuado entrenamiento en danza moderna, era asunto fácil dar alcance a Patrón. Éste se había detenido en un tramo del camino donde un montón de tierra apilada desde su margen marcaba el límite de la genuina zona residencial antigua; a partir de ahí, pasando un ancho camino pavimentado, se daba con una pendiente en descenso, y sobre un terreno aún más bajo se veía la nueva zona residencial, que Patrón ahora estaba contemplando.

Al frente se divisaba el vasto y hondo panorama de montañas con sus nevadas cimas sucediéndose; del lado de acá se alzaba aquel bosque de variados árboles que por la mañana temprano había ofrecido una vista desolada, pero que a esa luz tenue del sol presentaba una sosegada y pálida tonalidad entre amarilla y rojiza. Daba incluso la impresión de que tanto las personas como los árboles hubieran culminado su fase preparatoria ante la llegada de las inminentes nevadas, cuando la nieve al acumularse unificaría aquel frente lejano de montañas para convertirlo en una franja continuada de blancura.

En éstas, los tres jóvenes dieron alcance a Patrón. Bailarina le dirigió una voz que lo hizo volverse con amabilidad hacia ella, alterando así las huellas que sobre la tierra habían hecho sus magníficas botas de cuero. Bailarina, toda solícita, lo ayudó a sentarse en la silla de ruedas. A su espalda tenían el viejo camino en bajada, encontrándose ya ellos al cabo del mismo. Vertiente arriba subía el viento soplando, trayéndoles un frío que hacía presagiar la masa de aire gélido a punto de llegarles desde las nevadas montañas. Ese lugar que pisaban parecía ser el adecuado, dada la estación, para poner fin al paseo; de modo que entendieron que les había llegado el momento de regresar, empujando la silla de ruedas, con Patrón sentado, pendiente arriba. Bailarina, siempre tan solícita que no escatimaba esfuerzos por atender a Patrón, era la mejor compañía que éste podía desear.

A las seis ya había oscurecido del todo. Aunque Patrón había dormido durante horas del día y había cenado en la cama, Bailarina lo instó a que siguiera acostado por el momento. La charla que mantendrían todos quedaba, pues, para después de las siete. Los jóvenes encendieron la chimenea y dispusieron ante ella una butaca para Patrón, en tanto que, para sentarse ellos a escucharle, extendieron sobre el suelo una estera con una manta eléctrica debajo. Les pareció más oportuno no situarse ellos frente a Patrón, sino que éste pudiera ver el fuego mientras hablaba, y que ellos igualmente pudieran mirar la leña ardiendo en tanto prestaban atención a sus palabras. Había madera procedente de los pinos, abedules y cerezos silvestres que el tifón había derribado; algunos de esos troncos habían sido cortados como grandes leños de hasta dos metros de largo, y luego apilados. Ikúo fue cortándolos con una sierra para que pudieran caber los trozos en la chimenea; pero al no encontrar un hacha, la leña conservaba la anchura y redondez de los troncos.

—Por lo visto Guiador ha aconsejado a Ikúo que procure consultarme sus cosas directamente —empezó diciendo Patrón—, y además me llamó luego por teléfono desde el anexo para ponerme al tanto de ello. El hecho de que no haya venido al edificio de la oficina para hablarme directamente del tema, lo interpreto como una señal de que él se está guardando de algo. También el profesor Kizu me ha comunicado por carta lo que hay en el tras-fondo de las cuestiones de Ikúo. Se ve que tus motivos para acercarte a Guiador y a mí, Ikúo, se arraigan en un deseo que tenías desde tu infancia y que te ha condicionado para todo. Según me dice el profesor Kizu, él ha venido advirtiéndome que eres un joven que oculta algo muy especial dentro. Si con ocasión de hablar conmigo todo eso aflorara a la superficie, me dice él en su carta que está dispuesto a ayudar para llevar ese proceso a su culmen.

"Tengo entendido, pues, que tú, Ikúo, eres una persona muy especial para el profesor Kizu. Pero también hay que considerar lo que Bailarina viene diciendo de que mis respuestas no son sólo para ti, sino que también encierran un mensaje para ella misma y para Ogi; en resumidas cuentas, que están directamente relacionadas con nuestro movimiento tal como se plantea a partir de ahora. No obstante, en el caso de Guiador surge otro tema problemático. Guiador está por ti, Ikúo, con todas esas difíciles preguntas que llevas contigo, y es por eso por lo que se sitúa a tu lado para aconsejarte. Pues bien, seguro que hay algo más que eso; al menos desde el punto de vista de alguien que lo conoce tan bien como yo.

"Dicho de otro modo: que Guiador, por medio de ti, Ikúo, me estaría haciendo la siguiente propuesta, ¿no es cierto?: "Desde hace tiempo Dios ha dirigido su llamada a este joven. Procura actuar como mediador a favor de dicho joven para que esa llamada de Dios sea una realidad viva ahora." De esta manera me está él lanzando un reto. Y a una con eso, me propone que aquella importante misión que no pudimos cumplir bien entonces la reemprendamos de nuevo. Sobre cómo acometer la empresa, todo lo deja en mis manos. Según me dice el

profesor Kizu en su carta, ese Dios que se te aparecía, Ikúo, te dirigía esta llamada: "Hazlo." Y entonces tú, concentrando todas tus energías, te ponías a la escucha, esperando la siguiente voz de Dios que te dijera "qué" debías hacer. ¡Y aún eras un niño! Sin embargo, esa espera fue en vano.

"Todo esto guarda semejanza con lo que ocurrió antes del Salto Mortal, cuando Guiador creó la facción radical, y luego quiso que yo hiciera de mediador entre ésta y Dios. Hacia el tiempo en que nuestro grupo religioso se consolidaba sobre su base, y entraba en su período de desarrollo, Guiador reunió un grupo de jóvenes selectos, y les procuró un lugar adecuado para que libremente pudieran investigar. Es decir, que estaba formando con ellos su guardia de corps. Y ahora, ¿no tiene esto todo el aspecto de que Guiador, en el lugar que ocupaba aquella secta de jóvenes, pretende ponerte a ti, Ikúo, para formarte como un creyente de lo más sólido? ¿Y no querrá así enmendar el efecto de aquella remodelación que tuvo lugar a raíz del Salto Mortal? De ser así, ¿qué diferencia fundamental piensa él que hay entre entonces y ahora, entre la facción radical de Izu por una parte, e Ikúo por otra? Eso me gustaría saber.

"Antes, las conversaciones más sustanciales que yo mantenía con él se realizaban al tratar yo de hacerle captar las visiones por las que había pasado en mis grandes trances. Ahora, cuando al cabo de diez años estaba yo para entrar en un gran trance, he tenido que regresar sin que se cumpliera. Ciertamente, Guiador no deja de decirme que eso es un estadio preliminar para grandes trances en un futuro próximo. . .

"Yo mismo, aunque no sepa todavía qué forma tomará el nuevo movimiento, de todos modos me he puesto en marcha hacia él. Para cooperar con eso me es necesaria la ayuda de Guiador, por supuesto, pero también la de vosotros, los jóvenes. Precisamente esta preocupación mía es la que me ha movido a reuniros aquí, para responder a la solicitud de Ikúo, en compañía de Bailarina y Ogi. Quisiera empezár-por contaros, jóvenes, qué planes hicimos Guiador y yo en aquellos tiempos, y cómo se produjo nuestro Salto Mortal. También, qué predicación solía yo dar a los fieles hasta que, a raíz del Salto Mortal, abandonamos ambos el movimiento. Por decirlo brevemente, mi deseo era llenar el mundo de personas arrepentidas; y eso, como único medio viable para hacer que la vida se restablezca sobre nuestro planeta. Y por medio de las visiones recibidas en mis grandes trances, he tenido acceso a las tácticas adecuadas para ello. La facción que Guiador formara estableció el plan estratégico, mediante el cual se podía atraer a la gente hacia nuestro movimiento; hasta que cualquiera se viese forzado a reconocer que allí mismo estaba ese final al que la humanidad se iba ya a precipitar. También yo a mi vez encaminaba al grupo religioso en esa dirección. Ésa era la verdad. Las personas con visión del fin del mundo y del fin de los tiempos atraen de hecho una crisis para un futuro cercano, que es como una ocasión productiva de arrepentimiento. Tales personas existen, como yo decía en mis sermones. De ahí se alzó, destacándose sin más, la facción creada por Guiador. Su objetivo era ocasionar una crisis que obligaría inmediatamente a todo el mundo al arrepentimiento. Ellos se propusieron tener preparados tanto los métodos conducentes a ello, como el comando ejecutivo para llevarlo a la práctica.

"Hasta que la joven secta de elegidos llegó a constituirse ideológicamente en el centro investigador de Izu, Guiador y yo caminábamos en armonía y sincronizados, creo yo. Si el cuerpo de creyentes del grupo religioso captaba unánimemente la ideología de la secta de Izu, y el comando ejecutivo encargado de desencadenar la crisis se desarrollaba creciendo a gran escala, hasta el punto de poder demoler de hecho una ciudad entera, entonces mis sermones que predecían la crisis cobrarían una fuerza muy real. No era sólo Guiador quien creía esto; yo también lo creía.

"El motivo por el que yo predicaba sobre el fin del mundo y el fin de los tiempos, dando sentido de realidad a mis visiones, era procurar que la gente que vive en este planeta tenga el valor de plantarle cara a la crisis, mientras aún disponen ellos de la energía necesaria para revivir entre unas ruinas que ya aparecen. Ése era el motivo. ¿A qué conduciría un arrepentimiento masivo de la humanidad, si ésta ya estaba en decadencia y carecía del valor y la energía para resurgir? Tal era mi doctrina, y de ahí tenían que brotar las órdenes para la actuación que nuestra iglesia estaba a punto de acometer. . .

"Esto es un sermón", se dijo Ogi mientras oía hablar a Patrón; la impresión que le hacía aquel discurso, sin contar la que igualmente les haría a Ikúo y a Bailarina, era la de sentirlo como incoherente, en medio del acoso emocional que transmitía. Incluso llegó a sentir ganas de interrumpir a Patrón a medio camino para mostrarle su disconformidad:

"Yo no soy creyente. Sólo soy un oficinista." En la nueva andadura de Patrón, Ogi había estado colaborando con él, y eso quedaba fuera de toda duda. Pero... ¿cómo vería Bailarina todo ello? Estando él en tales pensamientos, Bailarina interrumpió bruscamente a Patrón, aunque lo que ella dijo no venía a colmar las expectativas de Ogi:

—Eso ya lo hemos oído, tanto Ogi como yo, de boca de Guiador. Nos dio una charla muy detallada sobre el fin del mundo y el fin de los tiempos según Patrón lo veía en sus grandes visiones, ¿no es cierto?

Ogi, al verse inesperadamente urgido a confirmar aquellas palabras, asintió con un gesto, pero se sintió muy desazonado, al pensar cómo tomaría Patrón el hecho de su asentimiento.

—Todos nosotros, asimismo, leemos los artículos de opinión de los periódicos sobre la superpoblación, la escasez de recursos, la destrucción del medio ambiente... pero la charla de Guiador en verdad nos llegó muy hondo, con sus nítidas imágenes.

"Al mismo tiempo, era algo duro de sobrellevar. Patrón era quien contemplaba la profunda visión en vivo, y luego la relataba tal cual, usando excesivas palabras, como si fuera a saltar por los aires; y Guiador, mientras ponía eso en orden usando palabras y giros familiares para nosotros, se debatía con la inquietud de si estaría acertando o no; según él mismo nos contó.

—Más bien que decir que yo "he visto" visiones, habría que hablar de que "me asaltan" esas visiones — precisó Patrón—, y la cuestión es cómo transmitir las con el lenguaje de aquí abajo. Para ponerlas con ilación lógica en palabras de acá, yo no podría dar ni un paso sin la colaboración de Guiador. Creo que el contenido de mis grandes visiones, considerado a nivel de su expresión mediante palabras, lo conoce Guiador mejor aún que yo.

—Pero tú, Patrón, tenías que ser quien estableciera el proyecto fundamental de la iglesia. Así lo veo yo —dijo Bailarina—. Por otra parte, es algo que le he oído decir a Guiador: el intento de traducir las terribles visiones que ha venido contemplando Patrón a palabras "de acá", y a palabras de hoy, es seguramente un esfuerzo en vano. Desde luego, así nos lo ha dicho, ¿verdad?

"La humanidad, por lo que toca a su futuro, se encuentra en un callejón sin salida y mirando a la pared que tiene enfrente; y no se trata sólo de que a nadie se le ocurre un plan para escalar esa pared; es que ni siquiera hay conciencia de esa crisis en que están todos metidos. Sea como fuere, el ser humano está especialmente dotado para demorar el reconocimiento de sus crisis. La labor irrenunciable de una iglesia es poner ante los ojos de la gente el fin del mundo y el fin de los tiempos, y acercarles esa situación para hacérsela ver bien. ¿Cómo lograr eso? No hay otro medio que presentarles un modelo real de ese panorama de crisis, para urgirles el arrepentimiento. La táctica de la facción radical de Izu fue llevar a la realidad concreta su ideal estratégico, hasta las últimas consecuencias. Así nos lo contó Guiador. Es lo mismo que ahora nos estás diciendo, Patrón. Pero yo quería insistir en que los dos estabais de acuerdo por aquellas fechas.

Por lo que Ogi estaba viendo, la intervención de Bailarina iba encaminada a proporcionar a Patrón una ocasión de descansar, ya que había llevado él solo el peso de la conversación; pero, en la práctica, esa ruptura podía animar a los demás a expresarse. Y así fue cómo Ikúo suscitó una cuestión:

—Si es cierto que las visiones de Patrón configuraron la base de las enseñanzas de la iglesia —y dejemos ahora aparte el tema de que por entonces apareció la facción radical de Izu—, la doctrina en sí misma era correcta y, ¿no sigue acaso siendo correcta hasta el día de hoy? Durante los diez últimos años, ese problema de la crisis a que se ha referido Bailarina no se ha resuelto ni mucho menos. Siendo esto así, ¿cómo es que con ocasión del Salto Mortal renegasteis de esa doctrina? Guiador y tú, Patrón, ¿no anunciasteis que las enseñanzas que habíais predicado eran un completo dislate?

Patrón, sentado en aquella butaca de un violeta desvaído que tantos recuerdos guardaba para Ogi desde su niñez, trató de orientar su rechoncho cuerpo hacia Ikúo. Pero Bailarina se hizo oír, acaso para poner freno a la tensión anímica y física de Patrón.

—Puestos a hablar de la actitud de Patrón cuando el Salto Mortal, nosotros, que entonces no estábamos en contacto con los hechos, tenemos que pensar, lo primero, cómo se originó toda aquella situación, ¿no es cierto, Ikúo? Aquel grupo selecto que Guiador había formado, de repente echó a volar solo. Querían poner a la gente de nuestra sociedad actual en contacto con el panorama que Patrón había visto en sus grandes trances. Cuando se imaginaban ya que toda la iglesia avanzaría con ellos en esa dirección, la facción radical misma se adelantó a todos lanzándose a actuar, y pretendió implicar a la iglesia entera en su acción. Mientras todavía la iglesia no había tomado postura, ya los radicales habían roto brecha y discurrían por sus caminos de aventura.

A pesar de todo, Ikúo no renunciaba a hablarle directamente a Patrón:

—Cuando todavía podía decirse de mí que era un niño, vi por televisión el episodio del Salto Mortal. La declaración que hiciste, Patrón, tenía todo el aspecto de una broma más entre una sarta de chistes. Como acababa de pasar lo de Chernóbil, recuerdo que mi reacción fue muy viva, pues me parecía un total abuso aquel plan de provocar artificialmente un accidente de ese calibre. Aunque al mismo tiempo me inquietaba la idea de si no estaría Dios transmitiendo a la facción radical aquella orden de "¡Hazlo!".

—Si Dios les hubiese dicho "¡Hazlo!", entonces la facción radical no se habría venido abajo tan pronto, ¿eh? —apuntó Bailarina, sin darle lugar a Patrón para responder—. Con la información transmitida por Patrón y Guiador cuando protagonizaron el Salto Mortal, el comando operativo de radicales fue detenido cuando se encaminaba a la central nuclear cercana al monte Fuji, y entonces se vio concretamente cuáles eran sus planes para después de ocupar aquella central. Las autoridades dieron un parte oficial tratando de minimizar lo que realmente había tras aquella trama. Una vez que el atentado se abortó por la fuerza, todo el asunto se trató como si fuera una farsa. Yo le oí decir a Guiador que, como al gobierno le resultaba muy difícil reconocer que las centrales nucleares, una por una, habían sido el objetivo de unos auténticos planes de voladura bien avanzados, tratando de calmar a la opinión pública se dio la imagen de dichos planes como de algo inmaduro e infantil. Y como un medio efectivo de minimizar los hechos 'y tratarlos como una farsa burlesca, se utilizó el Salto Mortal de Patrón y Guiador; como tú, Ikúo, bien sabes. ¿No vino a propósito aquella cómica aparición en televisión, ya por añadidura?

Desde el punto de vista de Ogi, lo que había dicho Ikúo al preguntarle a Patrón parecía tocar la médula de cuanto concernía personalmente al propio Ikúo. No creía Ogi que, habiendo accedido Patrón a viajar hasta esa casa de campo con Ikúo, tuviera aquél ahora razón alguna para retraerse de darle respuesta. En suma, que Ogi no entendía la insistencia de Bailarina en impedir que Patrón le contestara a Ikúo. Ogi estaba ya animándose para darle una voz a Bailarina y decirle "¡Vamos a escuchar a Patrón!".

Entonces empezó a sonar el teléfono, desde el comedor adjunto a la amplia sala de estar donde estaba la chimenea, aunque el comedor se mantenía aislado de esa sala mediante una puerta de cristal que estaba cerrada, para evitar la fuga del calor en tiempo, invernal. Los que estaban reunidos ante la chimenea se quedaron desconcertados por lo imprevisto de la llamada. Aún no eran las nueve de la noche, pero las casas de campo

vecinas estaban cerradas, y la quietud de la altiplanicie hacía pensar que fuera ya de madrugada. Ogi se levantó para responder a la llamada, no sin advertir que Patrón estaba particularmente tenso.

Después de todo la llamada tenía una procedencia de lo más natural, pues quien la hacía era Tachibana, la cual se había quedado a cargo de la oficina en la ausencia de ellos; pero lo que decía era preocupante. Ese mismo día por la tarde Guiador había estado esperando en la oficina a algunas personas que, tiempo atrás, habían mantenido relación con la iglesia. Guiador le dijo a Tachibana que, por supuesto, no iban a darles de cenar, pero que si los visitantes no habían llegado cuando ella se tuviera que ir, él mismo les ofrecería un té; así que le rogaba únicamente que le dejara las cosas preparadas. También —según contó Tachibana— Guiador le había dicho que si por casualidad Bailarina, de viaje hacia la altiplanicie de Nasu, llamara, no se le debía contar nada sobre ese asunto de las visitas. Al cabo del día los visitantes no habían aparecido estando allí Tachibana. Ella preparó la cena para Guiador según las instrucciones dejadas por Bailarina —ya que, después del ataque que él sufrió, tenía que seguir una dieta estricta—. Tachibana lo dejó todo preparado sobre la mesa del comedor, y se volvió a su apartamento de la ciudad universitaria, donde la esperaba su hermano. Cuando dieron las ocho, le entró preocupación por el asunto del té, y llamó al anexo de Guiador para decirle que tanto el juego de té como los otros platos y demás, lo dejara todo sin fregar, que ya ella se encargaría; pero no hubo respuesta. También llamó al teléfono de la oficina, con el mismo resultado. En vista de eso, dijo que se disponía a volver a Seijoo para ver qué pasaba.

Ogi dudó sobre si debería o no dar parte de la llamada de Tachibana, no fuera a ser que llegara a oídos de Patrón. Éste, con todo, presionado como estaba por Ikúo a seguir hablando, se hallaba aún sumido en un frío estado de excitación. No le preguntó nada a Ogi sobre la llamada, pero su cabeza se adivinaba llena de preocupación por Guiador: por cuantos sucesos desgraciados podían sobrevenirle, o por los que quizás le habrían sobrevenido ya. Patrón se limitó a observar, silenciosa y quedamente, la espalda de Ikúo, mientras éste se dedicaba a remover los zoquetes apilados y a medio arder en la chimenea. Tal y como estaban las cosas, no había lugar a continuar hablando, así que Ogi se dispuso a esperar por si de nuevo sonaba el teléfono; en tanto que Bailarina dispensaba a Patrón su medicación de pastillas para dormir y tranquilizantes, y luego lo acompañaba a su habitación. Naturalmente, Ikúo se mostraba un poco frustrado; pero como Patrón aún no se había recuperado bien de su cansancio físico y espiritual, la cosa no tenía remedio.

Como Bailarina estaba ocupada atendiendo a Patrón, Ogi le preparó la cama a Ikúo en la planta superior, en una habitación de estilo japonés.

Allí no alcanzaba el calor del fuego encendido en la planta baja, y hacía tanto frío como en Tokio durante el pleno invierno.

—Si usas la manta eléctrica, te las podrás arreglar sin problemas —le explicó Ogi a Ikúo.

Pero este último aún parecía estar dándole vueltas al tema de que su conversación con Patrón se había interrumpido a medio camino; y no se le veía muy convencido de la eficacia de ese aviso de tipo práctico que le venía de Ogi.

Ogi se aplicó luego a ahogar el fuego echando ceniza sobre la leña, y en el espacio que quedaba delante extendió un futón japonés para prepararse él la cama. Bailarina apareció por allí para decirle que subiera a despertar a Ikúo. Patrón insistía en recibir a éste en su dormitorio para reanudar la conversación interrumpida, y no atendía a razones. Bailarina estaba disgustada y, al parecer, se había quejado a Patrón. Mientras esperaban los dos a que Ikúo se vistiera de nuevo y bajara a la sala de la chimenea, ella le susurró directamente a Ogi:

—Patrón pretendía dormir, pero está preocupado y no sólo por Guiador, sino que nuestra conversación anterior le ha traído recuerdos amargos que le dan vueltas en la cabeza, y no hay manera de que se tranquilice. Entretanto, según él, "es mejor dejar terminada en esta noche la charla que tengo pendiente con Ikúo".

"Yo he tratado de calmarlo diciéndole que el somnífero pronto le hará efecto, y que más valdría dejar la charla para mañana por la mañana. Pero bueno, si le ves a Ikúo ganas de discutir, procura que la cosa no llegue a tanto. Yo también voy a estar por aquí.

—¿Pretendes estar a su lado para hacerle la censura de cuanto diga? Y, más aún ¿vas a dar las respuestas en lugar de Patrón?

El fuego del hogar estaba ya reducido a cenizas, y la única claridad que había era la que se filtraba desde la luz del comedor a la sala de estar; así que en medio de la penumbra se notaba oscuramente cómo a Ikúo le subía la sangre a su gran cara. Ante la rudeza de esta reacción suya, Bailarina se sintió intimidada.

—Pues entonces, en lugar de ir yo, ¿puedes acompañarlo tú, Ogi? —suplicó ella con una voz nerviosa, casi sollozante—. Porque si las respuestas de Patrón no le gustan, y este chico empieza a ponerse violento, yo no sabría qué hacer. Yo me encargo de responder al teléfono.

Ogi condujo a Ikúo a la habitación que de toda la vida era el dormitorio principal de la casa. Era una gran habitación de estilo occidental, donde tanto las luces del techo como las de las lámparas de junto a la cama se hallaban apagadas. En ella estaba instalada una alta cama, de la que la madre de Ogi —por lo que había visto en una colección de fotos de diseño para interiores— solía decir que era cabalmente la de una granja americana. Al resplandor que arrojaba una estufa eléctrica situada junto a la cama, no se veía ni una silla donde los jóvenes pudieran sentarse; tan sólo una vieja cajonera de ropa. Optaron por permanecer de pie a un lado, con la mirada baja; ni siquiera podían distinguir con claridad si Patrón, reposando su cabeza sobre una alta almohada, tenía o no los ojos abiertos. Ogi pensó con optimismo que Patrón se habría dormido en algún buen momento, pero en realidad se mantenía en vela. Entretanto Patrón, con sus ojos entornados, abrió la boca; las palabras que le dirigía a Ikúo parecían —todas y cada una— bien pensadas.

—El profesor Kizu me ha dicho que él también se sorprendió al oírte contar, Ikúo; pero que en su interior también se sentía de acuerdo; y así me lo comunicó por carta: aquello de que en tu adolescencia escuchaste la voz de Dios, ¿no fue así? Y que luego has seguido esperando la continuación de esa voz divina que te invita a actuar resueltamente: "¡Hazlo!"; y también que ahora quieres valerte de mi mediación para que la voz de Dios continúe hablándote. Así lo he entendido.

La voz de Patrón no reflejaba ya la elocuencia oratoria de un rato antes. La lengua se le trababa y las palabras le salían confusas, como empujadas a duras penas desde su garganta. Con todo, a Ogi le causó muy buena impresión que Patrón, a pesar de su mal estado físico y anímico, y de la inquietud que sentía por Guiador, se hubiera preocupado de atender a Ikúo según lo prometido. A juzgar por el tono de Ikúo, que respondía con gran naturalidad, también el joven se solidarizaba con el sentir de Ogi.

—Cuando era niño, yo estaba convencido de haber oído la voz de Dios. Al profesor Kizu no le he contado los pormenores en torno a aquello. De todos modos yo tenía fe en haber oído la voz de Dios, y eso inevitablemente ha condicionado mi vida desde entonces. Hasta el día de hoy he vivido con la esperanza de que esa voz se me haga oír otra vez. En realidad, creo que la cosa no ha sido tan simple.

"Sobre todo, una vez que dejé la universidad, he vivido sin perseverar mucho tiempo en un trabajo, sin hacer amigos, sin quedarme por largo tiempo residiendo en el mismo sitio... he venido pensando que lo mío es estar

en actitud de espera. Así he estado siempre esperando, pero no he vuelto a oír la voz de Dios hablándome de nuevo.

"Aunque, a pesar de todo, este año, al encontrarme con el profesor Kizu, o —mejor diría— al haberme reencontrado con él, creo que las cosas han empezado a cambiar. Y luego he podido encontrarme contigo, Patrón. Y aunque todavía no hayamos hecho más que encontrarnos, creo que una persona como tú puede entender mejor que nadie lo que significa que Dios le hable a uno.

"Yo ahora, aunque esto parezca un sueño, tengo la esperanza de que por tu mediación podré oír cómo Dios vuelve a hablarme. Y, a propósito, he empezado a sentirme interesado por la gente de la facción radical que formara Guiador. Pues ¿no es acaso a esa gente a quien, por tu mediación, se dirigía la voz de Dios que ordena: "¡Hazlo!"? De ahí viene mi interés. Aunque después esa voz de mando, cuando por fin estaba a punto de hacerse oír, ¿no es cierto que Guiador y tú la habéis ahogado? No puedo verlo de otra manera.

Ikúo terminó con dichas palabras, que traslucían lo que ya antes tenía en su mente, cuando preguntó sobre el Salto Mortal. Patrón, de entrada, no le contestó ni palabra. Dejando por medio una pausa demasiado larga, incluso para Ogi, por fin Patrón abrió la boca. Su manera de hablar era más premiosa que antes, y se le oía expresarse a retazos. Pero Ogi trataba de recomponer su discurso, de tal modo que pudiera recordarlo. Como en las palabras de Patrón había la suficiente fuerza para asustar a un "inocente muchacho" como era Ogi, éste aguzaba el oído queriendo captar de algún modo aquella voz tan difícil de entender; pero ese mismo esfuerzo hizo que su memoria fuera fiable.

—En tanto que Guiador y yo poníamos en marcha nuestro movimiento para dar a la gente una muestra de lo que sería el fin del mundo y el fin de los tiempos, y así atraerlos a todos al arrepentimiento, el Salto Mortal supuso un abandono de esa doctrina. Tú antes preguntabas por qué en aquella ocasión Guiador y yo —o más bien: por qué entonces yo, sobre todo— renuncié a las enseñanzas impartidas. Y no sólo eso; por expresarme con tus palabras, yo hacía de mediador de Dios, y puse a esos hombres en un lugar donde también ellos pudieran recibir la voz divina ordenando "¡Hazlo!". Y encima, no me bastó con hacerles esperar en vano, sino que proclamé a los cuatro vientos la estupidez de esos tipos al mantenerse ellos ahí esperando tan seriamente.

"Durante los diez años siguientes a aquellos hechos, Guiador y yo nos convertimos en la irrisión de la sociedad japonesa. Y en nuestro fuero interno nos sentimos aún más acosados y sin escapatoria, como cadáveres condenados a vivir. Y ahora yo —valiéndome de nuevo de tus palabras— he sido impulsado desde lo más hondo del infierno, viéndome elevado a un lugar desde el que tengo que transmitir la voz de Dios que dice: "¡Hazlo!" Yo me he hecho a la idea de que a este destino tengo que entregar mi vida. Al menos si yo esta vez soy el intermediario de Dios para transmitir su palabra "¡Hazlo!", ya desde ahora por nada voy a echar marcha atrás. Te lo prometo, Ikúo.

"La razón por la que apostatamos de nuestra doctrina con el Salto Mortal es porque cabalmente un Salto Mortal tiene que ser una cosa así, con su voltereta hacia atrás. Según eso, el rumbo que tome ahora en esta nueva andadura lo emprenderé como alguien que se ha lanzado al Salto Mortal. También uno que ha saltado de ese modo tiene que participar, según el proceder humano, en esa llamada al arrepentimiento ante el fin del mundo y el fin de los tiempos. Si te pones a pensarlo, ¿acaso no queda claro que el fin del mundo y de los tiempos nos espera a la vuelta de unos cien años? ¿Es mucho tiempo cien años?

"Ikúo, tú ahora estás en la idea de escuchar a través de mi mediación la voz de Dios. Y eso se debe seguramente a que has pasado mucho tiempo sin escuchar esa voz de Dios.

"Para alguien que ha dado el Salto Mortal, ¿es posible que de nuevo se vea confrontado por Dios? Yo he regresado de nuevo hasta el punto preliminar de un gran trance visionario, y puedo decir que sí, que creo que

es posible. Por decir algo heterodoxo, ¿Dios llegaría a abandonar a su suerte a alguien que se haya lanzado al Salto Mortal? ¿Es que Dios iba a dar lugar a que lo tomara por imbécil? Se puede poner la cosa en esos términos. ¿No es cierto que tú mismo, habiendo oído una vez la voz de Dios, estás convencido de que la volverás a oír? Y es precisamente eso lo que te ha traído hasta mí. Seguir manteniendo esa convicción tiene que haberte resultado una amarga experiencia, dada tu juventud. ¿Acaso no has recibido tú —o digamos: también tú— una herida irrestañable para siempre ya? Pero mira, Ikúo: eso es una señal. . .

La voz de Patrón se hizo más baja, y le salía aún más lenta y entrecortada. Al fin él se quedó callado, y se oyó su respiración tranquila, que ya no comportaba voz; y aunque llegó a hacerse semejante a un pacífico ronquido, los dos jóvenes siguieron allí de pie, con el oído alerta. Entretanto, a su espalda sintieron un rumor que superaba ligeramente los ronquidos de Patrón. Era Bailarina, que estaba al lado de la puerta abierta y, recibiendo desde atrás la luz que llegaba del comedor, les hacía un gesto con la mano. Ambos chicos salieron con ella al pasillo y, una vez cerrada tras ellos la gran puerta de la habitación, Bailarina se acercó a Ikúo, presionando su pequeño y menudo cuerpo contra el del joven, para susurrarle:

—También tú has escuchado un mensaje importante de Patrón, ¿no?

Sin darle una pausa a Ikúo para responder, les contó a éste y a Ogi la nueva conversación con Tachibana por teléfono: A Guiador se le daba por desaparecido. La policía, que se había presentado en la oficina al recibir el aviso, encontró al San Bernardo, tan querido para Patrón, envenenado. Así que al día siguiente, muy temprano, había que volver a Tokio con Patrón para hacer frente a esta emergencia.

Los tres jóvenes entonces fueron junto a la chimenea, y se aplicaron a rescatar las ascuas del fuego que aún se veían rojear quedamente entre las cenizas que las cubrían, logrando así que los zoquetes ya negros volvieran a arder. Acallando sus voces, empezaron los tres a deliberar sobre el caso; cuando, al poco rato, volvió a sonar el teléfono, con la tercera llamada de Tachibana. Guiador había sufrido otra congestión cerebral con hemorragia, según las últimas noticias. Lo que motivó esta situación era que lo habían secuestrado unos hombres que lo habían llevado a un refugio secreto donde lo habían sometido a un vergonzante interrogatorio, para dejarlo luego allí abandonado. Con todo, los propios secuestradores dieron aviso; por lo que se presentó una ambulancia en el lugar, y su equipo de urgencia lo encontró allí.

CAPÍTULO 8

SE HA ELEGIDO UN NUEVO GUIADOR

Kizu recibió una llamada de Ikúo, contándole éste que había regresado a Tokio desde la altiplanicie de Nasu, donde —por cierto— ya era pleno invierno en las montañas; y que luego se había quedado a dormir en la oficina. . .

Tokio pasaba aún por unos días de veranillo remanente en pleno otoño, pero ya desde el día siguiente amagó de pronto el invierno. Durante una semana se sucedieron los días fríos, y una mañana que incluso se presentía la nieve, Tachibana —quien por ciertas circunstancias había adelantado sobre lo previsto su cese en la biblioteca, y trabajaba ahora en la oficina de Patrón— llamó a Kizu para decirle que esa misma tarde Patrón iba a ir a visitar a Guiador y. . . ¿Sería tan amable de querer acompañarlo?

Kizu ya incluso había oído que Guiador había escapado del peligro inmediato de muerte, pero que las probabilidades de que recobraría el conocimiento eran escasas. Por lo demás, desde los últimos sucesos, éste era el día en que aún Kizu no se había visto con Patrón. También pudo saber por Ikúo —el cual ahora se ocupaba diligentemente de mantener los contactos telefónicos— que Patrón había caído en picado, y se mantenía recluido por lo general en su estudio-dormitorio. Como el rebrote de la hemorragia cerebral le había

sobrevenido a Guiador tras un interrogatorio improvisado, al que lo sometieran ciertos miembros de la facción radical, el suceso en sí tenía obviamente sus raíces en el Salto Mortal. Era pues natural que Patrón se sintiera responsable. Con ocasión de estos recientes acontecimientos, los medios de comunicación concentraron de nuevo su atención en los sucesos de diez años antes, donde estaban implicados Patrón y Guiador.

Kizu se encaminó hacia el hospital del distrito de Ogikubo que Tachi-bana le había indicado; y una vez allí, ante la centralita de las enfermeras de la sección de cirugía cerebral, vio a Patrón allí solo, esperándolo. Patrón llevaba un cuello alto abotonado, cual un sirviente en un drama de Chejov. Contra lo esperado, ni siquiera le concedió una pausa a Kizu para saludar, sino que se echó a andar, tomándole la delantera. Visto desde atrás, se le notaba cargado de hombros por sus excesivas carnes: un cuerpo rechoncho y bajo que andaba con paso apresurado, indicando el camino hacia la habitación del enfermo. Patrón le iba contando a Kizu su preocupación ante el hecho de que los trámites de ingreso en ese hospital habían sido más simples que en el anterior hospital de Shinjuku; y que aquí la seguridad era tan precaria como podía verse. Patrón y Kizu entraron por fin en la habitación que Guiador compartía con otros cinco enfermos graves. Una vez allí, Kizu se imaginó vagamente que una habitación de enfermos terminales, que —como él— tenían su final anunciado, debía ser menos ruidosa que ésta, en términos generales.

En el extremo derecho de la habitación yacía Guiador en su cama, la cabeza vendada, y dos enfermeras, atendiéndole afanosamente por ambos lados, procuraban extraerle flema de la incisión que se le había practicado en la garganta, pero —al parecer— sin éxito. La que dirigía la cura de entre ellas dos le hablaba al inconsciente Guiador, mientras se dedicaba a rein-tentar su maniobra, controlando la conexión del tubo de plástico con la máquina succionadora. De nuevo se oyó iniciarse un fuerte ruido de succión, originándole penosas convulsiones al enfermo, a una con su respiración sofocada. Patrón torció el cuello para desviar su mirada afuera a través de la ventana. También Kizu miró hacia las pesadas nubes que ocupaban el cielo. Sin duda la flema habría salido, pues las enfermeras dirigieron unas palabras de reconocimiento a Guiador —que por cierto seguía sin responder—, y estaban ya recogiendo la máquina.

Cuando se quedaron ellos solos, y antes de que Kizu pudiera situarse a la izquierda de la cama para ver al enfermo de cerca, Patrón acercó la cara a la mejilla de Guiador, y le habló así:

—El profesor Kizu ha venido a verte, Guiador, ¡Guiador! ¿No decías que tenías tanto y tanto que decirle, que tendrías que abreviar? Trata de recordarlo, ¿quieres? Aunque ahora no puedas hablar, si te funciona la cabeza, trata de figurarte lo que te diga el profesor. ¡Te servirá de práctica para cuando ya puedas hablar con él! ¡Va a ser un buen entrenamiento para luego intercambiar palabras y frases!

Kizu vio este comportamiento de Patrón como un punto afectado. En medio de todo, cuando éste tomó la mano de Guiador y la acercó a sí, y teniéndola agarrada le habló, se le veía en posesión de un poder que —por supuesto— podía convertirse en el medio de sanación que Guiador necesitaba para recobrar la conciencia. Los brazos de los dos hombres formaron un caprichoso ángulo, y las manos de ambos, inclinadas, medio se agarraban entre sí. Los grandes dedos de Guiador, ennegrecidos y nervudos, mostraban sus nudillos al trabarse con la mano regordeta y blancuzca de Patrón. Kizu, que lo contemplaba, creyó percibir una energía mental transmitiéndose allí.

El pelo entrecano de Guiador y su piel, que asomaban entre el vendaje puesto tras sufrir su segunda operación, destellaban limpiamente. En la frente se le veía la huella de su reciente herida, y su rostro estaba recobrando el buen color; mientras que el ojo derecho lo tenía oprimido por arrugas. El izquierdo, en cambio, lo tenía abierto, aunque con la pupila desenfocada. Aquella majestuosa y oscura imagen, tan llena de agudeza, que él solía dar, estaba ahora perdida; y más bien se asemejaba a un simpático viejo pueblerino.

—¡Guiador! ¡Guiador! Mientras tu conciencia está dormida, las palabras tienen que estar esperando para poder convertirse en voz. ¡Si pudieras ahora leerme el pensamiento! Por más que tú has puesto en palabras mis

visiones, yo a mi vez no puedo hacer nada por ti... De todas formas, entiendes ¿verdad? que el profesor Kizu ha venido a verte. ¡Guiador!

Kizu tuvo la sensación de ver las palabras amontonadas, como blancos naipes cubiertos de sangre, dentro de la cabeza de Guiador, pero esta imagen era borrosa. En breve tiempo una gruesa lágrima empezó a surcar la mejilla derecha de Guiador.

Y a la vez que Kizu se percataba de ello, también Patrón se encontró enseguida mirando la misma lágrima. Y entonces, aquella impresión tan incómoda que a Kizu le causara la vitalidad corporal de Patrón, se deshizo por completo, igual que se derrite una fina capa de hielo. Lo único que ahora se veía claro era el gran rostro de Patrón cargado de agotamiento, con sus ojos que, sin pestañear, quedaban prendidos de aquella lágrima.

—¡Guiador, Guiador! —decía Patrón en voz baja, apaciguadora, donde parecía no haber ya lugar para preocuparse más por Kizu.

El color de la tez de Patrón se oscureció, como el sol que se oculta de pronto; a Kizu el cambio le provocó extrañeza. Simultáneamente aquella energía corporal tan viva y aquel modo de hablar incesante, quedaron por igual velados.

Guiador movía esporádicamente su cómica cara enrojecida, y con premiosidad se lamía los labios cuarteados. Entretanto se echó a dormir emitiendo ligeros ronquidos, mientras mantenía el ojo izquierdo abierto, su zona blanca bien visible. Patrón dejó caer su gran cabeza, mostrando así a Kizu la coronilla, que le clareaba bastante.

En éstas, Bailarina, que había aparecido por allí de improviso, para ir a situarse detrás de Kizu, alargó su brazo, y con la yema de su dedo pulgar, que había humedecido de saliva, cerró el párpado de Guiador. Inducido por la patética mirada de Patrón hacia atrás, también Kizu se volvió, para ver cómo la chica, mientras mantenía la vista baja sobre Guiador, se llevaba una vez más el dedo pulgar mojado a la boca y lo chupaba.

Acto seguido Bailarina se secó el dedo con el delantal de papel que se suministraba a los visitantes del hospital, y luego se puso a tapar el pecho y las piernas de Guiador, que estaban al aire. Desde un extremo de la yukata usada como pijama, salió rodando una pelota del tamaño de un puño, de color metálico, cuya caída sorprendió a Patrón y a Kizu. Bailarina, en vez de explicar verbalmente la función de aquella pelota, la recogió, y se puso a practicar con ella ejercicios manuales de recuperación.

A continuación se dirigió a Patrón, que mostraba la espalda encorvada por el cansancio:

—Ya por hoy, debemos volvernos a la oficina —dijo en un murmullo; y a continuación dio a Kizu una explicación bastante considerada—: Es muy de agradecer el estrecho seguimiento que le han hecho a Guiador, pero ayer se encontraba bastante bien, y cuando las jóvenes enfermeras lo llamaron, él les hizo el signo de la victoria con los dedos, algo desusado en él, según creo. Patrón daba saltos de contento. Incluso hoy, su fuerza de agarre ha sorprendido al médico. ¿No quieres estrecharle la mano?

Tras estas palabras, Bailarina dirigió una mirada inteligente hacia el atomizador de desinfectante situado junto a la puerta de la habitación. Kizu expuso de entrada el dorso de sus manos a la acción del desinfectante, y luego ofreció las palmas a la rociada. La mano derecha de Guiador, una vez sujetada por Kizu, devolvía ciertamente el apretón con un gesto rudo. Sobre la prominencia que hacían las articulaciones de ambas manos al estrecharse, Patrón extendió la carnosa palma de su mano para sumar un apretón envolvente.

Luego, los tres visitantes se volvieron a la oficina. Cuando Ikúo, que conducía, detuvo el microbús al llegar, Bailarina ayudó a apearse a Patrón, mientras le retocaba el cuello del abrigo y la bufanda, muy en su papel ella de estar tomando bajo su cargo a todos los allí presentes.

—Como desde por la mañana has estado yendo de un lado a otro sin parar, Patrón, échate ahora un rato en tu habitación, por favor. Por lo visto tienes una conversación pendiente con el profesor Kizu, pero no puede ser ahora, recién llegado de la calle. Profesor: no te importará esperar un poco en la sala de estar, ¿verdad? Ikúo, ten en cuenta que debes estar preparado para llevar luego al profesor.

Patrón guardaba silencio, y se mostró sumiso ante las indicaciones de Bailarina. Desde el punto de vista de Kizu, si este encuentro con Patrón después de tanto tiempo no se veía que fuera a conducir a una conversación fructífera, más le habría valido a él tomar un taxi al salir del hospital. Por otra parte, tampoco le suponía ningún problema esperarse ahora un rato. Después del desgraciado suceso que le sobrevino a Guiador, el portón de entrada lo mantenían con el cerrojo echado; y por eso al oír llegar y detenerse el microbús, Ogi salió a recibirlos. Cuando entró Patrón, sostenido a ambos lados por Bailarina y Ogi respectivamente, no le quedaba ya a aquél una pizca del vigor que había mostrado cuando esperaba a Kizu ante la centralita de las enfermeras. Viéndolo por la espalda caminar, descargando su peso sobre las espaldas de ambos jóvenes, Kizu sintió que se le oprimía el pecho.

En el rincón destinado al despacho, Tachibana estaba clasificando todos los mensajes recibidos, procedentes de personas que habían sabido por la prensa de las nuevas actividades de Patrón, con motivo de los últimos acontecimientos. Kizu se dio una vuelta por dicho rincón, y le preguntó a Tachibana cómo le iba en el trabajo; entonces ella se limitó a responderle que como Ogi estaba tan ocupado, ella ahora lo había relevado en ese trabajo. Y mientras le hablaba no apartaba su mirada de la pantalla del ordenador.

El recién mencionado Ogi, después de haber llevado a Patrón hasta su estudio-dormitorio, y dejarle allí la restante tarea a Bailarina, volvió a su mesa de oficina, situada junto a la de Tachibana, pero no parecía tener nada que decirle a Kizu. Ikúo, por su parte, tras meter el coche en el garaje y echar el cerrojo al portón, fue a sentarse junto a Kizu; pero también permaneció en silencio, sus musculosos brazos cruzados llamativamente sobre el pecho.

En éstas, apareció Bailarina por el despacho. Ella acercó su boca al oído de Ogi para hablarle. De ordinario Ogi solía situarse con respecto a ella en el papel de hermano menor, pero ahora daba la impresión de haberse convertido en un consejero importante para Bailarina. Acto seguido, dijo elevando la voz:

—Si es eso lo que desea Patrón, ¿cómo va uno de nosotros, tú o yo, a meterse por medio? ¿Por qué no le cuentas a él directamente lo que te ha dicho Patrón?

Con la expresión de una niña abofeteada en la mejilla, Bailarina avanzó unos pasos hacia Kizu para decirle:

—Patrón desea que aceptes convertirte en el nuevo Guiador.

—¡Pero bueno! ¡Así de repente...! ¡Actuar como Guiador, nada menos...! —saltó Kizu, más bien como en un cuchicheo no dirigido a nadie en particular, que como respondiéndole directamente a Bailarina.

Las palabras de Kizu semejaban un guijarro arrojado en un hondo pozo, en cuanto que no daban lugar a respuesta alguna. Pero tras una pausa, Bailarina le dio la réplica:

—Ya sea que lo aceptes o que lo rechaces, debes responderle a Patrón. Ya aquí no ganamos para sorpresas, así que yo no tengo ni idea de qué opción es la mejor.

La voz de Bailarina no era el susurro penetrante habitual en ella, sino algo mucho más opaco. Y en ello captó Kizu el acento especial de los hablantes de Hokkaido. Cuando esa niña se las vio y se las deseó para comunicar a la familia su vocación orientada a la danza moderna, ése sería sin duda el acento que usaría al hablar... Pero ahora mismo Kizu sintió que tenía sobre sí los ojos apremiantes de Ikúo, que lo miraban sin despegarse de él.

Aquel hombre que estaba esperando a Kizu, la manta y el edredón cubriéndole hasta el pecho mientras se estaba quieto allí acostado, no era ni el personaje enérgico en sus maneras de la primera parte de la visita al enfermo, ni el que —por el contrario— al final de la visita diera muestras de estar tan agotado. Ahora Patrón transmitía más bien la sensación de encontrarse en calma, atesorando una energía contenida. Con una mirada distante de aquellos ojos negros asomándole tras los párpados, observó al artista de arriba abajo; y moviendo el cuello solemnemente como una señal, instó a Bailarina a que los dejara solos. Luego dijo:

—En mi nueva iglesia, el papel que hasta ahora ha desempeñado Guiador te ruego que lo tomes a tu cargo. Para corresponderte, te ayudaré a superar los malos momentos por los que estás pasando, tanto en tu cuerpo como en tu espíritu.

Kizu le respondió al punto:

—Si dispones de ese poder, antes que nada deberías emplearlo en sanar el cerebro de Guiador.

Patrón no reaccionó repeliendo el veneno de esas palabras; antes bien se lamentó con una voz patética, rayana en la insensatez:

—¡Ah!, ¡si eso me fuera posible...!

Kizu se quedó de una pieza ante la respuesta tan franca de Patrón. Viendo rebatido su argumento, Kizu perdió la oportunidad de seguir insistiendo. Y mientras tanto Patrón desvió la mirada, mientras se le ensombrecía el entrecejo. A poco se fue rehaciendo, y con un tono prosaico, día-metralmente opuesto a la vivacidad con que antes había dirigido aquella invitación a Kizu, habló así:

—Como Guiador se encuentra en tan lamentable estado, yo también, como persona que va entrando en la vejez, tal vez haría mejor dejando de pensar en el nuevo movimiento, para dedicarme a cuidarle, y pasar así juntos los dos el resto de nuestros días. ¿No piensas tú también así, profesor? Cuando leíamos a R. S. Thomas, ese tema también lo sacamos en nuestras conversaciones, ¿verdad? Igual me gustaría tratarlo con Guiador, pero en fin... Pues es que no tengo modo de juzgar si él entiende mis palabras o no me entiende... Nosotros, cuando dimos el Salto Mortal, nos imaginamos un futuro como este que he dicho, para nosotros...

"No obstante, profesor, toda vez que Guiador está en la situación en que está, yo no puedo pensar en ponerme a salvo renunciando a mi misión de "patrón" o maestro, y dedicarme a empujar la silla de ruedas de este hombre mientras dure su rehabilitación. Pues Guiador se vio enfrentado a esa gente que lo aprisionó, y lo sometió a un infame interrogatorio, pretendiendo hacerle confesar que el Salto Mortal había sido una equivocación. Y de resultas de eso, quedó tan malherido como sabemos.

"Ya él no va a poder relacionarse mediante la comunicación verbal con el mundo exterior. Con todo, aunque Guiador muriera sin recobrar la conciencia ni el uso de la palabra, creo que puede decirse que ya él ha dado una culminación a su vida. Pues él, como cualquier profeta, ya ha sufrido su pasión..."

"Pero, a todo esto, yo tengo que seguir viviendo, con más motivo aún.

Una vez dado el Salto Mortal, si ahora me falta la cooperación de Guiador, aunque me vuelvan mis grandes trances, yo no sabré comunicar esas visiones con palabras. Tendré que lanzarme con todo mi coraje a vivir. Y si al final entro en el declive senil y mi mente flaquea, para acabar viniendo a morir así... ¿no carecerá acaso mi vida de todo sentido? ¿Qué se dirá luego que era Patrón? Me convertiré en objeto de burla.

"Ni que decir tiene que a mí me gustaría morir después de haber actuado en esta vida como un verdadero "patrono" tutelar de la humanidad. Aquellos canallas que secuestraron a Guiador llegaron a herirlo en lo más sensible, y escaparon tras cometer una acción más abominable aún que un asesinato. Esto supuesto, yo ahora quiero alzarme hasta un nivel en que esos indeseables no tengan más remedio que verme como en su punto de mira. Dicho esto, Patrón dirigió a Ogi sus ojos, penetrantes como los de un pájaro.

—Profesor, te lo ruego: basta con que seas un Guiador que, en silencio, se dedica a pintar —suplicaba Patrón—. De ese modo, profesor, tú puedes expresar las cosas como yo no podría jamás. Tiene que ser posible que tu pintura explique claramente mis visiones. Con que orientes tu mirada en la dirección de mi fe, ya es suficiente. Estando Guiador en la situación en que ha caído, no irás a decirme que no. Como bien sabes, yo ahora vivo rodeado de unos pocos jóvenes. Si busco un adulto maduro que pueda prestarme su apoyo... ¿con quién voy a contar, sino contigo?

—Yo no sé si serviré como sustituto de Guiador, eso está por ver. Pero hasta que él se restablezca lo pondré todo de mi parte —dijo Kizu, sobreponiéndose a su timidez—. Hasta ahora de vez en cuando me he dado una vuelta por la oficina enredando un poco; así que en adelante vendré más a menudo, y estaré preparado para conversar contigo, Patrón.

—Ikúo te traerá y te llevará —dijo Patrón, con la mirada soñolienta de un pájaro sosegado—. Y ahora, ¿puedes decirle a Bailarina que me traiga la pastilla para dormir?

Kizu se fue a la sala de estar, donde se dirigió a Ogi y a Bailarina, que estaba de pie junto a la mesa, y les refirió su conversación con Patrón. El joven y la chica compartían ambos una misma expresión, como de hermanos, mientras escuchaban a Kizu; y era algo que este último nunca había advertido antes. Más aún: también en la actitud de Ikúo, que desde su rincón levantó la mirada hacia él, Kizu se dio cuenta de que los tres conjuntamente se solidarizaban con su decisión. Incluso Tachibana, sin querer meterse donde no la llamaban, se mostraba contenta por lo ocurrido.

Kizu salió a la calle, donde empezaba a caer una nieve en polvo, para esperar la maniobra de Ikúo, que tenía que sacar el microbús del garaje, y acercarse a la entrada. Esa nieve le producía una sensación distinta de la que él había experimentado al ver nevar en su universidad de la costa Este de Estados Unidos: allí era como hecha de ligeros granos de sal; aquí era como él la recordaba desde la niñez: blanda y pronta a derretirse. Kizu sintió añoranza de su patria chica. Subió al coche, y se sentó junto al conductor. Desde allí miraba aquel cielo con su danza de nieve, mientras revisaba mentalmente en su acalorada cabeza la conversación que acababa de tener con Patrón.

Lo primero que le vino a la memoria fue aquel ofrecimiento que le había hecho Patrón, en el sentido de que si él aceptaba desempeñar el papel de Guiador, Patrón lo ayudaría a superar cualquier crisis que lo asaltara, tanto en lo espiritual como en lo físico. Ante esto, Kizu no pudo refrenar una sonrisa fría: "Que se preocupe por mi espíritu, todavía... Pero... ¿se ha—, brá dado cuenta este hombre de mi recaída en el cáncer?" Sintió enseguida una tirantez en sus mejillas. Y es que Kizu se acordaba de la respuesta tan malhumorada que le había dado a Patrón, aquellas palabras dichas con tan poco tino.

—Hace un rato, cuando no habías hecho más que salir de tu conversación con Patrón, parecías otro, profesor —le comentó Ikúo—. Ahora se te ve como distante. . . , pero creo que nunca te había visto reír como hace un momento. ¿Es que acaso has cambiado de parecer?

—Desde luego, no me río más que de mí mismo —le contestó Kizu. —Yo entiendo que la propuesta de Patrón pueda serte molesta, profesor —dijo Ikúo—. Pero yo habría apostado por que le darías tu conformidad.

"Cuando se lo oíste decir por primera vez a Bailarina no se te veía una reacción muy entusiasta, que digamos, y me preocupé, pensando que íbamos a tener problemas. ¡Mira que si a raíz de esto el profesor se nos vuelve a América!, he llegado a pensar. En cuanto a mí, ahora que he tomado la opción de seguir a Patrón, si me encontrara con que por tu parte se me impone la separación. . . , Patrón no tendría a quién ofrecerle ser el nuevo Guiador. Y nosotros mismos. . . , no sé qué haríamos sin ti.

—Con todo, no hay en mí ninguna de las cualidades que se requieren para que Patrón pueda confiar en mí. Y por si fuera poco, no sé casi nada de las doctrinas que Patrón profesaba, aun cuando él de hecho las negara. . . Y, por otra parte, si pienso en ese hombre excepcional que es Guiador, a quien la cabeza le ha estallado por su propia sangre y ahora está tan postrado, tengo que acabar reconociendo que no lo conozco bien.

—Sin embargo, profesor, en el corto tiempo que llevas conociendo a Patrón, creo que has tenido con él algunas conversaciones profundas. Y además, conociéndote como te conozco, sé que si accedes a ser el nuevo Guiador, con ocasión de eso aprovecharás para estudiar mejor la figura de Patrón. Y, a propósito, desde hace algún tiempo he venido dándole vueltas a la siguiente idea: me gustaría pedirte, profesor, que cuando estés con Patrón le preguntes por qué él empezó a considerarse el "Salvador de la humanidad" —ya fuera metafórica o cabalmente— antes de llamarse "Patrón", tal cual lo conocemos ahora. Pues como el viaje a la altiplanicie de Nasu quedó truncado de pronto, no tuve ocasión de preguntárselo por mí mismo.

—Si eso es importante para ti, así lo haré. También tengo que preguntarle a Patrón por qué Guiador se llamaba a sí mismo "Profeta de la humanidad", ya fuera metafórica o cabalmente, y cómo empezó a considerarse un "Guiador", según lo llamamos ahora.

A la cara angulosa, bien cincelada de Ikúo, afloraba una sonrisa semejante a una máscara sorprendentemente alegre, que se hacía visible a la brumosa luz de aquel cielo de nevada. Kizu no tenía idea de en qué términos Ikúo interpretaría su respuesta, pero se abstuvo de sondearlo al respecto.

Acto seguido se quedó en silencio, mirando cómo la nieve, que caía más espesa por momentos, azotaba el parabrisas; y sintió una sensación de ternura que se le transmitía desde Ikúo, el cual seguía a su lado, conduciendo. Y no es que los sólidos músculos y osamenta de Ikúo, con su aire marcial de siempre, se suavizaran; sino que algo más íntimo se le trasminaba desde dentro. Cuando Kizu se volvió a Ikúo, ya éste había borrado su sonrisa, aunque perduraba en él una expresión relajada, acorde con su juventud.

Ya desde que Kizu empezara a trabar conocimiento con Ikúo en la Sala de Secado del club de atletismo, y luego lo invitara a posar como modelo en su apartamento. . . , y sobre todo cuando allí llegó a tener relaciones sexuales con él, a menudo aquel joven le daba la impresión de estar espontáneamente liberando la tensión acumulada. Sin embargo, en el fondo de la actitud de Ikúo —y con relación a cualquier otra persona— había algo inamovible y sólido; hasta el punto de que, cuando Kizu se disponía a escribirle aquella carta dirigida a Patrón, llegó a pensar si aquel episodio de la niñez de Ikúo —en que, según éste le contara, la voz de Dios se le hizo audible— no habría marcado una huella indeleble en su vida.

Y no es que Kizu creyera las cosas de Ikúo tal y como éste se las confiaba. Pues Kizu no creía que aquí y ahora pudiese existir ese Dios capaz de comunicar tal experiencia mística a un niño. Para empezar, hablar de "aquí y ahora" refiriéndolo a Dios equivaldría seguramente a no decir nada. No obstante, tenía que ser cierto que el joven, al menos desde que abandonó la universidad, había vivido su vida enraizándola con toda el alma en tal recuerdo. En el Ikúo que él había conocido en el club de atletismo se adivinaba la presencia de un guerrero solitario que lucha en campo abierto, o —mejor dicho— en plena jungla. Su belleza hecha de reciedumbre y su cuerpo musculoso no tenían ni pizca del amaneramiento y blandenguería que Kizu había visto en otros jóvenes de su edad, tras su regreso a Japón. Así y todo, tampoco se daba el caso de que Ikúo tuviera esa sequedad insulsa de los estudiantes regresados de Vietnam a los que Kizu dio clase en América; y eso se debía a que el joven atesoraba en su corazón una ardiente esperanza, la cual no le permitiría quedarse en el nivel de los mediocres.

Desde el principio, Kizu había notado en Ikúo algo que lo hermanaba con un animal feroz. Siendo un solitario nato, no daba lugar a que nadie se le acercara; pero bajo ese exterior refractario, él dejaba asomar una valía interna de gran atractivo. Y aunque hubiera surgido aquella relación sexual, esa recia armadura que formaba parte de la intimidad de Ikúo jamás se había resquebrajado. Pero ya a estas alturas, Ikúo salía con su risita tan reciente, mostrando esa ternura natural que la acompañaba. Y eso provenía de que así manifestaba a las claras su respuesta sobre la aceptación de Kizu a asumir el papel de nuevo Guiador. Y, puestos a recordar cosas, es cierto que también Bailarina al principio se había mostrado quejosa a propósito de la idea de Patrón; pero cuando Kizu salió del estudio-dormitorio de éste y charlaron, lo que resultó de todo eso fue una adhesión inmediata por parte de ella, así como por parte de Ogi, a dicha idea.

Kizu volvió a reflexionar sobre su cometido como nuevo Guiador. Cuando se puso a recordar todavía unas palabras que Patrón por añadidura había dicho, iba ya a reproducírsele aquella ligera sonrisa, de la que Ikúo dijera que jamás había visto antes en él. Las palabras eran: "¡Basta con que pintes tus cuadros sin decir ni una palabra, para que así seas el nuevo Guiador!" Pero ¿cómo casaba eso con lo que el mismo Patrón había dicho otras veces, que Guiador trabajaba con la palabra, y que su misión la desempeñaba hablando? ¿Cómo sería posible transmitir a otros las visiones de Patrón por medio de la pintura? ¿Cómo iba a resultar eso?

Abundando en el tema, Kizu trató de imaginarse a sí mismo en el papel activo del nuevo Guiador. Pero no se veía en absoluto realizando un trabajo positivo. "Supuesto que ha de haber un liderazgo por parte de Patrón, lo mío será seguirle en sus iniciativas, bien que sea en este quehacer de pintar cuadros. Aunque... se me acaba de ocurrir una cuestión: pintar cuadros, pero... ¿cómo? No se estará él refiriendo a que le pinte historias piadosas, como para ilustrar la narración oral de algún cuento?"

Kizu advirtió que la agitación interior que sentía dialogando con Patrón se le había calmado. Comoquiera que fuese, no le quedaba a Kizu ningún resto de duda sobre el nuevo paso adelante que estaba dando —y que afortunadamente incluía también a Ikúo—.

A la mañana siguiente, cuando se despertó Kizu, la nieve había cesado de caer. Aún no eran las siete, pero él tenía un alboroto interior que no lo dejaba reposar en la cama. Con la situación actual de pleno empleo de Ikúo en la oficina, las tareas de limpieza requerían de nuevo las manos de Kizu, y tuvo que aplicarse para dejar en orden la desastrada sala de estar. No quiso usar la potente aspiradora de fabricación americana que le suministraban con el apartamento, porque como hacía mucho ruido temía molestar con ella a los vecinos de su planta y a los de abajo. En éstas, percibió un rumor amortiguado fuera, y al volverse a mirar descubrió que unos finos flecos de nieve volvían a caer. Kizu pensó que su sensibilidad para captar pequeñas manifestaciones de movimiento dentro de su ámbito de visión era muy reveladora de su estado de ánimo actual; aunque no era capaz de definir el porqué de sus ideas.

Una vez que puso en orden la zona de taller se asomó a la terraza y, al fijar la vista en la pendiente cubierta de césped, descubrió que incluso la superficie del estanque se había blanqueado. Tras formarse allí una fina capa

de hielo, la nieve se iba acumulando encima. El harunire, totalmente despojado de hojas, se mostraba desnudo y negro, sus gruesas ramas coronadas de nieve. Un bando de pajaríiii&_ silvestres, que una llovizna habría espantado fácilmente, se mantenía inalterado bajo la nieve en polvo, moviendo ellos —con todo— de vez en cuando sus cuerpecillos sobre la rama mientras cada uno cuidaba de su sitio respectivo. Kizu intuyó que la nieve había desencadenado de algún modo la agitación que él sintiera en lo más hondo de sí mismo desde por la mañana temprano.

Por la tarde se aclaró el día, y al mirar por la ventana al harunire, la nieve que antes se le había adherido por un costado y sobre algunas porciones casi horizontales de las ramas se había derretido. El estanque, como no formaba ondas sobre su superficie, se veía helado, pero la nieve apilada encima había desaparecido. Tampoco había nieve sobre el césped; sólo quedaban unos puntos blancos por la hierba seca remanente entre los árboles desnudos de hojas.

Durante la mañana, aquella angustiosa excitación que Kizu había sentido tenía tintes sombríos, hasta el punto de hacerle recordar tras mucho tiempo la frase hecha "me hierva la sangre". Pero, por la tarde, la claridad del cielo y las nubes se le había infiltrado hasta el corazón.

Él no podía dejar de pensar en la nueva carga que se había echado encima, como una ardua tarea a la vista. No obstante, se sentía en posesión de la energía almacenada que era necesaria para hacerle frente. Kizu se encontraba en un estado anímico que sus alumnos de Nueva Jersey llamarían "positivo". Las nubes que se extendían más allá de la ventana no daban impresión de traer tormenta; antes bien pintaban a la acuarela aquel cielo claro.

Kizu sostenía verticalmente un bloc de dibujo Wattman F6 para hacer su composición. En el tercio superior de la hoja trazó blancas nubes resplandecientes y un cielo azul celeste lleno de luz. En la cuarta parte inferior del papel, una arboleda de tenue colorido otoñal sin una sola hoja, y las ra-mitas que ya se convertían al subir en tallos finos, entrecruzándose. Sobre el espacio intermedio se abría un extenso vacío no tocado por el pincel. No es que él lo tuviera muy claro, pero como costumbre adquirida de años atrás, Kizu daba por supuesto que allí había un sentido. En resumidas cuentas, que sólo cuando se cubriera de pintura aquella amplia franja horizontal —cinco doceavas partes del papel entero— dejada en blanco, el esbozo de Kizu se convertiría en una obra artística. No se trataba del paisaje visible a través de la ventana, sino de un espacio con cielo en lo alto y arboleda en su parte baja, para pintar allí en medio algo de su imaginación que conjuntara y encajara con lo ya pintado.

A poco, Kizu se había puesto a dibujar con un lápiz blando dos figuras humanas puestas en pie y vistas de espalda, para rellenar así aquel extenso blanco de cinco doceavas del papel. Luego empezó a aplicar acuarela. El espacio alrededor de las dos personas lo coloreó de azul celeste, y añadió formaciones verticales de nubes separadas entre sí.

Lo que Kizu había dibujado eran las figuras de Ikúo y la suya propia. Ambos aparecían cogidos de la mano, en un gesto no tan extraño entre hombres ya adultos. En la acuarela, Kizu figuraba tal como estaba vestido al pintarla: unos descoloridos pantalones negros de algodón, camisa de lana y un suéter encima. Ikúo llevaba pantalones vaqueros, y una camisa azul muy holgada, con mangas también amplias. Los dos calzaban unas altas botas de nieve con cordones para anudarlas al tobillo, como las que usaría en América cada invierno un artista que viviera en la costa nordeste de Estados Unidos, algo realmente innecesario en la ciudad de Tokio.

Las figuras de Kizu e Ikúo tal como aparecían en el cuadro, caminaban hacia un fondo de cielo claro que traslucía una mayor naturalidad que las ideas fantásticas plasmadas por muchos mediocres surrealistas. "Me he imaginado el mundo visionario de Patrón con este enfoque tan optimista —pensó Kizu—, previendo acaso que en compañía de Ikúo voy abriéndome paso hacia un futuro inmediato." El asunto era tan simple que ya en adelante no se podría seguir llamando a Ogi "el inocente muchacho" y todo eso; pues Kizu le ganaba en

inocencia, por más que interpretara su idea como el resultado de su intento inconsciente por incorporarse de un salto, cobrando ánimos para aceptar la propuesta de ser un nuevo Guiador para Patrón. . .

Esa misma tarde, por causa de unas obras que se realizaban ante su edificio, los coches no podían aparcar delante de la puerta. Por eso Ikúo le dio un telefonazo desde un sitio alejado, donde lo aguardaba. Así que Kizu caminó a lo largo de una manzana, hasta donde Ikúo estaba esperando, fuera del coche. Kizu, en lugar de otro saludo, optó por palmearle la recia cerviz al joven; para venir a sentir el frío de haber tocado un objeto por toda respuesta. Kizu se sintió rechazado corporalmente, en su intento de mostrar familiaridad. Aunque todo quedara en que el cuerpo del joven no hacía más que transmitir la temperatura ambiental, lo cierto era que Ikúo estaba más taciturno que el día anterior. Algunos días Kizu había sentido, de un modo intermitente, que en relación con Ikúo marchaba hacia atrás, volviendo al tiempo en que empezaron a tratarse; y ése era uno de tales días. De no ser así, él mismo, una vez en el coche, habría sacado de su envoltorio tubular de cartón la acuarela que acababa de pintar, para enseñársela a Ikúo cuando se pararan ante algún semáforo en rojo, por ejemplo. Sin embargo, todo eran oportunidades perdidas.

—Cuando me has llamado hace un rato, me dijiste que venías de haber llevado a Bailarina al hospital para que se ocupe de la rehabilitación de Guiador, ¿verdad? ¿Se ha recuperado él tanto como para empezar los ejercicios de rehabilitación? O, al menos, ¿es que hay ya perspectivas de que se recupere?

Kizu le hizo esta pregunta a Ikúo, pero el joven no le respondió al punto, sino que siguió en silencio, mirando al frente. Tras esa pausa, se dispuso a responderle, como quien de hecho no tiene más remedio:

—Bailarina está haciendo todo lo posible, con sus idas diarias al hospital. Pero no cree que ese hombre vuelva a poder desempeñar su misión como Guiador. Lo único que Bailarina me comentó en el coche fue que deberíamos poner nuestras expectativas en tu actuación, profesor.

Llegados a la oficina, Ikúo hizo pasar a Kizu al estudio-dormitorio de Patrón, donde éste estaba bien hundido en su butaca. Ante él se le sentó Kizu en una silla, en tanto que Ikúo trajo de la zona de oficina un asiento sin respaldo, donde se sentó; puso sobre sus rodillas el envoltorio tubular de cartón para las acuarelas que Kizu le había entregado al bajarse del coche, y apoyó su robusta mano sobre un extremo del tubo.

—Para cambiar de costumbre, te vamos a escuchar juntos Ikúo y yo. Ogi me ha dado a entender que estás de acuerdo —dijo Kizu.

—A partir de hoy, y en adelante, más justo sería decir que soy yo quien voy a escucharte, profesor —contestó Patrón con cara preocupada, pero con tono resuelto—. La compañía que nos hace Ikúo mientras charlamos es más bien algo que yo estaba deseando.

"Pero además hay hoy otra razón para que nos veamos. Al despertarme, y durante un tiempo en el que estaba mitad dormido y mitad despierto —que es una situación que se me repite mucho—, he visto entonces, esta mañana, una escena ante mí. Yo la he interpretado como señal de que tú, profesor, con Ikúo a tu lado, vas a desempeñar la misión del nuevo Guiador. Como deseaba hablar contigo sobre todo ello, te he mandado llamar de improviso.

"Lo que he visto es que tú, profesor, cogido de la mano de Ikúo, teniendo la seguridad de que si alguno de los dos va a caerse encontrará un firme apoyo en el otro. . . así avanzabais los dos paso a paso por el espacio hacia donde yo estaba, en tanto que yo velaba por vosotros. Ésta es la escena que he visto.

Kizu no las tenía todas consigo sobre si Patrón no lo estaría conduciendo hacia una elaborada trampa. Al mismo tiempo, se sentía también atraído por aquella tranquila mirada de su interlocutor, llena de confianza. Kizu probó a resistirse interiormente.

—En la escena que has contemplado, Patrón, ese lugar por donde Ikúo y yo caminábamos, y que has llamado "espacio"... , hablando concretamente, ¿se podría decir que era bajo el cielo? Y si era así, ¿cómo era el clima en ese sitio?

—Estaba soleado. En la zona medianera entre vosotros dos y yo, que avanzaba para recibirlos, había unas nubes recién formadas, que brillaban en su blancura. Con el aspecto de un ballenato al que el hubieran quitado la cola. La cabeza del cetáceo poseía relieve tridimensional... ; se hacía sentir su peso y, como dejándose llevar por el impulso de éste, la figura se movía en diagonal hacia abajo.

Kizu se volvió y echó una mirada a Ikúo. Antes de decirle nada, ya éste había adivinado su intención, por lo que le pasó el envoltorio cilíndrico de cartón que tenía sobre las rodillas. Kizu introdujo dos dedos por el extremo abierto del mismo, enrolló hacia dentro el papel de algodón que servía de protección, y liberó la acuarela para sacarla.

Patrón recibió el dibujo de manos de Kizu y lo expuso a la luz del quinqué que reposaba sobre la mesilla de noche. Kizu sabía de antemano que Patrón, en ese estudio-dormitorio solía oír música en CD, clásicos que iban desde los tiempos antiguos hasta la época contemporánea. También le interesaba la pintura... A Kizu le dio un palpito de que se encontraba ante alguien verdaderamente entendido en arte.

Al poco rato Patrón alzó los ojos desde la pintura y se echó a reír "¡Ja, ja, ja...!": una simple e inocente risa. Vuelto hacia Kizu, le hizo un gesto de asentimiento, y luego le pasó la acuarela —que tendía a curvarse, por la inercia del papel, hacia los extremos— a Ikúo, el cual había estado a punto de levantarse, sintiendo cierto apuro, para echar un vistazo. Patrón no se puso a decir nada sobre la coincidencia de su sueño —o más bien de su visión, que acababa de describir— y la escena representada en la acuarela de Kizu. Su sonrisa de tan excelente humor ya era lo bastante elocuente, y él por lo visto había resuelto que no le era necesario extenderse en explicaciones, ni para sí mismo, ni para Kizu, ni tampoco para Ikúo, que había empezado a mirar el dibujo con enorme interés.

Era más bien Kizu quien, esbozando una sonrisa, como inducida por la risa de Patrón, no podía ya quedarse sin añadir una explicación. Kizu se puso a mirar lo que Ikúo tenía en sus manos, y Patrón iba a acercarse para lo mismo. Entonces Ikúo sostúvola acuarela inclinada para que los tres pudieran verla, y él mismo también apuntaba una grata sonrisa.

—Este cielo azul lo he pintado tal como lo he visto esta mañana desde la ventana de mi apartamento. Igual vale decir de la arboleda. Sin embargo, las nubes que flotan por el cielo ya son otra cosa. A mí me ha sorprendido la descripción que acabas de hacer, Patrón, de las nubes como un ballenato sin cola, por lo acertada que es. En realidad son las nubes que siempre he visto formarse en el mismo sitio desde mi despacho en la universidad. Especialmente desde que allí me confiaron un cargo, en las ocasiones en que éste me traía problemas, yo me consolaba mirando esas nubes. Y ahora, con la carga de añoranza que tienen, se han metido en mi esbozo por sí solas, creo.

—Ese cielo de nubes flotantes, como pertenecen al mundo "de allá", adonde tu espíritu, profesor, se va adentrando, creo que definen un lugar que podemos calificar de "añorado" —dijo Patrón.

—Mientras realizaba este dibujo, ¿acaso no estaría yo pensando eso mismo? Decirlo así peca de vaguedad; pero el hecho de que Ikúo y yo caminemos bajo ese cielo luminoso hacia un horizonte, creo —por lo que he

visto en sueños— que significa que yo, acompañado por Ikúo, voy entrando en el mundo "de allá" que Patrón ve en sus grandes trances. Mejor que decir que yo entro en mi propio trance.

—Eso, en el buen sentido, profesor, es una y la misma cosa. Cuando tú estás concentrado en tu trabajo, estás abriéndote la entrada al mundo "de allá" que yo estoy visionando en mis trances. Ése es el ideal para las relaciones que debe haber entre Patrón y Guiador. Guiador ha dicho alguna vez que ésa era la meta de sus aspiraciones.

"Otra cosa que para mí es importante es que Ikúo y tú camináis así, cogidos de la mano. Por medio de los trances, podemos experimentar de algún modo ese mundo "de allá". No obstante, hay algo sobre lo que Guiador siempre me ha insistido mucho, y es que uno no debe dejarse arrastrar en el mundo "de allá" por esa corriente de éxtasis que lo invade. Porque esa gran corriente es Dios. Y dejarse arrastrar equivaldría a unificarse con Dios; el éxtasis proviene de una premonición de ese estado. Aun suponiendo eso, cualquiera puede decir que dejarse arrastrar sería más bien el comportamiento natural. . .

"Aun así, todos nosotros tenemos en nuestro interior partículas de on-das-luz que hemos recibido del Ser Uno —como podríamos llamarle—, o bien del Único, o de Dios, por decirlo de forma más corriente. Para cada individuo, acceder a la fe significa que esas partículas de ondas-luz no se quedan en un ambiguo plano conceptual, sino que se sitúan adecuadamente en el mejor ámbito de su cuerpo y su alma. Esas partículas de ondas-luz están dentro de nosotros, pero no son posesión nuestra. Mucho menos aún pueden ser fabricadas por nosotros. Son algo que el Ser Único nos confía. En menos de lo que se piensa —y esto no quiere decir con el curso natural el tiempo, sino con la aportación de nuestro continuo adiestramiento— todos nosotros debemos restituir esas partículas de ondas-luz a su fuente original, al Ser Único. Con ese fin debemos atesorarlas, manteniéndolas continuamente vivas. Son algo que se nos ha confiado para que lo custodiemos en nuestro cuerpo y en nuestro espíritu; y de ahí se surten de vida esas partículas de ondas-luz, y en ningún momento podemos olvidar que finalmente deberemos reintegrarlas al Ser Uno, al Único.

"Si en el trance quedamos ebrios por el éxtasis, y somos absorbidos a lo más hondo de su vorágine, nos resultará ya imposible volver "acá" desde esa inmensa corriente. Con todo, una de las condiciones fundamentales que se imponen al ser humano es que éste no puede permanecer indefinidamente en el lado "de allá". Es decir que si alguien fuerza el regreso mecánicamente, las partículas de ondas-luz no se podrán encontrar en ningún lugar de su cuerpo ni de su espíritu. Ése será el resultado.

"Sea cual sea el nivel al que llegue el trance, mientras estemos en él tenemos que estar despiertos. Con ojos bien abiertos tenemos que mirar la inmensa corriente. Tenemos que hacer transparentes nuestro cuerpo y nuestro espíritu, para ver las partículas de ondas-luz que tenemos dentro, reflejadas en el espejo de la inmensa corriente. El estado en que nos encontraremos cuando estemos en un trance no tiene nada que ver con el mayor o menor nivel de olvido de uno mismo que se pueda apreciar desde fuera.

"Como sin duda ya sabes, Guiador había hablado de que yo, cuando estoy en trance, me veo confrontado a una gran estructura que despide unos velados destellos blanquecinos. Ésa es su manera de entender lo que yo acabo de decir: el trance en que uno mira con ojos despiertos la inmensa corriente. Pero son dos maneras de ver lo mismo. Ya de entrada, la experiencia de un gran trance es algo que no cabe en las categorías del lenguaje. Si eso se quiere transmitir en palabras, habrá varias maneras de expresarlo, todas ellas correctas. No hay nada en contra.

"Pues bien, volviendo al tema de este dibujo, te diré que estando inmerso en el trance, no debes dejar que el éxtasis te arrastre y te absorba en su gran corriente, como me has oído decir antes. ¿Qué hacer para impedirlo? Los místicos europeos usan textos sagrados de oraciones como una barandilla o pasamanos que les proteja de precipitarse en el abismo del éxtasis. Se ha llegado al caso de que aten esos textos con una cuerda y se ciñan

ésta a la cintura como un salvavidas. El tema admite esta explicación. Lo que he llamado textos sagrados puedes entenderlo como palabras tomadas de oraciones religiosas.

"Profesor, tú en este dibujo te dispones a caminar, tomando a Ikúo de la mano, hacia la profundidad del cielo. La mano de Ikúo que se enlaza con la tuya está desempeñando la función de ser tu pasamanos, tu salvavidas en este caso. Tú has tomado la decisión de internarte en el mundo "de allá", conducido por mí. Pero desde el principio mismo tú te niegas a quedar allí sumergido. No te permites a ti mismo ser absorbido por la gran corriente. Has abrazado la resolución de guardar a todo trance esas partículas de ondas-luz que residen en tu cuerpo y en tu alma. En resumidas cuentas, que en Ikúo tienes tu pasamanos de protección y tu salvavidas; pero al mismo tiempo, si Ikúo bajo mi liderazgo llega a entrar en trance, tú estás ahí para evitar que se hunda en la gran corriente. Y ha sido seguramente pintando ese esbozo de Ikúo contigo, llevándoos de la mano, como has cobrado conciencia de ello. Basta con mirar este dibujo para entender que Ikúo también va a ser capaz de prepararse interiormente, ¿no es así?"

Mientras Patrón decía estas últimas palabras, desvió su mirada de Kizu a Ikúo. Kizu no pudo refrenarse de mirar igualmente hacia Ikúo, y así lo hizo, con un giro enérgico de su cuerpo. Ikúo hizo un signo tan decisivo de asentimiento que llenó de felicidad a Kizu.

Kizu no tenía nada clara la naturaleza de lo que se le pedía como Guiador en ciernes, pero estaba fuera de toda duda que Patrón lo consideraba como un consejero importante para los asuntos del nuevo movimiento religioso. Desde ahora Kizu, como también era el caso de Ikúo, estaba bien dispuesto a escuchar cuanto dijera Patrón. Incluso cuando Kizu le daba charlas a éste sobre aquel poeta gales, Patrón no se limitaba a ser un mero alumno. Pero a partir de ahora parecía iniciarse una dinámica contraria, con Patrón tratando de instruir y asesorar a Kizu. Patrón estaba emprendiendo la tarea de hacer revivir la doctrina que el ahora enfermo Guiador y él mismo habían creado —por más que hubieran renegado de ella en bloque para acometer el Salto Mortal—.

—Cuando Guiador y yo éramos jóvenes —le contó a Kizu—, hubo una época en que, con la inquietud propia de nuestra edad, pero con la misma energía de nuestros años jóvenes, orientamos nuestra curiosidad hacia la mística, y nos lanzamos como locos a leer libros de esa materia. Había, por cierto, un gran desfase en capacidad de lectura entre nosotros dos.

Libros que yo nunca cogería para leerlos, él se los leía, y me subrayaba o me rodeaba en rojo aquellos párrafos que él creía de mi interés, y luego me pasaba esos libros. No es que yo no fuera a leer más que aquellos párrafos, pero para mí leer libros enteros me resultaba una lata. Cuando había páginas que Guiador me había marcado como solicitando mi atención, yo leía el capítulo correspondiente; y si no lo entendía bien, leía además el capítulo anterior. Ése era nuestro sistema.

"Guiador, aparte de subrayar, rodeaba a lápiz ciertos textos, y solía también marcarme los capítulos que yo debía consultar como referencia. Cuando le daba por beber (lo cual ocurría sólo a veces) no había forma de que parase. En esas ocasiones adoptaba una actitud engreída, considerándose a sí mismo el instructor encargado de educar al fundador del grupo religioso. Siendo al mismo tiempo persona muy concienzuda en los detalles, solía decir también que la base que existía en mí previa a su instrucción había que respetarla en su lugar, estableciendo así una didáctica distinta de la comúnmente empleada, al superar la dicotomía de "enseñar" frente a "aprender". Igualmente me dijo alguna vez que él se guiaba por lo que originalmente descubriría en mí, y entonces orientaba su interés hacia esos libros que me podían ayudar, y con tal estímulo se aplicaba a su lectura.

"Hablando así de mis cosas, seguramente parecerá que me sobreestimo, ¿eh? No obstante, Guiador, en su proceder conmigo, no me investía de especiales privilegios. Él me eligió como "Salvador" debido a las circunstancias (por aquellas fechas los sobrenombres de Patrón y Guiador aún no los usábamos) pero puede

decirse que cualquiera hubiese sido bueno para esa misión. Como te decía, en cualquier tipo de personas existen de hecho unos fundamentales elementos básicos, esas partículas de ondas-luz que emanan del Ser Uno, el Único —diríamos—: el que existe desde siempre y siempre existirá, el que comprende en su unicidad todo el universo. Sólo que, según sean los individuos, hay diferencias entre lo que unos y otros albergan en su interior, en cuanto a la claridad de esas partículas de luz, y en cuanto a la energía de esas ondas. En tu caso, tanto esa claridad como esa energía son excepcionales, y Guiador encontraba ahí la mejor garantía sobre tu persona.

"Por aquel entonces, todavía él se encontraba trabajando como profesor de matemáticas y ciencias, en horario nocturno, en un Instituto de Grado Superior; y los estudiantes que se reunían en aquella triste aula, todos mostraban —dentro de su variedad— esas partículas de ondas-luz, según me dijo él. Y en cuanto a la existencia de las partículas de ondas-luz, Guiador me ha contado que la idea le vino de los libros de texto elementales que él solía utilizar en sus clases.

"Nosotros estamos persuadidos de que somos, todos y cada uno, portadores de genes hereditarios en el ADN. Pero desde que nació la humanidad como gran cuerpo viviente, toda la gente, y ahora cada individuo de entre nosotros, es un receptáculo de genes, y es igualmente un vehículo que los transporta. Cada individuo tiene la razón de su existencia en ser portador y transmisor de esos genes hereditarios. Hoy día la mayoría de los investigadores piensa así.

"Para mayor abundamiento, Guiador me ayudó a entender la doctrina fundamental. Él mundo ha nacido por una emanación de luz del Ser Único. Nosotros atesoramos cada uno esas partículas de ondas-luz en el interior de nuestro cuerpo, de nuestro espíritu. Y eso que es posesión nuestra, en un abrir y cerrar de ojos ha de volver al Ser Único. Éso es todo.

"Cada uno de nosotros tiende a pensarse como sujeto protagonista de su vida, pero en realidad no pasa de ser un receptáculo transmisor de ondas-luz emanadas del Ser Único. Todos y cada uno somos receptáculos móviles de esa luz emanada, hasta que toda ella regrese al Ser Único y, más aún, se convierta en el Ser Único. Éste flujo de ida y vuelta se configura de manera distinta de lo que nos resulta más familiar, como la dominante en los acontecimientos temporales que forman nuestra historia. Pero ambas maneras de configurarse se realizan de modo instantáneo, y eterno al mismo tiempo. Continuamente están ocurriendo.

"Esto es lo que me explicó Guiador. En verdad no se puede decir que yo lo entienda bien... Cuando esas partículas de ondas-luz retornen al Ser Único, cada una de ellas se despojará del cuerpo que habitaba; y, es más, se separará también del correspondiente espíritu. Pero eso no implica que nuestra individualidad personal sea desechada como un receptáculo que ha quedado vacío. Él alma individual de cada uno se convertirá a su vez en ondas-luz y regresará al Ser Único. Así me lo explicó Guiador. Aunque no lo entiendo del todo, es un pensamiento que me gusta.

"Pero bueno; yo no he tenido ocasión de rezar en una iglesia cristiana, y mucho menos en una mezquita. Tampoco he practicado la oración en un templo budista, por cierto. El conocimiento que tengo de estas cosas es posible que no pase de ser el superficialmente adquirido a través del cine, la televisión, las novelas... Pero los fieles rezan diciendo "Hágase tu voluntad", ¿no es verdad? En el Corán hay una escena en que Abraham e Isaac unen sus corazones para orar juntos; y se puede encontrar algo semejante en el relato budista El niño de la montaña nevada. "Hágase tu voluntad" es lo más básico y universal de toda oración.

"En nuestra iglesia, también las palabras "Hágase tu voluntad" constituyen el fundamento de todo. Y no es que yo tome la idea de Dios en un sentido antropomórfico, sino como una luz que todo lo penetra: este mundo, el espacio... , todo cuanto hay, desde los cuerpos completos hasta las partículas. Antes he hablado de las ondas-luz que están en mí, y que son unas de entre tantas incontables partículas; esa luz, como el salmón que remonta un río, se une a otros innumerables elementos luminosos para marchar juntos contracorriente,

formando una gran muchedumbre, para así volver al Ser Único. Los fieles suelen imaginarse a ese Ser Uno de una manera an-tropomórfica como "el Único", Principio y Fin de todo. Si así nos gusta, lo podemos llamar "Dios".

"Ese Ser es el que hace tiempo te hizo oír su voz, Ikúo; y ahora vienes a decirme que nos orientemos hacia quien está tras esa voz, y que yo actúe de nuevo como mediador, a favor tuyo. Parece ser que hubo un tiempo en que ese Ser Único se solapaba en tu mente con el Dios del Antiguo Testamento; y si me pides que sea tu mediador ante ese Dios, no veo obstáculo en ello. Lo que la voluntad del Ser Único manifiesta a través de mi mediación, al aparecérseme, va dirigido a mí; pero te bastará, Ikúo, con pulsar una tecla conmutadora para convertirlo en la voz de Dios que has venido escuchando desde tu adolescencia. La razón por la que mi Dios y el Dios que te ha hablado son una y la misma realidad, y se puede pasar de una voz a otra, estriba en que ese Dios es el Único, Principio y Fin, y Él penetra con su presencia cuanto existe en el mundo, desde los espacios cósmicos hasta la más pequeña partícula. Pues no puede existir otro Dios.

"Tú jamás olvidas, Ikúo, la voz de Dios que oíste en tu adolescencia. Desde entonces has venido pasando toda tu juventud muy pendiente del día en que esa voz se te haga oír de nuevo. Así las cosas, cuando Guiador te instó a que me pidieras ser tu mediador, tú dudabas si hacerlo o no, según él me dijo. Y tu duda era si, siendo tú nada más que un individuo particular, te sería o no lícito interferirte, pulsando una tecla, en el orden establecido para todo el mundo, el espacio interestelar, y todas las partículas infinitesimales... , en su proceso cósmico del "hágase tu voluntad". Así que Guiador se conmovía, y hablaba de "este muchacho, tan pobre de espíritu..."

"Con respecto a esto, creo que Guiador estaba convencido de la oportunidad de aconsejarte como lo hacía. No hace mucho, él se encontró las siguientes palabras en un libro del siglo XVI escrito por un místico sufi, y le han servido para reafirmar su convicción:

""Todas las cosas creadas, que vienen de Dios, en el proceso de su remodelación hacia su verdadero ser, no están necesitadas simplemente de la fuerza auxiliadora de Dios, sino que dependen también de la fuerza auxiliadora que brota de la actividad religiosa de las criaturas."

"Así decía el libro. Y añadía: "Por eso, la persona que hace oración tiene una enorme fuerza, en este sentido, para influir en el mundo espiritual; y al mismo tiempo tiene una gran responsabilidad en cuanto al cumplimiento efectivo de esta vocación mesiánica." Aquí termina la cita.

"Creo que Guiador quería establecer esta idea como la base de nuestro nuevo movimiento. Según eso, empezó por animarte a ti, Ikúo. ¡Y así estarías de abatido —naturalmente— cuando Guiador se desplomó con el infarto cerebral! Pero ahora que el profesor Kizu le ha tomado el relevo en la misión de ser el nuevo Guiador, esto debe de haber sido para ti como resucitar. ¡E incluso yo he sentido lo mismo cuando he visto esta pintura!